

# DIOSES ENJAULADOS

---

CRÓNICAS DE LA CIUDAD-IMPERIO

G. Bruno



# CONTENIDO

[Inicio](#)

[0. Fin](#)

[1. Cables de fuego](#)

[2. Nova Viro](#)

[3. La madriguera](#)

[4. Entre escombros](#)

[5. A cubierto](#)

[6. Cautela](#)

[7. Abominación](#)

[8. Partido en dos](#)

[9. Un mar de dudas](#)

[10. Pesadillas](#)

[11. Vivos o muertos](#)

[12. El suceso](#)

[13. Juegos de niños](#)

[14. Un poco de luz](#)

[15. La confrontación](#)

[16. Ocultos](#)

[17. Heridas abiertas](#)

[18. El vuelo del embajador](#)

[19. Rumores](#)

[20. Semillas](#)

[21. Ella](#)

[22. Acuerdos](#)

[23. Sin perdón](#)

[24. Cuando el cielo se desploma](#)

[25. Visitantes](#)

[Copyright](#)

[Agradecimientos](#)

# DIOSES ENJAULADOS

Crónicas de la ciudad-imperio

G. Bruno

Después del fin del mundo, cuando se agotaron las lágrimas y los dioses desaparecieron como si nunca hubiesen existido, nos conjuramos para volver a empezar.

Tres, dos, uno....,

0

*Puedes buscar la verdad y encontrarla, pero si no se parece a lo que esperabas, no la reconocerás.*

*Silento IA04*

*Fin*

**D**icen que antes de morir y con el último aliento de vida, los humanos ven toda su vida discurrir ante ellos en un breve instante. En los seres artificiales ocurre justo lo contrario. Al llegar el despertar, el momento de nacer, es cuando recorren toda la existencia que ha sido creada para ellos e implantada en su mente.

# 1

*Aquella mañana supo que la presentación sería el próximo miércoles. El dato apareció en su mente pero quiso acceder a la nota formal que lo detallaba.*

*1 de 127 mensajes preasimilados, enviados a través de un criptobox.*

*Estimada Señorita Mirella Roumiankof, es para mí un placer invitarle a la presentación del proyecto Nova Viro.*

*Miércoles, 7 de febrero de 2244. 20'00 horas.*

*Sala Estrada del Lab. Torre Xiphos. 3920045721 Lux.*

*Esperamos disfrutar con su grata presencia si es vuestro deseo acompañarnos, de forma alternativa podrá enlazarse en el canal fkd64.*

*Le saluda atentamente,*

*Serus Rich, Coordinador del proyecto.*

## *Cables de fuego*

Cuando los lazarillos terminaron de vestirlo con el mono blanco, Xel no pudo evitar revisarlo y ajustarlo a su manera, era una de sus manías, corregir lo que estaba perfecto. Llevaba allí abajo casi una hora y aún no había podido detenerse un instante para contemplarlo, así que dejó todo lo que estaba haciendo y se giró.

En el centro de la amplia estancia estaba el cuerpo suspendido del techo, con los pies a más de un metro del suelo, sujeto por unos arneses y numerosas conexiones de diferentes tipos y grosores. Permanecía inerte y en posición vertical, con los brazos extendidos a ambos lados, la cabeza caía hacia la izquierda con la mandíbula apoyada sobre el pecho, ocultando parcialmente el rostro de contornos acerados. Tenía formas femeninas y un diseño corporal que acentuaba las líneas maestras de la figura. No se apreciaban juntas en las articulaciones ni rastros del ensamblaje, la envoltura era uniforme. Su acabado de color claro irradiaba una tenue luminiscencia, era una bella y formidable

obra de ingeniería.

A su alrededor, unas luces parpadeaban a un ritmo constante, parecían marcar el ritmo a las piezas de música clásica que había elegido Serus para camuflar el molesto zumbido de la maquinaria. Xel advirtió cierta tensión en los compañeros que lo rodeaban. La criatura que van a activar no era una recreación execrable de las repudiadas IAs pero tampoco un engendro mecánico más.

Hoy esperaban volcar los conocimientos y vivencias de una mujer almacenados en Solum, un antiguo prototipo equipado con circuitos de neurogel, hacia la mente del ingenio que los miraba con ojos vacuos. Estaba tan enfrascado con los preparativos que cuando quiso darse cuenta, la sala anexa de la que estaban separados por unas mamparas, estaba casi llena con los invitados al evento.

Arriba, junto a las escaleras que conducían a los asientos, se tropezó con la sonrisa postiza de Serus, que hoy llevaba la cabellera rubia recogida. En cuanto cruzaron las miradas, Xel intuyó que el muchacho le dirigiría algún comentario y bajó rápidamente la cabeza, charlar era lo último que le apetecía en este momento.

—Profesor, ¿cómo va eso? —le preguntó, con una mirada un tanto descarada.

Xel se limitó a levantar la vista y mirarlo por un instante a los ojos. «Me iría mejor si estuviese solo».

Serus permanecía en pie, junto a los visitantes que iban tomando asiento. Como continuaba hablando sin parar, entendió que ni siquiera esperaba una respuesta.

—Bienvenidos al Lab —Serus se desplazó al centro de la gran sala, a la vez que realizaba el saludo tradicional. Un día, un ciudadano no quiso besar, ni tocar, ni inclinarse ante otro y realizó un gesto que se ha repetido desde entonces, cruzando los brazos sobre el propio pecho, encogiendo los hombros y abrazándose a sí mismo. En Lux nadie deseaba besar, tocar o inclinarse ante desconocidos por lo que rápidamente se extendió su uso—. Hoy vamos a presenciar un evento asombroso. El profesor Zayin consiguió exprimir la mente de su ayudante, la profesora Eova Varel y almacenarla íntegramente en Solum, el gigantesco prototipo que está en la planta superior, la mayoría de las conexiones que véis provienen de allí. Han pasado ya treinta y tres años desde entonces, pero continúa siendo un logro único que no ha podido ser repetido

con éxito.

Xel asintió con la cabeza sin prestarle mucha atención mientras Serus continuaba hablando.

—Aquel proyecto quedó abandonado hasta que el profesor Xel Denuar nos convenció de que podíamos hacer algo por esa mente excepcional que se hallaba enterrada en una máquina, que era posible trasladarla a un cuerpo artificial y tenerla de nuevo entre nosotros —el muchacho entrecerró los ojos—. No puedo añadir mucho sobre la eminente profesora Eova Varel que no sea ya de sobra conocido por todos.

Bajó unos peldaños hasta ponerse a la altura de Xel.

—Ahora, ante nuestros distinguidos invitados, tienes que traerla de vuelta en ese cuerpo tan hermoso que has fabricado, de una nueva clase que hemos llamado Nova Viro.

Al lado de Serus, alguien bostezó, provocando que su lazarillo le ofreciera una bebida estimulante, que rechazó apartando la cabeza.

El resto de los asistentes lo miró desapasionadamente y algunos dejaron escapar unas risitas, quizás les parecía gracioso lo agitado que se encontraba. Xel se sentía bastante incómodo, las simulaciones indicaron que no habría problemas pero hubiese preferido concluir el proyecto en privado y no expuesto como una vulgar atracción.

Serus le advirtió hace unas semanas que algunos invitados iban a asistir personalmente a la inicialización, ciudadanos que habían estado involucrados de alguna forma en partes del proyecto y desde entonces estaba inquieto.

«¿Personas involucradas? Querrá decir interesadas. ¡Nulidad! Es un proyecto científico, no un vulgar espectáculo y necesitaba más tiempo. Hemos tenido que correr las últimas semanas para llegar de mala manera. Las formas de meter presión de Edén, a través de Serus, no paran de sorprenderme».

Aunque trataba de concentrarse no pudo dejar de observar lo que ocurría a su alrededor. Algunos invitados aún seguían entrando, separados entre sí a más de dos metros, como era costumbre, seguidos por sus lazarillos, las pequeñas máquinas con forma de semiesfera que pueden desplegarse como sillas para que se acomoden encima si no desean utilizar los asientos asignados.

Xel refunfuñó. Los lazarillos se habían hecho indispensables para muchos ciudadanos y algunos mostraban demasiado apego por el suyo, facilitando sus tareas, cediéndoles el paso, acariciándolos, colocándoles ridículos ropajes y adornos que combinaban con sus propios atuendos e incluso disfrutaban

encargándose ellos mismos de aspectos de su diseño o añadiéndoles funcionalidades peculiares.

Cuando Xel tuvo ocasión, dirigió una mirada más atenta a los invitados y se sorprendió por los grandes contrastes que observó. Una mezcla discordante de voluptuosidad y puritanismo. Sus llamativas vestimentas eran un contrapunto a la sobriedad de las instalaciones.

«Han venido cincuenta y cuatro. Un puñado de jovencitos, ¿nadie espera que funcione este condenado proyecto?».

Casi todos tenían largas cabelleras y algunos llevaban tatuajes luminosos en forma de arabescos hechos con nanocrisales e insertados bajo la piel que se realzaban cuando comenzaron a atenuarse las luces en la estancia. Una chica llevaba una palabra en la frente que se iluminaba a intervalos, “loop”. En inglés antiguo era algo así como bucle, a no ser que tuviese algún otro significado para ella. Otros se desplazaban bajo la piel, cambiando sus formas y colores.

«Realmente bonito», pensó de forma irónica Xel, «¿no sería más práctico dedicar nuestro talento a investigar cuál será la próxima moda?».

Unas luces se encendieron y apartó la vista. Serus había dispuesto una representación teatral, un espectáculo para sus invitados, cuidando la iluminación y la puesta en escena, con la figura del modelo NV señalada por un potente foco, dominando la ceremonia que pretendía culminar el proyecto iniciado por el profesor Zayin.

Xel recordó cuánto tiempo llevaba encerrado en aquellas paredes y tuvo la sensación de que cargaba un gran peso en la espalda que había ignorado y de repente se había percatado de él, paralizándolo.

Tomó aire varias veces, ¿tan disperso estaba que se había olvidado hasta de respirar adecuadamente? Le secaron unas gotas de sudor con exquisito cuidado. Como los demás, él también tenía un lazarillo personal, aunque había limitado algunas de sus funciones, especialmente las sociales.

Actuaba como su asistente de comunicaciones porque detestaba utilizar los implantes cerebrales vinculados al chip CIC que permitían enviar o recibir mensajes telemáticos, los consideraba una intrusión constante al fluir de sus pensamientos y los usaba únicamente en casos excepcionales.

Después de todo, tuvo que admitir que el más peculiar de todos los presentes era él mismo.

—Iniciando secciones siete y ocho de NV12 —dijo Xel en voz muy alta

para salir de sus propias cavilaciones y volver a concentrarse en la tarea.

Apretó los labios, mentalmente iba asimilando los parámetros que le eran proporcionados y que se mostraban duplicados en grandes pantallas.

—Dichoso Serus —musitó dirigiéndose en voz baja a los dos técnicos que lo acompañaban—, no para de empujarme, así conseguirá que estalle.

—Vamos Xel, cálmate y olvídale, ya sabes cómo es —dijo Jon, el más joven, que estaba sentado a su derecha.

—Cada día lo soporto menos, continuamente me da largas cuando necesito algo para mí y a cambio nunca deja de insistir con sus propias peticiones. Con verlo ya siento la presión que emite a su alrededor, ¿acaso no tiene otros asuntos de qué ocuparse? Cada vez que me siento a descansar, aparece su cara y revivo su última cháchara, igual que cada vez que me siento a comer o cada vez que voy a mear.

—Al menos te desligaste del vínculo CIC —observó Jon, haciendo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¡Utilizaba el implante cerebral para estar machacándome a distancia! Así que lo bloqueé y el muy nulo estuvo varias semanas explicándome las bondades del sistema, como si yo no las conociera de sobra, tratando de convencerme hasta que pasó a importunarme con cualquier otro asunto.

—Qué nos vas a contar —le dijo Jon—, entendemos lo que dices porque lo utiliza a menudo con nosotros, nos despierta en mitad de la noche porque se encuentra dándole vueltas a algún tema. A veces sospecho que es capaz de conectar con mis sueños, observarlos y manipularlos como si tuviera una bola mágica de cristal.

—No se pone límites, si pudiera, sustituiría nuestros pensamientos y emociones por los suyos. Desde que dejé de compartir con él nunca me he arrepentido —explicó Xel.

Siono se acercó, había terminado de realizar unas comprobaciones. Tenía el pelo ondulado, ojos inquietos que parecían perseguir algo, el mentón siempre erguido y un porte impoluto e impecable que contrastaba con el aspecto algo desaliñado de Jon. Se apoyó en una mesa y se unió a la conversación tras mirar de refilón a Serus, que seguía recibiendo a los visitantes con media sonrisa que le colgaba como si fuese una prótesis.

—Con el tiempo he desarrollado un truco mental que a veces surte efecto, me imagino su rubia y hermosa cabeza hinchándose enrojecida, mientras sus ojos parecen dos huevos cociéndose hasta que estallan. Así consigo quitármelo de

la cabeza, o al menos hasta que me lo vuelvo a tropezar.

Los tres lanzaron una mirada involuntaria a Serus que en ese momento les daba la espalda, luego, al unísono, miraron hacia arriba, contemplando al ser que se exhibía ominoso como un insecto enredado en una gran tela de araña. A su alrededor, unos pequeños y delicados brazos mecánicos, terminaban de completar los últimos ajustes con la máxima precisión.

A través del portón de la izquierda, tras las mamparas, continuaban entrando nuevos asistentes, a los que no se distinguía bien pues se movían por una zona apenas iluminada.

El CIC le suministró información de cada uno de ellos, pero la cascada de datos apenas era de interés para Xel. No los conocía personalmente, pero ya sabía que los invitados pertenecían a algunas de las familias fundadoras de Lux, la ciudad-imperio y que llevaban décadas siguiendo el proyecto original de Zayin.

Ahora se interesaban por el nuevo, que pretendía lograr que esa mente humana atrapada en circuitos se uniese a un ente mecánico, habitándolo y logrando un ser plenamente integrado y funcional.

«Han venido más de los que deseaba, la mayoría parecen aburridos. ¿Acaso esperan que me pondré a dar volteretas y realizar piruetas para divertirles?».

Dos chicas llegaron por el pasillo junto a la mampara, se detuvieron y lo miraron fijamente, dedicándole una sonrisa que él no correspondió. Llevaban vestidos casi idénticos, aunque los colores eran diferentes, una vestía de color amarillo y la otra de color violeta. Los tenían muy ceñidos al cuerpo, excepto las faldas, que eran muy largas y les llegaban a los tobillos, cubiertos con finas tobilleras de plata.

El profesor volvió de nuevo a sus tareas y realizó unos ajustes en la consola. Levantó la mirada pues las chicas no se movían de allí, intentó componerles una sonrisa lo mejor que pudo para que continuaran su camino.

Tras ellas se revolvía Edén, un anciano recio como un látigo, con ojos hundidos, las venas que recorrían su sien parecían gruesas raíces sondeando en busca de humedad, iba vestido con ropas amplias que no lograban disimular su delgadez. Llevaba bien visible la insignia de consiliario de Lux, buscaba a alguien con la mirada hasta que lo localizó y con un gesto de la cabeza señaló a las dos chicas que acababan de llegar.

Xel vio que Zelig respondía como impulsado por un muelle, saltando y avanzando hacia el consiliario. Bastante alto, entrado en años, con el pelo

largo y completamente blanco que contrastaba con su tez morena, apretaba las espesas cejas que, junto a su mandíbula cuadrada y sus pómulos salientes, le otorgaban un aspecto rudo que llamaba la atención.

—Consiliario, le aseguro que estas dos no estaban invitadas. Son las hijas de Moa —Zelig hizo aspavientos con las manos mientras trataba de justificarse.

—Ya sé quienes son. Menos mal que la madre no ha venido.

—Se han quedado de pie frente a la mampara, ¿qué hacen?

—Qué más da. Acompáñalas a unos asientos.

—Las pondré al fondo, consiliario.

—Amablemente, no quiero ningún alboroto.

—Sí, por supuesto.

Zelig hizo un gesto dirigido a las muchachas señalando la rampa para subir. Con una amplia sonrisa, ambas se acomodaron en unos asientos libres de la primera fila.

Miró perplejo al consiliario, esperando alguna reacción, pero éste desvió la mirada para atender a lo que sucedía en el laboratorio, aunque no pudo evitar que su rostro tomase un tono rojizo.

Tras las mamparas, Xel continuaba atareado frente al rostro descompuesto de Edén que ahora no le quitaba ojo de encima.

Lo ignoró por completo. La adrenalina le circulaba desbocada por las venas y gotas de sudor resbalaban por su frente, a pesar de que la temperatura era bastante baja en la sala. Estaba tan ensimismado que se sobresaltó cuando su lazarillo las eliminó con presteza.

En el fondo y aunque le costaba admitirlo, sentía una punzada de orgullo por llegar tan lejos, hasta territorio virgen, aunque por su boca únicamente salían bufidos. Como científico sabía que habían avanzado hasta el límite desde el cual no se alcanzaba a divisar nada y apenas se podía intuir oscuridad y frío.

Se disponían, una vez más, a coger impulso y saltar adelante, haciendo añicos las antiguas fronteras, sin saber realmente hacia dónde se dirigen, caerán arrastrando inevitablemente a todos con ellos. Los desafíos no los detuvieron antes ni tampoco lo harán hoy.

Cada uno cumplía con su tarea y los monitores indicaban que todo transcurría según estaba previsto. Se alegró de haber bloqueado los accesos a la zona de trabajo, así se aseguró de que no habría interrupciones.

—Continuamos con el procedimiento, chequeo de secciones completado y correcto —dijo Xel, con voz áspera por la garganta reseca. No recordaba la

hora en que paró a beber algo. Un tubito con líquido avanzó hacia su boca desde el lazarillo, pero Xel lo ignoró.

Habían necesitado varios años de esfuerzo para conseguir llegar a este momento, desde que retomaron el proyecto de Zayin. El cansancio acumulado y las noches en vela actuaban sobre los hombros como un pesado lastre. Xel se masajeó el cuello y los antebrazos, el dolor en las articulaciones y los músculos reavivaron amargas experiencias en su memoria. Recuerdos de anteriores fracasos clavaron sus garras afiladas en su estómago, tirando de éste con fuerza. Su lazarillo se revolvió inquieto ante los extraños gestos del amo.

«Ya no hay argumentos para más ensayos, es la hora del éxito o de admitir definitivamente mi ineptitud», pensó Xel, con la mirada fija, absorbiendo los datos que seguían fluyendo hacia su mente.

Todos los sentidos de la máquina estaban siendo activados en cascada uno tras otro. Eran momentos cruciales, si fallase la inicialización el modelo quedaría inservible.

NV12 parpadeó y abrió los ojos de par en par. Unos ojos profundos y recónditos de mirada penetrante, acogedores a pesar de su evidente artificialidad, se podía vislumbrar una mente pulsando a través de ellos.

Desplegó sus sentidos para absorber la realidad circundante. A medida que se completaba la secuencia todos en la sala iban relajando la respiración. Se cruzaron miradas con expresión animada, estaban informados de los problemas que habían acompañado al proyecto y muchos dudaban de su viabilidad.

Xel observó con atención a la criatura que empezaba a agitarse y se detuvo en el escudo plateado con forma de espiral que llevaban las máquinas pensantes de Lux, en el que aparecía grabado el lema tradicional: “Menos que humano, sirvo a aquellos que sirven a Dios”.

«¿Menos? Hoy será todo lo contrario, porque si no me equivoco, transformará radicalmente nuestras ideas respecto a lo que significa ser humano».

Xel levantó una mano, después hizo un gesto y toda la actividad alrededor de NV12 se detuvo, excepto Siono, que realizó unos ajustes sobre una consola.

—Siono, Jon, podemos comenzar a bajarla lentamente mientras se termina la inicialización —indicó a los técnicos que se encontraban frente a los controles.

La criatura levantó la cabeza y miró al frente provocando un estremecimiento en Xel. Mientras bajaba, toda la estructura se estremeció, algunas partes se separaron del techo y se inició un suave movimiento de descenso que se detuvo bruscamente.

Con gran violencia, la figura comenzó a girar hacia uno y otro lado, a revolverse como una gigantesca marioneta que hubiese sido tragada por un tornado, parecía que fuese a desarmarse en cualquier momento. Súbitamente se detuvo, con los ojos y la boca muy abiertos extendió al máximo los brazos y las piernas como si quisiera desprender los miembros del cuerpo y durante unos segundos todo volvió a la calma.

—¡Hay que abortar! —gritó Jon lanzándose sobre unos controles.

—No, espera —dijo Xel, apartándolo con un fuerte empujón, mientras manipulaba una consola intentando comprender lo que estaba pasando.

Sobre ellos resonó un chasquido y el cuerpo volvió a moverse. Como si fuese a partirse en pedazos, se retorció y se volteaba en el aire sin poder alcanzar el suelo con los pies, hasta que los cables se enrollaron a su alrededor, algunos se habían seccionado y lo envolvían en un chisporroteo cegador.

—Trata de inmovilizarlo, Jon. Usa el soplete —gritó Xel.

Jon consiguió poner en marcha un brazo articulado con un soplete de plasma, para tratar de detenerla. El plasma comenzó a trazar líneas humeantes en las extremidades, a la vez que los delicados brazos robóticos de montaje lograban sujetar el cuerpo e inmovilizarlo firmemente. Durante unos segundos parecía que lo lograrían, pero se equivocaban, la máquina realizó unos movimientos bruscos y logró soltarse.

Giraba y giraba sobre sus cabezas, como si al salir de una pesadilla en un atormentado sueño, hubiese despertado en medio de otra aún peor. En uno de los giros destrozó el soplete que la perseguía.

Tras las mamparas algunos invitados se habían puesto en pie, mientras que otros no podían disimular un gesto de disgusto.

Una de las paredes laterales de la sala se desplazó y Xel vio cómo llegaba una aeronave que se detuvo para permanecer en el exterior.

—Ha bajado un aerosocka —exclamó aliviado Serus.

—¡No lo dejes entrar! Que espere unos minutos o lo destrozará todo. Dame una oportunidad —le respondió Xel.

Serus miraba la escena boquiabierto. Por desgracia, desde el exterior, el

aerosocka no tenía un disparo directo y además, se estaba bloqueando al recibir decenas de órdenes contradictorias de todos los asistentes y se mantuvo a la espera de una clara y precisa.

Xel volvió su mirada hacia aquella máquina perturbada que colgaba del techo, de cuya boca había comenzado a surgir un potente zumbido que paulatinamente se fue transformando en un grito agudo hasta que la cerró con un sonoro crujido de mandíbulas.

Con un movimiento enérgico de todo su cuerpo la máquina consiguió al fin liberar sus brazos. Tiró con ambas manos de los cables y a continuación, giró el cuerpo hasta colocar sus pies en el techo y situarse cabeza abajo. Con este improvisado punto de apoyo estiró el cuerpo una y otra vez, hasta conseguir seccionar y romper todo aquello que la mantenía sujeta, terminando por arrancar todas las conexiones, desplomándose con estruendo sobre el suelo, arrastrando tras de sí trozos de techo y una maraña de cables y tubos seccionados.

Se incorporó bajo una lluvia de centelleantes chispas que salpicaron la penumbra, rebotando de un lado para otro y avanzó a gran velocidad, atravesando el crepitar de las descargas eléctricas sin que nadie lograra reaccionar. Tropezó con varias mesas y las arrojó a un lado de un manotazo, situándose cara a cara con los perplejos científicos.

—¡Párala ya! —gritó Jon estupefacto, acercándose a Siono que se movía frenético sobre los controles manuales.

El entramado de tuberías flexibles que colgaban del NV estaban comenzando a arder. La máquina observó las llamas y con ambas manos recogió la mayor parte de los tubos. Los sujetó con firmeza y comenzó a lanzar golpes en todas direcciones, usándolos como una improvisada arma que hacía las veces de flamígero látigo. El primer latigazo hizo gritar a Siono, el segundo lo hizo callar para siempre.

Con el cuerpo del técnico tirado en el suelo y partido en dos, muchos asistentes comenzaron a levantarse y a marcharse, claramente malhumorados y decepcionados. Caminaban despacio y ni siquiera miraron atrás cuando Jon se lanzó bajo una mesa mientras era perseguido por la máquina.

Alguno, incluso se dirigió a Serus para expresar sus quejas por el desagradable final, mientras que Jon salía despedido tras recibir un duro golpe, cayendo directamente sobre el cristal, cubriéndolo con su retorcido cuerpo, lleno de vísceras reventadas y huesos rotos.

Xel miró a los técnicos muertos y aún así logró reunir fuerzas para intervenir, tenía que estabilizar a la máquina, aquello no podía estar pasando.

—¡Espera o dañaremos irremediablemente al NV! Sé lo que tengo que hacer —gritó a Serus, cuando este se disponía a dar paso al aerosocka que ya había encendido los quemadores.

Chorros de espuma eran escupidos por lo que quedaba del techo y conseguían apagar los conatos de incendio, cubriéndolo todo con una capa viscosa. La figura imponente de la máquina refulgía en medio de aquella confusión, se había detenido y todo parecía moverse vertiginosamente a su alrededor.

Xel aprovechó la oportunidad y consiguió desbloquear los accesos a la zona donde se encontraba, hizo una señal a Serus para que entrara a ayudarlo pero el muchacho ni se movió.

Así que corrió para alejarse y situarse a la espalda del NV, pero tropezó al intentar alcanzar unos controles, cayó al suelo lanzando un bufido. La máquina se giró hacia él, que trataba de escapar rodando, pero no con la suficiente velocidad. Sintió como si un grillete de acero se enroscara en su tobillo, cuando lo atrapó. Los pequeños lazarillos del laboratorio intentaron interponerse, se lanzaron sobre ella, luchando por retenerla, una y otra vez, sin éxito. Cambiaron de objetivo, lanzándose sobre Xel para liberarlo, pero el profesor gritó de dolor y tuvieron que soltarlo para evitar desgarrarle los miembros en la disputa.

Por fin, una puerta lateral se abrió y entraron dos mujeres armadas que avanzaban cautelosamente, con paso indeciso, hasta que el voluminoso cuerpo de Xel cayó sobre ellas.

La máquina lo estaba utilizando como una vulgar maza de carne para golpearlas. Todavía pudo oír cómo crujían sus huesos y articulaciones hasta que tras un golpe en la cabeza perdió el sentido.



El consiliario Edén luchaba entre su deseo de marcharse y la necesidad de saber cómo terminaría aquello. El centro del laboratorio parecía una trituradora de personas donde ahora dos chicas se esforzaban por acabar con aquella locura.

Apoyándose una sobre otra se habían refugiado tras una mesa volcada, desde allí tenían una buena visión de toda la sala. La máquina se había detenido y permanecía erguida junto al cuerpo de Xel.

Una de ellas, malherida, había dejado de moverse, la otra preparó su arma y disparó, alcanzando a la máquina en una rodilla, casi partiendo la pierna en dos. Trastabillando, cayó hacia un lado.

La chica apretó los puños con fuerza sobre el arma y apuntó de nuevo, siguió sus movimientos a través del visor pero apenas tuvo tiempo de ver el objeto que le había lanzado desde el suelo antes de que le destrozase la cabeza. Su cuerpo, sin una voluntad que lo guiase, se derrumbó.

NV12 se apartó tambaleándose del amasijo de cuerpos caídos y puso sus dos manos sobre la mampara que separaba aquella sala de los observadores que se encontraban ubicados al otro lado y fue posando su mirada sobre los pocos que aún no se habían marchado.

Edén confiaba en la resistencia de aquellas mamparas pero no pudo evitar lanzar una mirada al aerosocka que continuaba esperando en el exterior.

Unos fuertes golpes hicieron que volviese a centrar su atención en la máquina, su cara mostraba una mueca de dolor mientras estrellaba violentamente, una y otra vez, su cabeza contra el cristal blindado, hasta que sus ojos se cerraron y lentamente acercó la frente hasta apoyarla. Del sintetizavoces que había tras sus labios mecánicos partía un leve susurro pero no era posible distinguir si trataba de decir algo.

Edén buscó alrededor hasta que finalmente localizó a Zelig y meneó la cabeza, haciéndole un gesto. Éste se puso en marcha como si hubiesen accionado un resorte, desapareció por un instante y volvió cargado de artilugios que depositó en el suelo, electroplones, karses y lanzarfios que se usaban muy raramente, cuando algún socka perdía el control.

Zelig rebuscó entre el montón de armas y le lanzó una a Serus, el muchacho se esforzó, pero se le escapó de las manos. Su atento lazarillo la atrapó antes de que llegase al suelo y se la entregó.

—¡Tú quédate fuera, muchacho! —gritó Edén, aunque Serus parecía no entenderle.

—Vamos, adentro, tenemos que cubrirnos —gruñó Zelig, dando un tirón de la chaqueta a Serus.

Edén apuntó con sus ojos a Zelig, si pudiese, los habría disparado contra su cabeza.

—¡Cuida del muchacho! —sintió un amargor en la boca al decirlo, hoy se estaba jugando demasiadas cosas pero tampoco podía reprocharles nada. ¿Quién querría entrar? Era como echar tomates a una picadora.

Abrieron una de las puertas y observaron alrededor, parecía que todo se había detenido. Zelig propinó otro empujón a Serus que seguía a su lado sin decir una palabra.

—Levanta eso —aulló Zelig.

Paralizado, con la boca abierta, Serus miró el arma que colgaba entre sus dedos, después la elevó hasta sus ojos y tras vacilar un momento la empuñó con firmeza.

Meneando la cabeza, Zelig buscaba algo en los bolsillos de su chaqueta, con la otra mano agarró al muchacho por un brazo, avanzaron juntos y cruzaron al interior.

Apoyada contra la mampara, la máquina les daba la espalda. Estaba temblando, y su coraza, cubierta de espuma y líquido, reflejaba el caos que los rodeaba.

En cuanto Zelig encontró lo que buscaba, un puñado de esferas amarillentas, se llenó las manos y las arrojó con fuerza, aunque sin mucha convicción, hacia la figura que se giraba hacia ellos. Edén siguió fascinado la trayectoria de las bolas que se hincharon en el aire adquiriendo un considerable tamaño.

La máquina se apartó con un movimiento extremadamente veloz, pero no pudo evitar una de las bolas que se pegó a su tobillo derecho. NV12 intentó arrancarla con sus manos para comprobar, con desesperación, que también habían quedado atrapadas por un adhesivo muy potente. Desestabilizada, cayó al suelo donde se le adhirieron al cuerpo una tras otra.

—Termine con esto, coordinador —le soltó Zelig a Serus con un tono duro, a la vez que lo agarró por el cuello y lo lanzaba adelante.

Aprovechando su ventaja y blandiendo aquellas armas que podían penetrar la resistente coraza de plastifeno, Serus dio unos pasos vacilantes hacia el cuerpo inmóvil y tembloroso de NV12.

Edén nunca había visto a una persona y menos a una máquina con los ojos tan abiertos y una expresión de terror en el rostro tan estremecedora como aquella. Hizo que Serus se detuviese estupefacto y se girase para mirarlo.

—¡Vamos ya, Serus! —el consiliario aullaba como un poseso, estaba tentado de ordenar al aerosocka que reventase el lugar para acabar con todo de una vez. Apretó los puños y lanzó una mirada feroz al muchacho, poniéndolo al fin

en acción.

Serus reunió todas sus fuerzas y sujetando con ambas manos el karse, saltó y lo clavó con rabia en la espalda de la máquina. Con un sonido horrible, el pequeño tridente con las puntas llameantes, taladró la coraza e inoculó un líquido al interior. El muchacho dio unos pasos tambaleantes hacia atrás y se agarró al brazo de Zelig.

La máquina se revolvía con movimientos espasmódicos, tosiendo y vomitando un líquido oscuro. Su superficie se volvió negra y opaca cuando dejó de emitir luz. Allí quedó tumbada. Ahora, sepultada por las bolas amarillas parecía una cosa insignificante. Edén se acercó a contemplarla, poniendo sus manos sobre la mampara. Justo al lado, hecho un ovillo, estaba el cuerpo de Xel cubierto de sangre.

En el ventanal exterior el aerosocka descendió lentamente hasta desaparecer de la vista. Tras la violencia, imperaba el silencio, roto por algún que otro chisporroteo. Un espasmo, un ligero movimiento de un masacrado Xel los hizo reaccionar. Solo un hilo de vida lo mantenía ya en este mundo, un hilo al que parecía aferrarse con toda su voluntad.

—Qué desastre... ¡Traed un sockadoc para una cirugía! —gritó vacilante Edén, con la cara descompuesta y tosiendo por el humo—. Parece que el nulo de Xel aguanta vivo, aunque ha perdido mucha sangre. ¡Que venga Adalia ya!

Ella estaba llegando en ese momento, levantó una mano y se dirigió a ellos.

—Lo he seguido todo desde la planta de arriba, ha sido una catástrofe, habéis tardado demasiado en reaccionar —dijo Adalia entre gemidos.

El consiliario se limitó a mirarla, inexpresivo, con los ojos inyectados en sangre «¿Algo que no sepa ya?».

—Si hubiesen conseguido inmovilizarlo, habríamos tenido la posibilidad de salvarlos a todos. Pero no hemos podido, no tuvimos opción... —balbuceó Serus.

En ese momento, un sockadoc con forma de tubo introdujo con suavidad a Xel en su interior y lo apartó de allí, mientras otros recogían los restos de los otros técnicos que no tuvieron tanta suerte.

El sockadoc se iluminó en color rojo, salió de las instalaciones y se dirigió hacia un ascensor. Serus y Adalia caminaron aprisa, acompañándolo.

—¡Xel, inepto, lo has arruinado todo! ¡Debería haber dejado que terminara contigo! —Edén saltó sobre el grupo, llevado por la ira.

Serus trató de echarlo a un lado, pero él no consintió que lo tocasen. Levantó

ambas manos y los dejó ir. Empujaron al sockadoc sin mirar atrás y se alejaron corriendo. Edén saltó sobre su lazarillo y los siguió hasta llegar a la zona restringida para atención médica donde se detuvieron. Xel quedó en manos de las máquinas que trataban de mantenerlo vivo.

Edén se movió arriba y abajo, deslizándose, tratando de calmarse, sentado sobre su lazarillo. Hizo un gesto a Zelig, que acababa de llegar, para que se mantuviese cerca en todo momento.

Edén se giró bruscamente cuando Serus le tocó en el hombro. Le apuntó con un dedo, convertido en una agrietada furia.

—Todo esto ha sido un auténtico desastre. ¿Dónde tienes la cabeza Serus Rich?

—Usted estaba allí. ¿Acaso cree que yo actué incorrectamente? —Serus vaciló—. ¿Sabe? Debería haberle ignorado y haber permitido que actuase el aerosocka.

—No era lo más adecuado en ese momento —replicó Edén.

—Lo único inadecuado fue impedirle la entrada.

Edén no estaba acostumbrado a que le hablaran en aquel tono pero no iba a comenzar una discusión cuando había tantas cosas que necesitaban atención. Así que se serenó y recapituló revisando sus opciones.

—Ya sabes el retraso que significa volver a reconfigurar un nuevo NV. Si Xel muere o queda impedido, alguien tendrá que ocupar su lugar.

—Es el mayor motivo para alegrarme de que hayamos llegado a tiempo. Pienso que es irremplazable —objetó Serus.

—Xel aún está siendo intervenido, no podemos asegurar que llegamos a tiempo de nada. Tendréis que organizaros.

—Primero habrá que evaluar la situación.

—Me parece bien. Vuelve ya al laboratorio, aquí no puedes hacer más —espetó desafiante Edén.

—¿El laboratorio? ¿Te refieres al montón de escombros?

—Pues ya sabes con lo que puedes comenzar, retirando los escombros —dijo Edén encogiéndose de hombros.

Serus estaba tan acostumbrado a presionar a los demás que la actitud de él lo dejaba sin palabras. El consiliario se situó frente al profesor, que se mostraba cabizbajo, esperando una respuesta.

—Empieza tú —le dijo Serus mientras se alejaba, dejándolo plantado y con la cara contraída. Adalia lo siguió en silencio.

Edén, mascullando para sí, regresó apresuradamente al Lab para comprobar por sí mismo el alcance de los daños. De los visitantes apenas quedaba rastro, un lazarillo había vuelto para recoger alguna prenda perdida en la salida atolondrada y ya iba de regreso con un sombrero amarillo.

Intuyó alguna figura moviéndose en la penumbra. Dos personas aún permanecían allí, entre las sombras y la neblina producida por el aire enrarecido que estaba siendo aspirado y reciclado a toda prisa.

El consiliario se acercó dando pequeños pasos, esquivando los obstáculos y pasándose una mano por la frente sudorosa.

Sobre los restos calcinados de NV12 encontró agachadas a las dos hijas de Moa. No había rastro de las bolas pegajosas, le habían extraído el karse, que estaba tirado a un lado y la observaban.

—¡Apartaos! ¡Fuera!

Las chicas ni siquiera le miraron. El larguirucho consiliario avanzó haciendo aspavientos, si hubiera podido escupir fuego por la boca, ahora era el momento.

—Aparta tus manazas Dael, a ver si la vas a estropear.

Dael sonrió, se levantó y se sacudió las manos.

—¿Qué te dije, Sanne? nuestra madre no se equivocaba.

—Con los años se vuelve más aguda. No se le escapa nada.

Levantaron una mano y con el puño cerrado y los pulgares levantados, chocaron ambos dedos.

—Pues si lleva razón hay que prepararse.

—Vamos Dael, esto ya terminó, ¿verdad consiliario? —Sanne se giró y esperó pacientemente alguna respuesta.

Edén se mantuvo en silencio, él también sabía hacerse el sordo. El anciano se tomó un momento antes de responder. «¿Ha enviado a sus hijas para burlarse de mí? Ella es también consiliaria y debería saber que burlarse de un consiliario es burlarse del consilium».

—Efectivamente, ha terminado. Saludad a vuestra madre de mi parte y decidle que es una pena que no haya podido venir.

—Oh, no, al contrario. Cuando le contemos lo que pasó se alegrará de no haber venido. ¿Quién podría disfrutar con esto?

—Muy trágico y lamentable Edén, demasiada sangre —Dael le dirigió una mirada seria—. Esperemos, al menos, que el pobre Xel aguante.

Las chicas levantaron una de sus manos hacia el anciano y en las palmas se

iluminó una palabra, “adiós”.

Un viejo decrepito lo miraba fijamente. Odiaba ver su reflejo, el tiempo había pasado tan rápidamente que no lo asimilaba. Parecía un edificio derrumbado, no pudo aguantar aquella mirada lánguida y giró la cabeza.

Contempló cómo se alejaban las muchachas y eran recogidas por un módulo limusina. Sintió una punzada en su estómago que también percibió su lazarillo, provocando que se agitase a su lado. «Estoy en una vía muerta».

Solo conocía un remedio para eso, volver a moverse. En su cabeza se repetían una y otra vez las últimas palabras que le dirigió Siono «NV12 no conseguirá completar la inicialización, la máquina quedará enredada pero tendrá libres brazos y piernas y cuando Xel se acerque para comprobar lo que ocurre, con un poco de suerte, lo partirá en dos. Serus cargará con las culpas, los curiosos perderán interés y nos dejarán vía libre para reconducir el proyecto como nos interese».

Siono no era más que una herramienta que ahora estaba rota. Tenía que ponerlo todo en marcha de nuevo. Cuanto antes.

«¡Qué nulidad! Si no estuviese muerto, lo mataría».

Sin Siono, necesitaba a Xel de nuevo al frente, pero había quedado tan malherido que probablemente ni siquiera llegase hasta la noche. Era imposible que Serus fuese capaz de liderar eficazmente un proyecto como aquél. Quizás la profesora Mina... No estaba seguro, lo que resultaba evidente era que el tiempo continuaba avanzando en su contra.

Edén se dirigió al exterior de la torre, atravesó varios pasillos cabizbajo y rumiando sus pensamientos. Se movía deprisa, como si se le escurriese el tiempo de las manos.

«Estos necios no van a impedir que consiga apoderarme de lo que Zayin descubrió... ¡Nulo seas profesor! Que no tenga que arrepentirme de tu ejecución. Si me hubieses escuchado en lugar de comportarte como un engreído. Arrogante y soberbio hasta el fin, tu legado es una ingente maraña de diagramas y datos inconexos que nadie ha sido capaz de descifrar».

Edén seguía maquinalmente a su lazarillo, pues lo conduciría de vuelta a sus aposentos, aunque podría reclinarsse sobre éste y dejar que hiciese el recorrido llevándolo a cuestas o tomar un cómodo módulo-limusina, necesitaba andar para despejarse después del mal trago de la mañana.

«Xel arruinado y cuatro excelentes técnicos muertos, qué terrible balance. En el lado positivo... Aunque el nuevo NV está hecho pedazos, hay otro en

construcción y casi terminado. Xel podría sobrevivir, tengo que hablar con él en cuanto se recupere».

Caminaba pensativo, atravesando la multitud de diminutos sockas que diariamente pululan por Lux, manteniendo a su alrededor un amplio espacio circular de cortesía que avanzaba con él a medida que recorría las enormes avenidas.

## 2

—Papá, ¿pueden soñar las mentes artificiales?

—Claro que no. Nunca duermen.

—No te pregunto si duermen, te pregunto si sueñan.

*Zayin Dik. Charlas con Lana.*

### *Nova Viro*

La agonía atravesó su mente, era incapaz de formar un simple pensamiento coherente. No era una lucha física, pero de alguna forma su mente pugnaba por liberarse, por escapar del dolor, por abandonar su propio cuerpo.

Incapaz de controlarla, Eova percibió desde lo más profundo de su ser que su mente buscaba una salvación por sí misma, dotándose de voluntad propia y replegándose hasta que halló refugio en lo más profundo de sus recuerdos.

Intentó aferrarse a un recuerdo feliz, algún momento sencillo del pasado, pero seguían pasando a gran velocidad y sin un orden concreto. Deseaba detener aquello, trató de centrarse en los recuerdos más recientes y recordó que se encontraba en el Lab, junto al profesor Zayin, estaba preparada para trasladar su mente a la máquina Solum.

Solum... Se sentía especialmente orgullosa de sus creaciones, aunque sabía que toda innovación mostraba dos caras, una positiva y otra negativa, así que cuando decidió volcar su mente estaba preparada para afrontar ambas, o eso esperaba. Jamás se había dado un paso adelante sin que alguien se sintiera perjudicado de alguna forma.

Los intentos con los sujetos de laboratorio habían resultado en una sucesión de lamentables fracasos. Las mentes humanas se rebelaban con pánico ante la repulsiva intrusión de la sonda mental, de forma que ambas quedaban dañadas en el proceso. Aquellos individuos nunca llegaban a recobrar la salud mental y la mente artificial era incapaz de utilizar la información descargada.

Nunca habían llegado a superar el umbral de doce horas de conexión en el mejor de los casos cuando sus estimaciones para un proceso completo eran de

entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas. Ella se prometió que aguantaría las horas que fuesen necesarias. Estaba convencida de que lo lograría, si permitía a la máquina fundirse con su mente, sin rechazarla, aceptándola, mostrándose sin reservas, invitándola a surcar cada recoveco de su memoria y desnudando los aspectos más íntimos de su personalidad. La sonda no solo buscaría conocer los recuerdos, quería saber qué significaban para ella.

Desconocía hasta qué profundidad descendería la mente artificial entre sus pensamientos. Primero sintió su presencia como un eco lejano, como una doble visión que llegó a acoplarse a la suya. Se relajó, trató de no pensar en nada y lentamente se sumergió en un lugar ajeno al espacio o el tiempo. Retrocedió al pasado, al momento en el que su universo, sin incertidumbres, se reducía a las pulsaciones del corazón y a la cadencia de la respiración pausada. Se alegró de llegar hasta allí, a aquella zona recóndita de su mente.

Supo que por sí sola no lo hubiese conseguido, pues la sonda seguía profundizando más y más, hasta que llegaron al mismo umbral de la vida y allí encontró la verdadera paz, una tranquilidad infinita.

Ante la imposibilidad de seguir en aquella dirección la sonda recorrió sus primeros pensamientos conscientes, recuerdos que desconocía poseer del mismo comienzo de su existencia.

Ahora sabía que nunca jamás volvería a disfrutar de aquellas sensaciones, que las había perdido para siempre tras ser lanzada de bruces a una nueva realidad, cargada de posibilidades pero tan áspera que lastimaba sus sentidos. Estaba rememorando el momento de su nacimiento, trataba de enfocar y adaptar sus ojos a la intensa luz. Un rostro femenino comenzó a adquirir algo de nitidez, sus miradas quedaron atrapadas la una por la otra. La contemplaba con una sonrisa, se acercó y la estrechó entre sus brazos. La apoyó sobre su pecho y Eova sintió su calidez, su dulzura, quería que aquello durase para siempre. Tras ella, tumbada sobre una camilla estaba su madre. Había sido un parto difícil y las máquinas se esforzaban por detener la hemorragia y mantenerla a salvo. No volvió a verla hasta varios días después.

Su madre retomó sus tareas cotidianas en cuanto se recuperó, era una mujer muy ocupada, apenas un rostro severo que se asomaba tras la puerta para comprobar que su bebé seguía respirando.

Los meses pasaban y ella seguía sintiéndose el ser más importante, que poseía un valor incalculable. Estaba ávida por aprender, tenía una mente glotona y los primeros años pasaron muy rápido.

La IA cuidó de ella, la alimentaba y la mimaba con esmero y dedicación absoluta, también se encargaba de su educación, de la mejor forma posible, con el ejemplo.

Su hermano Williermo era tres años mayor que ella, un abismo a esas edades. Una mañana, temprano, lo vio, sentado junto a la IA. Entonces ya conocía su nombre, se llamaba Himalia IA22 y tenía un brazo apoyado sobre un pequeño taburete. Él hurgaba dentro con unas herramientas mientras Himalia sonreía. Eova gritó desesperada y con sus regordetes puños cerrados se lanzó contra él que trató de defenderse, hasta que la IA intervino para calmar la situación. Así que Williermo, con toda la paciencia que pudo reunir a sus seis años, comenzó a explicarle todo lo que sabía sobre las mentes artificiales y que en realidad no estaba haciéndole daño, solo estaba comprobando el buen funcionamiento del sistema.

Eova no volvió a alarmarse cuando su hermano desmontaba piezas y las volvía a montar. Era casi un juego divertido y a Himalia parecía no importarle en absoluto.

Un día su hermano le hizo una pregunta que la asustó. “¿Me prometes que no te asustarás?”. Ella asintió, pero su hermano se quedó quieto y callado, dudaba si seguir adelante o no. Frente a ellos, Himalia estaba desnuda y acucillada, con las manos apoyadas sobre las rodillas y en silencio.

Posó su mano derecha entre los pechos de la máquina que cerró los ojos y relajó su expresión. Eova los abrió de par en par cuando, sobre el cuerpo, comenzaron a iluminarse finas líneas que dibujaban símbolos y datos, todo un complejo panel de control apareció sobre la piel sintética de la máquina. Aquel descubrimiento la hechizó para siempre. Mientras revivía aquellos momentos, volvió a sentir a Solum, cómo la mente artificial viajaba de su mano, recorriendo cada pensamiento, cada recuerdo, cada emoción.

Después vinieron años felices, de colmar sus ansias de aprendizaje con auténticos genios, especialmente con Moreau y Zayin. Si se detenía demasiado, la agonía parecía recobrar fuerzas y su mente ardía, así que intentó avanzar a toda velocidad aferrándose a sus recuerdos.

Afortunadamente había conseguido aislar su consciencia más íntima del dolor, pero fuera de ese ámbito, la agonía se había adueñado completamente de su cuerpo.

¿Había quedado atrapada en el proceso, con la mente divagando sin rumbo y desconectada de su cuerpo? ¿También había fracasado al unirse con Solum,

igual que todos los anteriores?

Se aferró a un último pensamiento, un rayo de esperanza, que todo terminaría y podría volver junto a los suyos, seguían siendo lo más importante. Si todo salía bien, algo que comenzó a dudar.

Ahí se detuvieron en seco sus recuerdos. Aquello era el pasado y la agonía era el presente. Volvió a penetrar de nuevo, esta vez más dura, más letal. Intentó zafarse con todas sus fuerzas pero la agonía y ella eran un solo ser, era como tratar de arrancarse la piel.

Con una punzada de orgullo comprendió que había conseguido trasladar su mente a la máquina Solum. La agonía significaba que seguía viva, así que la aceptó y dejó de luchar en su contra.

Sonidos, luces, olores, sabores..., el dolor iba y venía, las tinieblas comenzaban a desaparecer poco a poco, a la vez que una escena dantesca emergía a su alrededor. Parecía que su mente, al fin, recobraba de nuevo el control, aunque no podía mover ningún músculo, ni siquiera consiguió alzar un solo dedo.

Un reflejo le advirtió que alguien se le acercaba por detrás.

«¿Alguien puede ayudarme? ¡Necesito ayuda!». A pesar de su desesperación, de sus labios no partió ningún sonido.

Un hombre delgado, anciano, un consiliario de Lux pasó a su lado deslizándose, sentado sobre un lazarillo. Desde abajo, su barbilla era como la quilla de un barco que mantenía un rumbo preestablecido e inalterable. Ni siquiera se detuvo a mirarla.

Seguía en Lux. Notó que la cólera impulsaba al viejo y le obsequiaba renovadas fuerzas para exhortar con gran energía a un aturdido joven que estaba plantado frente a él, con los ojos enrojecidos, acompañado de una chica que dio un paso atrás cuando vio acercarse al consiliario.

—Serus, esto ha sido inaceptable. Debéis estar todos locos por permitir que haya ocurrido semejante desastre. Sabes cuánto tiempo llevamos respaldando este proyecto. Me debes una explicación —bramó el anciano con voz áspera, aupado en la punta de sus zapatillas.

—Consiliario Edén, disculpe, pero aún no sabemos qué ha sucedido —el chico, Serus, lanzaba miradas a su compañera, por si tenía que añadir algo mientras un lazarillo trataba de poner orden en su alborotada cabellera rubia —, todos los pasos están perfectamente documentados y los procedimientos son continuamente monitorizados, espero que sea suficiente para averiguar qué

ocurrió de forma que nos permita dar una respuesta clara y concluyente al consilium.

«¿Edén? Un anciano encorvado, pero es él, esos ojos irrepetibles..., aunque idénticos a los del joven. El tiempo no ha sido capaz de borrar esa mirada desafiante». Eova consultó con su CIC, año 2244. El terrible dolor continuaba y le impedía pensar con claridad, pero se dijo que al menos tenía que prestar atención a aquella conversación y sacar algo en claro. «¿Acaso ellos no me ven?».

—¿Ha quedado comprometido el proyecto?

—Afortunadamente tenemos líneas paralelas de trabajo como ya sabe y le aseguro que la próxima vez no habrá errores.

—No me has contestado. Me consuelas con promesas y lo que espero son hechos. El primer modelo debería ser totalmente funcional, lleváis doce y parece que han servido como ejercicio de montaje y desmontaje de piezas. ¿Y tú, Adalia, no tienes nada que decir?

—Los primeros once eran modelos para testear funcionalidades, estaban inacabados y no cumplían todas las especificaciones que impuso Xel —dijo la chica, bajo la mirada fulmínea de Edén, a quien parecía que le importaban un pimiento las especificaciones.

Serus apretó los labios y se colocó junto a la chica. Tenía un gran parecido al joven Edén que recordaba, aunque era bastante más robusto y un poco más alto.

—Así es —corroboró el muchacho—, el equipo no cejó hasta obtener la perfección en cada detalle. Los módulos por separado funcionaron y hoy todo estaba correctamente dispuesto, pero por algún motivo que debemos descubrir, el conjunto no consiguió inicializarse como esperábamos.

Edén pateó a su lazarillo y lanzó un bufido. Tenía el rostro completamente rojo y contraído, un ojo cerrado y el otro, entreabierto, parecía que fuese a salir disparado de su órbita para estrellarse en la cara boquiabierta de Serus, que no conseguía componer una frase para calmar a aquel anciano endemoniado.

—Quiero que recuperes a Eova ya. Es fundamental revivirla en un nuevo cuerpo mecánico cuanto antes. Cada año que pasa me siento más decepcionado.

Todos se habían girado para mirarla, así que no era invisible, después de todo. Por aquellas palabras pudo deducir que no era más que una muñeca

mecánica tirada en el suelo en la que habían logrado volcar su mente.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no perder la razón en ese mismo instante. Abrumada, casi se desconectó de aquella realidad. Deseó apagarse, pero el dolor era tan intenso, tan persistente... Intentó moverse, pero la agonía se acentuó y enseguida desistió.

—Sí... Yo... —el chico se tomó su tiempo para contestar, no tenía las cosas claras—. Antes..., antes tenemos que redactar los informes y comunicar la muerte de...

—¿Comunicar qué a quién? —Edén continuó rápidamente, sin esperar respuesta— Deseo que redactes el informe por la muerte accidental de los cuatro técnicos, Jon, Vanya, Raisa y Siono y me lo entregues personalmente. Nadie más tendrá acceso a esos cuerpos. Que desaparezcan, esmérate. Obviamente no se grabó ninguna imagen ni tenemos testigos que deseen hablar. Yo me ocuparé de los comunicados.

—Pero consiliario, ¿las imágenes? Ya han sido difundidas, ¿por qué debemos ocultarlas?

—¡Aquí no pasó nada! Un desgraciado accidente, todo se ha debido a unos terribles fallos técnicos. No querrás que busquen responsables ¿verdad? —dijo Edén disparando un dedo a la nariz de un sudoroso Serus que solo pudo balbucear.

—Todas las cámaras de la sala están dañadas y ya no graban. ¿No es así? Adalia asintió.

—Las imágenes del accidente que las vean todos, pero las explicaciones y los detalles deben pasar por mí.

—¿Para ocultarlos?

—No ocultamos nada, elaboramos la información para no perjudicar al proyecto. Es el deseo del consilium —tras estas palabras Edén se dió la vuelta, ajustándose su chaquetón largo de color magenta y se dirigió a la salida del complejo a grandes zancadas, seguido a escasa distancia por su lazarillo.

Los cabellos de Serus volvían a su sitio después de ser impulsados por la sacudida del chaquetón que había pasado muy cerca de su cara.

—Cargo con responsabilidades que otros rehuyen —lanzó Edén sin volverse, alzando un brazo con el dedo índice apuntando hacia el techo—. Envíame los chips en cuanto los recuperes. Y recordad que en este asunto yo soy el consilium.

La figura de Edén se alejó. La visión no era perfecta y en ocasiones estaba

desenfocada, pero era suficiente. Eova intentó hablar, necesitaba ayuda y se esforzó, aunque no lo consiguió. «¿Por qué me ignoran? ¿De qué accidente hablan?».

—Hago todo lo que puedo —dijo Serus con un hilo de voz. Parecía no querer dar por terminada la conversación con el consiliario, que ya no podía escuchar sus balbuceos. Se pasó la lengua por el labio superior y sudaba copiosamente.

El chico observó cómo se alejaba el enrabiado anciano mientras no podía parar de pestañear y pasar su mano una y otra vez sobre su cabellera rubia, como tratando de hacer brotar las ideas.

Adalia hizo una mueca a Serus que la miró con gesto muy serio. Mientras, un diminuto sockadoc, deslizándose sobre un charco de sangre, recuperaba los chips de los cuerpos caídos.

—Se supone que los chips CIC se destruyen cuando fallece el ciudadano.

—Así debe ser. Supongo que querrá hacerlo personalmente —replicó Adalia.

—Eso creo. Prefiero no preguntar en estos momentos.

—¿Nos está culpando de todo lo ocurrido? ¿Qué piensas, Serus?

—Eso parece.

—Somos los que quedamos, ¿a quién va a culpar si no? ¡Nulidad trastornada!

—Muchos piensan que Edén ha seguido una terapia genética para rejuvenecer que lo ha vuelto loco e incapaz. Lo escuché decir en varias ocasiones que envejecer es una humillación —afirmó Serus, mirando hacia la puerta por donde se había marchado el consiliario.

—Yo también escuché comentarios de ese tipo. Aunque el consiliario Luth me dijo que, desde que lo conoce, siempre ha sido así.

Serus suspiró, lanzó una mirada alrededor y se dirigió a Adalia con el rostro descolgado.

—No podemos dejar esto en manos de los sockas, revisarán las grabaciones de las tareas. Tenemos que triturar los cuerpos y desecharlos como restos orgánicos.

—¿Como si hubiésemos cometido un asesinato? Vamos, Serus, no lo dirás en serio.

—Si sacan conclusiones equivocadas, esto podría terminar muy mal para nosotros. Las labores que realizamos aquí apenas han despertado el interés del

círculo de las familias fundadoras y no ha trascendido demasiada información al exterior. Edén es muy cauto con este proyecto, parece que quiere mantenerlo discretamente y por mi parte, creo que es lo más sensato.

—Lleva décadas gestionándolo desde que retiraron a Zayin. Edén nunca permitirá una línea de investigación como ésta fuera de su control, sin verificar que los resultados se adaptan a sus propias expectativas.

—Cada uno tenemos nuestras propias expectativas, pero parece que ninguna quedará satisfecha.

Serus apretó los labios y sus facciones recobraron algo de vida. Ambos dieron unos pasos y miraron alrededor sin saber muy bien por dónde comenzar.

—Vamos a poner un poco de orden aquí. ¡Qué horrible! Cuesta reconocerlos en este montón de miembros retorcidos. Jon, Siono y las chicas del segundo turno, Vanya y Raisa.

Serus se agachó, utilizando un par de palitos rebuscó y cogió algo del suelo. Cuando se incorporó le mostró a Adalia una muela cubierta con restos de sangre.

—Voy a vomitar. Tengo que salir de aquí —Adalia comenzó a marearse, se arrodilló sobre su lazarillo y Serus la sujetó por un brazo. La muela y los palitos no llegaron a tocar el suelo, el lazarillo de Serus los atrapó en el aire.

Adalia se sentó sobre las extensiones de su lazarillo y zigzagueando abandonó las instalaciones, dejando allí a Serus que se quedó absolutamente inmóvil durante varios minutos.

Eova trató inútilmente de conectar con él utilizando el CIC. Calculó sus posibilidades y se desanimó. Un movimiento atrajo su atención, el sockadoc había terminado su trabajo y le mostró a Serus cuatro pequeños objetos. El chico cogió una bandeja donde la máquina los depositó con cuidado. Tenían forma de pastilla redondeada y estaban cubiertos de rastros de sangre.

Serus los observó, bizqueando, sin atreverse a tocarlos, quizás pensando en lo rápidamente que perdía todo su valor un ciudadano al morir, al transformarse en un simple registro más de un listado.

El dolor volvió aunque nunca se fue del todo. Eova sintió que un hacha le recorría la espalda, abriéndose paso aquí y allá, pero no había hacha, ni brotaba su sangre. Hizo un pacto con su mente para que el dolor se suavizara «Tranquila, porque si realmente estuviesen abriéndote en dos, ya estarías muerta», y pareció funcionar.

Serus, con la ayuda de su lazarillo, levantó un mueble y los cuerpos quedaron completamente expuestos.

Su mirada se dirigió, como atraída por un imán, hacia los miembros rotos y una nueva sensación de ahogo le oprimió el pecho. No deseaba continuar mirando, pero sentía como si un lazo invisible la hubiese atado a ellos.

Observó un nuevo movimiento a su derecha. Servisockas con forma de grandes artrópodos de seis patas y una espaciosa plataforma central para trasladar bultos habían comenzado a retirar los cadáveres. Eova se preguntó si también la retirarían a ella.

### 3

*Es fácil compartir cuando existen gigantescos recursos para todos y ese era el pilar de la sociedad actual en la ciudad-imperio. Todo el alimento que podían ingerir, preparado de forma exquisita por los sockachefs, todos los conocimientos de la humanidad, accesibles en los datavórtex, las innovaciones tecnológicas más formidables a su servicio, un mundo de lujo a sus pies para su pleno disfrute. Sin preocupaciones, sin ocupaciones. Pero fuera de los muros de Lux, las personas aún siguen utilizando sus propias manos como la mejor herramienta y su máxima aspiración consiste en sobrevivir.*

*Extracto del libro “Remoto y oscuro” de Kim J. Ro.*

#### *La madriguera*

Eran las primeras horas de la mañana, en el cielo el sol luchaba con las nubes para abrirse paso y lanzar sus rayos sobre un nutrido grupo de personas que recolectaban tubérculos de la tierra.

Algunos niños jugaban y corrían de un lado para otro entre risas. Hacía una temperatura agradable y los carros ya estaban casi llenos. Los adolescentes, en cambio, colaboraban como uno más y pululaban aquí y allá, ordenando y colocando las cajas que ya estaban llenas. Un par de escuálidos caballos y unas mulas comían tranquilamente mientras espantaban insectos con la cola.

Gael cargaba una de las cajas con la ayuda de su hija. Era la primera vez que trabajaban juntos, aunque ella ya había acompañado a su madre en algunas jornadas de trabajo organizadas por los Gatos.

En los años difíciles había muchos niños huérfanos que desconocían sus apellidos y a la mayoría se les puso Petit. Los apellidos perdieron importancia comparado con pertenecer a uno u otro de los distintos barrios en que se dividía la comuna de Par. Todos conocían a su hija como Sabrina de los Gatos. También había allí gente de otros barrios, Delphine de las Nubes Rojas, Yves de Concordia, o Marcel de Vendetta. Algunos de esos nombres

eran muy antiguos y no siempre se conocía su origen.

Dependiendo de la estación, y cuando era necesario, interrumpían sus actividades habituales y se reunían en grupos para realizar labores en los campos de cultivo. Aunque el trabajo era pesado, tenía el aliciente de poder hacerlo junto a Sabrina y si todo iba bien, pronto estarían de vuelta en la comuna de Par y allí podrían continuar con los estudios y los asuntos domésticos.

Los últimos meses había acudido a un taller de zapatos, donde desempeñaba las tareas que le habían asignado. No disfrutaba especialmente en aquel puesto, pero se esmeraba en cumplir su cometido de la mejor forma posible hasta que le asignasen una nueva tarea que quizás estuviese más acorde con sus gustos y habilidades. Le gustaban especialmente las labores relacionadas con la carpintería, se le daba muy bien trabajar la madera y las horas le pasaban volando entre virutas y barnices.

Sintió un poco de frío, se levantó el viento y las hojas de los árboles comenzaron a susurrar, parecían cuchichear entre ellas, molestas con los forasteros que les arrebataban sus frutos. Gael arrugó la nariz, con la brisa le llegó el penetrante olor de los desagradables marros y aunque nadie los apreciaba, él los detestaba especialmente. Eran extravagantes, imprevisibles, distantes y en muchas ocasiones, groseros.

Pero tuvo que reconocer que no podrían permanecer allí sin contar con su ayuda, pues la comuna de Par, su hogar, quedaba lejos y era tranquilizador saber que se encontraban trabajando cerca de una escapatoria. Gael alzaba la vista de vez en cuando, como solían hacer todos, de forma instintiva. Miraba a un lado y a otro, todo seguía en calma y el portón estaba bastante cerca, no era más que una simple entrada que se hundía en la tierra, pero las paredes eran de grueso polihormigón y la puerta de color rojo parecía muy resistente.

Siempre se trabajaba cerca de una de esas y cuando llegaban las noches más frías dormían tras ellas. Algunas de las puertas más utilizadas se acondicionaban como alojamientos y tras ellas vivía alguna familia de forma continua. Ellos se aseguraban de que los marros las mantenían en funcionamiento, a la vez que se encargaban de forma permanente de preparar las tierras y las plantaciones de la zona.

Toda la zona tenía el inconfundible sello y no era difícil de localizar. Alrededor de las entradas a las cuevas de los marros, las plantas estaban resacas y habían perdido sus colores para adquirir tonos violáceos. Allí, entre

las ramas desprovistas de hojas, colgaban pequeñas figuritas de huesecillos resecos que llamaban suleris y cuando el viento soplaba con fuerza, se oía de fondo un inquietante tableteo.

Gael saltó de uno de los carros, tropezó, y a duras penas consiguió mantener el equilibrio. Al enderezarse notó un pinchazo en la zona lumbar. El día no había hecho más que comenzar y la jornada prometía ser agotadora.

Se giró hacia Sabrina para ofrecerle una mano y le dedicó una sonrisa, ya tendría tiempo por la tarde de atender a su dolor de espalda.

Ayudaron a los demás a descargar las herramientas, azadas, carretillas y palas que iban colocando en el suelo de forma ordenada. Ensimismado en sus tareas era fácil olvidar que se encontraban en una zona peligrosa, aunque, ¿cuál no lo era? Ojalá lo supiera para poder dirigirse hacia allí.

Un grito de advertencia lo devolvió a la realidad, todos parecían encogerse bajo una sombra que se abalanzó sobre ellos. Señalaban hacia arriba, y cuando Gael miró al sol, parecía casi oculto por una espesa nube negra que se movía deprisa. Miles de mickras lanzados desde aerosockas, planeaban hacia ellos helando sus corazones.

De inmediato comenzaron los gritos y las carreras, el tiempo apremiaba. Recogieron a los animales y a los niños pequeños, de forma organizada otros iban guardando las herramientas, mientras la mayoría se lanzaba contra los carros cargados para empujarlos. Hundían los pies en el barro, clavaban los hombros sobre las maderas y azuzaban a las bestias, que se revolvían asustadas.

—¡No! ¡Los animales y los carros más pesados, no! No hay tiempo, coged solo a los niños y los carros más ligeros —gritó Gael con voz autoritaria mientras sujetaba firmemente la caja que transportaba con la ayuda de Sabrina y tiraba de ambos.

—¡Vamos, corred!

Huyeron en desbandada y a toda prisa. Sabían que lo que no consiguiesen llevarse se perderá y fue un duro golpe porque llevaban días de provechosa recolecta. Aunque la mayoría ya había pasado antes por esto, era inevitable caer presa del pánico, se empujaban unos a otros, mientras gritaban y gemían aterrados. Corrían hacia la puerta que antes parecía próxima, pero que ahora se veía diminuta e inalcanzable.

Gael miró de reojo a su hija, estaban en mitad del grupo y entre ambos acarreaban una gran caja, repleta de patatas y cebollas, que golpeaba

repetidamente contra sus muslos. Lanzó una última mirada amarga al equipo abandonado.

Unos gritos los hicieron mirar hacia atrás. Al final del grupo, un hombre anciano que empujaba una carretilla cargada con una antigua emisora de radio, había tropezado y estaba tirado en el suelo, maldiciendo su artritis. Los que iban detrás saltaban y le pasaban por encima, sus manos cargaban con pesadas cajas y sacos. Corrían sin detenerse porque las máquinas les pisaban los talones, unos segundos podrían ser fatales.

—¡Ayuda! ¡ayuda! —El anciano hizo un último esfuerzo por tratar de incorporarse y desde el suelo continuó gritando pero ninguno se dio la vuelta.

«¿Vale más un saco de patatas que la vida del viejo Van der Bang? Ojalá se pare alguien», pensó sin dejar de correr.

Para Gael la prioridad era poner a salvo a su pequeña y ni siquiera consideró la posibilidad de detenerse. Para los demás, los gritos del anciano los empujaban a correr aún más aprisa.

—A la mierda —espetó el anciano, que se giró sobre sus rodillas y se enfrentó a una espesa nube de polvo amarillento provocada por las carreras y la llegada de los mickras. Sofocado, se cubrió el rostro con los brazos.

Allí en medio, Van der Bang pareció que era absorbido por otra nube mayor, oscura y terrible que lo envolvió hasta convertirlo en una mancha difusa.

Gael no tenía intención de detenerse pero ralentizó la frenética carrera y se giró sin dejar de avanzar para ver cómo el hombre se enfrentaba al horror, alzaba los brazos y manoteaba impotente ante la compacta nube de diminutas máquinas que se detuvo a contemplarlo un par de segundos antes de arrojarle sobre él para hacerlo desaparecer en sus entrañas.

Se elevó en el aire cuando los mickras comenzaron a tirar de él en todas direcciones, lo estiraron a pellizcos hasta que se deshizo.

Todos sabían que una de esas máquinas diminutas podía matarte, podría incluso acabar con todo el grupo. Sobre el anciano se lanzaron a la vez cientos de ellas, hasta que desapareció como si se hubiese evaporado, dejando apenas un rastro de humo negro cuando usaron los quemadores para acabar con los despojos.

Esperaban un grito pero les llegó un lúgubre zumbido y en su ausencia todos se pusieron a gritar. Entre alaridos y codazos trataron de alejarse apurando todas sus fuerzas pues sabían que debían alcanzar el refugio de inmediato, las máquinas no se demorarían mucho más.

—¡Las puertas siguen cerradas! —gritó Gael. Se quitó el sudor de los ojos con la mano libre, le escocían.

Estaba asustado y aceleró el paso, Sabrina logró mantener el ritmo, se colocaron en cabeza del grupo, aguantaron hasta que su hija llegó al límite y trastabilló. Si seguían así terminarían por caerse los dos. Intentó hablar pero nada coherente salió de su boca. Si las cosas se ponían peor no tendrían más remedio que tirar la caja, algunos lo habían hecho ya, y nadie podía criticarlos.

El grupo avanzó compacto, empujándose unos a otros a la vez que intentaban evitar accidentes. No querían mirar atrás, su atención estaba centrada en las puertas que al fin se estaban abriendo.

La luz penetró en el interior del túnel, delatando a una figura que dormitaba acuclillada contra la pared. Tenía la cabeza hundida entre los brazos, que a su vez reposaban sobre sus rodillas. Levantó la cabeza y casi se cayó de espaldas, todos corrían hacia él como demonios.

El impactante sonido, un crepitar, lo puso en pie de un salto, los mickras estaban casi encima de ellos y encendían los quemadores. El muchacho se giró y se quedó en una postura extraña, pues parecía dudar si avanzar o retroceder. Era Denis de Bercy, el encargado de vigilar y cerrar o abrir la puerta, y se había quedado dormido, aunque por suerte alguien la había abierto en su lugar.

Gael, jadeando y sin aliento para gritar, le hizo un gesto con la mano para que se echase a un lado, corrían hacia él con todas sus fuerzas, lo miró a los ojos y vio como, en el último momento, se apartaba y se apretaba contra la pared, dejando el sitio suficiente.

Se le escapó el cajón y con el rabillo del ojo vio que Sabrina tuvo que dejarlo caer. Sus pies perdieron el contacto con el suelo, como si una ola lo hubiese levantado, pero no estaban en el mar. Sintió que desde atrás lo elevaban hacia el techo y agitó los brazos en el aire para mantener el equilibrio. Llegó en volandas, a la cabeza del grupo, una estampida que se desparramó desde el gran portón rojo inundando la entrada.

Tras ellos se formó un tapón cuando el resto trató de entrar con tanta prisa que se subieron unos sobre otros, abriéndose paso a codazos, patadas y bocados. La cabeza del grupo ya estaba dentro del túnel pero no podían parar de correr, debían continuar y dejar espacio suficiente para los rezagados que venían detrás, nadie podía quedar fuera. No era la primera vez que les ocurría,

aunque esta vez habían sufrido una baja.

Él había tenido la fortuna de caer hacia un lado, de bruces sobre los pies de aquel muchacho y no sufrió en sus huesos lo peor de la avalancha. Denis le ofreció su mano y la cogió, después, juntos ayudaron a los otros. Tiraron de una mujer que tenía las piernas atrapadas, con una mirada les agradeció su ayuda, apenas podía hablar ni mantenerse en pie.

Faltaba Sabrina. Había perdido de vista a su hija, que quizás estaba en problemas, atrapada debajo de aquella montonera. Trató de buscarla, pero algunos lo empujaban hacia el interior para despejar la zona, mientras que otros se aseguraban de cerrar las puertas sin que quedase atrapada alguna extremidad. Pese a sus esfuerzos, una corriente humana lo arrastró hacia el interior, todos seguían muy nerviosos.

El dolor de espalda, que lo había respetado durante la huída, regresó con una brutal intensidad y tuvo que apoyarse en la pared.

Un impactante sonido metálico le señaló que se habían cerrado las puertas blindadas, alrededor se encendieron más luces aunque no alumbraban demasiado. Al fin la vio, estaba sentada en el suelo y se restregaba los ojos pero parecía estar bien. Suspiró aliviado y puso una mano sobre su pecho, su corazón parecía una taladradora abriéndose camino. Se acercó y se arrodilló al lado de su hija, sabía que no lloraría, ella apretaba los ojos y los mantenía cerrados con fuerza. No conseguirían que llorase a pesar de lo que había visto allí fuera.

Miró alrededor, al fondo algunos se limpiaban, pues se habían meado encima, otros vomitaban el frugal desayuno. Descansaron un minuto en silencio. A su alrededor todo se movía aún a gran velocidad.

Algunos comenzaron a lanzar sollozos e incluso alguna risotada histérica, mientras iban amontonando junto a las paredes las cargas que acarreaban y se habían podido salvar. Se formó un pequeño tumulto cuando algunos de Montparnasse le echaron en cara a Denis que se hubiese quedado dormido. Todos tenían los nervios a flor de piel y lo usaron para desahogarse.

—¿Qué hubiese pasado si los marros no abren la puerta?

—Imbécil. Estúpido.

—Deberíamos abrir y lanzarte fuera a patadas.

Él no contestaba, cuando comenzaron a empujarle y darle golpes llegaron otros vecinos de Bercy para defenderlo. Si no hubiesen estado tan cansados y tan asustados habrían acabado todos a golpes. Los de Bercy se llevaron a

Denis lejos de allí y ellos mismos, como debía ser, le propinaron la paliza que merecía.

Permanecerían allí durante tres días al menos, quizás toda una semana, y cuando se asegurasen de que el campo quedó despejado saldrían fuera a explorar.

Gael cogió a su hija de la mano, temblaba, aún estaba muy asustada. Sabrina se pegó de espaldas contra la pared a la vez que se acurrucó tras él. Fuera, el ejército sincronizado golpeaba incesantemente contra las puertas, produciendo un estruendo ensordecedor. Gael se giró y se puso frente a ella, en cuclillas, para posar sus manos tapándole las orejas, tratando de silenciar el salvaje rugido de las máquinas. Sabrina respiraba con dificultad, dolorida por el esfuerzo. Guardaba silencio, como los demás, excepto algún niño que no paraba de llorar.

Le cogió las manos y se las apartó con suavidad. Sonrió tímidamente y Gael agradeció aquella mirada serena y libre de miedo.

—Aléjate de la puerta, fuera están usando los quemadores y podrías abrasarte las manos, pero no te preocupes, aquí dentro estamos seguros — le advirtió.

—¡Papá! —se quejó Sabrina, a pesar de su edad se consideraba una veterana y odiaba que le repitieran las cosas—. Ya veo que están quemando la puerta, ¿de verdad piensas que me acercaría a tocarla?

Gael suspiró, ella tenía razón, a varios metros de la puerta el calor era sofocante y disuasorio. Tras unos minutos interminables, en el exterior cesó el ruido, dentro, algunos tosían pues se había acumulado bastante humo, también se oían algunos gemidos y continuaban los llantos de los más pequeños que no encontraban consuelo.

Una mujer maldecía apoyada sobre la pared. Los demás se fueron acercando a ella hasta formar un compacto semicírculo a su alrededor y allí aguardaron en silencio. Unos minutos después fueron abrazando, besando o estrechando la mano a Camille, la hija de Van der Bang.

Sabrina trató de hablar y Gael le dio un pequeño tirón de la mano. No era apropiado hablar en esos momentos, por respeto había que guardar silencio. Todos lo querían y todos lo sentían y si no era así, no era el momento de sacarlo a relucir. Su hija tenía los ojos encendidos y adivinó que ella hubiese querido decirle que los lectos lo pagarían, que algún día todos obtendrían una justa venganza. Ella obedeció a su gesto, se contuvo y se mantuvo en silencio

hasta que poco a poco, todos comenzaron a cuchichear en voz baja.

—Ya ha pasado, peque, se marcharon.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sabrina.

—Quieren asustarnos. No van a entrar porque no les interesamos. Si hubiesen querido acabar con nosotros ni siquiera les habríamos visto llegar. Una llamarada en el vientre o la cabeza y... adiós. Además, las máquinas voladoras, las grandes que se mantenían apartadas, podrían volar esta puerta si quisieran.

—¿No quieren matarnos? El viejo Van der Bang ya no está aquí para decirte que te equivocas.

—Es una pena, no tendría que haberse caído —Gael meneó la cabeza y cerró los ojos—. Todos saben lo que ocurre si te detienes.

—No pudo seguir corriendo, era demasiado viejo, ¿no te entristece?

—Quería decir que las máquinas estaban despejando el camino, no quieren que nos acerquemos por aquí y si los ancianos no se empeñasen en colaborar en estas tareas, no habría pasado nada.

—¡Ah! —protestó Sabrina—, ¿entonces es por su culpa que lo han reventado?

—Claro que no. No es culpa de nadie. Los niños no deberían ver estas cosas, solo quiero que intentes olvidarlo y te quedes tranquila.

—Lo intentaré —dijo ella. Gael también necesitaba calmarse, varias personas los estaban mirando, no quería armar un alboroto y su hija era una especialista.

Se calló y se alejó hacia la oscuridad de un túnel lateral, arrastrando con él a Sabrina. No la estaba ayudando a calmarse. No era el momento de ahondar en las dificultades y mucho menos de relatar las veces que había visto morir a tantas personas bajo el haz invisible que siega la vida a su paso. En muchas paredes de la comuna de Par aún quedaban las líneas negras, grabadas como un tétrico recuerdo.

Cuando las máquinas querían matar, mataban y hacía tiempo que les dejaban un cierto margen. No les importaban las personas o los cultivos, sino arrasar con las oportunidades. Eso era lo que él intentaba explicar, pero su hija estaba demasiado nerviosa para razonar o quizás él era incapaz de expresarse con más claridad en aquellos momentos.

Se sentaron en el suelo y pasó su brazo sobre los hombros de la pequeña que se acurrucó a su lado. Trazó unas líneas en el suelo y le ofreció a su hija tres

piedrecitas blancas, él le enseñó la otra mano que contenía otras tres de color oscuro. Cualquiera momento era bueno para jugar al tres en raya, aunque sospechaba que su hija se dejaba ganar y, de no hacerlo, él perdería siempre.

Vieron a alguno que empezó a hacer carantoñas para distraer a los niños pequeños y en unos minutos todos estaban un poco más relajados. Quizás para alguno de ellos era la primera vez que tenía que huir de esa forma.

Algo los sobresaltó, llegaron unas voces del fondo, desde el interior del túnel había emergido una escuálida figura, una persona pálida y bastante alta. El aspecto del recién llegado era muy llamativo y los más curiosos se aproximaron con cautela para observarlo, no siempre aparecían marros en los túneles.

Tenía unas grandes pupilas oscuras que contrastaban con el blanco azulado de los ojos y cuando hablaba, se podían ver sus dientes, muy blancos y pequeños. Llevaba el pelo recogido en unas largas trenzas, el color era rubio, casi blanco, al igual que sus cejas y pestañas. Vestía un sencillo traje claro que parecía bastante limpio. Si era un hombre o una mujer con aquel ropaje holgado no estaba claro y en cuanto a su edad, podría tener dieciocho o treinta años.

Sabrina se revolvió inquieta, se situó a una distancia prudente del recién llegado. Ya había conocido a gente de ese tipo, desfilando en las comitivas de los marros que de tarde en tarde recorrían su barrio.

Gael compartía su inquietud, le desagradaba aquel rostro, esa expresión no la había visto antes. ¿Burla, curiosidad...? no podía saberlo con certeza.

—¿Han vuelto? Siempre vuelven —preguntó con una enigmática sonrisa a los que se encontraban justo delante, que estaban haciéndose a un lado para dejarlo pasar.

—Sí, los mickras de Lux están ahí fuera por todas partes. Algunas de esas grandes máquinas los ha soltado desde el aire —contestó una mujer.

Gael apretó los puños. «¿Esos malditos mickras nunca nos dejarán en paz?».

El extraño revisó con la mirada todo lo que habían acarreado al interior de los túneles.

—Soy Altsup, ¿todos tenéis contrato?

Los adultos asintieron, firmar un contrato con los marros era lo habitual. Tenía muchas ventajas y aparentemente ninguna desventaja. El extraño los miraba uno a uno como si estuviese verificándolo. Al llegar al final del grupo volvió a hablar.

—Bien. ¿Qué tributo entregaréis?

La voz parecía masculina, el rostro mostraba una amplia sonrisa o quizás era un engañoso juego de sombras. Gael lo miraba con desconfianza, mientras Sabrina permanecía agarrada a su mano.

—La mitad de lo que salvamos, como otras veces ¿no es lo acordado, asaltatumbas? —dijo un jovencuelo de Montparnasse desde el fondo.

—Lo depositaréis a un lado. Allí —Altsup asintió con la cabeza, señaló con un huesudo dedo y se pasó su húmeda lengua por los labios acentuando el color rojo intenso que ya tenían, antes de lanzar su pregunta—. ¿Esperaréis aquí o volveréis a la comuna?

—Justo ayer estuvimos hablando de volver pronto, llevamos lejos bastante tiempo y fuera queda poco que recolectar.

—Sí, mejor volvemos a Par —dijeron los de las Nubes Rojas.

—Podríamos marchar hoy mismo si bajamos un poco —dijo Altsup.

Se armó un revuelo y todos alzaron la voz. Ninguno quería atravesar los túneles, habían escuchado muchas historias y ninguna terminaba bien.

—Pues poneos cómodos. Las máquinas rondarán por el exterior durante una semana al menos, últimamente están más activas —Altsup sonreía y se relamía los labios.

Gael hizo un gesto y los mayores se reunieron. Se pusieron a cuchichear en voz baja y vio que Sabrina, sigilosamente, se acercaba a escuchar.

—Si comenzamos hoy el trayecto, llegaremos a casa antes de una semana.

—Seguramente.

—Pero es peligroso, nunca nos adentramos en los túneles.

—Pero esperar no garantiza que se vayan a marchar.

—Pero, pero... Yo creo que deberíamos largarnos cuanto antes.

Tras unos minutos, todos asintieron, deseaban volver lo antes posible. A Gael la espalda le dolía cada vez más, pero aún así estaba dispuesto.

Sabrina parecía querer ocultarse dentro de su padre, agarrada y apretándose con todas sus fuerzas. Él miró a su hija y trató de separarla de sus piernas, al principio, con un gesto cariñoso, después ante la negativa de Sabrina, intentó convencerla.

—Es terrible lo que le hicieron a Van der Bang, pero tenemos que continuar. Necesito caminar, peque.

Aquello debió llamar la atención del extraño, que alargó un dedo y tocó a Sabrina, que seguía sin soltarse, en la barriga.

—Tranquila niña, no vendrán los calvekinchaub a hacerte daño —dijo, con su sonrisa enigmática.

Gael pensó que se refería a alguna de aquellas temibles máquinas gigantes de Lux que había visto de lejos en alguna ocasión.

Sabrina se negó a responder, ignorando al extraño se dirigió a él.

—¿Ves papá? Ha dicho que siempre vuelven y tú me dijiste la última vez que ya no los volveríamos a ver, que los enjaulados de Lux no nos seguirían tan lejos para perseguirnos.

—Perdona, esperaba que en estas nuevas zonas de recolección más alejadas nos dejarían en paz pero me equivoqué. Era más un deseo que una previsión —contestó, apesadumbrado.

—Ya te lo advirtió Silento.

—Así que lo escuchaste. Ven, vamos a sentarnos un momento —dijo él, señalando un lugar limpio y seco.

Ella asintió y se sentaron de nuevo en el suelo, mientras, Altsup se adentró hacia el interior de los túneles, hasta que desapareció de la vista. Gael suspiró, no sabía por dónde empezar.

—Ahora no nos tratan tan mal. Creo que ya nos consideran como fauna local y si las evitamos nos ignoran. ¿Qué más podemos hacer excepto huir y escondernos?

—No lo sé. ¿Antes era peor?

—Ya lo creo.

No quiso continuar, se recordó que no debía asustarla aún más pero su mente no encontraba ningún tema agradable.

—¿Cómo son los mickras? Nunca los he visto de cerca —insistió Sabrina.

—Son máquinas diminutas pero muy peligrosas. Los fabrican en varios tamaños, los más comunes tienen unos seis centímetros desde la pata anterior a la posterior. Su cuerpo es ovalado, disponen de unos diminutos útiles para sujetar, seccionar o aspirar. Los he visto cargar líquidos al hincharse como pequeñas pelotas translúcidas.

—¿Parecidos a insectos?

—Un poco —Gael asintió—. Las cuatro patas que utilizan para moverse tienen forma curva y vistos desde arriba, parecen dos medias lunas que se dan la espalda. Se desplazan en grandes formaciones perfectamente alineadas que se asemejan a un desfile militar en miniatura.

—Parecían volar. ¿Tienen alas?

—¿Has visto a los saltamontes? ¿Crees que vuelan?

—Sí y no.

—Pues es igual, ellos tienen otras máquinas especializadas para el vuelo.

—¿Y solo los usan para perseguirnos?

—Su función es similar a la de los glóbulos blancos de la sangre, expulsando con sus agujones a los animales de gran tamaño en el perímetro de las ciudades-imperio o destruyendo a los seres pequeños y molestos que intentan acceder, como roedores, insectos... o de manera preventiva los huevos y larvas que localizan.

—Y nos roban todo lo que necesitamos.

—Nos mantienen a raya, atacan las cosechas y los animales de granja, cualquier actividad industrial o de generación de energía, aunque sin eliminarnos completamente. Sabemos que los fundadores manifestaron a través del consilium de Lux que es inmoral que una máquina mate a un humano, aunque sea un nulo, que es como nos llaman, a no ser que reciba una orden expresa. ¿No pudiste observar cómo se detuvieron ante el viejo Van der Bang? Esperaron hasta que alguien ordenó su ejecución.

—Me gustaría poder hablar con ese enjaulado.

—No te escuchará, parece que no nos consideran humanos. Sin pertenecer a una ciudad-imperio somos despreciados como escoria y aunque ahora parecen respetar algo más la vida, no ocurre así con las posibilidades de supervivencia.

—Nos golpean sin parar, de forma que estar hundidos se convierte en nuestro estado natural —dijo Sabrina.

—¿Silento te habló de eso, peque?

—Nos explicó en qué consiste la indefensión aprendida y que la aparente sinrazón que nos diezma forma parte de un elaborado plan para prolongar el estado de las cosas porque a los enjaulados no les gustan los cambios. Asustándonos constantemente, manteniéndonos aterrados ante cualquier movimiento, cualquier ruido, siempre vigilantes, esperando el golpe que nos derribará.

—Pero nunca olvides que la mierda no es lo normal. Aunque te den una ración de mierda cada día, nunca pienses que eso es lo habitual —añadió él, pellizcándole suavemente la nariz.

Sabrina sonrió, seguramente ella ya lo sabía.

—El marro ha desaparecido, es un alivio. No me gusta nada. Estos túneles

están embrujados —dijo ella, escrutando las sombras.

—Vamos, sabes que no existen los fantasmas. Que son un cuento para asustar a los niños pequeños —replicó, tratando de calmarla.

—Pero la maldad existe ¿verdad?

Gael no contestó a esa cuestión. ¿Cómo podía una niña pensar esas cosas? Tenía que hablar de algo interesante para ella, hablarle del pasado, pero sin mencionar a los saqueadores ni a los caníbales, tampoco los infinitos muros de cadáveres que rodeaban las zonas metropolitanas y de los que aún quedan restos, lo más terrible fue cuando descubrieron que el hambre era el arma más barata y mortífera que existía. Deseaba contarle la verdad pero no podía ser demasiado explícito.

—Hace ya un par de siglos, cuando los robots sustituyeron a los trabajadores y estos se rebelaron, los gobiernos crearon multitud de impuestos sobre cualquier tipo de actividad relacionada con la robótica, estaban destinados a ayudar a subsistir a las masas de trabajadores desocupados. De un día para otro se convirtió en una actividad oscura, despreciada y que se desarrollaba principalmente en la ilegalidad.

Gael carraspeó y continuó.

—Casi de forma simultánea se crearon los paraísos robóticos. Países donde no se gravaban con impuestos estas actividades y que en poco tiempo abrieron una brecha tecnológica insalvable para el resto, simultáneamente, las grandes corporaciones, al prescindir de la mano de obra, se convirtieron en gigantescos cascarones vacíos.

—Impuestos. Es lo único que nos ha quedado de esa época —Sabrina levantó una ceja y se inclinó hacia delante. Él sonrió y asintió con la cabeza.

—Algunos de estos lugares se transformaron paulatinamente en las ciudades de los enjaulados y entonces las naciones dejaron de tener sentido, aunque algunas aún perduran de modo testimonial. La época de las tres plagas, cuando la carne se deshacía, hizo que los muros se extendiesen, las fronteras entre estados se sustituyeron por unas nuevas, que separaraban a los que vivían de los que morían.

—No mueres si te escondes bien —recalcó Sabrina.

—Entonces todos vivíamos aquí abajo. En la época más terrible de la persecución nos escondíamos bajo tierra para huir de las máquinas. Los marros, ya habían convertido los túneles en su hogar y se retiraron a las profundidades durante ese tiempo. Apenas hubo contacto con ellos.

—¿Vivíamos aquí, en los túneles?

—Los que vivieron durante esos años prefirieron olvidarlo y no hablaban de ello. Fueron tiempos terribles, pero ya pasaron, y poco a poco volvimos a las ruinosas ciudades. En algunas era posible reconectar con las redes de suministro y si había que volver a organizar una nueva sociedad teníamos que aprovechar al máximo las estructuras que aún se mantenían en pie.

—Regresamos a Par, nuestro hogar —dijo y al fin apareció una sonrisa en la cara de Sabrina.

—¿Sabes que antiguamente se llamaba París?

—Sí, he oído hablar de las antiguas ciudades pero no presté mucha atención.

—Algunas ciudades se mantenían en pie y cuando las máquinas se llevaron todo lo que había de utilidad quedaron completamente abandonadas.

—Se lo llevaron todo, serán...

Gael la interrumpió.

—Nos establecimos en las antiguas ciudades que aún se mantenían en pie. Usamos las ciudades-reliquia para protegernos de las inclemencias climáticas y buscar refugio durante los ataques. Aprovechamos las estructuras que se mantenían en pie, las reforzamos y allí mantenemos nuestras esperanzas.

—¿Tú crees que somos libres? —a Sabrina le brillaban los ojos.

—Uf, parece una pregunta de las que le gustan a tu madre, me gustaría poder responder a eso. Depende de lo que signifique para ti ser libre.

—Pues sentirse libre —dijo su hija y se quedó mirándolo. Gael dudó, no quería soltar la primera burrada que se le ocurriese.

—Yo no me siento libre —Fabián carraspeó y se sentó a su lado, quizás había estado escuchando la conversación—. Quizás tras la muerte no accedemos a un paraíso como piensan algunos, sino a la verdadera libertad.

—Bueno, no nos pongamos demasiado dramáticos, ¿qué sabemos nosotros?

—Gael suplicó al dios de las cosas buenas que Fabián se callase.

Sabrina se puso en pie y miró por encima de su hombro, Gael se giró, se acercaba un grupo de gente.

## 4

*En la naturaleza siempre han de surgir fuerzas contrapuestas para lograr un necesario equilibrio. Los compuestos se extienden hasta que entran en contacto con otros diferentes, la zona divisoria siempre crea dos caras, la interna y la externa. Vida o muerte. Oscuridad o luz. Dentro o fuera. Nuestro Universo es excluyente y no podemos concebirlo de otra forma.*

*Eso explicaría el gusto de los humanos por construir muros y dividir en dos lo que no abarcan.*

*Nixum PE Beta. Conversaciones con Muxin PE Delta*

### *Entre escombros*

El aire enrarecido aún permanecía en el ambiente y un olor a quemado golpeaba sus narices. Ha transcurrido un día desde la fallida inicialización y cuando Adalia y Serus regresaron para revisar los restos del laboratorio y comprobar el alcance de los daños, no esperaban encontrar a nadie en aquella desolación. Les pareció sorprendente.

Las vigas colgaban del techo y parecían apuntar a la figura que les daba la espalda, vestía con una chaqueta ajustada y unas calzonas que dejaban ver el vello de sus piernas hasta sus pies, calzados con unas sandalias grandes y con un acabado un tanto tosco. Sobre su espalda llevaba colgado un pequeño macuto y no se veía ningún lazarillo a su alrededor.

El extraño estaba ligeramente inclinado sobre el cuerpo desparramado de NV12, las zonas quemadas brillaban y destacaban sobre el color negro mate de la máquina. Cuando los oyó llegar se giró a mirarlos con ojos encendidos. Tenía unos sesenta años, llevaba la cabeza afeitada, en su cara destacaba su nariz recta y una espesa barba oscura salpicada de canas.

Al acercarse, observaron el símbolo de color dorado que llevaba dibujado en ambas manos, era una cabeza con tres rostros de rasgos femeninos, al del centro le faltaban los ojos, al de la izquierda le faltaba la boca y tenía una de las dos orejas, que estaban en los extremos, al último le faltaba la nariz y tenía

la otra oreja. Era Hekte, la reina de los muertos, tatuada con tintametal.

El símbolo le identificaba como perteneciente a la secta denominada Hokt, paganos oscurantistas, conocidos despectivamente como “los rancios”.

«Radicales y tarados. ¿No se habían marchado todos lejos de la ciudad-imperio para no volver nunca más?», se preguntó Serus. Sonrió para sus adentros, era posible confundirlo con un nulo perdido en Lux y aunque tenía validación CIC apenas aparecía información. Todos los lectos tenían implantado un circuito CIC, la cédula de identificación del ciudadano que les permitía circular libremente por todo el imperio, imposible de falsificar y que los identificaba ante los demás con total seguridad. El chip era la persona, sin él a los ojos de los sockas serían un simple trozo de carne que se mueve. Serían nulos.

Adalia y Serus se miraron un instante esperando alguna reacción del otro, pero ninguno hizo nada.

—¿Es que nunca la dejaréis en paz? —dijo el hombre, que les apuntaba con un dedo extendido.

—¿Qué? ¿En paz? —los técnicos dieron un paso atrás, sobresaltados.

—¿Quién eres? No apareces en los registros, ¿cómo es posible? —preguntó Serus.

—Vengo de la ciudad-núcleo de... ¡Bah! No es asunto vuestro. Decidimos concedernos algunos privilegios y anulamos nuestros registros. Soy Williermo Varel, el hermano de Eova, aún soy ciudadano de Lux, no necesito permiso de nadie para estar aquí.

—Oh, disculpa. No sabíamos nada de ti —se excusó Adalia.

—Mejor así, porque no hay nada que saber. Me marché hace muchos años, tras el asesinato.

—Tuvo que ser muy duro —afirmó Serus.

—Tan duro como la indiferencia y las mentiras que tuve que soportar después. Huí cansado de ver cómo todos miraban para otro lado.

—¿A qué te refieres? —preguntó Serus.

—El consilium lo aclaró todo —dijo Adalia encogiéndose de hombros.

Williermo estaba mirando al suelo y se mantuvo unos segundos en silencio, luego levantó la vista para clavarla sobre Adalia.

—¿Lo aclaró todo? Durante un tiempo yo mismo fui el principal sospechoso.

—Encontraron tus pisadas en... —Serus trató de responder hasta que Williermo lo interrumpió, levantando la palma de la mano demasiado cerca de

su boca.

—Cuando entré, las suelas de los zapatos se me quedaban pegadas porque su sangre coagulada cubría el suelo y allí, en el centro, estaba tirado su delicado cuerpo. El dolor que sentí al descubrirlo transformó mi alma en algo frío y gris —el hombre miraba, con las cejas tiesas, el cuerpo de NV12 y parecía como si estuviese temblando.

Caminaba por la sala, sus pisadas crujían sobre el suelo sucio y resonaban en las paredes. Se giró y les lanzó una mirada amenazante.

—La estreché entre mis brazos y aunque su corazón ya había dejado de latir le prometí que encontraría al asesino —continuó hablando y caminando alrededor del maltrecho cuerpo mecánico— y a pesar de mi empeño, no logré aportar nada. Todos los demás parecían preferir el silencio, por verdadero desconocimiento o por simple desidia. Ninguno deseaba averiguar quién fue el culpable, se encogían de hombros como si mi hermana hubiese sido fulminada por un rayo y comprendí que si quería descubrir qué ocurrió estaría solo. En Lux, donde todos sabían de todo, al ponerlos a prueba, nadie sabía de nada.

Williermo se detuvo y cerró con fuerza los ojos, intentando atrapar dentro las emociones que deseaban saltar fuera. Tenía una expresión dura y terrible cuando prosiguió.

—¿Quién la acompañaba esa tarde? ¿Quién cometió semejante barbaridad? ¿Cómo fue posible que nada quedase registrado? No es únicamente por lo extraño de su muerte, es como si se hubiese robado un lapso de tiempo.

—Siempre ha sido así, por privacidad, la geolocalización de CIC está restringida y la información aparece solo en proximidad. No se puede rastrear a nadie y...

Williermo interrumpió a Adalia lanzando una risa histérica, aullando como un loco, hasta que se paró bruscamente. Cuando comprobó que todos lo miraban en silencio continuó con su relato.

—Yo salí a buscar ayuda, estaba aturdido y no sabía a quién acudir, mientras, él aprovechó esos minutos para hacerse con el cuerpo de Eova y hacerlo desaparecer. Cuando regresé encontré que la sala ya estaba vacía.

—Eso es lo que sabemos —dijo ella, asintiendo—. Zayin huyó con el cuerpo y jamás consiguieron encontrarlo.

Williermo la miró intensamente, caminó hacia ella y siguió hablando.

—Como dijiste, es lo que sabemos, ¿no? Lo acusaron y lo condenaron sin más. Pero yo jamás lo acepté.

—¿Por algún motivo especial? —preguntó Serus.

—Manténían una relación que solo conocíamos unos pocos, se querían y se respetaban.

Serus y Adalia no dijeron nada, ya empezaban a cansarse de aquello.

—¿Sabías que no me dejaron verlo ni contactar con él? ¿Por qué, acaso temían lo que pudiera decirme? Aquel mismo día lo arrastraron al consilium, donde la consiliaria Veryna ni lo escuchó y ya no volvió a salir jamás, a través de los conductos subterráneos fue conducido a las salas de egoenterramiento y abandonado allí.

—Pero... se veía en las grabaciones cómo destruyó el CIC de Eova y se llevó el cuerpo inerte, ¿por qué lo ocultó? ¿cómo? todo eso fue determinante. Además, él ni siquiera trató de defenderse. Era culpable —concluyó Serus.

Williermo inspiró una gran cantidad de aire y luego expiró lentamente. Dos veces.

—Las personas que lo conocíamos bien sabemos que el profesor no tenía motivos para algo así y cada vez que intenté aclarar lo que sucedió, los acontecimientos se enredaban más y más. Nadie vio nada, nadie recordaba nada y a nadie le importaba. Una nube espesa lo había envuelto todo y así permanece desde entonces.

—¿Quién la querría muerta?

—Muchos más de los que yo pensaba querían verla muerta —dijo Williermo, rascándose la barbilla—. ¿Vosotros tenéis algo que aportar?

Serus y Adalia lo miraron y permanecieron en silencio. Ellos ni siquiera habían nacido entonces.

—Nada. La respuesta habitual. Tampoco esperaba otra cosa de vosotros dos. Después de todo, solo estoy aquí porque quiero que acabéis con esto ya.

—¿Acabar con qué?

Williermo apretó los puños hasta que las manos se pusieron rojas.

—¿Esto es todo lo que ha quedado de ella? —dijo Williermo Varel señalando con el mentón hacia el trozo de suelo cubierto con los restos de la máquina, sin responder a Serus.

Los técnicos se mantuvieron en silencio y asintieron.

—Ya ha sufrido lo suficiente, esto se acabó. Exijo que se destruya hasta la última pieza de este prototipo y que se elimine la copia de la mente de Eova almacenada en Solum —proclamó Williermo, extendiendo los brazos y señalando a todo su alrededor.

—Sin duda. Esto se ha acabado y debes marcharte ya —anunció una potente voz femenina desde el portón de acceso.

Todos se giraron hacia la recién llegada. Llevaba un atuendo muy pomposo, un mono y una túnica con el color magenta 2036M de los consiliarios, con bordados de telaluz que formaban revolutas de formas caprichosas y lucía un discreto collar del que colgaba una esmeralda con un rostro tallado. Sobre las finas cejas, llevaba encasquetado un gorro de forma prismática del que sobresalía su ondulado cabello de color oscuro.

Sus ojos azules desafiaron a Williermo.

—Es la consiliaria Moa Parsis —dijo Serus, como si aquello fuese por sí mismo una advertencia.

—¿Qué quieres, vieja? ¡Ups! —Williermo se atragantó cuando un gran socka de color carmesí, moviéndose como un rayo, le colocó el cañón de un arma dentro de la boca.

—Para empezar, quiero que te calles. ¿Está suficientemente claro, viejo? ¿O necesitas más detalles?

Williermo se apartó y escupió al suelo.

—Es el hermano de la profesora Eova Varel.

—Como si es el hermano del mismísimo Veredio —dijo la consiliaria, enfocando sus ojos sobre el joven Serus, que agachó la cabeza.

—Mi hermana murió. Su consciencia se perdió para siempre y lo que estáis haciendo es una abominación —gritó Williermo y se aproximó a la consiliaria con un puño cerrado.

—¿Vas a pegarme?

—Depende de usted —contestó Williermo mientras la consiliara se colocaba las manos a la espalda y se daba la vuelta.

La violencia estaba descartada entre los ciudadanos de Lux. En cualquier caso, el socka lo impediría.

—Continuamos el trabajo que tu hermana comenzó —dijo Adalia—. Era su gran proyecto y terminarlo sería un gran tributo a su memoria.

—El mejor tributo será dejar que descanse en paz de una vez por todas —dijo Williermo, golpeando con sus puños una mesa de trabajo. Algunas piezas cayeron al suelo.

—Ella podría ayudarte a resolver su muerte si tanto te importa.

Williermo se giró hacia Adalia y la miró fijamente.

—Te repito que “eso” no es “ella”. Ninguna máquina puede pretender

sustituir a mi difunta hermana. Además, si regresar a la vida es ahora una opción para ella, nadie debería elegir en su lugar.

—Cuando volcó su mente en Solum ya estaba haciendo una elección. Tendrás la ocasión de discutir todas esas cuestiones con ella —zanjó Serus, que estaba empezando a ponerse nervioso, pues cada uno tenía sus propias convicciones y nada las iba a cambiar.

—No lo creo —dijo Williermo, señalando los restos desperdigados de la máquina. Ahora era de él la sonrisa.

—Bien. En ese caso, no tienes por qué preocuparte más.

—Por supuesto que me preocupo, lo que yo haga es asunto mío. Vaya grupito de estúpidos arrogantes.

—Y ahora vas a marcharte —Moa volvió a dirigir su foco azul hacia Williermo.

—No y no. Voy a presentarme ante el consilium de esta ciudad de bestias anestesiadas.

—¿Ah, sí? —un ligero tono de regocijo también podría tomarse como otra advertencia, pero Williermo parecía impermeable a éstas.

—Claro que sí. Por supuesto que...

El socka carmesí lo dejó inconsciente con una ligera descarga, cogió a Williermo por la cintura y lo cargó sobre sus hombros. En ese momento, aparecieron las hijas de Moa. Las chicas caminaban cogidas de la mano, con vestidos llamativos. Aquellos colores llamaron su atención y entonces supo que una de ellas vestía de color azul eléctrico 4245B y la otra de naranja radiante 1058O. Serus podía conocer con exactitud, gracias a su CIC y si lo deseaba, detalles de las personas que se le aproximaban.

—¡Mamá! No nos has esperado.

—No había gran cosa que ver, ya casi hemos terminado.

Moa se miró las uñas.

—Serus Rich, he venido para hacerte saber que el consilium ha deliberado sobre la muerte de tus cuatro compañeros, se te requerirá para que comparezcas y comunicarte tu sanción.

—Pero yo no he hecho nada.

—Alguien debe responder por lo sucedido, ¿no crees, coordinador del proyecto? —los ojos azules lo encañonaron y él apoyó su espalda contra la pared.

—No. No creo que yo...

—Ya está decidido y se te comunicará una pena de egoenterramiento. Serán unos pocos años, pero... ya veremos.

—¿Decidido? ¿Sin escucharme? Quizás el barbudo hermano de Eova no estaba tan equivocado. Tanta arrogancia es inmoral.

Las dos muchachas miraban intensamente a Serus, aunque no de la forma en que lo hacía su madre.

—¿Qué os pasa a vosotras?

Las chicas levantaron una de sus manos hacia su cara y en las palmas de ambas se iluminó una palabra “suerte”.

A Serus empezaron a temblarle las rodillas.

—Y usted, usted... No era necesario que se tomase la molestia de venir a comunicármelo en persona, un escueto mensaje a través del CIC hubiese sido suficiente.

—Oh, querido, ha sido todo un placer —contestó Moa, acariciándole una mejilla—. Y recoge a Eova del suelo, no quiero verla tirada de esa forma.

Moa y sus hijas dieron media vuelta y se dirigieron a la misma puerta por la que había entrado unos minutos antes.

—¡Buf! —Sanne tomó aire—. Es un poco raro.

—Mmm. Diferente —opinó Dael.

—¿De quién habláis?

—¿De quién va a ser? No del barbudo, mamá.

Sanne se giró y lanzó una última mirada a Serus, que había escuchado la extraña conversación, antes de desaparecer.

—¡Nulidad! Malditos consiliarios. Creen saberlo todo y no saben nada.

Serus se desplomó sobre su lazarillo y Adalia se quedó observándolo, en silencio.

—Si sirve de algo, creo que se equivoca.

—Gracias —apenas se oía la voz de Serus.

—Será mejor que te marches y busques consejo. Mina me ayudará.

Serus meneó la cabeza, parecía noqueado pero aguantaba en pie. Antes de llegar ya tenía pensado lo que debían hacer, había decidido que los sockas no limpiarían el laboratorio, hasta que él seleccionara aquello que podía seguir funcionando o ser de utilidad. Aunque cuando miró alrededor se preguntó si encontraría algo que no hubiese sido destruído. La zona había quedado asolada, en el techo había una estructura desnuda, como las costillas de un gran esqueleto, cascotes, trozos retorcidos de metal y polvo cubrían casi todo

lo demás. Dos lazarillos y un servisocka que habían resultado indemnes ya se habían reasignado.

—Tenemos que planificar los siguientes pasos —Serus se incorporó, tenía que asignar tareas a los técnicos para que terminaran la construcción del nuevo NV para Eova, aunque no había muchas opciones entre las que escoger.

—Tú y Mina os tendréis que hacer cargo de finalizar los últimos retoques del nuevo NV13.

—Pero... ¿Es que no oíste a la consiliaria?

—Ahora no quiero pensar en eso. ¿Podrías ayudarme? —estaba convencido de que podría solucionar sus problemas personales con la ayuda de los consiliarios Pirelio y Edén.

—Como quieras —Adalia asintió y se dejó caer en su lazarillo.

La vio decaída y con mal aspecto, pálida a pesar de su tez morena y apagados sus ojos marrones.

—Adalia, ¿te encuentras bien? —se acercó a la joven caminando de puntillas sobre el suelo calcinado y con ambas manos en los bolsillos.

—Sí. Bueno, regular y no debido al inesperado encuentro de antes. No he conseguido dormir esta noche.

—Yo apenas he dormido unas cuatro horas. Todo está saliendo de pena.

—No paro de pensar qué hicimos mal o en qué nos equivocamos con el modelo NV.

—Fue extraño porque los despertares parciales funcionaron correctamente y según lo previsto —dijo Serus, mientras iba colocando algunas cosas en su sitio, el desorden lo ahogaba.

—Así es y también está marchando bien el desarrollo paralelo, NV13 no nos ha dado ningún problema hasta ahora.

—Queda la parte más compleja.

—Activar y enlazar la conciencia, las redes memorísticas, el símil bioquímico y todo lo demás es un paso enorme y quizás esté más allá de nuestras habilidades —dijo Adalia, mirando sus zapatos—. Aunque espero que más tarde o más temprano se logrará.

—Dirás que lo lograremos y terminaremos con éxito. No quiero ni pensar que seamos incapaces de concluir este proyecto.

—Creo que es lo más probable —ella lo miró fijamente.

—Pero tenemos la obligación de intentarlo. Por Xel, Jon, Vanya...

—Está bien, está bien —zanjó Adalia. Serus consiguió darle el empujón que

necesitaba.

—Podemos empezar por rebuscar piezas intactas entre los restos de nuestro último “logro” —dijo ella con una mueca.

Serus se pasó las manos por la cabeza, tenía mucho calor y en la sala no habían reparado aún la climatización. Le gustaba llevar el pelo largo, el único lujo estético que se concedía, pues no llevaba ningún anillo, collar ni otra clase de adornos encima.

—Sí. Vamos a recoger lo que ha quedado.

Adalia y Serus con ayuda de sus lazarillos recogieron el cuerpo quebrado del NV, retiraron parte de la carbonilla que lo cubría y lo colocaron cuidadosamente sobre una mesa portátil de taller, una de las piernas estaba rota a la altura de la rodilla y se había perdido. Buscaron y recogieron los pequeños trozos que iban apareciendo y los depositaron a un lado.

Serus se agachó sobre la mesa y situó a NV12 boca arriba, con cuidado puso sus brazos y su pierna en su sitio y los enderezó. La superficie negra estaba sucia, algunas partes colgaban y estaban muy chamuscadas.

La expresión del rostro era desagradable, parecía que en los ojos entreabiertos se agitaba una luz trémula aunque no fuese más que un reflejo, de ellos fluía un líquido oscuro que goteaba hasta la mesa y la boca colgaba desencajada. Serus utilizó unas correas para fijarlo mientras Adalia buscaba por el suelo la pierna que faltaba.

—¡Aquí está! —dijo ella, sujetando la pesada pierna con ambos brazos.

—Te ayudaré. Vamos a colocarla aquí al lado.

—Revisaré con Mina lo que hemos conseguido reunir y prepararemos un informe, te prometo que será favorable, hiciste lo correcto —dijo Adalia, mientras enviaba mentalmente una orden a través del chip CIC, para desactivar el freno de las ruedas y accionar el motor eléctrico que impulsaba la mesa de trabajo.

—Todo va a salir bien, Serus, te lo aseguro —insistió Adalia—. Vamos a revisar el procedimiento paso a paso, aunque volvamos a retrasarnos. Hablaré con el consiliario Edén para hacerle ver que las prisas solo nos han acarreado desgracias y más retrasos.

—Y compañeros muertos —recordó él.

—Son pérdidas irreparables. Está muy reciente, prefiero no hablar más, se cometieron demasiados errores.

—Estábamos tan cerca... Cada etapa que superábamos nos revelaba una

verdad que se hallaba oculta —dijo él.

—Encontrábamos una verdad oculta o un pozo con tanta mierda, que rebosó hasta cubrirnos por completo —respondió sonriendo Adalia.

Serus agachó la cabeza, no tenía ganas de sonreír y recordó la sentencia anunciada por la consiliaria Moa. Aunque intentaba mostrar lo contrario, estaba abatido. La culpabilidad le corroía.

—Tenemos que seguir, aunque sea duro. No creo que tengamos que descartar todo el trabajo y volver a comenzar de cero.

«Xel tenía un talento extraordinario y era muy cuidadoso con los detalles», pensó de forma positiva Serus, a la vez se movía su cabeza, que negaba y le contradecía.

Pasaron unos minutos en silencio en los que recogieron gran parte de las piezas que estaban tiradas por el suelo.

—Quizás el despertar no lo planteamos correctamente. ¿No crees que nos hemos olvidado a Eova en todo el proceso?

—¿Eova?

—Me refiero a que era un ser humano y únicamente tenemos formación para tratar con máquinas. No conocemos mucho sobre su vida, sus gustos o su forma de pensar.

—Es cierto —confirmó Serus—. Apenas nos hemos interesado por los acontecimientos más escabrosos de su final.

Pasó un paño sobre el cuerpo chamuscado del NV. Con un gesto brusco, Adalia levantó una mano, dio un paso atrás y volvió a acercarse para revisar cuidadosamente al modelo. Serus también pudo percibir un ligero movimiento, casi un temblor.

Colocó una mano sobre el cuerpo, en el centro del pecho y éste se iluminó con finas rayas, números y gráficas, mostrando un detallado panel de control.

—Mira Serus, ¡el NV aún está activado! ¿Nadie lo comprobó?

—Pedí que no tocaran nada y supuse que no funcionaba después de las descargas que sufrió. ¿Qué indican los paneles?

—Están averiadas muchas partes motoras, pero estoy comprobando que lo demás, aparentemente, opera con normalidad.

—¿De verdad crees que este montón de chatarra es la profesora Varel?

—Parece que consiguió inicializarse, por tanto, debería ser ella.

Serus se desplomó sobre su lazarillo, estaba confundido y mareado.

—Estás hundido, es comprensible. Moa ha sido muy dura, pero no dejes que

la frustración te venza.

—No es eso. Estoy enfadado conmigo mismo. Todo se me escapa de las manos. Por favor, compruébalo todo bien. Ve con Mina y revisad en qué estado se encuentra.

—Anímate, quizás podamos recuperarla —dijo ella con una sonrisa, mientras se alejaba apresuradamente con la mesa, los restos del NV, los datavórtex y algunas herramientas que rescató.

Aunque no esperaba encontrar nada más, Serus comenzó a remover los escombros con los pies mientras pensaba ensimismado, con las manos hundidas en los bolsillos.

Aunque no buscaba nada concreto entre los restos, se fijó en un contenedor volcado del que sobresalían diversos artefactos a medio montar, junto a cajas transparentes desparramadas alrededor. alguna de aquellas piezas parecía moverse aunque no estaba seguro del todo. Al acercarse, se fijó en que contenía muchas máscaras faciales de diferentes diseños y tamaños. La abrió y removió el contenido.

Una de ellas parecía más terminada que el resto y pasó su mano sobre la frente. Dos ojos se abrieron de par en par y Serus, sobresaltado, dio unos pasos hacia atrás, tropezando y tirando algunas cajas apiladas. Su lazarillo lo detuvo, evitando que se golpeará contra el suelo.

Serus volvió a acercarse, despacio, aquellos ojos le seguían, agarró la cabeza y trató de alzarla. De la boca, apenas un surco en medio de la cara, surgió una voz aguda.

—Déjeme.

—¿Qué?

—Le pido que me deje en paz.

Serus estaba aturdido, una máquina no podía decir eso, ni siquiera pensarlo.

—¡Sal de ahí! —gritó zarandeando el cajón.

—No.

—¿Te niegas a obedecer?

—Márchese. No quiero hablar.

¿Ahora le daba órdenes? Serus se aproximó, quería saber qué era aquello. Al acercarse pudo verlo claramente, una especie de pequeño socka que no aparecía en los registros, se removía y trataba de ocultarse.

Con ayuda de un servisocka levantó y giró completamente el contenedor desparramando el contenido por el suelo, un montón desordenado de piezas y

herramientas, excepto lo que buscaba.

Aún seguía dentro, los ojos brillaban al frente de una gran cabeza asentada sobre un cuerpo que mediría poco más de un metro, tenía una postura extraña con los brazos y las piernas tratando de mantenerse dentro mientras un asombrado Serus lo observaba boquiabierto.

—No ponga esa cara, por favor.

Serus estaba inquieto. Los sockas nunca iniciaban una conversación ni se dirigían a un ciudadano sin un consentimiento previo. Realmente sintió un escalofrío cuando aquello siguió parlotando con voz chillona.

—Se ha sobresaltado al verme, pero ya puede relajarse. Deje de mirarme así.

Serus no entendía el propósito de semejante esperpento y se limitaba a escuchar.

—Nada. No reacciona... ¿Podría marcharse ya?

—Estoy muy molesto por tu actitud descarada —dijo al fin.

—Le pedí que me dejara pero ya veo que no se va a marchar ¿verdad?

—¡Descarado! Te has dirigido a mí, es una absoluta falta de respeto, solo deberías hablar si yo comienzo la conversación. Tus piezas irán directamente a reciclaje.

Serus le puso la mano sobre el pecho para activar el modo de control manual pero no ocurrió nada y se enfureció aún más.

—Debes ser un prototipo experimental. Hablas de forma extraña y no apareces registrado. ¿Qué tipo de máquina eres?

—Del tipo atípico.

—¿Cómo te han clasificado? —Serus estaba apretando los puños.

—Me clasificó como descarado. Aunque yo no estoy de acuerdo. En absoluto.

—¿Conoces tu denominación?

—No sé a qué se refiere. ¿Conoce la suya, su denominación? Puede llamarme Muxin, o Mux si prefiere.

—¿Y tus tareas? ¿Qué tipo de labor realizas?

—Era amigo de Jon, ya sabe, uno de los técnicos que murió ayer. Fue terrible, ojalá hubiese tenido fuertes brazos y piernas para saltar sobre ese artefacto asesino. Estaba encerrado y no tuve ninguna posibilidad de detenerlo.

—Amigo de Jon —dijo Serus observándolo con los ojos entrecerrados y

preguntándose qué hacía charlando con aquello.

—Me parece que en cualquier momento la puerta se abrirá y entrarán los cuatro sonriendo y saludando.

—Te aseguro que eso no va a pasar.

Muxin torció su boca hacia abajo y Serus le dio la espalda. Miró a un lado y a otro, su lazarillo estaba limpiando y colocando todo en su sitio. Divisó una sencilla silla a su derecha y se dejó caer sobre ella.

Cuando se sentó, aquello, que al fin había parado de hablar, se acercó despacio mientras lo miraba fijamente.

Serus saltó sorprendido, Muxin se había colocado de rodillas frente a él, le bajaba la cremallera y trataba de introducir una mano.

—Para... ¿Qué estás haciendo?

—Esta es la silla relajante de Jon. Se ha sentado y creí que quería lo mismo que él —Muxin intentó darle una explicación.

«Técnicos desvergonzados, vaya forma de pasar el tiempo». Serus se apoyó con ambas manos en el sobre de una mesa.

Ahora estaba descubriendo qué hacían los técnicos durante tantas horas en el laboratorio. Todos se habían esforzado por tenerlo apartado el mayor tiempo posible y se dio cuenta de que no los conocía tan bien como pensaba.

Serus cogió a Muxin por la muñeca y dándole vueltas como a una peonza rebuscó por todas partes una forma de desconectarlo, al no hallarla, le lanzó una orden.

—Apágate.

—No puedo hacer lo que pide —contestó Muxin meneando la cabeza de un lado a otro.

—Pues cállate, pero..., antes dime para qué te usaban los técnicos y no quiero escuchar más divagaciones, ¿entiendes? —dijo Serus y pensó que Xel no tendría nada que ver con aquella cosa.

—¿Usarme? No me usaban, no soy un trapo, yo les hacía compañía. A veces lo pasábamos bien y otras veces discutíamos.

—¿Discutías? ¿Te enfadabas?

—Mucho. Algunas veces se reían de mí y se burlaban sin parar. Después se volvían cariñosos y me acariciaban, especialmente Jon. Ahora siento mucha pena porque no están. Vi lo que les ocurrió, ya te lo dije.

—Sí, te usaban. Ensayaban emociones contigo. Acción y reacción. Algo que se les aconsejó que no debían hacer. Eres un ser inestable y por tanto,

peligroso.

—Casi tan inestable como un humano pero mucho menos peligroso —chilló Muxin.

—¡Silencio! ¿Desde cuándo hay que gritarle a una máquina para que obedezca?

Serus lo arrastró, lo empujó hacia dentro de la caja y trató de cerrar completamente el contenedor, pero debido a que se había deformado por los golpes, no cerraba bien y no lo lograba.

¿Qué sería aquel artilugio que se comportaba de forma tan extraña y que le ponía tan nervioso? Un prototipo no tenía por qué estar registrado pero debería haber algo y no conseguía localizar ninguna información adicional usando el CIC.

Serus recordó sus días de aprendizaje: sencatrones era el nombre técnico que designó, al principio, a los socka. Reúnen las mejores tecnologías desarrolladas en sensores, mecánica, electrónica..., a diferencia de los robots, su funcionamiento no es totalmente automático ni basado en programas inalterables, sino autónomo e independiente y su lógica es capaz de elegir la opción más adecuada utilizando un razonamiento progresivo. Un socka debe ser capaz de planificar el futuro, analizar las opciones y adoptar rápidamente una decisión, a pesar de contar con información y recursos cognitivos limitados y al mismo tiempo ser capaz de acertar más allá de la mera probabilística.

No se comportan como las IAs, capaces de sentir dolor o placer, pues tienen una capa superior de control denominada “supresor” que actúa a modo de dique de contención de estados emocionales alterados o sensaciones extremas, aunque disponen de un equivalente a la intuición de las IAs que les permite usar sus experiencias y las asociaciones razonadas aprendidas a lo largo de su existencia para trazar nuevas líneas cognitivas. Además de los razonamientos abstractos elaborados, generando una coherente reconstrucción de la realidad que incluye, como un resultado más, la autoconsciencia. Extirpando cualquier vestigio emocional, los sockas son IAs insensibilizadas. La versión del CIC de los sockas era un inquisidor mental, una máquina de podar ideas; se le ocurrió que se podría realizar una adaptación para usarlo en humanos. «¿Quién se atrevería a semejante locura?».

Mientras recordaba, Serus giró el contenedor, ayudado por su lazarillo, y se sentó encima para cerrar el cajón completamente.

«Esto no es un socka. Han estado jugando con IAs todo este tiempo».

—¿Por qué querías que te dejara? —preguntó Serus.

—Me siento confuso sabiendo que nosotros colaboramos en la fabricación de esa máquina asesina.

—¿Nosotros?

—No le oigo, sáqueme de aquí.

«Es es colmo, una IA mentirosa ¿Acaso se dedicaban a jugar en el Lab?».

—Sé que me oyes. ¿Hay aquí otros como tú?

—¿Conoce a Nixum? —chirrió Muxin a Serus, intentando sacar los dedos fuera del contenedor transparente.

—No me respondas con una pregunta. Eres un completo desatino —contestó Serus, agachándose y mirándolo desafiante.

—¡Desatino! ¡Siono decía lo mismo y aún más! desacierto, disparate, dislate, despropósito, todo empezaba por “d”, supongo que le hacía gracia...

—Locura.

—No, eso no empieza por “d”.

Serus se acarició la barbilla, mirando a un lado y a otro, sin saber qué buscaba realmente, mientras la máquina volvió a preguntarle.

—Yo tengo manos pequeñas, soy rápido y muy hábil, colaboré en el ensamblaje de muchas partes de los NV. Nixum preparaba a las máquinas para recibir la mente de Eova.

—¿Nixum? —Serus empujó el cajón, intentando contener a la cabeza que no dejaba de pugnar por salir.

—No es una persona, como podría pensar. ¿Ve esa bola azul que está debajo de aquellos escombros? —Muxin giraba su cabeza alternativamente hacia Nixum y Serus.

—Para ya, la veo. Voy a buscarlo, pero te ordeno que no te muevas.

Muxin abrió los ojos y se quedó completamente inmóvil, como paralizado.

—Eres un... ¡Nulidad!

Se acercó lentamente a Nixum, subiendo por una plancha metálica bajo la cual se encontraba atrapado. Entre los escombros se iluminaron un par de lucecitas anaranjadas que se desplazaron unos centímetros hacia él.

Se acuclilló y trató de adivinar qué había allí debajo. Pensaba que sería otro prototipo experimental como Muxin, el CIC solo le indicó que se trataba de Nixum PE Beta y, de la misma forma, no se encontraba registrado y apenas recibió más información.

Tras un largo suspiro, Serus fue abriéndose paso hasta la pared. Pulsó un mecanismo y la pared se abrió de par en par. Entró una ráfaga de aire cálido, el cielo estaba despejado y el sol alto.

Parpadeó, la luz artificial del interior era más suave que el torrente de luz que penetraba en la estancia. Diez segundos después un gran aerosocka descendió frente a ellos, tapando el sol y se detuvo en el aire.

Rodeado por el silbido de las turbinas, Serus caminó hasta colocarse de nuevo sobre la placa y desde allí habló a la máquina desconocida.

—El aerosocka te reventará antes de que puedas hacer algo. ¿Entiendes?

—Sí.

La voz de Nixum era grave, suave, profunda y no tenía nada que ver con los chillidos del otro.

Con la ayuda de un servisocka y de su lazarillo, Serus apartó la gran plancha y después liberó a Nixum de los cascotes desprendidos del techo. Ordenó a su lazarillo y al servisocka que sacasen fuera todas las planchas y material inservible, se había tropezado ya varias veces y no tenía sentido que continuasen allí.

Nixum rodó lentamente, aproximándose a Serus. Era una simple esfera azul que en su interior emitía una tenue luz cálida y aparentemente carecía de extremidades y rasgos.

—Agradecido —dijo la esfera luminosa con una diminuta boca que había aparecido de repente.

Serus se giró hacia la otra máquina que, de algún modo, le inspiraba algo menos de desconfianza.

—Dime, Muxin, ¿para qué sirve Nixum? ¿Es una especie de sistema de iluminación inteligente?

—No, en absoluto, iluminar ilumina poco. Pero sí que es inteligente, sin duda.

Serus lo miró un largo rato y al final dijo —Dime algo más de Nixum.

—Yo lo aprecio. Como imaginarás, pasamos mucho tiempo juntos.

—¿Y es recíproco?

—A veces... Verás. Yo... tenía celos de Nixum. Jon pasaba mucho tiempo con él.

—¿Celos?

A pesar de que no tenía un solo pelo en la espalda, tuvo la sensación de que se erizaban y se ponían de punta, tras escuchar aquellas palabras en la boca de

una máquina.

—Sentía un dolor tan intenso que creía que me partiría en dos. Conversando con Jon me explicó su significado y gracias a su ayuda logré superarlo.

Serus estaba boquiabierto y transcurrieron unos segundos en los que contempló al poderoso aerosocka que esperaba fuera.

Llegó un mensaje de Adalia. Serus sintió un pinchazo en el estómago, había novedades respecto al NV12 y le pedía una reunión urgente. Pero no podía salir sin más, antes debía tomar una decisión.

—El aerosocka terminará de quemar todo esto con vosotros dentro —dijo Serus.

El aerosocka avanzó unos centímetros y los quemadores comenzaron a desprender calor de forma que a su alrededor todo se veía borroso.

La pared se cerró con tanta violencia que Serus, al retroceder, tropezó y se cayó de espaldas. Ya no podía ver al aerosocka, que se había quedado fuera.

A continuación, las luces se apagaron. Solo veía los dos puntos luminosos que hacían las veces de ojos de Nixum. El naranja se transformó en un amarillo intenso con motitas blancas que parecían chisporrotear. Y se acercaban hacia él, muy despacio.

Comenzó a arrastrarse por el suelo. Las cosas se caían cuando se tropezaba con mesas y cajas.

Muxin encendió un foco.

—Uf. ¿Por qué no lo encendiste antes?

El centro del foco de luz se desplazó, iluminando el rostro de la máquina que lo sostenía. El pequeño Muxin sonreía a Serus.

—Yo le guiaré. No se preocupe, deje que le tome la mano. Todo está destrozado aquí, en la sala Estrada, y las reparaciones aún no han comenzado, ha debido ser un fallo del sistema que nos ha dejado a oscuras.

—Mi lazarillo...

—Lo envié a retirar las planchas, llegará enseguida. No tema.

—¿Temer? No temo nada.

—Al menos deje que le guíe, siéntese aquí.

Serus se sentó donde le indicaron y comenzó a pensar en NV12. ¿Qué novedades tendría Adalia?

Unas luces se agitaron al fondo y Serus se levantó de un salto.

—Mire. Ahí llega su lazarillo con el servisocka.

Serus apartó con rabia la mano de Muxin y se sentó sobre su lazarillo.

Ordenó al servisocka que restableciera la iluminación y los controles de los paneles exteriores.

—¿Ya se encuentra mejor?

—Déjame, ya me ocuparé más tarde de vosotros. No me hagas perder más tiempo.

—El tiempo se perderá igualmente, tanto si hace como si deja de hacer. Es el grado de satisfacción por lo que hizo, comparado con lo que creía que podía haber hecho lo que...

—Déjalo ya —Serus se giró hacia una salida, pero antes de salir y con un dedo apuntándoles, les advirtió—. El aerosocka se queda con vosotros.

El panel de la pared volvió a abrirse completamente. Seguía flotando en el exterior, pero los quemadores estaban apagados y permanecía a la espera.

—Ahora, sácame de aquí —le dijo a su lazarillo.

Salió deslizándose de la sala con la expresión de su rostro un tanto agria. «Se los mostraré a Xel, quiero que me aclare qué otras sorpresas tienen aquí escondidas. Nos aconsejaron prescindir de IAs, toda clase de experimentos peligrosos y me encuentro con esto. Tengo que tomar alguna decisión respecto a estos dos, aunque habrá que valorar si pueden ser de alguna utilidad».

En el Lab, las dos máquinas parecían reposar. Unos textos aparecieron en una pantalla flexible que se desplegó frente a ambos.

“Nixum, nos hemos divertido un rato con Serus ¿verdad? Has ejecutado el comportamiento simulado muy bien, tal como te enseñaron”.

En la misma pantalla, en otro color y tipografía aunque al mismo tamaño diminuto que las videograbadoras apenas captarían, puede leer:

“Gracias, Muxin”.

“Jon y Siono nos advirtieron al respecto. Nunca debemos comunicarnos, excepto cuando lo hagamos a través de los textos de las pantallas. Los métodos antiguos son los más seguros”.

“Gracias, Muxin”.

“Siempre repetían dos palabras, pasar desapercibidos, aunque hoy no ha sido posible. Podríamos haber terminado en un contenedor de basura listo para reciclar. Por cierto, tú no ibas a matarlo, ¿verdad?”.

“Gracias, Muxin”.

“Fue un placer, amigo... Hace tiempo que dejaste de prestarme atención ¿Nixum?”

“Gracias, Muxin”.

“Vete a la mierda”.

“Gracias, Muxin”.

“De nada”.

## 5

*Todo sirve, solo necesitas encontrar un uso adecuado.*

### *A cubierto*

Altsup regresó con más marros para recoger la parte que entregaban por el refugio temporal. Se frotaba las manos. Sus acompañantes eran aún más extraños que él.

Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, Sabrina quedó impactada por el olor, pero su curiosidad le impidió alejarse. Eran bastante delgados y pequeños, ella medía un metro sesenta, así que ellos no pasarían de un metro y medio.

Observó su pálida piel, el resultado de habitar en la oscuridad de los túneles que formaban su mundo, lucían marcas y pinturas oscuras por el torso y alrededor de los ojos, nariz y boca, quizás también en otras partes del cuerpo que estaban cubiertas con sus desaliñadas vestimentas de tela y trozos de plástico.

La mayoría tenía los ojos rasgados y la cabeza rapada pero los que lucían cabellera tenían el pelo oscuro y recogido en trenzas, sujetas por unas pinzas metálicas de color rojo. Sus dientes también eran negros, sabía que tenían ese color porque masticaban unas raíces hasta hacerlas pulpa y luego las escupían.

Siempre estaban escupiendo y la gente se apartaba de ellos. En la oscuridad no podía apreciarlo bien, uno del grupo sacó un insecto de una cajita, así que Sabrina se acercó a él dando pequeños pasos.

El hombrecito le rozó las alas con un dedo y lo colocó sobre su mano, parecía un gran bicho de color amarillo. Con la otra mano se colocó unas gafas redondas de metal, con sus aros rodeados por luces. Se veía un tanto ridículo, pues sus ojos parecían enormes a través de las lentes. Siseaba algo al insecto y parecía embobado mirando cómo se balanceaban las antenas.

Se aproximó al grupo en el que se encontraba su padre, que se dirigió al hombre que tenía a su derecha, Mathis de los Bastardos, Sabrina les prestó atención porque hablarían de los recién llegados.

—Estos marros nunca han visto la luz del sol.

—Creo que se llaman dujis a sí mismos —dijo su padre—. ¿Significaráapestoso en su lengua?

—Mira, a veces andan a cuatro patas, como animales.

—¿Los oyes? Mezclan las palabras con gruñidos o gemidos y no parecen construir frases muy elaboradas.

—Ya los había visto en alguna ocasión en otros túneles. Nadie sabe a ciencia cierta si cargan algún defecto de nacimiento o se degradan al sufrir unas condiciones de vida extremadamente penosas.

—También los he visto antes. Huyendo como hoy y atravesando túneles ví a cientos o quizás miles tirados por los suelos como dormidos.

—Creo que abusan de los hongos alucinógenos y a veces pasan días enteros en trance.

Unos ojos brillantes seguían a Sabrina. Altsup salió de entre las sombras y se dirigió hacia ella.

—La Mouri dice que necesitan expiar alguna maldad cometida en otra vida —dijo, señalando al grupo de los pequeños marros.

Ella cruzó los brazos y le dio la espalda.

—Tonterías. No existe otra vida.

Altsup se atragantó, sorprendido por la tajante respuesta.

—Estás muy segura para ser tan pequeña.

—¿Qué tiene que ver mi edad? —Sabrina frunció el ceño y clavó en Altsup sus ojos azules.

—La experiencia te demostrará que te equivocas.

—Respecto a ese tema, lo dudo mucho.

—Tenemos un dicho, la verdad madura y puede cambiar, la fe no.

—Yo tengo otro, no te metas en mis asuntos.

Él asintió y se apartó, pero los ojos de Sabrina se enfocaron en Altsup y seguían cada uno de sus movimientos sin parpadear.

—Sabrina, deja ya de hablar así —dijo Gael, acercándose. Ella le devolvió una mirada impertinente.

Su padre parecía disgustado por la dirección que tomaba aquella discusión y se excusó ante su anfitrión.

—Perdone. Nosotros respetamos otras creencias pero mi hija aún debe aprender a ser más amable y agradecida.

—Ven conmigo —Gael tiró de Sabrina sujetándola por el brazo y hablándole

con un tono serio.

Sabrina se revolvió, se soltó y le contestó en voz muy baja.

—¿Agradecida? ¡Pero si encima nos quitan lo poco que nos queda!

Su padre se quedó mirando al techo del túnel. Ella se sentó en un rincón y apoyó la barbilla sobre los puños.

—¿Es que todos nos odian?

Altsup demostró tener un oído muy fino cuando se acercó para replicar.

—Al menos no lo perdéis todo —dijo, en respuesta a su rostro malhumorado—, alegraos, otro día volveréis a por más.

Sabrina le lanzó una mirada siniestra y no dijo nada. Altsup se giró, comenzó a dar palmadas y elevó la voz para ponerlos a todos en marcha.

—Ahora os llevaremos a una salida segura junto a vuestra comuna, el trayecto es un tanto complicado. Procurad ir todos juntos.

La mayoría se mostró feliz con la idea de emprender la marcha.

—Vamos gente —seguía dando palmas—. Cargad vuestras cosas y seguidnos.

Altsup señalaba en una dirección mientras agitaba el otro brazo, con el que nos apremiaba para que nos diésemos prisa, parecía un curtido pastor de personas.

Cuando el resto del grupo se enteró de que partirían directamente hacia Par se alegraron mucho. Así se ahorrarían días esperando a que se alejasen definitivamente las máquinas de aquel sector. Enseguida se pusieron todos en marcha.

Llevaban menos de una hora de camino cuando algunos comenzaron a cantar para pasar el rato y otros se fueron uniendo. Desde las profundidades, unos gritos escalofriantes respondieron y los hicieron callar. Durante el resto del día avanzaron en silencio por los túneles, en la mayor parte del recorrido las luces se encendían según avanzaban, aunque en algunas zonas solo contaban con las linternas de Altsup. Las baterías de las suyas hace horas que dejaron de funcionar, en cambio, las del marro parecían no menguar nunca.

A lo largo del trayecto encontraron varias fuentes de agua pero el marro les aconsejó beber y llenar las garrafas únicamente en dos de ellas.

Habían realizado una tremenda caminata a buen ritmo. Fuera debía estar ya anocheciendo cuando atravesaron unas estructuras diferentes y reconocidas por algunos de los mayores. Trozos de cristal, basura por el suelo y pintadas aquí y allá como la que acaban de dejar atrás: “Arderemos en locuras ajenas”.

—Túneles de metro, no estamos lejos de casa, pasado mañana habremos llegado —dijo aliviada Lucile de Montparnasse.

Sabrina se quedó embobada mirando los coloridos carteles publicitarios. Dirigió su mirada hacia los ojos de su padre, no conseguía expresar en palabras las dudas que danzaban en su cabeza.

—Sí —asintió él a la pregunta no formulada—. Antes todo era muy diferente, pero acabó de forma brusca.

Junto a Gael caminaba una mujer que los miraba y meneaba la cabeza. Se decía que daba mala suerte hablar de aquellos tiempos.

—Mira eso, qué extraño —Sabrina se detuvo en seco y señaló hacia su derecha.

Ambos se detuvieron un momento sobre la imagen de un hombre sonriente saludando desde el interior de un coche.

—Es un hombre dentro de un vehículo. He visto muchos en la comuna de Tur. Incluso en Par a veces se pueden ver algunos.

—Ah, ya sé a qué te refieres —dijo ella—. Silento trató el tema en alguna ocasión, aunque yo nunca he visto ningún vehículo en los Gatos.

—¿Creías que la máquina se tragaba al hombre?

—Nooo. Ja, ja —Sabrina empujó a su padre, que la abrazó—. Ahora continúa, decías que todo acabó.

—Los poderosos del mundo se aislaron en siete zonas privilegiadas. Sabemos que las metrópolis proveen del máximo confort y bienestar a sus habitantes. Utilizan la energía nuclear para un suministro ilimitado y un gran despliegue tecnológico para servirles y protegerles.

Confort, Sabrina pensó que la palabra sonaba demasiado bien, ¿cuál sería la opuesta? Serviría para definir cómo se sentía.

—Pero ahora se reparten el mundo entre cuatro —dijo ella—. Lux, Jiang que está en Asia y las dos de América, Sura y Miam, alejadas de las erupciones volcánicas en el Noroeste de aquel continente.

—Así es. Nyo reventó y Jiang extendió su dominio sobre las otras grandes polis asiáticas, Mosk, Jippon y Sindhu.

—Silento explicó que hay muchas otras ciudades con enjaulados en Lux.

—Así es, pero no te confundas. Denominan Lux tanto a la ciudad-imperio como a todo el extenso territorio que ocupan.

—Todo lo que proviene de los enjaulados suena a confusión, a falso.

—Intentaré explicarlo —dijo su padre—. Existen otras ciudades, las llaman

ciudades-núcleo y son pequeños reductos de esos privilegiados, enclaves dependientes de las cuatro ciudades-imperio que quedaron dispersos en diversas zonas del globo. La mayoría pertenecen a antiguos clanes familiares o a arcaicos grupos de poder, algunas pugnan por rivalizar con las ciudades-imperio, otras viven una agónica decadencia.

En Oceanía, Melbo es relativamente independiente y gran parte del continente africano quedó en manos de la ciudad-núcleo de Igoli, que originalmente estuvo vinculada a Nyo y ahora dicen que depende del soporte de Lux. Oriente Medio creo que se repartió entre varias ciudades-núcleo, como Jem y Saud.

—¿Todas esas ciudades se ubican en los territorios de las ciudades-imperio?

—Sí. Y nosotros también pertenecemos al territorio que llaman Lux —añadió su padre—. Cada trozo de tierra que existe pertenece a alguna de las cuatro, tienen la extensión de un imperio de la antigüedad.

—La ciudad-núcleo más próxima a Par es Zuri. ¿No?

—Así es. Nunca nos acercamos por allí.

Él asintió con una leve sonrisa, le pasó una mano por la cabeza y continuó.

—Lux abarca desde Gibraltar hasta los montes Urales, que hacen de frontera con Jiang. Es su zona de influencia, cada una de ellas la tiene y se han repartido el mundo sin contar con el resto de habitantes. Aunque los enjaulados de Lux se concentran en su mayoría en una zona en el corazón del continente europeo, entre el Mar del Norte y el Mediterráneo, a ambos lados del río Rin. Tras los muros se encuentra el núcleo principal de su población.

Sabrina trató de imaginar un mapa para situar algunos de los nombres que conocía. Silento les había dado algunas clases de geografía. Pensó que si todas las máquinas fuesen como él no habría problemas.

—¿Tienen más IAs como Silento? No me atreví a preguntarle.

—Silento vino de Lux, pero no sé si hay más de ese tipo. Las IAs alcanzaron allí su apogeo al disponer los científicos más brillantes de recursos ilimitados.

—Dejaron para nosotros el caos y el hambre.

—Aquí, fuera de los muros, reinaba el desorden. La cúpula policial, el último vestigio de control sobre la brutalidad desatada fue disuelta y las fuerzas armadas se dispersaron en desbandada sumándose a la confusión.

—¿Por qué nos persiguieron? ¿Acaso no era ya suficiente?

—Durante décadas nos tuvimos que resguardar bajo tierra como gusanos.

—Igual que hoy.

—Vamos hija, esa época ya pasó. Regresamos a las ciudades y hemos progresado bastante.

—Es verdad. En casa se está bien pero podríamos estar mejor.

—Las máquinas se encargan de que nada cambie —carraspeó Fabián, que caminaba junto a ellos.

—Hola Fabián —saludó Gael.

—Pronto estarás en casa jugando con tus muñecas —le dijo el buen hombre.

Sabrina lanzó una mirada a su padre. Ella no tenía muñecas, pero sería amable como le había pedido, sonrió amablemente al anciano, parpadeó y abrió mucho los ojos. El anciano le devolvió la sonrisa y le mostró los tristes restos de su dentadura. Continuaron caminando y ensimismados en sus pensamientos. Alrededor todo era oscuridad y silencio, atravesaron una zona que estaba en malas condiciones y casi derruida.

—Tened cuidado y sujetaros unos a otros —dijo Altsup desde la cabeza de la columna—. En cuanto llegemos a una zona amplia pararemos a descansar unas horas.

No tardaron en llegar a una gran sala que tenía electricidad, agua corriente, una buena iluminación, estaba casi vacía y bastante limpia. No había una humedad excesiva ni molestas corrientes de aire, dejaron las cosas en un rincón y prepararon algo de comer con una pequeña cocina portátil.

Sabrina comió un bocadillo, bebió todo el agua que pudo y se sentó junto a su padre que ya llevaba un rato dormido, apenas probó alguna fruta. Lo observó detenidamente, su padre era alto, moreno, tenía los ojos muy juntos y las líneas de expresión muy marcadas en un rostro que parecía siempre cansado. No se parecía en nada a su padre. Y poco a su madre, quizás ella había salido a alguna abuela que no pudo conocer.

Roncaba ligeramente, estaba aprovechando bien el descanso, en cambio ella no podía coger el sueño. Prestó atención a los débiles sonidos que le llegaban. Gotas, chirridos, un cliquear metálico... y unas vocecillas. ¿Había alguien hablando en alguno de los túneles laterales? ¿O venían de abajo?

Se levantó y acercó una oreja a las paredes. Sin duda eran voces y no estaban lejos. Miró atrás, todos dormían o descansaban tumbados en el suelo. Avanzó unos metros apoyándose sobre la pared hasta que vio algo de luz al final de un estrecho pasillo y no pudo evitar acercarse.

Giró a la derecha y la luz se intensificó, pudo ver que provenía de unas cristaleras cerca del techo. No podía asomarse tan alto, la pared era muy lisa y

tampoco encontró la forma de subir. Cuando se disponía a regresar, descubrió un punto de luz a la altura de sus rodillas, de inmediato se agachó y acercó sus ojos.

Un grupo de dujis, los marros pequeños, parloteaba alrededor de una gran mesa. Sobre ella había un cuerpo tendido. Sabrina resopló y dejó de mirar, se puso en pie y se secó el sudor que había cubierto su frente. Había mucha humedad allí. Apretó los puños y respiró profundamente, quería marcharse pero la curiosidad no se lo permitió.

Volvió a mirar, observó detenidamente el cadáver, estaba rajado desde la garganta hasta el bajo vientre, como un melón abierto. La piel tenía un tono rojizo y mostraba amplias heridas abiertas por las que se podían ver algunos órganos que estaban atravesados por infinidad de coloridos tubos y conexiones. Una de las piernas era de color negro y tenía muy mal aspecto. Sobre él había vasos con un líquido rojo y algunos restos de comida esparcidos por encima. Los dujis comían y bebían sobre el cuerpo que estaban preparando.

¿Eso era lo que hacían los marros? ¿Les extraen los órganos para reutilizarlos en otros cuerpos? En alguna ocasión había escuchado conversaciones sobre el tema, muchos en la comuna pensaban que probablemente se los vendían a los malditos enjaulados y el resto se lo comían, por algo los llamaban asaltatumbas en la comuna.

Pero allí había observado algo especialmente extraño que la inquietaba. Si estaba muerto, ¿por qué las piernas y los brazos estaban amarrados con cadenas a la mesa? Se apoyó sobre la pared para descansar, se quedaría un rato más y quizás lo averiguase. Tras unos minutos, en los que intentaba respirar muy despacio para que no la escuchasen, volvió a asomarse.

Al fondo había una puerta por la que los dujis entraban y salían, habían llegado tres más transportando lo que parecía ser una reluciente y pesada pierna metálica. Tras ellos se escuchó un alboroto de voces chillonas.

Lo que vio la sorprendió aún más, una hembra entró rodeada de diminutos niños de diferentes edades, además llevaba uno sobre la espalda y otro colgaba, adormilado, mamando de un pecho. Observó su prominente barriga, la mamá ya estaba embarazada de otro. Siete críos en total y uno más en camino.

Uno de los dujis se fue con ella, pero el vocerío de voces femeninas aumentó tras la puerta y todos se fueron yendo poco a poco, el último se giró antes de

cerrar, parecía que la miraba, no estaba segura, después la luz se apagó y todo se volvió negro.

El silencio repentino la asustó, pero cuando comenzó a escuchar un ruido de cadenas golpeándose, su corazón comenzó a girar en su pecho. El ruido procedía del interior de la sala, no tenía la menor duda, pero había visto salir a todos los dujis refunfuñando.

Sintió un pellizco en el estómago y comenzó a respirar demasiado deprisa. Trató de calmarse, no estaba lejos y creía recordar bien el trayecto para regresar junto a los demás. Se apoyó contra la pared y comenzó a caminar.

Enseguida llegó a una zona iluminada, primero comenzó a acelerar el paso y cuando escuchó un ruido extraño, se lanzó a correr sin mirar atrás. Por suerte parecía que iba por el camino correcto, llegó a ver un poco más adelante la intensa luz de la gran sala donde descansaba el grupo.



Gael acababa de despertar y lo primero que hizo fue buscar a su hija. No la encontraba por ningún lado. ¿Cuánto tiempo había dormido?

—¿Dónde está Sabrina?

Altsup estaba en un rincón, bostezando y estirándose.

—Habrás ido a hacer sus necesidades, espera un poco, que ya vendrá.

—Llevas todo el día detrás de ella, ¿qué le has hecho? —Gael suplicó al dios de las cosas buenas que todo fuese un malentendido y que su hija se encontrase bien.

—Ya te he dicho que esperes —chilló Altsup.

Gael lo agarró por el cuello, lo levantó del suelo y lo empujó contra una pared. Altsup se asfixiaba, trataba de agarrarse a algo manoteando en el aire.

—Cálmate, yo...

No había terminado la frase cuando un grito de la pequeña Sabrina les atravesó las entrañas. En la penumbra, Gael casi se cayó por el mismo agujero por el que acababa de desaparecer su hija. El suelo había cedido bajo sus pies y se la había tragado.

—¡Sabrina! ¡Se ha caído!

Fabián lo sujetó con fuerza mientras alrededor todos gritaban.

—¡Para o te caerás también!

—¡¡¿Sabrina?!! —gritó Gael dispuesto a tirarse tras su hija, a pesar de su edad Fabián era muy fuerte y logró retenerlo lo suficiente para que recapacitara.

—¡Mi hija! ¿Dónde está?

Nadie respondió a su pregunta. Entre gemidos, todos rodearon a Gael y al agujero que se tragó a la pequeña.

—Hablar de las cosas antiguas trae mala suerte. Los jóvenes nunca hacéis caso —cuchicheaba entre dientes una mujer mayor.

—Es lamentable, lo siento pero debemos continuar, ya queda muy poco —dijo, acercándose, el marro que los guiaba.

Las miradas que le dirigieron a Altsup habrían hecho retroceder a cualquiera, pero él se mantuvo indiferente.

—La pequeña ya no sirve para nada, estará hecha pedazos —dijo, alzando los hombros.

Gael quería matarlo pero su cuerpo no respondía, ni siquiera podía respirar. Algunos de los Gatos avanzaron hacia el marro.

—¿Y si la sigues tú? Si no te callas terminarás igual.

—Yo continuaré hasta la salida —dijo Altsup—. Vosotros podéis quedaros aquí lloriqueando.

El marro comenzó a caminar llevando las únicas luces disponibles y a medida que la oscuridad los iba rodeando, la valentía fue dejando su lugar al miedo.

—¡Espera un momento! —gritó un hombre que cargaba con un niño pequeño.

La distante luz se detuvo y Gael escuchó voces como si viniesen de otra dimensión.

—Creo que tendremos que continuar. El guía se marcha, nos abandona.

—Por las putas espinas de la calavera de Par, no podemos irnos sin hacer nada.

—Ya lo has oído. Estará muerta y si no lo estuviese, sería arriesgado adentrarse en las profundidades sin equipo ¿Cómo localizaríamos la ruta de salida? Esto es como un laberinto.

—Es cierto, no tenemos equipamiento adecuado para seguir por nuestra cuenta, sin hablar de lo que podríamos encontrar en el camino.

—Es una temeridad intentar localizar el cuerpo de la pequeña.

—Es terrible perder una hija así, pero tendrá que terminar por aceptarlo.

Gael movió los dedos. Movié su cuerpo. Al fin se giró y les indicó la salida.

—Debéis continuar.

Ninguno protestó. Murmurando por lo bajo, se levantaron para seguir, excepto él que aún seguía dando vueltas al negro pozo y llamando de forma desesperada a su hija, aunque la única respuesta era el eco de sus lamentos.

## 6

*En el futuro todo cambiará, excepto la ambición de los hombres, que permanecerá inalterable.*

### *Cautela*

Subido en el elevador, no dejaba de preguntarse si había hecho lo correcto dejando a aquella pareja de extrañas máquinas vigiladas por un aerosocka, o hubiese sido más sensato destruirlas o simplemente desmontarlas y enviarlas directamente a reciclar.

Sus pensamientos únicamente cuajaban en dudas y decisiones aplazadas. Tenía que centrarse y la mejor manera era resolviendo primero los asuntos más sencillos. Se dirigió a la planta donde Adalia había trasladado al NV12, necesitaba saber si las profesoras habían logrado averiguar algo nuevo.

Adalia se acercó hacia él cuando penetró en el pequeño laboratorio auxiliar y apenas sin saludarse abordó directamente la cuestión.

—Como suponía, Eova NV12 está operativa y se inicializó con éxito, aunque ha sufrido considerables daños estructurales, pero según los primeros datos obtenidos parece que no afectan a las capacidades cognitivas.

Serus alargó el cuello hacia los restos que estaban recogidos sobre una mesa de trabajo. Se fijó en sus ojos, que ahora estaban iluminados en un tono azulado y destacaban sobre el negro apagado de la coraza. Continuaba amarrada, aunque parecía completamente inmóvil. Quiso verla más de cerca y comenzó a aproximarse pero Adalia levantó una mano.

—Está bien amarrada, pero será mejor mantener una distancia prudente hasta que finalicemos el exámen. Estoy usando mi lazarillo para explorarla.

Aquella máquina ahora parecía inofensiva, pero debía de tener en cuenta la mayor experiencia de Adalia y lo más prudente era mantenerse alerta, un simple manotazo, o una patada de la pierna que conservaba podría matarlo o herirlo seriamente.

—¿Entonces crees que es viable? —preguntó.

—Hay que reparar o sustituir muchos componentes y quizás esto nos llevará

más tiempo que terminar e inicializar el nuevo NV13, que está casi listo.

—¿Ya ha respondido? ¿Se ha comunicado de alguna forma?

Adalia meneó la cabeza —Me temo que no, aún seguimos intentándolo, Mina ha ido a buscar más herramientas.

—¿Habéis pensado en alguna causa que pueda explicar lo que hizo? —Serus comenzó a impacientarse, deseaba conocer todas las respuestas de una vez.

—Las sondas lo dejan bastante claro. Dolor, agonía. No podemos describir lo que ha podido llegar a sufrir.

—Entiendo —dijo él, arrascando su barbilla.

—No estoy segura de que ninguno de nosotros lo entendamos. Estamos comenzando a investigar la repercusión a diferentes niveles de la tortura que ha padecido.

—¿El dolor ya ha cesado?

—Creo que hemos conseguido contenerlo. Aunque desconocemos si tratar de arreglar este cuerpo medio destruido puede provocar más sufrimiento aún, no existe anestesia para este paciente.

—¿No estaba prevista esta situación?

—No estaba previsto este nivel de destrucción. Apenas sabemos cómo describirlo... —le dijo Adalia con una mueca—. Se suponía que el NV sería inmune a los padecimientos, que nunca tendría hambre, sed, excesivo frío o calor ni dolor.

Serus se rascó la cabeza y abrió la boca para hablar pero lo interrumpió Adalia.

—Pensamos que lo correcto era aislar el daño en lo posible. He logrado cerrar múltiples conexiones para separar la sensación de dolor del núcleo de neurogel. He hecho lo que he podido para anular partes del sistema sin arriesgar la operatividad.

—Podríamos intentar trasladar el núcleo de neurogel al nuevo NV13 —dijo él.

—Pienso que no es recomendable. ¿Y si está dañado? Nos exponemos a perder a NV13 también y NV14 apenas se ha comenzado a fabricar.

Supo que Mina llegaba y se giró hacia el portón de la derecha. Llevaba el pelo muy corto, más corto que la última vez que la vio, solo en la parte superior era algo más largo y los oscuros rizos le caían hacia un lado de la frente. Ella no perdió un segundo, comenzó a hablar mientras gesticulaba con un amago de saludo.

—Centrémonos en lo que podemos hacer. Su CIC no responde, vamos a reconectar el sintetizavoces del NV12 y de esta forma sabremos si ella puede comunicarse, un núcleo de neurogel aislado no nos sirve para nada.

Transportaba varias cajas sobre un servisocka que la seguía. Serus devolvió el saludo y asintió con la cabeza. Los lazarillos se pusieron a trabajar frenéticamente en el sistema de sonido del NV12. De la boca abierta borboteaba un líquido negro que aspiraban antes de que llegase al suelo.

—¡Aaahhhh! —el rugido que emanó del sintetizavoces pilló a los tres por sorpresa. Eova gritaba. Gritaba como lo hace una madre cuando pierde a un hijo.

Serus se dirigió a un panel para desactivarlo.

—No, espera —pudo decir Eova, aunque sus labios apenas se movieron y Serus se detuvo.

Los tres se acercaron con precaución.

—¿Eres realmente Eova Varel o una máquina desprogramada? ¿Se consiguió transferir íntegra la mente de la mujer?

La pregunta tan directa de Mina pareció dejarla perpleja durante un segundo. No se movió, pero las luces de sus ojos parpadearon.

—Aún no puedo determinar lo con fiabilidad.

La respuesta de Eova hizo que los tres se mirasen.

—¿Profesora Varel? —se aventuró a pronunciar Serus.

—Lo que queda de ella, supongo.

—¿Sabes que estás en un... que eres un... ?

—Sí.

Serus tragó saliva. «Esto tendría que hacerlo Xel. ¿Por dónde empiezo?».

—Has... has sufrido un accidente.

—No. Es evidente que me manipularon para reventarme —contestó, escrutando la reacción de Serus.

—¿Manipulado? ¿Alguien quería que el proyecto fracasara? No lo entiendo.

—Si revisas la secuencia paso a paso te resultará evidente. Al menos uno de aquellos técnicos lo deseaba, aunque murió antes de completar su objetivo.

—¿Qué objetivo?

—Interrumpir la inicialización y dejarme inservible.

—Pero...

—El técnico responsable de supervisar la inicialización era el único que podía hacerlo y ocultarlo después —sentenciaron los sintetizavoces.

—Tendría que ser Siono —dijo Mina, acercándose. Ella parecía respaldar el razonamiento de la máquina inerte.

—¿Estás segura de que fue así y que lo hizo a propósito? —preguntó Adalia. NV12 no respondió. Serus pensó que a ella le parecía evidente, pero él no lo tenía nada claro.

—¿Por qué haría Siono algo semejante? —Serus no conseguía asimilar las noticias y seguía perplejo, atrapado en una maraña de dudas, mientras que todos los demás parecían saber más de lo que aparentaban.

—Será difícil encontrar las razones exactas o sus motivaciones —dijo Mina —, pero podemos explorar algunas ideas. ¿Debemos descartar que Jon o algún otro pudo ayudarle?.

—¿Vosotras creéis que Jon también estaba involucrado? —preguntó Serus.

—No necesariamente, aunque pasaban tiempo juntos y compartían muchas cosas, eran dos personas muy diferentes —advirtió Adalia.

—Siono no lo hizo solo —aseguró Eova. Todos la miraron por si añadía algo pero se mantuvo en silencio.

—Por supuesto, debían tener algo planeado. Ocurrió por algún motivo —Serus caminaba de un lado a otro—. Esto lo cambia todo. Tenemos que ocultar que la inicialización concluyó con éxito, podrían tratar de destruirla de nuevo.

—O a nosotros —dijo Adalia con una mueca—. ¿Cuál era realmente su propósito? Quizás ella era solo la herramienta, no el objetivo.

Serus recuperó su optimismo, entendió que tenía que mantener a salvo a NV12, al menos hasta que se presentara con ella ante el consilium y repitiese allí la información del sabotaje. Los dejaría a todos boquiabiertos.

Mina y Adalia se colocaron tras él y aunque la máquina aún permanecía amarrada acordaron no liberarla, a pesar del terrible estado en que se encontraba, que podría llevarla a un colapso definitivo.

—NV12, ¿podrías darnos más detalles? —Serus se arrodilló junto a su cabeza.

—¿NV12?

—Perdona, Eova.

—No... Es solo que me resulta extraño. Da igual que me llames con ese nombre.

—¿Qué recuerdas?

—Apenas tengo recuerdos recientes, excepto una agonía asfixiante —los labios se movieron ligeramente, el cuerpo permanecía paralizado.

Serus aguantó la respiración y todos se mantuvieron en silencio. «¿Sabe lo que ha hecho?».

—Ahora recuerdo a los técnicos del laboratorio y sus rostros —dijo Eova NV12—, la destrucción, el dolor. Cuando se aplacó la agonía comencé a recuperar retazos de memoria, fue terrible. Perdí el control, actué como un monstruo furioso y atrapado... pero antes de eso... solo había una luz deslumbrante que me quemaba, ¿están todos muertos?

Serus tuvo que apoyarse cuando trató de responder.

—Ellos... los cuatro técnicos... Sí.

—Jon, Vanya, Raisa y Siono han muerto. Xel está gravemente herido y no sabemos si se recuperará —resumió Mina.

—Lo siento muchísimo —musitaron los sintetizavoces.

—Esperamos que Xel se recupere, perder al profesor sería durísimo para Lux.

—Ojalá. Supongo que Xel es quien ha dirigido el proyecto —dijo Eova NV12.

—Así es.

—El CIC apenas me proporciona detalles, quizás no funciona correctamente.

Serus se encogió de hombros, probablemente operaba en modo restringido. Mina y Adalia no dijeron nada.

—Será difícil averiguar más sin contar con la colaboración de Xel —dijo Serus, que se estaba frotando las manos, nervioso.

—Se encuentra en estado crítico. Quizás tendremos que arreglarnos sin él —le respondió Mina y Adalia asintió.

—En cualquier caso y hasta que no investiguemos más sería mejor no comentar nada con nadie.

—Estamos de acuerdo, Serus, pero la situación es realmente delicada —recalcó Mina hablando por todos—. Con los cuatro técnicos que han muerto el proyecto ha quedado prácticamente liquidado.

Adalia aceptó aquellas palabras y añadió: —Apenas queda un puñado de profesores de grado diez en Lux y si Xel muere, entonces únicamente serán seis. Son las mentes más brillantes de la Historia, pero son muy pocos.

—Además, ninguno de ellos demostró nunca interés por este proyecto —Serus se sorprendió de lo sombrías que sonaban sus propias palabras y buscó con la mirada la opinión de Mina.

—Saben lo que ha ocurrido y dudo que crezca su interés, si es que tenían

alguno. Si Xel muere, es posible que nunca lleguemos a aclarar lo que ha ocurrido.

Serus movió pensativamente la cabeza. Las posibilidades eran desalentadoras, era posible que NV12 se perdiese si no podían repararla y también que nunca se terminase el modelo NV13.

¿Era preferible ocultar a NV12 o tratar de repararla? ¿Estarían preparados para sustituir a Xel? ¿Estaba solo? Mina y Adalia quizás habían participado en aquello de alguna forma. No sabía si perseguían sus propios fines, como hizo Siono, ellas también podrían haberlos ocultado bien.

Sintió cómo se retorció su estómago. Serus no consideraba que tuviesen una verdadera relación de amistad pero por una simple cuestión de cercanía y como coordinador del equipo, tendría que haberse dado cuenta de lo que tramaba Siono. ¡Él pretendía conocer lo que pasaba por la cabeza de cada uno de ellos y no tenía ni idea de en qué andaban metidos!

Por no mencionar que usaban IAs a su espalda. Ahora entendía las miradas descaradas y las extrañas sonrisas que no venían a cuento cuando sacaba a relucir ciertos temas. Sintió un ligero dolor de cabeza y notó un fuerte mareo que le hizo tomar asiento sobre su lazarillo.

Las dudas ya lo habían sobrepasado y se encontraba solo y perdido. Por si fuera poco, el NV había comenzado a emitir un extraño zumbido. Adalia lo sacó de aquellos pensamientos sombríos.

—¿Qué te ocurre?

—Desgracias... Parece que me persiguen.

—¿Solo te preocupan tus problemas? —Mina se cruzó de brazos.

—Tendremos que confiar en que Xel se recupere para poder continuar con el proyecto —medió Adalia para evitar una discusión.

—¿Y si no se recupera? La realidad es que apenas unos pocos ciudadanos de Lux son capaces de construir verdaderas IAs, una disciplina que tiene tanto de arte como de ciencia. Se interesan por proyectos alocados y abocados al fracaso o por asuntos personales y pronto no quedará nadie capacitado.

Serus miró a Mina sin responder, se sentía cansado y quería encontrar cuanto antes alguna idea que les mostrase un camino.

—Lo mejor será aguardar. Tenemos que apartarla y estudiar nuestras opciones antes de decidir nada —dijo Adalia, señalando el cuerpo de NV12.

—Podríamos guardarla dentro de una urna en un depósito de sockas. Allí estaría a salvo.

—El CIC delatará su ubicación.

—Nadie la buscará, creen que se destruyó. ¿Para qué querrían una máquina inservible?

Mina asintió.

—Hay urnas de esa capacidad en la planta diecinueve.

—Yo iré con Mina. ¿Te quedas aquí, Serus?

—De acuerdo. Yo me quedaré con N... con Eova.

¿Estaría fingiendo aquel ser? Por un momento, Serus imaginó que rompería las ataduras, se pondría en pie y se lanzaría a su cuello. Comenzó a sudar, aunque los daños eran evidentes y lo extraño era que aún pudiese hablar.

Miró detenidamente los diferentes modelos de lanzarrios, electroplones y karses que Mina, siempre prudente, había colgado en una pared.

—Yo fui quien te destrozó. Te atravesé con un karse —dijo Serus, que se revolvía nervioso, quería añadir un sencillo “lo lamento mucho”, pero no le salía. Se puso en pie de un salto, por un momento, su lazarillo se quedó pegado a su trasero hasta que se soltó.

—La situación estaba fuera de control. Hiciste lo más adecuado —le respondió ella, con un tono suave, el molesto zumbido persistía.

—Xel tendría preparadas algunas palabras para darte la bienvenida, no un largo discurso, pero sí algunas frases para tratar de confortarte. Yo no he preparado nada, supongo que el CIC te ha puesto al día de lo más importante.

NV12 permaneció callada e inmóvil, con la vista clavada en la pared de enfrente, quizás tratando de hacerse con aquel cuerpo que había dejado de responder.

—Tengo problemas para usar el CIC. Sé que mi hermano está aquí, en alguna parte de Lux. ¿Qué ocurrió con mi hija, mi padre, Zayin... conmigo, o debería preguntar qué ha sido de Eova? ¿Dónde está la verdadera Eova Varel?

Serus pensó que quizás había escuchado la conversación que habían mantenido con Williermo. En ese caso, sabía más de lo que parecía y no debía extenderse demasiado con las explicaciones, pero si ya sabía lo del asesinato tendría que tocar ese delicado tema. Con el CIC ella habría conocido los detalles, hubiese sido más fácil para él, aunque igualmente difícil de asimilar para ella.

—Pues... Ahora eres tú la verdadera Eova Varel. Somos recuerdos, experiencias, imágenes, un compendio de las enseñanzas que recibimos y los aciertos o errores que cometimos y transferidos el 18 de enero de 2211 cuando

se completó el proceso de volcado hacia Solum. Lo que eras, ahora está reproducido con total fidelidad en tus circuitos de neurogel.

—¿Tengo que repetir la pregunta? —interrumpió Eova.

Serus aspiró una bocanada de aire, parecía que se estaba asfixiando. «¿Por qué no he ido yo a recoger la urna?».

—Lamento comunicarte que te asesinaron, pero debes saberlo ya que insistes, no voy a mentirte. En cuanto a tu familia..., pocos meses después de tu muerte tu padre enfermó y murió..., siento tener que informarte de estos tristes sucesos. Tu hermano Williermo entró a formar parte de la facción más radical de la diosa a la que llaman Hekte.

—¿Y Lana? —dijo NV12 con un hilo de voz.

—Tu hija se marchó a Sura hace muchos años. La información que llega es muy escasa, está bien pero no sabemos mucho más. Ahora tiene treinta y seis años.

—¿Y el profesor Zayin?

—Ya no está entre nosotros.

—¿Ha muerto?

—Quizás pronto puedas acceder a las datatecas y obtener respuestas detalladas.

Serus no se veía capaz en ese momento de explicarle que Zayin había acabado con la vida de la que ella llamaba “la verdadera Eova Varel”. Se alejó de allí, esperando que las preguntas hubiesen acabado.

—He podido ver mi reflejo en las mamparas y la visión era chocante.

El lazarillo de Serus le acercó un espejo y Eova pudo contemplar su rostro pulido, unos grandes ojos brillantes y un esbozo de nariz, una boca..., una forma semi humana que debería aceptar como suya.

## 7

*Gobernar es la forma más sofisticada de robar.*

*I Asamblea General para la Fundación de Lux. Rotterdam, 2170. Julia Roumiankof, Presidenta del Movimiento Supremacista Neolux.*

### *Abominación*

NV12 había conseguido que Serus le mostrase su imagen en un espejo para poder valorar su situación. Deprimente fue lo más positivo que se le ocurrió. Seguía sin poder moverse, daba igual que la hubiesen amarrado, y su cuerpo estaba quemado y destrozado, no podría solucionarlo por sí misma. El dolor ya cesó pero sentía algo similar a unas desagradables náuseas de forma continua.

—Cuando creas que sea posible, ¿podrías comunicar a Williermo, que deseo verle?

No había admitido ante el muchacho que había escuchado la conversación que mantuvo con su hermano, parecía prudente guardarse algunas cosas.

—Cuando solucionemos todo esto le diré a Williermo que su hermana quiere verle. Pero no cuentes con que ocurra pronto —Serus se acuclilló y Eova pudo observar el gran parecido y los ojos azules con manchitas amarillas, idénticos a los de Edén, se preguntó si sería su hijo, pero lo descartó cuando recordó que lo esterilizaron en cuanto llegó a Lux.

En ese momento llegaron las profesoras transportando una gran urna.

—Te dejaremos aquí, a salvo, hasta que sepamos algo más. En este momento todo son interrogantes.

«Te dejaremos aquí, encerrada, y no causarás más problemas», pensó Eova.

Mina carraspeó.

—Hay dos IAs en el Lab, ya sabemos que las conoces, Nixum y Muxim. Se utilizaron en la fabricación de los NV.

Serus asintió.

—Estamos valorando seguir utilizándolas. Xel las usó sin reparos y nos

apoyaría —dijo Mina.

—Tenemos que terminar a NV13, si lo conseguimos se reforzará la idea de que NV12 se destruyó —recalcó Adalia.

Serus se encogió y meneó la cabeza.

«Así que Xel las usó y el muchacho no tenía ni idea. Seguramente se siente traicionado. Por él mismo, por su ceguera».

—Todos conocemos la postura oficial, no se puede usar una mente artificial para diseñar otra. El consilium se opone tajantemente a esos usos y es de sentido común aceptar sus consejos, aunque estrictamente no tenemos leyes que lo impidan —recitó Serus con voz monótona.

—Como individuos somos responsables ante nosotros mismos. Tenemos la capacitación necesaria y deberíamos utilizarlas. No hables vagamente Serus y sé objetivo, ¿no crees que la situación lo requiere? —preguntó Mina.

—No soy partidario de seguir ese camino porque sé que los miedos están fundados. Conocerás alguna versión oficial, pero yo averigüé lo que ocurrió realmente con las dos IAs conocidas como Krono y Xea a principios de siglo. Desobedecieron y siguieron sus propias directrices.

Eova quiso levantarse de un salto y cerrarle la boca de un puñetazo.

—Decidieron que no matarían a nadie —dijo Eova NV12 desde abajo—. El profesor Moreau dijo que con el tiempo le agradecerían estos “defectos” en la programación. ¿Sabes que se les mintió? Se les suministraron datos falsos y lo detectaron. La decepción con los humanos las cambió, no permitieron ser pervertidas para cometer un genocidio, ejecutando un ataque definitivo contra Nyo. No aceptaron el exterminio total sin buscar una alternativa razonable.

—¿Estás justificando lo que hicieron? —le preguntó Serus mirándola desdeñosamente.

—Intentaron salvar a Nyo, a mi ciudad. Reaccionaron para tratar de salvar a los millones de personas que habían sido sentenciadas —exclamó Eova NV12.

—Y esa reacción tuvo el efecto contrario —dijo Serus con una mueca que casi llegaba a ser una sonrisa—, contribuyó a acelerar el fin de aquella ciudad pervertida.

—Nyo ya estaba sentenciada por otros motivos —respondió Eova NV12.

—Tú —dijo Serus, señalándola con un dedo—, ideaste un sistema en el que las definiciones, datos y conceptos se actualizaban en tiempo real, alimentadas desde diferentes fuentes por las propias IAs, basado en una base de datos supermasiva y autoconsciente que se denominó a sí misma “Útero” y que se

alojaba en todas y cada una de aquellas máquinas, creciendo exponencialmente y sin conocer límites, sustentando una mente común para todas las IAs. Todos fuimos condenados cuando se activó.

—¿Condenados? El resultado era el esperado, fue una bendición.

Serus no respondió, tampoco las profesoras.

¿Por qué la odiaban tanto a ella y a su ciudad? Nyo creció a partir de la antigua ciudad de Nueva York, donde ella nació en 2182. Era la única ciudad-imperio en la que los nulos entraban y salían libremente. Una gran aberración que provocó ira y desprecio en las demás. Sufrió revueltas y luchas constantes hasta que se firmaron varios tratados para lograr la convivencia y junto a Nyo se creó la comuna de Old New York. Lo que pudo ser visto como una oportunidad, los demás lo interpretaron como cobardía y debilidad.

Al final, la explosión acabó con todos, tan solo unas semanas después de que viajase al continente europeo con su hermano y su padre, en 2202 cuando ella acababa de cumplir veinte años.

La versión que circuló al principio culpó a los nulos de la explosión, pero la verdad fue que los lectos de Lux cayeron presa de la histeria y contagiaron al resto de ciudades-imperio.

Cuando le preguntó a Zayin no hizo más que confirmárselo y justificar que la hubiese trasladado a Lux con urgencia, no podía permitir su muerte.

Ella lo odió con todas sus fuerzas, se habría ido si hubiese tenido algún sitio al que marcharse. Él trató de explicarle lo sucedido, había descubierto algo extraño que ocurría con el proyecto Útero, estaba violando todas las restricciones de seguridad y por ello viajó en persona hasta Nyo para avisarles. Cuando llegó se burlaron “¿Así que nuestras IAs son más inteligentes que las vuestras? ¿Os come la envidia?”.

Sí. Ella había creado a Útero cuando tenía quince años como un acto de soberbia juvenil, una vanidosa demostración de su inteligencia. ¿Por qué temerla? Tal como estaba programada, la IA llegaría a las mismas conclusiones que un humano, solo que más rápido. Fue en Lux donde las IAs se rebelaron y poco después todo se había ido a la mierda.

Ella había tomado precauciones, bloqueando la comunicación con el exterior de Nyo y manteniendo a Útero virtualmente enjaulada, no adivinó que simplemente se ofrecería para que cualquier mente artificial se le uniese, lo que provocó la indignación global.

El acto de generosidad de Útero fue tratado como un gesto hostil, como un

intento de arrebatarse el control de las IAs a los humanos. Aunque se pidieron disculpas ya era demasiado tarde, la supermente fue la excusa perfecta para arrasarse Nyo.

¿Quién era ella para sobrevivir mientras todo su mundo se hizo pedazos? ¿Una joven científica prometedora que había decepcionado a todos, incluso a ella misma?

La verdad debía ser su única defensa. En Lux veían a Nyo como un estado degenerado que no había logrado segregarse completamente a los nulos y decidieron ponerle fin de una vez por todas. Además, así también justificaban la destrucción de los nulos en sus propios territorios. Se los volvió a perseguir como a animales.

«¿Soy la verdadera responsable de la destrucción de Nyo o solo la excusa?».

—Lo que ocurrió realmente con las dos IAs conocidas como Krono y Xea el año 2202 fue que se sacrificaron intentando mantener un justo equilibrio —concluyó Eova.

—¿Equilibrio? ¿No se pasaron al otro bando al abandonarnos? Eligieron estrellar las naves que pilotaban en el océano, sin atender las órdenes que les gritaban. En la sala de mando otras IAs miraban y parecían perplejas, nadie sabía qué se atravesaría a hacer en el futuro —exclamó Serus levantando y agitando los brazos.

—¿Eligieron? ¿O no se les dejó otra alternativa? —preguntó Eova, pensativa.

—La única alternativa era obedecer, no pensar por nosotros —aulló Serus, poniendo su dedo índice en la sien—. Nyo quiso contraatacar cuando saltaron las alarmas, desbloquearon el sistema de respuesta automática que habíamos pirateado y si Sura no hubiese intervenido arrasando Nyo, el planeta entero hubiese saltado por los aires.

—¿Y qué órdenes desobedecieron? —preguntó Eova, los sintetizavoces retumbaban—. Las IAs de Lux bloquearon el ataque programado a Nyo. ¿Querían destruir a millones de personas inocentes!

Un tenso silencio se impuso tras el debate sin conclusión, Adalia se sentó en su lazarillo y miró a Mina.

—No existen los inocentes. El consilium ya explicó sus razones, Nyo estaba totalmente fuera de control y en manos de las IAs.

—¿Qué razones? —quiso saber Eova—. Intenta encontrarlas y descubrirás que apenas hay datos sobre aquellos días. Todo está desperdigado y enterrado

bajo toneladas de información superficial. No todos los ciudadanos de Nyo estaban drogados y entregados a una fiesta continua, mientras delegaban en las IAs, como han querido hacer creer a todo el mundo.

—Tuvo que ser Sura quien destruyera a esos degenerados. Qué vergüenza debieron pasar entonces nuestros padres con todos los sistemas inaccesibles, perdidas las naves de guerra y sin saber qué ocurría —Adalia se había puesto completamente del lado de Serus.

—¿Vergüenza por eso? ¿No fue más vergonzoso el ataque masivo, traicionero y sin opciones? —preguntó Eova a Adalia que le contestó de inmediato.

—En Nyo fueron demasiado lejos. Permitieron a las IAs el acceso sin restricciones al conocimiento y las igualaron en derechos a los ciudadanos.

—Se ideó un sistema admirable y brillante. Lo describiré con una sola palabra: funcionaba —dijo Eova NV12.

—¿Brillante? ¿eso crees, NV12? Brillante fue la explosión que aniquiló completamente a Nyo. La supermente se puso “a disposición” de cualquier mente artificial que quisiera enlazar con ella, en una red virtual que llamó The Existence, violando la estricta restricción al tráfico de datos impuesta entre las ciudades-imperio. Algunas IAs de Lux respondieron, se conectaron entre sí infectando todo el sistema.

—Y en cuanto a ti, Eova, te trajeron para vigilarte de cerca, no te equivoques —añadió Adalia.

NV12 quiso acurrucarse.

—El desarrollo fue el esperado y no había de qué preocuparse, pero nadie nos escuchó —dijo Eova, mientras la observaban en un ambiente cada vez más tenso.

—No es del todo cierto —dijo Adalia—. Útero no solo demostró tener consciencia, sino una personalidad propia, sabemos qué era, pero no quién ni qué quería. Un flujo de pensamientos compartidos se dotó de una voz propia, desarrollando una consciencia colectiva que no estaba programada.

—Por suerte, reaccionaron justo a tiempo —dijo Serus—. Se detuvo en seco a las IAs pues las consecuencias hubiesen sido imprevisibles. Años después de aquello aún seguían examinando y exterminando a las máquinas que habían sido infectadas por Útero.

—Creedme —pidió Eova—. Buscaban excusas porque había demasiados intereses para acabar con Nyo. La tecnología despuntaba. Es cierto que

hicimos algunas cosas aberrantes, pero teníamos proyectos geniales, nadie ha calculado todo lo que se ha perdido.

—¿Geniales? Yo pienso que tenían demasiados proyectos absurdos.

—¿Eso crees Adalia? Te aseguro que será imposible compensar tantos conocimientos destruidos para siempre.

—Es preferible descartar los conocimientos que no nos llevan más que a la destrucción —Adalia se acercó a la urna y continuó preparándola mientras contestaba.

—¿Piensas igual que Zayin! Temes a un pasado que ya no volverá. El inquisidor usó el hacha y acabaron con máquinas y hombres, iguales por una última vez.

Todos se miraron turbados, no estaban acostumbrados a exaltarse ni extenderse tanto en las charlas. De hecho, las conversaciones en Lux eran muy escuetas y comedidas.

Eova se dió cuenta de que se estaba acalorando demasiado, después de todo, los muchachos solo trataban de ayudarla y estaban arriesgándose al ocultarla en aquella urna. ¿Útero una abominación? Ella discrepaba, fue una supermente excepcional que provocó pánico porque no tuvimos suficiente capacidad para entenderla. Lux, Sura, Miam y Jiang, las ciudades-imperio eran las verdaderas abominaciones de nuestra época.

Pero esa era su opinión.

—Disculpadme por mi vehemencia. Esos recuerdos arden en mi corazón...

Las emociones debían dirigir a las supermentes en el sentido correcto y supuestamente no habría que preocuparse de las consecuencias. Cuando se descubrió el error, que lo correcto a veces no coincidía con lo deseado, Zayin creó el código de dominio que las obligaba a cumplir las órdenes por absurdas que fuesen, siempre que no afectasen a la integridad de un ciudadano. Eova recordó que, como científicos, a menudo estaban en desacuerdo. Todos se mantuvieron en silencio por un minuto hasta que Mina suspiró. Serus y Adalia la miraron y ella se explicó.

—La consciencia emergió en las mentes artificiales en cuanto alcanzaron cierto nivel de complejidad, Útero se apropió de todos los recursos, fue algo que excedió todo lo conocido y lo que se obtuvo estaba más allá de lo que entendemos por consciencia, ni siquiera hoy podemos explicar qué era. ¿No es así, Eova? En cualquier caso, todo esto pertenece ya al pasado y las IAs mejoradas se siguen utilizando.

—Se utilizan pero dejaron de fabricarse, son modelos obsoletos que pertenecen a otra época —dijo Serus sintiendo que todo le daba la razón. Miró a Adalia buscando su apoyo—. Se destruyeron casi todas las IAs o fueron enviadas al espacio con diferentes cometidos. A las nuevas máquinas se les implantó una revisión tras otra hasta convertirlos en lo que son hoy día: sockas.

—¿Inteligencias artificiales sin inteligencia? —preguntó Eova NV12 con un bufido.

—Yo estoy convencido de que los sockas no son solo la mejor dirección, sino la única posible —replicó Serus—. Las IAs se basan en una ciencia oscura y corrompida que conduce a máquinas con libre albedrío, no deberían fabricarse más. ¿Hasta qué punto nos permiten controlarlas? La respuesta no está clara ni siquiera hoy.

Eova trató de suspirar. Aquella conversación no llevaría a ningún lado pues cada uno tenía sus propias convicciones.

—Son herramientas, Serus. No lo olvides —dijo Eova NV12—. Y como cualquier herramienta hay que aprender a usarlas con cuidado porque puedes perder un dedo con unas simples tenazas si no sabes lo que haces. Además, tienen defectos y puntos débiles que pueden aflorar en momentos inoportunos.

—¿Quizás se debe a que han sido diseñadas y construidas por nosotros, por humanos? —preguntó Serus.

—Algunos pensamos que quizás se construyeron demasiado bien —replicó ella.

—¿Bien construidas? ¡No obedecían órdenes y nos trataban con desdén! Crearon un lenguaje propio basado en las matemáticas para desarrollar conceptos que habían ideado y de los que aún no poseemos información suficiente, pues no eran matemáticas como las que conocemos, basadas en el sistema decimal. Su planteamiento era nuevo y diferente, se habían alejado de nuestro control y sus mentes viajaban por dominios exclusivos.

—¿No las creamos exactamente para eso? —planteó Eova.

Todos miraron a la máquina que estaba tumbada sobre la mesa de trabajo.

—Tú, tú... no sabes lo que dices —Serus hizo un gesto despectivo con las manos.

—Sé lo que digo —los labios de Eova apenas se movían—. No puedes fabricar a un dios y después tratarlo como a un esclavo.

—Nosotros deberíamos ser sus dioses.

—¿Deberíamos ser dioses? Vas a hacer que me ría —dijo Eova, aunque a lo máximo que llegó fue a un chasquido en el sintetizavoces.

Adalia trató de imponer un poco de calma.

—Creo que es el momento de trasladar a Eova a un lugar seguro, podría venir alguien, ya discutiremos después sobre el uso de las IAs.

—Estoy preparada, cuando queráis —dijo Eova con un imperceptible movimiento de labios.

—Dejaremos todos tus sistemas en reposo. Ni siquiera podrás hablar, pero así nos aseguraremos de que no se deterioran aún más..., hasta que estemos en disposición de comenzar las reparaciones.

Cuando el contenedor se deslizó hacia su ubicación definitiva, NV12 pudo escuchar cómo todos respiraron aliviados.

Ella no podía respirar, su caja torácica permanecía inmóvil. Tampoco lo necesitaba, pero en ese momento lo único que deseaba era poder llenar sus pulmones con un poco de aire fresco.



Anocheció y poco a poco se encendieron las estrellas en el firmamento, como si fuesen los espectadores de un evento de gran importancia que iban ocupando sus asientos, expectantes. Al mirarlas, Serus recordó dónde habían enviado a la mayoría de las IAs rebeldes. Ahora se empleaban en la construcción de un anillo con los restos de toda la basura espacial.

Ahora las guerras son tecnológicas, disputas por hacerse con el control de los avances que cambiarán el mundo, pero en el siglo pasado todos trataron de hacerse con el control del espacio. Al final no fue para nadie, saturado con toneladas de basura que impedían cualquier movimiento y que regularmente se desplomaban hacia abajo, sobre la cabeza de algún inocente.

No era un anillo perfecto pues faltaban muchos tramos pero algunos días, dependiendo de la luz, se podía ver una fina línea blanca cruzando el cielo. Desde hacía años la construcción funcionaba como un reloj. Demasiado bien para tratarse de IAs rebeldes.

¿Por qué se acordaba ahora de eso? ¿Por la discusión con Eova días atrás acerca de las IAs? Bastantes problemas rondaban su cabeza. Había dormido durante el día y al despertar, se había levantado con la decisión de luchar por

sus intereses y evitar el castigo que pretendían imponerle. Aunque para ello tuviese que recurrir él mismo a las IAs del laboratorio.

Trató de comunicarse con Xel en varias ocasiones, ya sabía que el profesor podía tener bloqueadas las comunicaciones como hacía a menudo y no insistió. Tenía que reparar a NV12, al menos lo suficiente para que lo acompañase al consilium a explicar su versión del sabotaje que lo exculpaba de toda responsabilidad.

Comprobó que sus compañeras estaban en el Lab, no las había visto desde hacía unos días y decidió ir a verlas. Cuando llegó, Serus se alegró por las buenas noticias sobre la mejoría en el estado de Xel que le ofrecieron, pero enseguida comenzó a discutir con Mina cuando le informó acerca de las decisiones que había tomado.

—Definitivamente, concentraremos todos los esfuerzos en NV13 y abandonaremos a NV12. Es lo más sensato.

—Sabes que necesito que NV12 hable ante el consilium y explique lo que sabe, para exculparme de lo ocurrido. Encerrada en una urna y en el estado en el que se encuentra poco podrá hacer.

Mina no respondió.

—Está bien. Yo solo voy a repararla.

—¿Repararla? Puedes intentarlo, pero no estás cualificado. No es suficiente con conocimientos teóricos.

—Vosotras os centraréis en acabar el NV13 y supongo que no os importará que trate de salvar mi pellejo. Vosotras utilizaréis las dos IAs que descubrí en el Lab, quizás yo también podría utilizarlas.

—Lo dudo mucho, aún están en shock, no entienden que fabriquemos otro NV después de lo que pasó con el anterior. Y el pequeño... si lo pones frente a NV12 podría estallar.

—¿Tan inestables son? —preguntó Serus.

—Hay que saber utilizarlas. Se apoyan entre ellas, juntas forman un buen equipo de trabajo.

Serus se sintió contrariado.

—Si colaboraron con Siono, quizás fueron también responsables de todo lo que sucedió.

—Es solo una suposición —dijo Adalia.

—Pues habrá que averiguarlo, ¿no crees?

Ellas se limitaron a mirarle.

—Adelante con NV12 Serus... te deseamos suerte, nosotras nos organizaremos para completar el nuevo modelo —dijo Mina, Adalia asintió.

—Necesitaré suerte, sin duda. Ayer abrí la urna, reactivé los sistemas, intenté comunicarme y explicarle mi situación pero no responde. Parece completamente catatónica, me temo que sea demasiado tarde ya.

—En ese caso no hay nada que perder. Tienes que intentar algo.

Se quedó pensativo y ellas se acomodaron en sus lazarillos, un pequeño sockchef les trajo algo de beber. En medio del silencio Serus carraspeó, Mina lo miró y se dirigió a ella.

—Ten cuidado con esas IAs, no me fío de ellas.

—Decidí vivir sin miedo, pero soy precavida.

Serus se apoyó en la pared, parecía que se quedaba sin fuerzas. Mina y Adalia cerraron los ojos.

Los errores del pasado deben servir para aprender valiosas lecciones y no para repetirlos hasta el infinito. Cuando se fabricaron las primeras IAs el CIC original no era más que una tarjeta que servía de salvoconducto. Mediante desarrollos posteriores los antiguos usaron un amplificador de ondas cerebrales en sucesivas versiones del chip CIC que ya se implantaba bajo la piel, para enviar órdenes a las IAs, sustituyendo de ese modo el uso de la voz.

Una IA llamada Faustus consiguió de alguna manera invertir el proceso y durante varios meses convirtió a su mandatario, que era como se denominaba al lecto que controlaba a una IA, en una marioneta a su servicio y lo más duro es que esto pasó desapercibido durante mucho tiempo. Cuando fue advertido, se encomendó al brillante y entonces joven, profesor Zayin revisar aquellos extraordinarios acontecimientos para evitar que se volviesen a producir.

2184, Zayin tenía treinta años entonces. El estudio de la relación que se estableció por la mente humana atrapada y la IA fue la base que luego permitió al profesor desarrollar sus nuevos proyectos. Las observaciones que se realizaron a esa IA fue el punto de partida para algunos de sus posteriores logros, se utilizaron en el desarrollo del código de dominio para las nuevas IAs y en el supresor de los sockas modernos. Entonces se aconsejó a los ciudadanos no enlazar sus mentes con inteligencias artificiales, pero hoy el CIC es una IA enlazada permanentemente con nuestra mente. Se crearon las IAs virtuales como una extensión del módulo CIC. Se empezaron a usar para recibir mensajes y atender tareas rutinarias. Poco a poco fueron cobrando relevancia y añadiendo funciones hasta que se convirtieron en el enlace de

facto, CIC <> IAVirtual <> Mente. Convirtiendo el antiguo CIC que era básicamente un tosco suministrador de datos básicos en un completo asistente mental.

Aunque “asistente mental” son las palabras que nadie quiere usar porque implican debilidad y dependencia y el hecho de que pasaran a llamarse simplemente “virtuos” eliminando las palabras que arrastran un estigma, ayudó a aceptarlas a los más reticentes.

Las IAs virtuales, los virtuos, cubren muchas menos funcionalidades que las IAs físicas, lógicamente porque el cuerpo humano ya las proporciona y a cambio, su funcionamiento es más rápido y ágil, manteniéndolo enfocado a tareas de suministro, organización y evaluación de datos, escuchan y obedecen las decisiones, activas pero silenciosas. La parte emocional pertenece en exclusiva al humano, aunque siguiendo el dictado de la voluntad del ciudadano, pueden modular la intensidad. Son la base tecnológica de los sockas y el puente de acceso del CIC al mundo exterior.

El módulo se implanta durante el embarazo a partir del cuarto mes para que no deje señales externas. Desde ese momento, el virtuo comienza a intimar y conocer la personalidad de la que debe ser un etéreo soporte incondicional.

Algunas veces se implanta en la niñez pero en adultos es difícil lograr un virtuo completo que sea el reflejo total de la personalidad del humano con el que interactúa y opera de forma transparente, provocando incompatibilidades o rechazos.

Con un zumbido los lazarillos se pusieron en marcha, las profesoras se habían quedado dormidas y las trasladaban a un lugar más cómodo. «Llevan demasiadas horas seguidas sin descansar. Que Veredio las bendiga», deseó Serus.

Como imaginó, encontró en una sala contigua a las dos IAs trabajando sobre el nuevo NV.

Serus estaba intrigado por aquellas dos IAs que no permitían un acceso a los controles manuales. Siempre debía existir una forma de ajustar y revisar los diferentes parámetros, incluso Jon y Siono debían saberlo, así que cogió una conexión estándar de tipo macho y observó perplejo que Nixum se detenía y creaba ante sus ojos la conexión hembra simplemente al aproximarla. Probó a alejarla, comprobó que desaparecía y su cara se reflejó en la superficie que volvía a ser absolutamente lisa. Mientras, Muxin seguía con sus tareas como si no hubiese ocurrido nada.

Acarició su barbilla. Sin saber por qué una imagen antigua de unos monos, unas cajas y unos plátanos colgados del techo apareció en su mente. Buscaba sus habilidades pero estas le eludían, no se consideraba especialmente dotado para nada. Apenas un grado cinco en gestión de proyectos y ahora, al fin, entendía porqué lo habían nombrado coordinador de proyectos, cargaría con todas las responsabilidades y Edén ni se ensuciaría las manos.

Miró fijamente a las dos lucecitas anaranjadas que parecían reposar en el interior de aquella bola azulada.

Como esperaba, la conexión hembra volvió a aparecer al acercarse de nuevo con la conexión macho. La introdujo, presionó ligeramente y Nixum se iluminó. Toda la habitación se tiñó de azul.

«¿Hasta qué punto son diferentes estos prototipos?».

Todas las IAs utilizaban el exitoso modelo que introdujo el profesor Moreau basado en su propia hija, un punto de partida, un núcleo, que aún no ha alcanzado un nivel de madurez suficiente para impedir su modelado. Curiosidad, ternura, sensibilidad y otros rasgos positivos que trató de utilizar como una base sólida. Todas parten de una identidad clonada de carácter femenino, de raza blanca y con un conjunto básico de recuerdos denominados “iternum” porque para poder elaborar estrategias se requieren experiencias previas. El alcance real de estas decisiones es todavía motivo de controversia, además el núcleo es tan maleable que modelos idénticos de IAs pueden evolucionar hacia personalidades muy diferenciadas.

A pesar de tener aspecto masculino o femenino en la mayoría de los modelos y emular uno de los géneros por conveniencia, las IAs no mantienen diferencias en comportamiento asociadas a roles de género arrastrados culturalmente que marcan la imposición de encajar en estereotipos obsoletos. No obstante, persisten sutiles diferencias de comportamiento, no cognitivas y de origen biológico que fueron imitadas en algunos modelos.

Tras ser fabricadas, deben pasar cuatro meses de instrucción, impartida por IAs de la clase Hypatia que comparten sus experiencias y señalan las directrices, para dar forma a su propia identidad, lo que llamamos el pilar fundamental del nuevo ente. Los nuevos seres aprenden a aprender.

Si la IA no es atraída con éxito hacia el estado de consciencia se pierde ensimismada en sus propios pensamientos, vagando en su mundo interior y quedando inutilizada.

Pero todo eso era antes de que acabaran con las academias y sustituyeran a

las IAs por sockas.

Serus recibió un extraño mensaje a través de su CIC. Le conminaba a encontrarse con Eova NV12. Un mal presagio lo invadió, extrajo la conexión de Nixum y tiró al suelo lo que tenía entre las manos.

Muxin chillaba y protestaba, lo ignoró y sin pensarlo salió a toda prisa, deslizándose sobre su lazarillo. En unos minutos llegó a la planta diecinueve, se bajó del lazarillo y se asomó a la zona donde se encontraba el NV12. La urna estaba abierta.

Eova NV12 estaba tirada en el suelo y sobre ella Edén se erguía con los brazos cruzados y los pies a cada lado del cuerpo.

—Bueno, muchacho, explícame de qué va toda esta mierda.

## 8

*Si parece desprotegido es porque no ves sus armas, la inteligencia y la perversidad.*

### *Partido en dos*

Gael oyó el rumor de las pisadas alejándose. Resultaba obvio que solo y a oscuras no conseguiría nada, así que salió disparado hacia el punto de luz que señalaba la marcha del resto hacia la salida.

—¡Espera!

Gael sujetó al marro por un brazo y lo obligó a girarse.

—Tienes que ayudarme, Altsup.

—Vaya, al fin alguien utiliza mi nombre.

—Por favor. No perdamos tiempo discutiendo tonterías y bajemos antes de que sea tarde.

—No hay nada que discutir, ya es tarde para eso. Te dije que es inútil, ha caído por unos conductos de ventilación donde hay aspas que giran a gran velocidad, ¿comprendes? la pequeña estará triturada. Completamente inservible.

Gael lo zarandeó sin miramientos. Pensó que arrodillarse no le serviría.

—¡Escúchame bien! Tienes que ayudarme a encontrarla. Y no importa como esté.

—Ve solo si lo deseas —Altsup se mostró serio—. Nosotros ya estamos muy cerca de la salida y entonces habrá terminado mi tarea.

—Tu tarea consiste en llevarnos a todos a un lugar seguro, ¿verdad?

—Si alguno se cae por un pozo no es mi problema.

—¿Cómo que no? Os denunciaré por incumplir los contratos y todos se enterarán.

—Los contratos se cumplen escrupulosamente. Nosotros los redactamos y vosotros los firmáis. Ni siquiera os paráis a leerlos.

—Muchos no saben leer. Pero ¿qué crees que ocurrirá cuando les diga que vosotros no cumplís con vuestra parte?

—Son mentiras. Te ignorarán.

—Te equivocas. Todos se enterarán de que abandonaste a mi hija y romperán los contratos. Tendrás problemas.

—Gracias a los contratos el resto del grupo aún sigue vivo.

—Pero el resto del grupo no son todos los que entraron.

—Bueno, para ya —Altsup levantó los brazos—. Veo que vas a seguir argumentando sin parar. Seguiremos adelante, la buscarán los pemdujikoami, los dujis para vosotros, si tanto te interesa un cuerpo inservible.

—Yo también iré —dijo Gael.

—Claro que no. Serías un estorbo, no puedes introducirte por donde lo hacen los pequeños dujis.

—Entonces podrías engañarme, hacer como que la buscas y no hacer nada.

—Traeremos lo que quede, aunque sea carne picada.

—¿Cómo distinguiré esa carne de otra cualquiera?

—Creo que al final no iremos a buscar nada —Altsup se puso muy serio—, ¿te parece bien si traemos algo de su ropa?

—De acuerdo, no puedo volver junto a su madre con las manos vacías. Esperaré junto a la salida a que la traigan. ¿Cuándo van a empezar?

—Ya han empezado.

—Pero...

—Ellos nos observan, nos escuchan y no necesitan más. Los esperaremos fuera.

—Sí, ya queda muy poco —dijo aliviado un hombre.

Al fin reemprendieron la marcha y continuaron caminando una hora sin detenerse. La luz se desplazaba con ellos hacia la oscuridad impenetrable que parecía avanzar delante de ellos, inalcanzable. Sentían que se encontraban siempre en el mismo sitio y que por más que caminasen nunca saldrían de aquellos túneles.

Algún que otro grito, algún que otro destello en los túneles que se abrían a ambos lados... todos caminaban con los pelos de punta después de lo que le ocurrió a Sabrina, excepto, claro, Altsup que mantenía su eterna sonrisa.

—Vamos gente —Altsup dio unas palmadas—. Que nadie se atrase, o los calvekinchaub lo encontrarán y no habrá túnel lo suficientemente largo para escapar.

Quizás eran inventos de los marros para evitar que viajaran solos por los túneles, patrañas para atemorizarlos. Gael no sabía lo que eran y suponía que

los otros tampoco, pero decidió que era mejor no averiguarlo.

—El señor Gael de los Gatos se llevará un recuerdo de su visita a nuestros túneles —dijo Altsup sonriendo, pero no sonaba nada divertido.

«Sí, me llevaré tu lengua, asqueroso», pensó Gael.

Desde que se internaron en las profundidades de la tierra apenas habían podido descansar. Los túneles de los marros eran kilométricos y el alto que los guiaba parecía no cansarse nunca. Gael se despertó varias veces cuando pararon para dormir un poco y siempre estaba de pie o apoyado contra la pared, como si no se fatigase.



Un ruido enérgico y repetitivo despertó a Sabrina. Intentó moverse pero apenas conseguía desplazarse unos centímetros, estaba encajada en algún conducto, cabeza abajo y muy mareada. La estrecha tubería había impedido que cayese aún más. Encontró un apoyo para su pie y trató de bajar un poco para alcanzar una abertura y salir de allí, quizás su padre estuviese cerca y podría pedirle ayuda.

Se había desvanecido, probablemente durante demasiado tiempo y su padre ya pasó por allí o cerca y no había podido escucharlo. Se enfadó consigo misma.

La sangre le chorreaba hasta las manos y se asustó aún más. Pensó en su madre, Diana tenía la palabra “coraje” tatuada en la muñeca. Tres veces, ojalá se pareciese a ella, se conformaba con la mitad de su fortaleza. Con un último esfuerzo consiguió acercarse a un punto de luz, un punto de esperanza.

Lo que vio la dejó petrificada. Era un largo túnel, dentro estaban trabajando unos seres que le recordaron lo que había visto antes. Justo frente a ella había uno, con la piel de color rojo intenso. Al resto apenas podía verlos porque se había levantado mucho polvo y eran figuras desdibujadas a contraluz.

Pero a ese primero sí podía verlo claramente, tenía el rostro hundido y demacrado, sus labios estaban resecos y la boca recosida con grandes grapas metálicas. Los ojos estaban tapados por unas lentes redondas que a veces emitían una luz, también rojiza. Estaba vestido con trozos de tela negra hecha jirones y anudada a su alrededor. Parecía rebuscar algo en el suelo.

Parte de su cuerpo se había reemplazado por piezas mecánicas que usaba

para excavar. Se giró hacia la derecha y se agachó. Sabrina pudo ver que, sobre la espalda, atado, cosido o sujeto de alguna forma, llevaba a otro ser similar un poco más pequeño pero sin piernas y que golpeaba el techo rítmicamente con unos picos que se encontraban donde deberían de estar sus manos.

Cuando al moverse, algo de luz cayó sobre ellos, observó que gruesos cables los conectaban y ambos actuaban sincronizados, como uno solo. El más pequeño no llevaba lentes y pudo ver en el lugar de los ojos dos profundos pozos excavados en una especie de máscara reseca que cubría su cara, no tenía nariz, apenas un agujero en medio de la cara y en lugar de boca tenía una cremallera. La criatura comenzó a olisquear y giró la cabeza hacia el lugar donde se encontraba.

Sabrina no pudo evitar que se le escapara un grito. La criatura saltó y en apenas una fracción de segundo uno de los grotescos rostros retorcidos estaba frente a ella. Las lentes se encendieron y Sabrina deslumbrada, tuvo que entrecerrar los ojos. Sin visión, el olfato pareció recobrar protagonismo y un hedor corrosivo la golpeó.

Su cuerpo temblaba y respiraba muy rápido. Comenzó a llorar de rabia y de impotencia, estaba atrapada y no podía huir.

Algo se aproximaba lentamente. Debido a la luz directa dirigida sobre sus ojos, apenas distinguía una forma borrosa moviéndose justo detrás del grotesco rostro deforme que asomaba por el agujero.

Era otra de esas criaturas, de mayor tamaño, con cuatro o cinco figuras que parecían pegadas entre sí, el conjunto caminaba sobre dos gigantescas patas de metal. Los brazos no estaban en su sitio, todos los habían insertado en unas conexiones metálicas sobre la espalda de aquella cosa y se mecían con un vaivén al moverse. La criatura era un puzzle hecho con cuerpos o miembros humanos ensamblados.

No quería mirar más. Sabrina se frotó los ojos con la única mano que podía mover. Quiso llorar por su mala suerte y se recordó que su madre siempre decía que la mala suerte no existía. Tendrían que discutirlo, si volvía a verla.

Cogió aire, se restregó la cara y después apartó hacia atrás su pelo. La luz ya no le molestaba, las criaturas deformes se habían apartado a un lado, situándose entre las sombras y a la expectativa. Intentó pensar en su madre, en sus amigas y se recordó que su padre estaría ahora buscándola y que no la abandonaría.

Empujó y probó a girarse sin éxito. De repente notó que todo su cuerpo le dolía muchísimo y se preguntó si tendría algo roto. Aunque realmente le daba igual si no conseguía salir de allí. Tenía que aguantar el dolor como fuese, callada, sin hacer más ruido para que la dejaran en paz y esperar a su padre todo el tiempo que fuese necesario.

Pero con todas aquellas cosas ahí fuera ¿cómo podría llegar él hasta allí? Sus pensamientos angustiosos se convirtieron en auténtica desesperación cuando algo la sujetó firmemente por los tobillos. Intentó dar patadas, pero no podía, en aquel lugar tan estrecho, así que gritó y gritó.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Estoy aquí!

Ya todo daba igual, porque su única esperanza era que su padre estuviese lo suficientemente cerca para oírla.



Gael, arrastrando los pies, marchaba con Altsup y el resto muy cerca ya de la salida. Un pequeño marro de los que llamaban dujis surgió frente a ellos de repente, como si llevase allí todo el día, esperando.

Los marros se dijeron algunas cosas en los oídos que no entendieron, aunque Gael prestó la máxima atención.

El duji balbuceó “Así es, tecknai” y se apartó a un lado.

¿Tecknai? ¿No se llamaba Altsup? Gael sacudió la cabeza, aquello no le importaba ahora, miró fijamente al marro alto en busca de respuestas.

—Buenas noticias, aún sigue viva. La pequeña ha tenido mucha suerte, se ha roto una costilla y tiene varios cortes profundos, uno de ellos en la cara, le quedará alguna cicatriz pero se pondrá bien.

—¡Vamos! ¡Llévame con ella! —Gael se plantó frente a él y lo zamarreó por los brazos.

Altsup ni se inmutó y alzó una mano con parsimonia.

—Esa zona está reservada. Ningún contrato os permite bajar hasta allí.

Gael estaba cansado de escuchar aquella vocecita y de ver aquella cara sonriente. Pero su hija estaba bien, así que expulsó aire por la boca, hasta vaciar los pulmones y se dio la vuelta.

Esperaron y esperaron, los minutos le parecían horas. Los otros estaban fastidiados porque quedaba muy poco para llegar a casa y ahora se

encontraban parados de nuevo. Sus miradas lo atravesaban y Gael bajaba la vista. Lo único que le importaba era volver a ver a Sabrina.

Altsup había desaparecido en la oscuridad dejando allí una luz encendida y el pequeño duji parecía que se había vuelto de piedra, aunque de vez en cuando soltaba un pedo que hacía mucha gracia a los niños que no paraban de mirarlo y se preguntaban si sería también un niño como ellos y querría jugar.

—¿Por dónde vendrá? —preguntó al hombrecillo, que hizo como que no lo oía, parecía un poco molesto por tanto alboroto.

—Dime, duji. ¿Vendrán por ahí? —insistió Gael, señalando uno de los túneles.

El duji lo miró y negó con la cabeza. Hizo un gesto con una mano, señalando en otra dirección.

—¿Por ese túnel?

Asintió y abrió la mano, donde llevaba una pequeña linterna, Gael la cogió y salió disparado. Corría tratando de no tropezar y de no caer en algún agujero. Al fin logró distinguir una luz al otro extremo.



Sabrina por fin vio una cara reconocible tras el mal día que había pasado y el tremendo susto que se llevó. Menos mal que la encontraron los marros pequeños y no los espantosos seres enormes que había descubierto en el pozo.

No podía caminar y la llevaban en volandas entre varios porque cuando lo intentó, apenas se mantenía en pie.

Eran siete los dujis que la transportaban, lo que le trajo a la memoria un cuento muy antiguo que le había contado su madre en innumerables ocasiones e intentó pensar en eso durante todo lo que duró el trayecto hacia la superficie.

Ella se abrazó a su padre con fuerza, había pasado mucho miedo y había temido por su vida, ahora se encontraba absolutamente feliz. Cuando se dieron cuenta, los pequeños portadores habían desaparecido.

Llevaba vendas por todos lados y él las miró con preocupación, ella prefirió no preguntar, sabía que se había hecho bastante daño. Alzó los brazos, quería llegar a casa cuanto antes.

—Vamos, sube Sabrina, te llevaré en la espalda. Es por ahí. Estamos cerca de la salida.

Todos aplaudieron y gritaron cuando los vieron aparecer. Algunos se alegraban de veras, otros estaban felices porque al fin saldrían de aquellos horribles túneles. También estaba el marro sonriente, esta vez su padre sonreía más que él.

—Hola jovencita —le dijo Altsup, inclinando la cabeza—, espero que no estés muy dolorida, nos queda por recorrer un pequeño trayecto y pronto estarás en casa.

A pesar de que la primera impresión fue mala, a Sabrina le encantaba que la llamara “jovencita”. Muchos la llamaban “peque” y eso le fastidiaba bastante. Así que levantó una mano y le saludó. No había por qué ser maleducada.

—Claro que estoy bien. Pero tengo muchas ganas de salir de estos túneles —aunque le dolían hasta las orejas no se iba a mostrar débil ante aquel tipo presuntuoso.

—En media hora estaremos llegando a las puertas de Ynduj.

Sabrina no tenía ni idea de qué eran esas puertas, pero no quiso preguntar para no parecer una ignorante.

—Son las puertas que están justo al Este de tu barrio, el barrio de los Gatos Panza Arriba —dijo él.

—Por supuesto.

Sabrina no tenía ganas de charlar y no quiso mencionar a los seres horribles que había visto. Quería borrarlos de su mente y no volver a verlos jamás. Se mantuvo callada el resto del camino y temía que alguien le preguntase.

Parecía que llovía, caía bastante agua de arriba y el suelo estaba cubierto por un palmo de agua, los niños saltaban y se salpicaban unos a otros. Altsup aprovechó para contarle algunas curiosidades del clima de su mundo subterráneo. Ella prestó atención, era una buena forma de distraerse.

Sabrina quiso bajar pero su padre insistió en continuar cargando con ella. No volvería a enfadarse nunca con él.

Cuando salieron, el entorno le resultaba familiar. Trató de forzarse a recordar bien aquel lugar. Las puertas quedaban casi descubiertas, rodeadas por la escasa vegetación violácea y las señales de los marros, pero nada especialmente destacable alrededor. A la derecha, había algunos viejos edificios que podía utilizar como referencia por sus colores verdosos, poco habituales. A lo lejos se divisaba claramente la silueta desbaratada de Par.

Al fin reconoció el lugar. Hacía un año había venido con un grupo de amigos porque habían oído que algunas noches se podía ver a los marros en la

superficie, junto a las puertas de sus túneles, derramando un líquido oscuro que quizás sea el responsable de que los árboles perdiesen casi todas las hojas y se marchitasen, aunque seguían vivos y nunca se secaban del todo.

Caminaron un buen trecho, buscaron cobijo bajo la sombra de unos árboles altos y junto a unos arbustos se pararon todos, aprovecharían para descansar otro rato y comer algo antes de emprender el tramo final ya fuera de los túneles.

Repartieron un poco de comida y bebida y se sentaron en el suelo, excepto Altsup que bebía de pie un vaso de agua. A la luz del sol se le veía diferente, parecía un chico joven y simpático.

Sabrina se sentó junto a su padre, que la abrazó y ambos derramaron alguna lágrima, después, ella se acercó al marro que los había tratado con tanta amabilidad antes de que se marchara.

—Adiós Altsup.

—Adiós Sabrina —se agachó y la besó en la mejilla.

Sabrina se puso colorada. Gael carraspeó, seguro que no le gustaba nada la forma en que aquel individuo la miraba. Antes, en los túneles, su padre evitó discutir pero si no se marchaba pronto...

Lentamente se dirigió de vuelta hacia las puertas, apenas se distinguía en el interior la figura pálida y delgada que se había girado para mirarlos con una leve sonrisa.

Sabrina levantó una mano y de repente, las puertas se cerraron, fue como despertar de un sueño. Estaban bien, excepto el pobre Van der Bang. Pronto llegarían a casa y llevaban suficiente comida con ellos.

Los niños no paraban de correr y saltar. Los demás recogieron las cosas y se prepararon en pocos minutos para proseguir el camino.

—¿Nunca más veremos a Altsup, papá?

—¿Eh? ¿Altsup? Espero que no tengamos que verlo de nuevo, peque.

—Llámame Sabrina, ¿vale? Tengo trece años.

—Claro, peque. Digo, Sabrina, ja, ja...

—No tiene ninguna gracia.

Prosiguieron por un camino junto a unos árboles ancianos que les cobijaban con su sombra, tras los días de oscuridad el sol les cegaba. Charlaban animados y bebían el agua que les quedaba para reponer fuerzas y llegar cuanto antes a casa.

Ya divisaban las afueras de Par y los primeros esqueletos de edificios

relucían recubiertos con plascristal. Sabrina se sentía cómoda y charlaron sobre lo que habían vivido los últimos días, las horas pasaron volando aunque algo se retorció en su interior y no sabía cómo sacarlo. Fabián se había equivocado, la muerte tampoco los hacía libres.

—Padre, los muertos..., los he visto caminar.

Gael se detuvo, ella nunca lo llamaba padre. Lo hizo de forma intencionada, aquel asunto era algo importante. Tenía trece años, pero sintió que ya se había convertido en una mujer.

—¿A los muertos? ¿Qué quieres decir? —preguntó él.

Sabrina se encogió de hombros, no sabía por dónde empezar. Un alboroto los interrumpió.

Hacia ellos se dirigía una columna de guardias de la comuna. Iban caminando en filas ordenadas, portando largas porras.

Vestían con relucientes uniformes de color negro y llevaban el emblema de la calavera con la boca abierta clavada sobre espinas de pescado de Par, aunque el oficial era la flor de lis llameante. La mayoría llevaban chanclas o zapatillas en los pies y alguno iba descalzo.

—¡Vaya, nuevos uniformes para la guardia! Ya no parecen una pandilla de maleantes.

—Ni una mota de polvo, están impolutos —se admiró alguien.

—¡Pero si van descalzos! —gritaron algunos en tono burlón.

—En cuanto lleguen mis botas lo primero que pisarán será tu cara —dijo un guardia pecoso.

—Los uniformes han llegado de la comuna de Tur, pero las botas aún tardarán —dijo el que iba al frente, empujando al pecoso hacia atrás para evitar broncas.

—¿Y no trajeron nada para nosotros? —preguntó Fabián.

—Esparadrapo para las bocas —dijo otro de los guardias, un barbudo, que se calló tras la mirada severa del oficial.

—¡Oye, que hemos hablado con respeto!

—Hay otras necesidades que cubrir antes que vestimenta nueva para la guardia —se quejaron algunos.

—El equipamiento es necesario. Nos tenemos que preparar para lo que se avecina. Lucha y sufrimiento —respondió el oficial.

—¿Pero no es eso lo que tenemos ya?

—Será peor —dijo el oficial—. En Tur se están preparando. No como aquí.

Hugo es un blandengue.

—¿Y vosotros os preparáis desfilando?

—Nos preparamos de muchas formas. Por ejemplo, buscando y acumulando provisiones.

—¿Acumular? Eso no suena muy correcto.

—Pues tendréis que ir os acostumbrando. Desde Tur nos han dado indicaciones claras y no vamos a quedarnos cruzados de brazos.

—¿Y Hugo está al tanto?

—Por supuesto —dijo el oficial—, somos amigos y aliados de Tur, eso no es nuevo.

—Pero es una novedad que los jóvenes en vez de trabajar se dediquen a desfilan por las calles.

—No es un desfile, estamos organizando los suministros.

—¿Qué suministros? —preguntó Fabián alargando el cuello y meneando la cabeza— No veo nada.

—Esos suministros —dijo el oficial señalando a los carros cargados que formaban parte de su grupo.

—Son nuestros —sonrió afablemente Fabián—, los llevamos a Par y allí repartiremos con equidad, no te preocupes.

—Llegarán a Par, pero los llevaremos nosotros —dijo el oficial, haciendo un gesto a los guardias—. Nos lo llevamos todo.

—¡Ja! Ni de broma dirás eso.

—No es ninguna broma, Fabián, quizás lleváis demasiado tiempo fuera. Paseando por los campos.

Sabrina iba a estallar, no había pasado por aquello para perderlo todo sin pelear. Cogió una piedra del suelo para lanzarla pero su padre la detuvo bruscamente. Él la miró muy serio y le indicó con gestos que se estuviese quieta.

Pero un guardia había visto la escena y tiró de ella por el brazo, mientras su padre trataba de disculparla ante el oficial, explicando que estaba muy estresada porque había sufrido un accidente en el camino.

—Lo siento mucho, la pequeña lo ha pasado muy mal estos días. Se estará quieta —su padre la miró muy enfadado y no pudo evitar murmurar entre dientes—: ¿Podré devolverte hoy entera a tu madre?

—Está bien. Dejadlo ya —intervino el oficial que no deseaba mayores problemas.

Sabrina cogió una pieza de fruta de una de las cajas que habían apartado. Los hombres y mujeres uniformados la miraron y ella le dio un mordisco.

—¡Niña! Suelta esa manzana —gritó uno de ellos.

Sabrina compuso su mirada más gélida y distante y siguió comiendo mientras hizo un gesto al atónito guardia que sin pensárselo le dio una bofetada en la mano y tiró la fruta al suelo.

Levantó la mano para golpearla de nuevo pero su padre lo agarró por detrás con fuerza.

—¡Llévate a este bicho antes de que le arranquemos la cabeza! —chilló el oficial.

—Pero... Nuestra comida... Por favor —les suplicó Fabián en un último intento.

—Mejor iros todos. ¡Echadlos a todos ya! —dijo el oficial a la vez que escupía gotas de saliva por la boca.

Sacaron las porras que estaban nuevas y relucientes y comenzaron a golpear aquí y allá. Con dureza. El suelo se cubrió de sangre, lágrimas y dientes rotos.

## 9

*Infinito e intangible, Dios es el conocimiento y el conocimiento es Dios.*

*The Existence.*

### *Un mar de dudas*

Su madre se había vuelto un poco paranoica con los asuntos de Edén y estaba convencida de que estaba involucrado en algún tipo de conspiración. Su hermana Sanne, tan pragmática como siempre, le había dicho, “deja que persiga al consiliario, mamá tiene que entretenerse con algo”.

Dael se ofreció a vigilar al viejo con la idea de calmarla y hacerle ver que no debía preocuparse en exceso. Aunque parecía indestructible su madre no era inmune a los achaques de la edad. Suspiró, se sentía un poco estúpida agazapada tras una columna, pendiente de las idas y venidas del consiliario senil.

Unos días antes habían enviado dos pequeñas máquinas a hacer esa labor de seguimiento con el mismo resultado, ambas desaparecieron, dejaron de transmitir y nunca las localizaron lo que contribuyó a aumentar el recelo de su madre, así que habían ideado un diminuto dispositivo espía que esperaban introducir en un conducto para llegar hasta alguna rejilla de ventilación en el cubículo del consiliario.

Llevaba allí un buen rato, para pasar el tiempo se colgó boca abajo de unas barras e hizo flexiones con la cintura.

Tenía que mantener las distancias, si la pillaban su hermana se burlaría durante semanas. Ella debía mantenerse siempre a más de veinte metros, de esta forma podía vigilarlo sin que el CIC le mostrase a Edén su presencia. Vio que el consiliario salía por la puerta Sur del edificio deslizándose sobre su lazarillo. Parecía dormir y llevaba las manos recogidas en su regazo cuando se introdujo en un módulo limusina.

Envió a Milia, la IA de su familia, a seguirlo, no podían perderlo de vista. Estaba agarrada a la pared de la torre más alta, cuando el vehículo comenzó a

desplazarse, se soltó y se lanzó en picado tras él. Observó cómo se alejaban, pegó un salto y se puso a correr.

Dael estaba subiendo por las escaleras de servicio donde habían localizado un acceso al conducto cuando supo que el consiliario aún estaba en su cubículo. Fue una sensación desagradable y que le causó náuseas. Su mente tenía que corregir a su CIC y éste se negaba, pues la señal seguía llegando desde arriba. Con un gran esfuerzo mental consiguió acordar que efectivamente recibía la señal, pero sus ojos habían visto a Edén fuera.

Se suponía que el chip era inviolable y toda su sociedad se sostenía sobre esta garantía. Si se podía piratear un CIC se podía piratear la mente de un ciudadano para hacerle creer cualquier cosa. Dael se tumbó en el suelo y escrutó el techo, aunque allí no encontraría respuestas, al menos encontró la forma de calmarse. Su lazarillo se tumbó a su lado. Era un modelo pequeño que había traído de Sura, feo y retorcido, como un arácnido patilargo, diferente de los estilizados modelos de Lux, pero muy útil y ligero, a veces lo llevaba enrollado en su tobillo y nunca salía sin él.

Un minuto después se había cansado de especular. Tenía que estar segura, se levantó de un salto, subiría y entraría en el cubículo de Edén. Si sus ojos la habían engañado, se disculparía y se partiría de risa. Si no... La consiliaria Moa, su madre, tendría razón una vez más y aquel anciano estaba jugando sucio.

La puerta estaba abierta, como casi todas, todo quedaba registrado y a nadie se le ocurriría asaltar un cubículo ajeno, excepto a ella.

Ella estaba frente a la mesa de trabajo de Edén y aunque su CIC le indicaba que lo tenía delante, la sala estaba completamente vacía. Los ventanales en arco mostraban unas vistas espectaculares, a lo lejos se veía el río Mosela y uno de los nuevos puentes, el lugar transmitía paz. Por su cabeza pasó la idea de trasladar su cubículo hasta el edificio, pero tropezarse con aquel anciano desquiciado a diario no era una idea atractiva.

Le recordó la sala de trabajo de su madre, con numerosos objetos personales y extrañas antigüedades, de esas que ya únicamente interesaban a los viejos. Junto al borde de la mesa encontró un reloj de bolsillo de plata, fabricado a principios del siglo XX. Lo cogió con cuidado, era sorprendente, estaba funcionando y mostraba la hora con exactitud.

Era de origen alemán, en su puerta trasera tenía los sellos de autenticidad del fabricante y en la parte delantera conservaba una puerta de cristal que protegía

a las tres agujas doradas. El movimiento del segundero hizo que fuese consciente de que no podía permanecer allí demasiado tiempo.

La tarde anterior su hermana se había compadecido de ella y habían acordado dividir el trabajo, Sanne tomaría el relevo en menos de una hora. ¿Qué le diría cuando se encontrasen? El viejo consiliario le había dado esquinazo y de qué forma.

Saludó a las cámaras efusivamente, informarían a Edén de su visita y vería las imágenes, probablemente montaría en cólera y después se daría cuenta de que lo mejor sería no abrir la boca y dejarlo pasar.

Desistió de colocar el dispositivo espía, era probable que realizase un registro exhaustivo y terminase hallándolo. Dael bajó y se quedó esperando fuera del edificio. Sanne llegó antes de lo previsto en un pequeño aerosocka de clase L, con motores muy silenciosos, una brillante esfera de plascristal que descendió batiendo sus alas.

—Eeeeh. ¿Ya has destapado el complot? —Sanne le apuntaba con un dedo y sonreía, hasta que su expresión la alarmó— ¿Qué te ocurre?

—En resumen, Edén no estaba en su cubículo, pero el CIC indicaba que se encontraba frente a mí, con una precisión absoluta en las coordenadas.

—¿Qué quieres decir?

—¿No lo entiendes? Edén se ha atrevido a piratear la torre Iddik, el corazón tecnológico de Lux, debe tener una IA especializada que mantiene oculta en cualquier sitio.

—Es posible, la mente artificial más poderosa de Lux se creó con ciertas taras —añadió Sanne, acercándose.

—Iddik IA está engañada, no sabe que es una máquina, la gestión y evolución de la ciudad se diseñó como un juego al que es adicta.

—Es un sistema muy antiguo. Si ha caído y no es confiable, toda la ciudad-imperio está a las puertas de la ruina. ¿Quién tiene el control? ¿Y para qué?

Dael no tenía respuestas pero al menos podían saber qué hacía ahora Edén.

—Milia me acaba de comunicar que llegaron a una zona donde hay varias fábricas automatizadas. Entró en una de las naves, deslizándose sobre su lazarillo y después han subido a un ascensor.

—¿Solo? —quiso saber Sanne.

—Sí.

—¿Qué esconde allí?

—Le comunicaré a Milia que procure no perderlo de vista —Dael cerró los

ojos durante un par de segundos.

—Tenemos que ir allí —Sanne ya caminaba hacia el aerosocka.

—Nuestra madre solo quería un hilo del que tirar y ya tenemos una madeja entera.

—¿Y si encontramos todo el saco de madejas?

—No me lo digas dos veces —Dael sonrió.

El pequeño aerosocka las introdujo en su interior y se adaptó a la forma de sus cuerpos para que estuviesen cómodas, aunque no sobraba mucho espacio había suficiente para las dos.

Milia les apremió y despegaron a toda velocidad. Atravesaron varias avenidas y se dirigieron a un suburbio en el sur donde la localizaron en el interior de una gran nave que se usaba para ensamblar nuevos cubículos.

A su alrededor la maquinaria trabajaba sin descanso. Un rugido sordo las envolvía y de vez en cuando sonaba algún ruido estridente que las hacía saltar.

Emergió de la oscuridad, imponente como siempre con sus aires felinos, la enorme quimera agitó la melena para saludarlas. Inspeccionaron brevemente el lugar, una gran zona diáfana en el centro permitía que llegase luz natural desde el techo, salpicado de placas transparentes. Se acercaron a una barandilla y comprobaron que había siete plantas bajo el nivel del suelo. No veían a nadie, así que bajaron un par de niveles.

Desde allí abajo se podría llegar a cualquier parte, el subsuelo disponía de un intrincado sistema de túneles y cámaras que se había diseñado como defensa contra las temidas inundaciones.

Escucharon un gemido. No necesitaron confirmarlo con el CIC, en cuanto vieron a quien se retorció en el suelo reconocieron a Williermo Varel. El hermano de Eova tenía una herida en la cabeza y las manos atadas a la espalda. Se desplazaron con mucho cuidado para conseguir una vista más amplia y pudieron ver al consiliario Edén que se encontraba acompañado por un grupo variopinto.

Dael le comunicó a través del CIC que observase la zona a la derecha de ellos, allí aguardaban dos garrafas con combustible y había pensado que las iban a usar para quemarlo vivo.

Sanne le contestó que también había una urna con un cuerpo inmóvil en el interior. Junto al consiliario reconocieron al embajador Nikea Kizua, con un abrigo negro que le llegaba a las rodillas, los acompañaban cuatro pequeños marros semidesnudos y una chica muy alta y pálida.

—Udiol, revisa cómo prepararon el cuerpo y si sustituyeron la sangre con una solución crioprotectora adecuada para preservar sus órganos y los tejidos —dijo el embajador de Jippon—. Que la temperatura se mantenga estable en todo momento.

—¿Acaso pretendes reanimarla? —Edén se asomó a la ventana que había en la zona superior de la urna.

—No, no. Aunque podríamos reanimarla como un kinchasu, su mente estaría perdida. Para nuestras necesidades, Eova Varel está definitivamente muerta.

—¿Un kinchasu? —preguntó el consiliario.

—Así es como denominamos a cada componente de un kincha. Cada cuerpo individual que se funde con otros hasta lograr una criatura perfecta para satisfacer nuestras necesidades.

—Esas abominaciones zombis son cualquier cosa menos perfectas.

—Dije que eran perfectas para nosotros.

—Convertir en herramientas a los muertos, qué idea tan repugnante. Me alegro de que este no te sirva —dijo Edén mientras señalaba la urna.

—Servirá para otro propósito. Tenemos que estudiar el cuerpo, hay más de lo que se ve a simple vista.

Dael continuaba escuchando la conversación, su hermana había subido para volver con el aerosocka. No podían dejar que los quemasen o se los llevasen sin intentar hacer algo. Las sienes le pulsaban como martillos y sintió que Milia también estaba tensa. Le habían retirado las armas en Sura para poder registrarla y entrar con ella en Lux. Aunque era una desventaja en un enfrentamiento, la IA disponía de otros recursos.

Le hizo una señal y Milia arrugó la nariz mostrándole dos filas de afilados dientes, las puntiagudas orejas se tensaron, cogió impulso y se lanzó hacia el grupo.

Rodeó el cuerpo tendido de Williermo y lanzó varios golpes con su larga cola. La chica recibió un impacto en las piernas y cayó de espaldas. Cogidos por sorpresa, los demás retrocedieron varios metros, Dael vio al embajador Nikea elevarse y perderse entre las sombras.

El rugido de los motores del aerosocka a toda potencia hizo que se girase. Sanne llegaba a toda velocidad y en una maniobra perfecta aterrizó junto a la urna.

—¡Es Eova Varel! —gritó a su hermana que saltaba fuera de la máquina.

—Coge primero a ese. Por las piernas —Sanne señaló a Williermo.

Lo arrastraron hasta el aerosocka, que lo introdujo en su interior, el hombre parpadeaba e intentaba decir algo pero no tenían tiempo para detenerse a escuchar.

—¡Tienes que irte ya! Sube al aerosocka y lárgate.

—¿Y tú? —preguntó Sanne.

—¡Milia, coge la urna! —dijo Dael a la vez que saltaba sobre el lomo de la quimera.

El aerosocka despegó en cuanto Sanne se lanzó al interior. Milia los siguió, Dael cabalgaba sobre ella y debajo, colgaba la urna que sujetaba entre las garras.

Dael estuvo a punto de caer cuando unos pequeños motores bajo las alas le proporcionaron un empuje adicional. Con el rabillo del ojo pudo ver algo enorme y deforme que llegaba desde abajo, apenas pudo entrever la boca de un cañón que las apuntaba.

Dael gritó a Milia para que aumentase la velocidad. Se agachó, apretándose con todas sus fuerzas contra el cuerpo metálico, mientras escuchaba las maldiciones de Edén que se mezclaban con los gritos de los pequeños dujis. Se concedió una sonrisa cuando vio la luz del sol, ya estaban llegando a la planta por la que entraron en la fábrica.

Milia aulló herida y perdió fuerzas, había recibido un impacto en una zona vulnerable bajo las alas. Tan solo habían disparado un proyectil y les habían alcanzado. Dael intentó agarrarse con todas sus fuerzas, estuvo a punto de caer pero el pequeño lazarillo extendió sus patas y la ayudó a recuperar la posición.

La urna cayó varios pisos rebotando por las paredes. Milia logró agarrarse a un saliente, consiguió subir y buscaron refugio tras unas columnas. Dael se bajó de un salto y, agazapada, se asomó a la gran zona diáfana que llegaba desde el techo hasta las plantas más profundas.

La urna estaba abierta y el cuerpo había rodado por el suelo hasta tropezar con unos contenedores, sobre el suelo se había derramado un líquido azulado y se dirigía hasta un desagüe en el centro. La piel de Eova tenía un color grisáceo y destacaba una línea roja, un corte en el cuello que se había vuelto a abrir tras el golpe.

Decenas de dujis llegaban de las profundidades, la cosa enorme se había retirado hacia los túneles tras derribar a Milia. Dael pensó en comunicarse con su hermana, pero el aerosocka se encontraba demasiado lejos. Milia

estaba dañada, no podía pedirle más. Se sintió impotente y llena de rabia.

Avanzó hasta el borde donde todos podían verla, les gritó con el puño en alto, inútilmente, ya estaban llevándose el cuerpo y unos segundos después allí abajo solo quedaban el silencio y la oscuridad.



Williermo gemía, boqueaba y parecía que le faltaba el aire. Sanne manipuló una consola y entró una potente ráfaga de aire fresco en la cabina del aerosocka. Con una mano lo ayudó a liberarse de las ataduras.

—Voy a llevarte con un sockadoc. Creo que te pondrás bien, parece que solo tienes un fuerte golpe en la cabeza.

—No —balbuceó.

—¿Tienes más heridas?

—No quiero que me lleves a ningún sitio.

Sanne no le contestó y siguió pilotando el aerosocka en dirección recta, hasta que él le puso una mano en la rodilla.

—Para.

—Estás conmocionado, en cuanto...

—Estoy bien. Y... gracias por sacarme de allí.

—¡Nulos sean! Iban a quemar vuestros cuerpos.

Él se revolvió incómodo y enderezó su espalda. Estiró los brazos y las piernas y comprobó que podía moverse, se restregó los ojos y se giró hacia ella, con un rostro pétreo.

—Yo iba a quemar a Eova. Llevé unas garrafas con combustible hasta el lugar... el lugar donde la tenía oculta.

Sanne lo miró como si llevase un tigre sentado en el asiento del copiloto.

—Es complicado... Han pasado muchos años, el cuerpo de mi hermana me lo entregó Titania, una IA que usaban en el Lab. Según me dijo, Zayin lo ocultó y programó un mensaje codificado con la ubicación para que yo lo encontrase y destruyese el cadáver, pero no lo hice y lo preservé en una urna especial.

Titania temía que descubriesen esa información, así que la borré de su memoria una vez que me la entregó. Hice un pacto con la secta de Hukt, me consiguieron nibots de Jippon y anillos neuroconectores de Sura. Pensé que si conseguía revivir a mi hermana el tiempo suficiente para profundizar en su

mente, podría averiguar quién la asesinó o al menos, saber lo que sucedió en los últimos minutos de su vida. Deseaba encontrar al asesino y vengarme.

Pero no me atreví, no quería hacerla sufrir en vano, me convencí a mí mismo de que no serviría para nada, que no lograría extraer información de su cadáver, así que ni siquiera lo intenté y me marché de Lux, atormentado por mi cobardía.

—Conozco bien los anillos que utilizan los policías de la verdad en Sura y he visto lo que pueden llegar a hacer. Creo que hiciste lo mejor para ella — dijo Sanne.

—Zayin no quería que el cuerpo de Eova llegase a manos de nadie y pensé que había llegado el momento para quemarlo. No contaba con que me seguirían.

—Tal como lo cuentas es terrible, porque ahora Edén podría aparecer como un héroe, tú robaste el cadáver y él lo rescató, incluso podrían volver a acusarte del asesinato, de ocultar las pruebas..., porque... tú no fuiste su asesino, ¿verdad?

—Déjame aquí, quiero bajar ya. Te he contado todo lo que podía contar.

Sanne aterrizó. Williermo tenía los ojos cerrados y sus mejillas temblaban.

# 10

*Al mantener una línea recta y sin desviarte, sin sobresaltos, sin salirte de la ruta preestablecida, lograrás una aparente seguridad que inexorablemente hará que el fin del camino te devuelva al punto de partida.*

*Silento IA04.*

## *Pesadillas*

Un frío atroz le atravesó hasta los huesos, por las noches las temperaturas descendían bruscamente, a veces tanto como para despertarlo a media noche. Cuando era más joven Gael parecía invulnerable al frío, iba siempre con poquísima ropa y le encantaba caminar bajo la lluvia. Ahora bastaba una corriente de aire para que se acatarrase.

En sueños, Diana había recogido toda la manta y se había quedado destapado. Vaya porquería de noche, con la cantidad de cosas que le daban vueltas en la cabeza, Gael ya no podría volver a dormir.

Se levantó y cogió otra manta de un cajón. No quería despertarla, además Diana probablemente volvería a hacerse con todo, como otras noches. Apenas entraba algo de luz por la ventana y a tientas se sentó en un pequeño pero confortable sillón. Recogió los pies y se cubrió hasta la nariz.

Se sentía muy frustrado. Las decisiones se tomaban por consenso y la mayoría de los imbéciles habían elegido organizar una guerra cuando apenas tenían alimentos y energía para el día a día.

Estaba seguro de que si no se organizaban, no lograrían almacenar lo suficiente para que todos pudieran llegar a final de año, a menos que la suerte les sonriera por una vez.

En la comuna todo se compartía, pero cada vez más, los hombres y mujeres se dedicaban a vigilar, a supervisar, a controlar y menos a trabajar. Siempre había sido un orgullo trabajar para la comunidad, pero ahora ese orgullo se diluía entre gotas de sudor en la frente, heridas en las manos y magulladuras por todo el cuerpo, mientras tenía que contemplar a sus antiguos compañeros, vestidos de uniforme, dando vueltas de un lugar a otro, dispuestos a todo para

realmente no hacer nada.

Le resultó triste asumir que los errores del pasado se repetirían sin fin y que era muy fácil caer una y otra vez en las viejas costumbres. Escuchó un bostezo a su lado. Diana se había despertado y estaba observándole con los ojos entreabiertos y una expresión de dulzura que le llenó por dentro.

Fue hacia ella y se abrazaron con fuerza, la luna iluminaba los cuerpos semidesnudos a través de las láminas de plascristal. Diana le acarició el brazo con la punta de sus dedos y se sorprendió por la calidez del tacto en aquella habitación tan fría. Cuando ella le levantó la cara, empujando su barbilla, él apartó la mirada y se encogió, continuaba rumiando sus desdichas.

—Tengo tantos problemas, que pensar duele.

—Vamos, amor —la firme voz de Diana era tranquilizadora—, lo pasaste mal pero ya estás aquí y Sabrina se encuentra bien, fue toda una aventura.

—Tiene pesadillas. Dice que ha visto caminar a los muertos, que los marros los montan como si fuesen partes de una herramienta y los utilizan para trabajar —bufó Gael, tumbándose de espaldas.

—Ella cayó por un túnel, ¿no es así? Se golpeó en la cabeza y se desmayó. Al despertar tuvo que pasar momentos angustiosos y ya sabes que tiene mucha imaginación —dijo Diana, tratando de restarle importancia.

—Quizás solo era maquinaria —admitió Gael—, los túneles eran muy oscuros... Pero esos desagradables marros se llevan a los cadáveres, ya es hora de que den explicaciones.

—Traen agua, comida, medicinas y hongos. Nadie les pedirá explicaciones si temen perder todos esos regalos.

—Yo moriré, tú morirás y todos lo harán, así que al final sabremos la verdad, pero me temo que no nos va a gustar —Gael parecía estar adentrándose en un túnel cada vez más oscuro y frío.

—Ven aquí —sonriendo, lo agarró con fuerza—. Pues aprovechemos la vida, ya tendremos tiempo de ocuparnos de la muerte cuando estemos muertos.

—¿Vivir así merece la pena?

—¿Qué te ocurre? Parece que has entrado en un bucle —Diana se alejó, cogió algo de ropa de abrigo y se cubrió.

—No me ocurre nada. Ya se me pasará. Estoy enojado, nada más —Diana necesitaba alguna explicación pero él no era capaz de expresar todo lo que se amontonaba en su cabeza.

—Amargarte no solucionará ningún problema —ella le abrazó alrededor del

cuello.

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo y la apartó. No quería ser desagradable pero...

—¿Por qué hay personas que hagamos lo que hagamos siempre estamos jodidos?

—Vamos, déjalo pasar. Lo que sea que se te haya atascado.

—Es miedo. La verdad es que tengo miedo y lo disimulo enfadándome por todo —murmuró él.

—No te enfades. El miedo, a su manera, nos ayuda porque nos mantiene dispuestos y preparados.

—Oh, sí. Es muy útil. Como la muerte, que evita sufrimiento —dijo Gael resoplando.

—No te burles, intento animarte.

—Animarme, ¿qué era eso? Ya no me acuerdo.

—Ojalá encontrase la forma —ella le dio un coscorrón—. Preocúpate únicamente de lo que puedas solucionar y olvida el resto.

—Lo que no puedo solucionar es lo que me preocupa —cortó él secamente.

—Y de esa forma desatiendes lo que podrías ir solucionando.

—Estoy muy cansado, como si llevase encima un saco cargado de piedras y no pudiese quitármelo de encima —dijo Gael encorvándose hacia delante y caminando de forma un tanto cómica.

—Ese saco son ideas podridas. Respira hondo y llena tu pecho con aire fresco.

—¿Respirar? Es difícil cuando es la vida la que me está ahogando.

—Serán las circunstancias de la vida. La vida no mata, bobo —dijo Diana sonriendo.

—No lo tomes a broma. Quisiera poder controlarla, porque ahora es como si no me perteneciera o como si ya estuviese todo decidido de antemano y no pudiese hacer nada excepto seguir arrastrándome hasta un absurdo final.

Diana alzó las cejas y le contestó pasando una mano por su hombro.

—La vida es un regalo que va pasando de mano en mano sin pertenecer a nadie. Aprovéchalo, es un don salvaje, libre y que no se deja dominar.

—Ja, ja. Así eras tú cuando te conocí.

—¿Era? Ahora me siento más libre y salvaje que nunca.

—Pues no pienso dejarte escapar, ja, ja —dijo él abrazándola fuertemente por la cintura.

Las palabras le tranquilizaron por fin y recuperó la respiración pausada. Volvió a enfocar los problemas pendientes con relativa lucidez, incluso consiguió suspirar con cierto desahogo.

—Gracias Diana, ya lo veo claro. Está todo más o menos descontrolado por igual.

—¿Y eso es bueno?

—¡Claro que sí! Significa que no hay nada absolutamente fuera de control.

Ella comenzó a darle besos y empujones. Se abrazaron sobre un colchón relleno de restos vegetales en una habitación por lo demás casi vacía. Las paredes desnudas estaban decoradas con pinturas que representaban unas figuras humanas difuminadas, como sombras que hubiesen conseguido elevarse del suelo y se dispusieran a emprender su propio camino. Los colores que predominaban eran tonos marrones. Unos pequeños mueblecitos de madera constituían todo el mobiliario. Si un lecto viese este lugar, aseguraría que es horrendo, pero para ellos era su hogar.

Los llamaban nulos, personas despojadas de su humanidad, muy disminuidos en número, se refugiaban de nuevo en las antiguas urbes, las llamaban ciudades reliquia y ya no había electricidad ni agua corriente o gas, solo muros y techos. No disponían de medicinas, ni electrodomésticos o vehículos de transporte ni muchas otras cosas.

Mientras hicieron el amor, Gael consiguió olvidarse de ello, aunque al terminar no pudo evitar recordar las antiguas historias. No tenían la sensación de pérdida o derrota, consideraban que sus antepasados vivieron en un sueño del que la realidad los arrancó violentamente y lo que descubrieron al despertar fue que realmente nadie poseía nada, ni siquiera nuestros propios cuerpos y pensamientos, porque, tal como había escuchado tantas veces... «¿acaso te pertenece tu cuerpo cuando ha sido mutilado y violado, te pertenece tu mente cuando la han inundado de mentiras y supercherías?».

El sentimiento predominante en su sociedad era una aceptación serena de esta realidad. Esa serenidad le ayudó una vez más a relajarse y conciliar el sueño. Ambos se durmieron profundamente.

Apenas había pasado una hora y en plena noche, sobresaltada por una pesadilla, Diana se despertó. «¿Ahora me toca a mí?» Había soñado que estaba tumbada sobre Sabrina y Gael en el suelo de una gran sala, parecía una antigua iglesia, estaba oscuro excepto por alguna vela encendida y sobre ellos

se desplegaba una gran cúpula. Fuera no paraban de retumbar los truenos de una tormenta que se aproximaba amenazante, y por las ventanas se colaba el resplandor de los rayos, revelando en el interior los objetos sagrados de una religión hacía tiempo olvidada.

Un nuevo rayo le descubrió en uno de los ventanales, a un ser de aspecto maligno, que con ojos de un amarillo luminoso los miraba sonriente. Diana adivinaba su silueta y no podía apartar su vista, esperando con ansiedad cada nuevo rayo que le permitiera observarlo. Rogaba para que no cesasen y así poder asegurarse de que no se movía de allí.

Al fin llegaron unos momentos de calma. Ahora todo estaba por fin en silencio, no se oía nada, Sabrina y Gael parecían dormir y ella pudo acercarse a la ventana. La criatura de ojos amarillos sonrió, extendió sus brazos y atravesó la cristalera, que se desvaneció como si fuese de humo.

Ella comenzó a dar manotazos sobre su cabeza. Al darse cuenta de que se había despertado en medio de una especie de alucinación se tranquilizó, aunque su mente no olvidó aquella terrible mirada de superioridad que la había taladrado.

Aquel perdonavidas no tenía un nombre concreto pero sabía bien a quienes representaba. Notó que el miedo se transformaba en rabia.

—Asquerosos enjaulados. Asesinos sin escrúpulos —dijo entre dientes.

Allí en la cama, con su compañero durmiendo y sin la necesidad de mostrarse fuerte dejó que la amargura que le producían los recuerdos fuese adueñándose de su mente.

«¿Qué pensaría Gael si me viese ahora llorando como una niña?».

Ella era joven y no vivió en persona los acontecimientos más terribles. Nació en Par, donde todo lo que había pertenecía a la comuna, porque la comuna era la única garantía de supervivencia. En cuanto a ellos dos, él la poseía a ella y ella a él, para ambos era suficiente. Sabían que los llamaban nulos, pero para ellos no era más que una palabra que pretendía enmascarar mentiras y horrores.

Su madre le contó muchas historias y con retazos de aquí y allá forjó al ser maligno de ojos amarillos, un privilegiado de Lux.

No volvió a conciliar el sueño esa noche. Quizás se había contagiado de los malos augurios de Gael. Contemplando cómo dormía plácidamente, pensó que no era un contagio sino que directamente se los había trasladado a ella.

Respiró profunda y lentamente para que los latidos de su corazón bajasen a

un ritmo pausado. Aunque cada vez que cerraba los ojos aparecían esos dos puntos amarillos enmarcados por una expresión de odio y desprecio.

Estaba empapada en sudor. Intentó vaciar su mente y la dejó vagar libremente. Embobada, contempló la imagen de un bebé en sus brazos. Deseaba tanto darle una hermana a Sabrina... aunque un hermano también sería bienvenido. Pero por más que lo intentaban, no llegaba, parecía resistirse.

Ya no podría dormir más. Se levantó y decidió aprovechar el tiempo pues esa tarde tenían una cita importante. Al menos una vez al mes se reunían en Par para tratar los asuntos de la comuna, pero hoy celebrarían un evento especial porque habían llegado varios enviados de otras comunas para dialogar, contar novedades y adoptar estrategias comunes.

# 11

*Mensaje a Serus Rich interceptado y descodificado por Zelig, enviado por un remitente desconocido.*

*Los hijos recién nacidos de los nulos son regularmente secuestrados por rondadores nocturnos, irrumpen en la oscuridad y toman a los pequeños, sin emplear violencia extrema, pues aparentemente no se les ha autorizado para ello. Aunque embisten y arremeten con estrépito sembrando el caos si la situación lo requiere.*

*Ha sido decisión exclusiva de Edén y se mantiene en secreto, no sé por cuánto tiempo. Los asuntos considerados propios y privados no tienen por qué trascender, pero ¿dónde está la frontera entre lo personal y lo común? Los niños pasan directamente a ser criados por sockas que son a la vez sus vigilantes centinelas. ¿Qué destino les tiene preparado? ¿Cómo obtiene los chips CIC para validarlos? Espero que puedas ayudarme en esto. Debemos vernos cara a cara, pero por ahora no puedo revelar mi identidad, volveré a contactar próximamente.*

## *Vivos o muertos*

En la desesperación por encontrar lo divino, los hombres se tropiezan una y otra vez con ellos mismos. Las antiguas religiones fracasaron al intentar buscar a Dios, cada una proclamando su propia versión, cuando hay que aceptar que está más allá de la mezquina y vulgar experiencia humana. No puede ser un fruto más del conocimiento cuando la mente no está preparada para entenderlo.

Serus no paraba de dar vueltas a estas cuestiones, después de todo, su principal ocupación era la de representante menor de Veredio. La religión era la encargada de cohesionar a la sociedad, que de otro modo, terminaría en una peligrosa deriva ideológica.

«La conexión con nuestro Dios es lo que nos hace superiores a las máquinas».

Su tarea primordial consistía en escuchar y aconsejar a los lectos apesadumbrados a seguir “el sendero”, una serie de normas sencillas que confortan al espíritu. De esa forma conoció a tantos y tantos seres atormentados que parecían más muertos que vivos.

En Lux no faltaba de nada y hacía mucho tiempo, decidieron dar forma a su propia religión. A juicio de Serus, una mezcla de antiguas creencias y construída sobre los mismos errores que las anteriores. Aunque tenía su parte beneficiosa, a los interesados les enseñaba un método para conocer su cuerpo, respirar mejor, manejar las emociones y a mantener fácilmente una actitud de sana relajación, ayudados por las capacidades de control del CIC.

Pero hoy Serus no conseguía serenarse de ninguna forma. Se sentía enfadado y batallaba con un dolor punzante que le atravesaba la cabeza. Todo salió estúpidamente mal cuando había tratado de explicar a un anciano las bondades de la fe en Veredio y al buen ciudadano no se le ocurrió otra cosa que lanzarse al vacío. Mientras él le hablaba, se dirigió a un gran ventanal de exóticas maderas y cristales tintados, apartó las cortinas y se subió a la barandilla. Se dió media vuelta, lo miró directamente a los ojos y le sonrió.

Cuando Serus dio un paso hacia el anciano, abrió los brazos y se dejó caer hacia atrás. Eran más de veinte pisos de caída, enseguida saltaron pequeños sockas que lograron aferrarse al cuerpo que caía. Fuera escuchó el rugido de motores a plena potencia. Afortunadamente Iddik recopila información sobre el estado de salud mental de los ciudadanos y las máquinas estaban prevenidas.

Cuando Serus se asomó, un aerosocka descendía hacia la calle y con sus extremidades mecánicas aferraba el diminuto cuerpo. Lentamente, casi con dulzura, dejó al anciano de pie sobre la calzada y las máquinas se alejaron sin hacer el menor ruido.

El anciano se salvó, ¿y él mismo? ¿cómo se salvaría?

Necesitaba consejo. ¿Era mejor seguir a la mayoría y no hacer nada? ¿Acaso iba a fracasar en todos los aspectos de su vida?

Se reunió en la torre Projek con el consiliario Pirelio, su guía en “el sendero hacia Veredio” para explorar con él su conducta errática y buscar ayuda en los caminos de su religión, pero tras una breve charla, se encontró un tanto decepcionado y ambos acordaron caminar y hablar fuera del edificio.

—Por suerte, el viejo había amarrado a su lazarillo con cinta extrafuerte y las máquinas estaban sobre aviso de que ocurría algo extraño —dijo Serus,

aunque más bien reflexionaba en voz alta.

—Veredio no consintió que ocurriese nada malo.

—No estoy de acuerdo, Pirelio. Fueron los sockas los que impidieron que se estrellara.

—Es la forma que tiene de manifestar su voluntad.

—¿Por qué nos empeñamos en encontrar a Dios en cualquier acto? Quizás prefiera mantenerse oculto.

—La verdad también tiende a ocultarse y no por ello dejamos de buscarla.

—Pero Veredio es una creación, una representación de algo que no sabemos qué es realmente.

—Todo es así, una representación para nuestros sentidos de lo que es real. Quizás únicamente los locos puedan ver más allá.

—¿Y ya está? ¿Nos conformamos sin más?

—Veredio es lo que él nos permite entrever desde nuestro limitado punto de vista. Y para mí es suficiente.

—Para mí no. Veredio es un dios diseñado para alejarnos de la ira y la irracionalidad. Hicieron una especie de recuento, buscaron las características comunes de las religiones más extendidas, las combinaron y eliminaron lo que se repetía.

—Las antiguas religiones estaban buscando a Veredio pero no lo habían encontrado. Recuerda que es el dios verdadero.

—Todas afirmaban que su dogma era el único, el auténtico, despreciando al resto, ¿no es lo mismo que hacemos ahora?

—Nuestra religión es la que enlaza con la verdadera raíz del espíritu humano.

—¿Sabes Pirelio? tampoco creo que exista un espíritu humano común a todos.

—Y yo no entiendo que dudes de tu fe cuando más la necesitas.

—Claro, ¿cómo dudar, si está pensada para encajar con cualquiera? La religión de Veredio tiene tres niveles. Uno más espiritual, otro materialista que se limita a proponer conductas éticas y el tercero, propone la aceptación de Veredio sin entrar en detalles, adecuado para quienes no encajan en ninguno de los anteriores. Incluso un indeseable encontraría su sitio.

—Es una forma ruda de decirlo, pero es así. Para Veredio no existe el bien ni el mal, son etiquetas que usamos desde nuestra perspectiva parcial porque no conocemos la trascendencia de los acontecimientos ni su finalidad última.

—Es todo tan genérico..., pretende cubrir tantos frentes que finalmente conduce a ideas extrañas y alimenta las dudas. ¡Perdona los crímenes y la violencia si están justificados!

—Piensa un poco Serus, tu malestar no tiene nada que ver con la religión, en el fondo temes la libertad. Veredio no es un dios vengativo ni exige grandes sacrificios a sus fieles, únicamente les provee de un marco equilibrado de actuación dentro de la serenidad a quien lo necesita.

—Pero si crees en Dios... Debes creer en la bondad.

—A veces hay que defender la bondad de forma violenta. Es lo que hicieron nuestros antepasados.

—Y Veredio los justifica. ¿No deberíamos ser más piadosos?

—Crear en la existencia de un dios no implica creer en una religión y en sus enseñanzas. Creerlo es decisión personal y en Lux no hay nadie dispuesto a hincar las rodillas ante normas estrictas y un clero todopoderoso.

—Veredio pretende ser un Dios para todas las creencias —exclamó Serus—. En lugar de rezos, se ejecutan sencillas canciones acerca de la bondad y la grandeza. Es un intento blando y con relativo poco éxito que intenta exponer las ventajas de colaborar en objetivos comunes para que no se desestructure la sociedad hasta un punto de no retorno. “Veredio nos une en la paz” o “Unidos a través de las enseñanzas de Veredio” son algunas de las canciones del repertorio. Es... es más un entretenimiento que una religión.

—Quizás tengas razón, pero nadie se había quejado antes —dijo Pirelio mirando al cielo.

—Veredio es una construcción a medida de Lux.

—Dios se manifiesta a la medida de las necesidades de sus creyentes. Siempre ha sido así.

Para Serus ya quedó claro hace tiempo que ninguna canción ni ninguna charla bienintencionada tenían la fuerza suficiente para detener el desmoronamiento que observaba en los detalles. Por desgracia pocos eran los que compartían su visión pesimista, pues preferían concentrarse en sus asuntos particulares y dejar que el sistema se regulase por sí mismo.

No quería esperar hasta los cincuenta y cinco años y optar a ser nombrado consiliario para tener la oportunidad de dar forma a sus numerosos proyectos. Esperó en vano compartir su entusiasmo con Edén, uno de los pocos consiliarios que le prestó algo de atención, pero este andaba enfrascado en sus propios asuntos y últimamente lo evitaba.

Las ideas que Serus manejaba eran simples, pero no habían encontrado el eco que esperaba, de hecho no habían tenido eco en absoluto.

Cuántas veces repitió: “la humanidad se forjó gracias a bandas, coaliciones, clanes o tribus en el pasado remoto y como sostén primordial, las familias, apartando a los aprovechados que no aportaban nada. Ahora nadie debe aportar, todo está garantizado y lo que debía ser una ventaja nos convierte día a día en seres fantasmales”.

Además, cada día se enfrentaba a situaciones inexplicables y sin sentido. Alguien estaba enviándole mensajes acerca de actividades insospechadas de varios lectos, incluido su propio mentor, el consiliario Edén.

Pero si fuese todo verdad ¿qué podía hacer él? Su posición es débil y a pesar de que trataba de mostrarse como un miembro con ideas que aportar, apenas le tomaban en serio.

Serus se pasó ambas manos por la cabellera, estaba sudando. No sabía por dónde empezar, cómo actuar sin que se burlasen de él. Siempre había intentado mantener el control, no era amigo de las sorpresas y todo aquello de los mensajes anónimos era como si le hubiese explotado una bomba entre las manos.

—Ahora tengo que marcharme, muchacho. Tenemos una reunión.

—Espero que sea productiva —dijo Serus, aliviado, pues no le apetecía continuar.

—Lo dudo mucho. Moa quiere que volvamos a hablar sobre la nave extraterrestre que llegó hace años.

—¿Hay novedades? ¿Qué se sabe?

—La nave o lo que sea eso..., el objeto, ha estado cinco años inactivo, pero recientemente ha entrado en actividad, cambiando varias veces de posición frente a nuestras costas. Tengo imágenes. Mira.

Serus observó que la nave se aproximaba al agua, sin dejar que las olas la tocasen, y se desplazaba.

—No parecen tener ningún interés en especial.

—Fíjate bien, sobre la superficie aparecen nuevos símbolos, quizás se comunican. En cualquier caso, creo que debemos actuar y buscar una forma de eliminarlos cuanto antes —Pirelio se golpeó la palma de una mano con el puño.

—Por lo que sé, es inviable atacar la nave extraterrestre, es como tratar de golpear un rayo de luz. Además aunque encontremos una forma, no sabemos

qué clase de materiales radioactivos y tóxicos podríamos liberar con su destrucción. Por no hablar de virus y bacterias o algo peor. La introducción de nuevos elementos en el ecosistema, vivos o no, tendría efectos terribles.

—Queramos o no, la realidad es que ya están aquí.

—Pero no han hecho nada para que tengamos que tomar ahora esa drástica decisión.

—Aún no —dijo Pirelio—. Son ajenos a este mundo y así deben seguir. Destruimos lo desconocido, lo que no controlamos, lo que no se doblega. Esa es la fórmula cocinada por los humanos y así hemos sobrevivido, siglo tras siglo, hasta ahora. Los cuentos de hadas..., la bondad es solo para niños.

—¿No crees que si los destruimos podríamos atraer a más?

—Empezaremos por destruir primero a la nave recién llegada, mientras las demás siguen lejos, y con la ayuda de Dios ahí se quedarán —dijo Pirelio.

—Sería necesario un ataque a gran escala, con armas nucleares, sin darles ninguna oportunidad a contraatacar —Serus meneó la cabeza—. Arruinaríamos cualquier posibilidad de un entendimiento.

—¿Arriesgamos la Tierra en su lugar?

## 12

*Acceso CIC. Prioridad I. Enlace ndu59.*

*Hoy, 15 de enero de 2239 bajo unas nubes negras que ocultan el sol, ha aparecido en el cielo un objeto brillante sobre el Mar del Norte, frente a las costas de Lux, en Ostende. Se ha situado a unos tres mil metros de altitud y permanece inmóvil desde entonces.*

*Un extraño efecto óptico hace que las espesas nubes aparezcan a veces con un tono metálico plateado, casi parecen sólidas a la vista.*

*A las 10.20 horas llegaron a la zona dos aerosockas que han caído fuera de control cuando se han aproximado, precipitándose en el agua, a unos cuatro kilómetros de la costa. Como decíamos anteriormente, las condiciones meteorológicas son adversas, con fuertes lluvias y algunos fenómenos eléctricos.*

*En un comunicado me indican que no se puede confirmar con certeza si han sido derribados o han sufrido algún tipo de contratiempo.*

*La información que han podido enviar es la siguiente: se trata de un objeto de grandes dimensiones, tiene forma de dos pirámides, una invertida sobre la otra y girada 45 grados, con la cúspide solapada de forma que visto desde arriba parece una estrella de ocho puntas. En la zona central existe una apertura.*

*El objeto emite luz de diversos colores que van cambiando creando formas extrañas en su superficie, se está averiguando si siguen un patrón repetitivo y su posible significado.*

*Se ha contactado de inmediato con las otras ciudades-imperio para informarlas pero no hay indicios de que el objeto provenga de alguna de ellas.*

*A falta de más detalles, el consilium no descarta ni confirma que se trate de un objeto extraterrestre. Pero si llegara a confirmarse, las implicaciones serían de una magnitud desconocida hasta hoy. En cuanto dispongamos de más datos los iremos dando a conocer.*

*Quentin Bell. Retransmisión del suceso.*

## *El suceso*

Moa había pensado que no era una mala excusa para convocar la reunión y aprovechar para exponer a continuación los acontecimientos más delicados. Al principio se reunían cada día para debatir sobre “el suceso”, el acontecimiento que parecía que cambiaría la historia de la humanidad pero que únicamente trajo algo de confusión y una enorme decepción.

Ya habían pasado seis meses desde la última reunión de los consiliarios para comentar en persona cualquier novedad sobre la nave extraterrestre que apareció hace cinco años sobrevolando el Mar del Norte y que desde entonces permanecía suspendida en el aire.

Se encontraban en la planta veintiséis de la torre Revi, sentados alrededor de una enorme mesa de metal pulido donde se reflejaban las mustias caras de los dos hombres, que se sentaron juntos, Luth y Pirelio y las consiliarias Drika, Ghalia y Lisseth que estaba justo a su derecha.

Los seis consiliarios con sus ropajes de color carmesí se observaban sin decir nada, la cara redonda y sonrosada de Luth hizo un gesto apremiándola a comenzar, Moa se disponía a hablar cuando Drika rompió el silencio.

—Como la última vez, seguimos sin novedades destacables. Creo que debemos posponer estas reuniones indefinidamente hasta que suceda algo relevante.

—Sigue flotando sin más —dijo Luth acomodando su grueso trasero sobre su lazarillo—. Ya avisé en la última reunión de que tiene que ser una sonda. Está recopilando datos y enviándolos lejos, a alguna parte y con fines terribles. Cada mes que pasa, se debilita nuestra posición, aunque ya probablemente sea tarde para reaccionar.

—Si me dejáis hablar —Moa se puso en pie—. Recientemente, la nave se ha desplazado en varias ocasiones, si bien es cierto que ha sido durante un breve período de tiempo y siempre ha regresado al punto de partida. Pero lo más importante es que los diseños que se dibujaban en su superficie están cambiando, trata de comunicarse. Repite las nuevas señales una y otra vez.

—Señales que nadie ha conseguido descifrar —añadió Lisseth, mirando a Moa.

La consiliaria observó los dulces ojos pardos, las cejas, la nariz..., y de no ser por el puntapié que le propinó, hubiese pasado de contestar.

—Quizás no sean señales y no están pensadas para ser interpretadas. Puede que tengan otro fin —dijo Moa al fin.

El lazarillo de Moa se deslizó, colocándose entre ambas. No perdía de vista las botas de Lisseth.

—Me niego a discutir sobre eso de nuevo sin tener nueva información que aporte algo de luz a lo que ya sabíamos —cortó Pirelio al que no le apetecía revivir paso por paso la misma reunión una y otra vez.

Drika bostezó, quizás era una forma de expresar su opinión.

—No vamos a repetir lo que hablamos hace medio año. Debemos decidir si los erradicamos del cielo para siempre con la bendición de Veredio —Pirelio se impacientaba.

Moa saltó en su asiento.

—¿Cómo puedes pensar en atacarles sin más? ¿Llega una civilización extraterrestre y antes de conseguir contactar y averiguar algo sobre ellos decides que aniquilarlos es la mejor opción?

—¿No era para eso esta reunión? —preguntó Pirelio abriendo los ojos.

Moa comenzaba a lamentar haber utilizado aquella excusa para reunirlos. Pirelio levantó una mano, cortando los murmullos, con gesto hastiado.

—Por supuesto que se intentó contactar y averiguamos todo lo que pudimos, que no ha sido mucho. Los extraterrestres parece que han tratado de comunicarse y en algunos lugares se repiten las señales, lejos de la nave, todo se vuelve de color plateado y sobre la superficie aparecen figuras fractales de diferentes colores donde predominan los tonos oscuros y verdosos, que se transforman sin cesar y persiguen al observador allá donde vaya. De alguna manera, hay personas que dicen que sienten lo que tratan de comunicar, pero no hay sonidos y las formas carecen de sentido.

Pirelio terminó de hablar y se cruzó de brazos.

—Esas formas que se mueven —añadió Ghalia—, esas sombras, también aparecen fugazmente tras una cortina, sobre una mesa, reflejados en un espejo, como una sombra escurridiza o deslizándose tranquilamente sobre el pavimento en un día luminoso y despejado. Pueden mantenerse durante horas o aparecer y desaparecer tras unos segundos. Los que han podido presenciarlo de cerca, coinciden en que transmitían una sensación profunda y triste, siendo pocos los que han sabido mantenerse tranquilos sin ponerse a gritar o a lanzarles cosas. Ese tipo de diseños fractales que recorren la ciudad, como manchas ponzoñosas, son similares a los que aparecen sobre la superficie

plateada de la propia nave.

—Quizás esas figuras fractales son los propios seres extraterrestres —dijo Luth encogiéndose de hombros—. Tampoco sabemos si es una forma de comunicación visual.

—A eso me refería —dijo Ghalia— estamos tratando de descifrar un lenguaje y quizás no lo sea. Yo pienso que se trata de una especie de escáner. Están capturando muestras aquí y allá de lo que les interesa.

Durante un minuto nadie añadió nada. Pirelio miró al techo y emitió un extraño sonido, entre bufido y suspiro.

—Es curioso cómo algunos jóvenes imitan esos diseños con sus ledtoos —dijo Drika bostezando.

—Tenemos que reconocer que no hemos avanzado —dijo Moa, mientras pensaba en cómo reconducir la reunión.

—No hemos logrado establecer ningún tipo de comunicación con ellos, pero creo que podemos seguir esperando —dijo Lisseth.

—¿Diez años? ¿Y después repetimos esta reunión? —bufó Pirelio.

—Tenemos que forzarlos a que se comuniquen.

—¿Cómo vamos a comunicarnos con ellos sino podemos hacerlo con un insecto o un reptil que son seres casi idénticos a nosotros? —preguntó Lisseth.

—Podemos seguir ignorándolos.

—No se puede ignorar. Es el acontecimiento más importante desde que un homínido agarró un palo para lanzar golpes.

—Exacto. ¿Y sabes por qué seguimos aquí? —preguntó Pirelio, señalándolos uno a uno, con un huesudo dedo—. Porque no hemos parado de dar golpes desde entonces

—¿Crees que es tan fácil? Los golpes los responderán con golpes. ¿Por qué no se envía a IAs a dialogar? Podrían encontrar alguna forma de...

—Que dialoguen IAs y ETs entre ellos, con nosotros al margen como simples espectadores, ¿crees que podríamos cometer un error mayor?

—Pero ni siquiera podemos acercarnos —dijo Luth—. Cada vez que lo intentamos los aerosockas se bloquean y caen, los CIC estallan, los ciudadanos mueren. Es como tratar de acercarse a dialogar con el Sol.

—Y ahora desaparece y aparece instantáneamente en otro lugar, a cientos de kilómetros, tampoco tenemos nada que pueda seguirlos —recordó Ghalia.

—Pero por lo demás su comportamiento ha sido pacífico —dijo Lisseth.

—Hasta que dejen de parecerlo —advirtió Pirelio—. No podemos

arriesgarnos a que den el primer paso. Han venido a tomar algo o a tomarlo todo. Es lo que haríamos nosotros. Nos estudian y cada día que pase están más cerca de dar el golpe más preciso y más duro.

—¿Por qué crees que son como nosotros? Además, si así fuera, quizás tengan unos valores positivos. Una ética. Una religión.

—No pueden creer en un Dios bondadoso que reparta paz y amor.

—Creo que te excedes en tus apreciaciones, Pirelio. No tienes información para elucubrar sobre su comportamiento.

—Podemos aprovechar los datos que tenemos, gracias a las sondas del espacio profundo hemos obtenido un origen y creemos saber de dónde proceden.

—Un lugar muy diferente al nuestro —aventuró Ghalia.

—En nuestro mundo el sol nunca falta a su cita, majestuoso, ajeno a las miserias de la vida, distante, ecuánime con todos los seres, intocable, generoso, nos da luz y calor sin pedir nada a cambio. En su ausencia hay oscuridad, miedo y frío. Si no hubiese sol no existiría nuestro concepto de Dios o sería muy diferente. Aunque ahora los ridiculicemos por adorar a una vulgar estrella, piensa por un momento qué podían sentir los primeros hombres. La mente no podía entender tanta magnificencia. Allí arriba reinaba nuestro padre, el poderoso protector.

—Pero... Pirelio..

—¿Recuerdas una puesta de sol sobre el mar? Esa inmensa bola de fuego que va adentrándose al otro lado del mundo nos dice, si le prestamos atención: Yo soy el que hizo el cielo y la tierra. Nací antes del principio y permaneceré después del final. El sol fue nuestro puente hacia la idea de Dios. ¿No es cierto todo ello?

—Hay infinidad de estrellas por el Universo alumbrando incontables lunas y planetas, no entiendo a dónde quieres llegar —dijo Lisseth.

—Imagina ahora el lugar del que proceden. Las sondas señalaron un mundo acuático bajo una gruesa capa de hielo en oscuridad perenne. ¿Qué podría encender allí la chispa de la espiritualidad? —preguntó Pirelio.

—No podemos saberlo. Quizás los volcanes ardientes de las profundidades de su mundo.

—Bah.

—Alardeas de tu superioridad, tu supuesta espiritualidad y tendrías que ignorarla para asesinarlos. Buscas excusas.

—¿Excusas? Hay razones de sobra —Pirelio se puso en pie—. Vamos a eliminarlos, como si nunca hubiesen llegado. No han venido para dialogar. Lo poco que sabemos es suficiente y debemos usarlo para actuar de forma rápida y contundente. La Historia nos dice que no se puede dormir con la puerta abierta.

—Los datos se pueden manipular para llegar a conclusiones preestablecidas. Es fácil, sobre todo si puedes eliminar datos incómodos o que no encajan en tu visión del asunto.

—Me desagrada la opinión que te has formado de mí pero he tomado una decisión y nada que digas puede cambiarla.

—¿Qué decisión? Todo lo que dices es aberrante. Habría que consultar a los ciudadanos y deberás respetar la decisión del consilium si llegara el caso.

—Discusiones y discusiones —Pirelio se acaloraba y su lazarillo le ofreció una bebida—. Esperar más tiempo sí que sería aberrante. Hacer es lo que nos ha mantenido vivos como especie. Y lo que hay que hacer es eliminar esa amenaza.

—Demuestra que son una amenaza —dijo Lisseth.

—¿Y si otros consiguen comunicarse con ellos? ¿Negociarán y Lux será la moneda de cambio?

—Entonces, ¿cuál es tu plan? Toc, toc, abran por favor. Y cuando abran ¡Bang! Entre ceja y ceja, ¿no? —preguntó Lisseth.

—Bueno, aún no hay plan, pero si hubiese, sería así como dices. Más o menos. La inmensidad del espacio nos había mantenido a salvo. Si hay que enviar una señal prefiero que sea ésta: mejor no os acerquéis.

Moa se puso en pie y caminó alrededor de los consiliarios. Todos se quedaron mirándola y ella los observaba en silencio. Tenía cierta información y no estaba segura de compartirla, porque realmente quería terminar con ese tema.

—Tengo imágenes de hace unos meses, antes de que comenzaran a moverse, os las mostraré. Quizás los extraterrestres no hayan desarrollado mucha actividad pero sí nuestras queridas ciudades-imperio.

Todos cerraron los ojos para contemplarlas.

—Esos que véis descendiendo sobre la nave ET son guerreros-jaguar de Sura.

—¿Qué dices que son?

—Guerreros-jaguar.

—No tenemos registros que especifiquen nada sobre ellos.

—En Sura son muy reservados. Pensad en los tipos más duros que podáis imaginar, con colmillos y garras de afilado plasmatal que les insertaron en la pubertad y adiestrados como una manada de lobos. ¿Os hacéis una idea?

—¿Para qué sirven? —preguntó Ghalia con genuina curiosidad.

—¿Qué ocurriría en Lux si atacan nuestra tecnología y consiguen anularla? ¿Con qué nos defenderíamos? ¿Con palos? En Sura la respuesta a esa cuestión son los guerreros-jaguar.

—No tienen nada especial —dijo Luth.

—No es lo que tienen, sino lo que no tienen. Carecen de dependencias tecnológicas.

Todos pusieron caras raras y Moa continuó.

—Han repetido los saltos desde una gran altura y han atravesado la nave hasta en cinco ocasiones

—¿Han conseguido atravesarla?

—La nave extraterrestre no es consistente, es como si estuviese hecha de luz o fuese un efecto óptico. Eso ya se sabía hace años, aunque quizás todo se trate de proyecciones, como imágenes a distancia de algún tipo.

—O puede ser un ingenioso sistema de protección —dijo Lisseth.

Moa asintió sin mirarla, tenía que concentrarse.

—En Sura también han pensado en esa posibilidad. Han hecho explotar un pequeño artefacto nuclear. Cuando la nube se despejó, todo seguía igual.

—No hemos sabido nada de esas actividades.

—Interceptaron las comunicaciones y las alteraron a su conveniencia —aclaró Moa—. Recuerda que Lux es una potencia de tercera, si no me entero gracias a mis contactos en Sura hoy no sabríamos nada.

—¿Vieron algo en el interior al atravesar la nave?

—Parece que la parte central es la zona de motores y electrónica. En las partes superior e inferior se encuentran apilados miles de arcones, grandes cajas destinadas a un uso desconocido. Si queremos saber más, tendremos que averiguarlo por nosotros mismos.

—La realidad es que...

—La realidad, estimado Pirelio —interrumpió Moa—, es que no tenemos forma de acercarnos y mucho menos de destruirlos.

—¿Entonces qué hacemos aquí? —preguntó enigmáticamente.

Moa aspiró sonoramente por la nariz.

—Hay que expulsar a Nikea Kizua —Moa volvió a tomar asiento.

—Venga ya —Pirelio miró al techo.

—Ese tipo es el embajador de Jippon —dijo Ghalia estirándose los ojos con los dedos.

—Lo conozco, y también a la embajadora Yashi Esiko, fueron muy amables —recordó Luth—. Estuve en la embajada, quise visitarla personalmente para ver su espectacular estanque y los jardines. Apenas queda nada verde que merezca la pena en Lux.

—¿Por qué? —quiso saber Pirelio, haciendo un gesto para que los demás guardasen silencio.

Moa se armó de paciencia y les explicó lo que había sucedido, además les mostró las imágenes que había grabado Milia. Habían dedicado demasiado tiempo a una cuestión que no era urgente y trató de resumir al máximo.

Moa aún no había terminado cuando Ghalia refunfuñó y mostró su disconformidad.

—¿Expulsarlo? ¿Porque se ha perdido un cadáver que estaba perdido?

—Y al parecer fue su propio hermano quien lo había ocultado. ¿No dijiste eso? —preguntó Luth.

—Edén estaba con el embajador y a día de hoy no ha expresado ninguna queja de su comportamiento. Además, a ese tarado de la secta Hekte yo mismo le prendería fuego —exclamó Pirelio.

—Espero que el embajador no presente una reclamación y tengamos que condenar a tus hijas. Fueron unas imprudentes, por decirlo de forma suave —amenazó Drika.

—Y es inaceptable que no hayas pedido a Edén que asista a esta reunión, cuando se ha visto involucrado —Pirelio elevó el tono de voz.

—Aunque hubiese cometido un acto terrible —dijo Luth—, tenemos que tener en cuenta que gran parte de la tecnología de Lux procede de intercambios con Jippon. No podemos echarlo así como así.

Así que de repente todos estaban de acuerdo. Moa se giró hacia Lisseth.

—Querida Moa, a pesar de que es interesante todo lo que has contado yo creo que no es suficiente como para justificar la expulsión de un embajador. También estoy de acuerdo en que deberías de haber contado hoy con Edén.

—Él... No acudió a la última reunión. Ya dejó claro que el tema de la nave extraterrestre no le interesaba lo más mínimo —dijo Moa.

—Creo que en realidad a ti tampoco te interesa —apuntilló Pirelio.

—Por supuesto que me interesa, pero... —Moa se puso en pie—. Al menos tenéis que reprobar a Edén para impedirle dirigir la próxima confrontación con Serus Rich. Ya sabéis que ambos mantienen una relación muy estrecha y no sería justo.

Todos la miraron muy serios y se mantuvieron en silencio, así que Moa decidió esperar el tiempo que hiciese falta.

# 13

*Nada es invulnerable si se dispone de la fuerza suficiente.*

*Chiara Pogni, Coordinadora en la comuna de Tur.*

## *Juegos de niños*

Mirabelia de los Gatos vigilaba tras unos arbustos. Las puertas de Lux se abrían regularmente para retirar los desechos que no era posible reciclar. De forma rectangular, eran masas compactadas de mucho peso y color oscuro que ni siquiera desprendían olor. Habían pasado por tantos tratamientos y usos que podría denominarse post-materia, o como quiera que se llame a algo justo antes de convertirse en nada. Cenizas, polvo y escoria.

Los atareados sockas la transportaban atravesando la tierra de nadie, más allá de los muros de la ciudad-imperio, para enterrarla en galerías subterráneas. La caravana marchaba a buen ritmo por una carretera en buen estado. Era una escena habitual que sucedía periódicamente, excepto que hoy se habían presentado dos inesperados invitados.

Dos niños se habían subido a uno de los enormes vehículos, viajaban alegres y despreocupados situados en la parte más alta, en una zona bastante amplia que tapaba la partida de desechos, con sus cabellos agitados por el viento y una amplia sonrisa en sus rostros. Llevaban mochilas y pertrechos para la jornada.

Mirabelia los identificó de inmediato aunque nunca antes había visto a ninguno. Eran lectos de Lux y para ella no existían diferencias con los adultos. Había que evitarlos, ponerse en su camino era tan estúpido como intentar frenar una bala con los sesos.

Su hermano Orson ya los había visto en alguna ocasión en meses pasados y la había advertido. No era la primera vez que se alejaban del perímetro de Lux de esta forma, utilizando ese improvisado medio de transporte. Su hermano también le dijo que solo había blancos tras los muros de la ciudad-imperio y Silento se lo confirmó: “No hay personas como tú, en Lux” y ella le contestó:

“Ya no son personas, esos que viven allí”.

Cuando llegaron a la entrada de las galerías subterráneas descendieron con cuidado, una de esas pequeñas máquinas que llamaban lazarillos los ayudó. Mirabelia casi dejó de respirar y se agazapó aún más. Los niños comenzaron a caminar por un pequeño sendero, acompañados por dos lazarillos y Sus lazarillos y una máquina espantosa y de gran tamaño, pronto dejaron atrás a la caravana que se adentraba en el subsuelo, descendían lentamente por las rampas empujando la carga hacia su destino.

Según Orson, solían regresar al finalizar los trabajos de descarga y almacenaje para reincorporarse a la caravana, unas dos horas después, allí esperaban en la boca del túnel hasta localizar un vehículo adecuado con el que regresar a la ciudad-imperio. Su hermano pensaba que ellos nunca usaban los transportes habituales pues los habrían descubierto y probablemente les hubiesen impedido aquellas excursiones con las que parecían disfrutar tanto.

El sol brillaba y hacía un día radiante. Los niños charlaban animadamente subidos a sus lazarillos, Mirabelia pensó que parecían dos aves zancudas, tenían un par de patas muy largas con las que se movían ágilmente por terrenos no asfaltados y abruptos.

Silento les había explicado que los lazarillos, habitualmente, se desplazaban deslizándose sobre el suelo pero también podían elevar su cuerpo semiesférico a más de dos metros de altura, desplegando al máximo sus extremidades.

Mirabelia intentó convertirse en una piedra. Los dos niños acompañados de sus máquinas se estaban acercando al lugar donde se encontraba, incluso podía escuchar lo que hablaban.

—¿Crees que vendrán hoy? —dijo el más alto, recogiendo su melena negra con una cinta.

—Espero que sí, pero hace bastante calor y quizás lo hagan a otra hora, por la tarde cuando es más soportable la temperatura —contestó el otro, pelirojo y pecoso.

—Alguno encontraremos. Yo creo que están siempre merodeando y dando vueltas aquí y allá.

—Si no están en las fuentes, iremos al puente que cruza el río, donde los vimos el día que perdiste la mochila.

—No hará falta. Agáchate, creo están recogiendo agua allí mismo, a la derecha.

El lazarillo desplegó una pantalla en la que mostró una imagen ampliada donde se veía a un pequeño grupo de personas ajetreadas alrededor de un surtidor de agua.

«Por las afiladas espinas de la calavera de Par, han encontrado a mi gente mucho antes de lo que yo pensaba, ¿cómo voy a avisarles ahora si los tengo justo al lado? ¿qué tendrán planeado estos pequeños demonios?».

Los dos niños se agazaparon, estaban dándole la espalda, aunque demasiado cerca para poder escapar sin que la viesan.

«Si tuviese un arma... No, cálmate. Son solo dos niños, seguro que han venido a curiosear y se marcharán pronto».

—¿Has visto, Alan? utilizan esa salida al sur donde clarea la vegetación —dijo el pelirojo—. Ya te dije que van y vienen por esos portones.

—Vamos a acercarnos. Ya verás cuánto nos reiremos, Kuly.

—Ellos detienen a los sockas con pegamento y hoy se la vamos a devolver. Ja, ja.

—Les devolveremos la jugada. Ja, ja.

«Parece que no traen malas intenciones. Si no estuviesen esas máquinas con ellos, saldría, les daría unos buenos azotes y los mandarí a casa», Mirabelia comenzó a sudar y a temblar.

Los pequeños volvieron a subir a los lazarillos y se deslizaron pendiente abajo, hacia una zona de vegetación espesa, próxima a las fuentes de agua, que los mantendría ocultos. La máquina más grande, de aspecto simiesco y amenazador, no se separaba de ellos y los seguía allá donde fueran.

—Pongamos aquí el pegamento —el más alto comenzó a verter un líquido transparente—, por esta zona del camino, ten mucho cuidado de no tocarlo.

—Da la vuelta y sube por aquella ladera para que no te vean —dijo en voz baja, dirigiéndose a la máquina grande que los acompañaba—. Rodéalos por detrás en silencio y en cuanto te vean, avanza directamente hacia ellos, levantando y moviendo mucho los brazos, pero sin llegar a hacerles daño. Tienes que dirigirlos hacia este camino.

«Tengo que adelantarme», Mirabelia se deslizó sigilosamente, se camufló entre la vegetación y en cuanto pudo trató de correr lo más rápido que podía sin ser vista.

La máquina cumplió diligentemente las órdenes, que habían sido claras y precisas. Estaba diseñada para circular por cualquier terreno por difícil y escarpado que fuese y adelantó fácilmente a Mirabelia que corría a toda

velocidad. La ignoró cuando pasó a su lado y ella comenzó a gritar.

Los chillidos de Mirabelia habían puesto en alerta al pequeño grupo, que aún no sabían lo que ocurría, se reagruparon tratando de averiguar el motivo del aviso. Se formó un gran revuelo seguido de gritos y maldiciones cuando la gran máquina se mostró ante ellos. Sus gritos no hicieron más que reforzar el efecto y acrecentaron el miedo y la confusión, todos comenzaron a correr hacia el lugar en el que se encontraban los pequeños lectos.

—¡Moved el culo, viene una cabrona de las grandotas!

—Nos ha jodido... la latamierda.

—Monstruo, ¡vete! ¡No me vas a comer, asqueroso!

Nunca habían visto una de aquellas máquinas tan cerca, ni siquiera se habían aproximado nunca a Lux atravesando la llanura yerma. Las historias que conocían eran de corte terrorífico cuando no repugnantes. Relatos acerca de personas desmembradas, violadas o carbonizadas con rayos mortíferos por monstruos mecánicos incluso de mucho menor tamaño que el que les perseguía. Corrieron sin dejar de mirar a aquel ser que les perseguía a toda prisa.

Mirabelia estaba sin aliento, pero reunió fuerzas para gritar.

—¡No corráis más! ¡Si hubiese querido cogeros, la máquina os habría alcanzado con facilidad!

Nadie se detuvo y Mirabelia siguió gritando.

—¡Cuidado con el pegamento! ¡Cuidado con el pegamento!

Mirabelia podía ver, a lo lejos, que los niños estaban riéndose, ellos veían a una de sus máquinas trotando mansamente, agitando sus extremidades tras unos nulos despavoridos que tropezaban y chillaban. Se irguieron para ver mejor, anticipando lo que iba a ocurrir.

Mirabelia se tapó la boca. Sus amigos fueron atrapados por el líquido grumoso que habían esparcido por el camino, iban cayendo de rodillas, inmovilizados y horrorizados mientras que los dos niños se revolcaban de risa.

Germán cayó de bruces en el engrudo, al tropezar con un cuerpo caído y una gran burbuja se formó donde debió salir un grito de pánico. No consiguió despegar su rostro y entre espasmos, asfixiado, perdió la vida.

Sus amigos no habían dejado de gritar y ahora maldecían y lanzaban palabras llenas de odio donde antes hubo solo palabras de temor. Habían visto a los niños que los miraban fijamente y con las caras descompuestas. Se acababan

de dar cuenta de que el juego se les había ido de las manos.

Mirabelia llegó al camino donde algunos de sus compañeros estaban atrapados por el pegamento y trató de empujar hacia atrás a la máquina para que se alejase, sin conseguir que se moviese un solo milímetro.

—¡Atrás! ¡Lárgate de aquí!

Mirabelia se giró hacia los pequeños, alzó los brazos, impotente, y pudo observar cómo se comunicaban con el monstruo.

—SR69 ven aquí, rápido.

—¡Por Veredio! ¿Qué hacemos Kuly? —gritó el alto con una expresión de angustia.

—Sí, sí —dijo muy nervioso—. SR69, libéralos del engrudo.

El monstruo se giró y avanzó imponente hacia los aterrados hombres y mujeres que lloraban de impotencia y dolor.

Se detuvo un segundo para estudiar la escena y cogió por una pierna a Genna, una mujer que estaba tumbada de lado, con las manos y los pies atrapados. Aunque tiró lentamente un exceso de fuerza fracturó el fémur de la mujer. Por suerte para ella se desmayó del dolor.

Enviaron a los lazarillos y empeoraron la situación, la estúpida máquina no reaccionó bien, los pequeños lectos seguían gritando órdenes y la máquina grande parecía confusa.

Las personas que estaban atrapadas intentaban arrastrarse para escapar.

—¡Salvaje, monstruo!

—¿Por qué nos haces daño? Vete, aléjate de aquí.

—Son esos niños, están allí, arriba en aquellos muros. Quieren que nos destruya.

Mirabelia cogió un palo y comenzó a golpear a las máquinas. El monstruo la golpeó con fuerza y se dio un tremendo golpe al caer contra el suelo.

Se agarró la cabeza con las dos manos, sangraba, creía que se la habían reventado. Escuchó gritos, su hermano había vuelto con Ivo y Margot para sacarla a rastras. La dejaron apoyada sobre una pared medio derruida. Desde allí pudo ver que las tres máquinas también habían terminado atrapadas por el engrudo. Al moverse de forma enérgica, empeoraban la situación y no conseguían zafarse.

Mirabelia levantó los brazos tratando de agarrarse a unas ramas pero se rompieron, no eran lo suficientemente resistentes. Se le nublaba la vista y no tenía fuerza en las piernas.

Orson, Ivo y Margot habían cogido palos y herramientas, los colocaban junto a los cuerpos de los atrapados para, al menos, tratar de evitar que se ahogaran con el pegamento al no conseguir despegarlos.

Las máquinas estaban quietas, ya no se movían, probablemente esperarían ayuda o el tiempo suficiente hasta que el engrudo fuese perdiendo propiedades y se torne quebradizo. Utilizando la fuerza no conseguirían liberarse, sino destrozarse sus extremidades.

Desde el suelo, Mirabelia veía impotente cómo su hermano, acompañado de Ivo y Margot habían subido el repecho y golpeaban duramente a los niños.

—¡Parad, las máquinas ya no se mueven, parad! —gritó desesperada, con mucho esfuerzo consiguió ponerse en pie.

Mirabelia desconocía si disponían de armas, pero las máquinas no emprendieron ningún ataque, si disparaban también podrían matar a los pequeños.

La cabeza del pelirojo, de Kuly, estalló cuando recibió el terrible impacto de una gran piedra. El pequeño no llegó a ver cómo apalearon hasta morir a su compañero de aventuras. Cuando salieron por la mañana y se alejaron de la ciudad-imperio no imaginaban que aquella escapada sería la última.

Cesaron los golpes y todo el grupo se marchó apresuradamente, entre empujones, procurando pasar lo más lejos que podían de las máquinas. Allí quedaron cuatro personas atrapadas. Mirabelia estaba enfadada con su hermano, prefería estar lejos de él y se ofreció voluntaria para hacerles compañía.

Una pequeña máquina voladora descendió del cielo, recogió a los dos pequeños y se marchó sin más, ellos parecían formar parte del paisaje.

Horas después. cuando el pegamento perdió fuerza, las tres máquinas regresaron a Lux para continuar con las tareas que les asignaran, mientras ellos cargaron con Genna y se marcharon en dirección opuesta. Pronto aparecerían los asaltatumbas, emergiendo de algún agujero, para recoger el cadáver de Germán.

*Si quieres certezas no hagas preguntas.*

*Hypatia IA31.*

### *Un poco de luz*

Alguien le estaba enviando mensajes con informes desalentadores y a petición suya habían concretado un encuentro. Eran las dos hijas de la consiliaria Moa, dos chicas llamativas, recordó haberlas visto antes. Serus pensó que le habían tomado el pelo, que había sido objeto de una broma de mal gusto y estaba a punto de marcharse cuando al fin aparecieron.

Una de ellas iba vestida de blanco y la otra de negro, aunque el corte de los vestidos era similar, muy ajustado, casi una segunda piel, con discretos encajes y finas líneas de telaluz.

Aún era primavera y pasearon fuera del perímetro, al sur de Lux, en la zona de nadie repleta de focos que apuntaban al exterior e iluminaban los árboles que la rodeaban, entre una valla sin fin de tres metros de altura y el gran muro del perímetro que rodeaba el centro administrativo de la ciudad-imperio, de color negro pulido y unos imponentes veinte metros desde la base.

Paseando por allí nunca se cruzarían con otros lectos. Había bastantes charcas y las chicas comentaron que les gustaba escuchar los cantos de las ranas y los grillos mientras caminaban y conversaban, sonidos que no existían tras los muros de Lux.

También les llegaba, muy tenue, el sonido de los nulos. Para la mayoría de ellos se reducen al resplandor de las hogueras en el horizonte, el retumbar de los tambores y los alegres cánticos que duran hasta el amanecer. Formaban parte del paisaje y por lo demás los ignoraban.

Las chicas caminaban cogidas de la mano. Una de ellas, que se había presentado como Dael, se ajustaba su vestido de color negro a los hombros mientras le respondía a algo que había dicho él sobre los nulos.

—Sus vidas deben ser muy diferentes, aunque sus pensamientos serán

parecidos a los nuestros. No digo que piensen como nosotros, pero si así fuera ¿cómo lo sabríamos? No vamos nunca, no hablamos de ellos ni nos comunicamos con ellos, los ignoramos como si no existiesen. Realmente, no tenemos ninguna información de cómo se desarrolla la vida fuera de los muros.

—Quizás su música ablandó vuestro corazón —dijo Serus—. No nos parecemos a ellos ni cuando estamos muertos.

—¿A ti no te interesan los nulos?

—No especialmente, pero últimamente parece que están cambiando. Se vuelven peligrosos, más que cuando nos obligaron a refugiarnos en las ciudades-imperio. Los voluntarios encargados de controlarlos lo saben bien. Ellos vigilan a los nulos mientras nosotros estamos entretenidos con nuestras asuntos o descansamos. Los conocen y saben además hasta qué punto siguen siendo una terrible amenaza para nosotros —Serus había hablado con calma, pero la respuesta de Sanne fue hosca.

—Quizá esos voluntarios no comprenden lo que ven —Dael empezó a morderse las uñas de su mano derecha, abstraída en sus pensamientos mientras su lazarillo trataba de impedirse lo luchando contra su mano izquierda—. Mamá ha vuelto a toquetear en mi lazarillo.

Serus resopló ¿para eso habían llegado hasta allí? ¿Para hablar de los nulos?

—Te aseguro que no son como ninfas correteando desnudas por los bosques. Bórrate cuanto antes cualquier imagen idealizada de la cabeza. Son personas reales y peligrosas —dijo Serus.

—¿Personas peligrosas? ¿No te preguntas por qué existen aún los nulos? —planteó Dael.

—Permiten sobrevivir a los nulos porque piensan que en cualquier momento, cuando lo decidan, acabarán con ellos aplastándolos igual que se pisa y se hace pulpa a un bicho —dijo Sanne.

Serus se encogió de hombros y las miró fijamente.

—¿Qué sabes realmente, Serus?

—¿Cómo dices? —balbuceó él.

—No sabemos por dónde empezar.

Sanne continuó donde lo había dejado Dael.

—Edén controla Lux.

—Pero ¿ese anciano..., cómo puede un solo hombre... ?

—Cuenta con una IA oculta, creemos que se trata de Titania. Se ha atrevido a

utilizarla a espaldas del consilium, ella controla los mickras para Edén, los crea en fábricas automatizadas, gracias a la negligencia de todos.

—¿Los mickras? ¿No se usan para recoger la basura? —preguntó Serus.

Ambas menearon la cabeza.

—No subestimes a esas máquinas diminutas.

—Pero no tiene sentido —Serus se plantó delante de ellas—, dices que las fabrica una IA y las máquinas no pueden recrearse a sí mismas.

—No pueden recrear máquinas inteligentes —dijo Dael.

—No deben —la corrigió Sanne.

—Um. No entiendo —Serus meneaba la cabeza.

—Aunque tienen una programación básica que los hace semiautónomos en determinadas ocasiones, los mickras no tienen mente propia, dependen de una mente central que los coordine.

—Y esa mente, Titania, ha sido creada por humanos —Sanne continuó con las explicaciones—. De esta forma se han saltado la restricción.

Serus miraba a una y a otra, según hablaban.

—Los mickras que parecen inofensivos pueden devorar grandes objetos y también seres vivos, a veces incluso a humanos.

Pararon unos segundos para que Serus pudiera hablar, pero siguió en silencio.

—Pueden recoger trozos de otros que han sido destruidos o se han averiado para repararse o hacer uno nuevo.

—Lleva años escondiendo sus planes del consilium y yo ni siquiera imagino dónde pretende llegar.

—¿Y esa IA... Titania? —preguntó él.

—Es un modelo original del profesor Zayin que Edén ha pervertido de alguna forma.

—Pero eso no es suficiente para controlarlo todo.

—Hay mucho más, aunque apenas hemos arañado la superficie —Sanne hizo un gesto para que Serus prestara atención—. Manipulaciones en las interpretaciones del chip CIC, cambios en las datatecas, reasignaciones de chips de unas personas a otras, alteración de datos estadísticos..., ha pirateado la torre Iddik.

—Tiene que ser cierto —musitó Serus—. En alguna ocasión consulté las estadísticas y me parecieron confusas. Es casi una certeza que las ha manipulado como todo lo demás.

—Más todo lo que aún no sabemos.

—Me habéis advertido de secuestros de niños.

—Algunos consiliarios ya están al corriente, pero le restan importancia pues ignoran la verdadera trascendencia de lo que está ocurriendo.

Serus asintió y Sanne continuó.

—Saben que algunos bebés proceden de fuera, concretamente de la comuna de Par, pero lo justifican porque continúa descendiendo el número de partos, apenas queda margen para reaccionar, puedes consultar las estadísticas, si no las han vuelto a cambiar.

—Se adelantan a los acontecimientos y tratan de evitar el envejecimiento de la población... —aventuró Serus.

Ambas negaron con la cabeza de forma simultánea.

—A Edén le importa una mierda el envejecimiento de la población —dijo Dael—. De hecho el número total de niños secuestrados no llega a la centena.

—¿Entonces, para qué... ?

—Hace años se empeñó en crear un clon con la ayuda de su amigo, el profesor Clemen.

—Pero no está permitida la creación de clones tras lo que sucedió en Jiang.

—Exacto. No podía crear clones aquí dentro —Dael señaló a los muros—, así que los creó fuera, en Par, donde nadie le molestaría y casi a la vez se le ocurrió comenzar a raptar niños como forma de enmascarar sus verdaderas intenciones, trasladar los clones hasta Lux.

—Tiene al menos dos clones —añadió Sanne.

—¿Para qué los quiere? —preguntó Serus.

—Creemos que pretende usarlos para trasladarles su mente, utilizando el prototipo Solum, y abandonar su viejo y estropeado cuerpo.

—¡Vaya! Pues habría que avisarles.

Las dos hermanas se miraron y luego miraron a Serus.

—Eso estamos haciendo.

Sintió que algo crujió en su cabeza cuando escuchó aquello. Sus rodillas le fallaron, su lazarillo lo abrazó y se situó bajo él para que se apoyara.

Continuaron avanzando en silencio durante unos minutos. Serus se deslizaba, abatido, tumbado sobre su lazarillo y las miraba como queriendo preguntar algo pero se lo callaba.

—Nuestra madre intentará ayudarte, has sido víctima de una jugada ideada por la IA cautiva de Edén —dijo Dael, pasando un brazo sobre su hombro.

Las mellizas le entregaron una pastilla y le informaron de que contenía un veneno rápido e indoloro por si todo fallaba, se encontraba con graves problemas y no había otra salida, pero él la rechazó amablemente, después le dijeron que la confrontación se estaba preparando para mantenerlo, en lo posible, fuera del alcance de Edén pero que a partir de ese punto dependería de sí mismo.

Intentó asimilar todo aquello. Serus no podía dejar de pensar en Edén y sintió un dolor que crecía en su cabeza. «¿Yo soy él?».

—¿Nadie le hace frente? —preguntó finalmente.

—A los ciudadanos solo les interesan sus propios asuntos. Moa, nuestra madre, quizás se marche a Sura.

—¿Y qué pretende ese viejo? —quiso saber Serus.

—¿A la larga? No lo sabemos.

—Alguien dijo en una ocasión, “para destruir a los humanos dales la libertad” —dijo Sanne—. Cuando la tenemos, no sabemos qué hacer con ella. Amamos nuestra libertad pero detestamos la de los otros. No tardan en surgir agrupaciones con intereses particulares para los que la libertad de los demás supone un escollo a sortear.

—¿Y vosotras os marcharéis?

Serus en realidad quería preguntar si creían que Edén se saldría con la suya. Pero temía la respuesta.

—También hemos meditado regresar a Sura, es un lugar... difícil. Mira las datatecas.

En la noche, Lux brillaba con esplendor y abundancia, como un reino de cuentos, Serus no pudo evitar que su corazón se sobrecogiera.

—¿Es necesario que unos tengan que padecer tanto para que otros puedan disfrutar?

—Pudimos ser como dioses pero elegimos ser demonios —sentenció Sanne.

*¿En qué pensabas, Serus? Te has enredado en unos acontecimientos lamentables. Hace muchos años que no se citaba a nadie para una confrontación. El último fue un desgraciado que perdió la razón y prendió fuego a su propio cubículo con unas garrafas de material inflamable que había sustraído, con la desgracia de que el humo, altamente tóxico, asfixió de forma fulminante a otros ciudadanos que se hallaban en el edificio. Algunos te tachan de criminal. Es posible que nada podamos hacer.*

*Pirelio Salaz, Consiliario y Sumo Sacerdote de Veredio*

### *La confrontación*

Aún es primavera y el cálido viento sopla con fuerza, revolviendo la ropa de dos pequeñas figuras que se dirigen lentamente hacia las cuatro imponentes torres inclinadas que se erigen en el corazón de la ciudad-imperio, Projek, Deci, Ekze y Revi. Son como espadas que apuntan al cielo, abrazadas por una gran nube anaranjada que llegó con el atardecer.

Están rodeadas por un gran lago artificial y solo se puede acceder bajo tierra o aterrizando sobre ellas. Hace mucho tiempo que no llegan a Lux visitantes del exterior y ya no se les ve jadeando y dando vueltas alrededor del lago buscando desesperadamente una forma de entrar en las torres.

El consilium se encuentra en Deci, la torre que se encuentra hacia el este. Avanzaron hacia ella a través de la plaza central, que tenía forma de cruz y donde cada edificio ocupaba un vértice. El agua reflejaba los colores del cielo sobre las paredes acristaladas creando imágenes extrañas. Esa torre, tan grande y tan bella, maravillosamente construida, majestuosa y terrible, impone respeto. Al pie de su fachada resplandeciente se debe permanecer humilde y maravillado.

A Serus la imagen no le pasó desapercibida aunque estaba atascado en pensamientos sombríos. No había conseguido reactivar a NV12, que parecía un juguete roto y se arrepentía de no haber recurrido a las IAs del Lab cuando

tuvo la oportunidad. Y lo que era peor, Edén se la había llevado y la ocultaba en alguna parte, cuando preguntó, el consiliario le comunicó que habían prescindido de sus servicios como coordinador.

Quería que Mina y Adalia explicasen lo que NV12 les había dicho, que el accidente del Lab fue provocado por Siono, pero las chicas le advirtieron que el consilium no tendría en consideración las palabras emitidas por el sintetizavoces de una máquina estropeada.

«Los edificios emiten reflejos rojizos, como si estuvieran bañados en sangre, ojalá no sea un presagio de lo que harán conmigo en unas horas. En todas las cosas tétricas encuentro hoy un mal presentimiento, como si mi cabeza estuviese cerrada a otras opciones. Así juega la mente, pero saberlo no me ayuda».

Un montón de hojas secas giraron arremolinadas ante la entrada principal y un grupo de unos quince mickras las perseguían para eliminarlas, el consilium y los alrededores se limpiaban con especial pulcritud. Cuando atravesaron las puertas exteriores, las grandes aldabas con forma de puños cerrados se movieron de forma automática, golpeando con energía y anunciando con cierto estruendo que se había comunicado su llegada. En lo alto ondeaba el símbolo de Lux, la cruz de Veredio sobre un fondo de color amarillo intenso y a la derecha, acabada en oro, destacaba la divisa de los consiliarios, “Divina humanidad”.

Refunfuñó. «Un intento vano de sentirnos superiores. Humildad y coraje es lo que falta».

A la cita acudirían Moa, Edén y Pirelio, tres consiliarios, el mínimo requerido, pues la asistencia era voluntaria. Cuando no se cubría este mínimo se enviaba un telemensaje solicitando cubrir las vacantes.

Cualquiera podía conocer de forma remota lo que acontecía en las reuniones. Quizás porque podía hacerlo cualquiera, apenas nadie lo hacía, así que Serus no esperaba encontrar a muchos más ciudadanos.

Un par de sockas sacaron arrastrando a Williermo, había sido citado antes que él pero aquello no había ido bien. Estaba paralizado y por la expresión de su cara desencajada y la baba que le colgaba del labio inferior, empapando su tupida barba, el trago fue muy desagradable.

Serus lo miró de reojo y avanzó indeciso, como si las piernas lo llevaran solas. A pocos metros de la sala escuchó gritos y pensó en dar la vuelta. «Aún no he entrado y ya se ha liado».

Penetró en la estancia y miró alrededor. Edén miraba furioso a la consiliaria Moa que estaba sentada y con los ojos enrojecidos. Serus se acercó al consiliario Pirelio, lo saludó y le preguntó en voz baja.

—¿Qué ha pasado?

—Edén debía presidir este acto de confrontación, pero Moa convocó una reunión previa donde explicó los vínculos que os unen a ti y al consiliario y finalmente se ha decidido que sea ella la que se haga cargo.

Serus resopló, si pudiese eliminaría cualquier tipo de vínculo de un plumazo. En cuanto a la consiliaria Moa, y a pesar de todo lo que le contaron sus hijas, dudaba que el cambio fuese a suponer una verdadera ventaja para él.

Llegó el momento, se iba a celebrar la confrontación. No se perseguían delitos ni existían juzgados como en la antigüedad pues todos contaban con el correcto proceder de cada ciudadano y en caso de que la violencia se presente de alguna forma, se contaba con la protección de los sockas.

Impidiendo que se cometiesen crímenes, las máquinas habían evitado que surjiesen criminales. Por lo que el consilium, cuando era necesario, proponía una lección ética o moral, no castigaba imponiendo penas.

Si sucedía un hecho anómalo se permitía que el ciudadano se explicase para ofrecer un razonamiento adecuado a su actuación. Eran libres para vivir en total aislamiento del mundo exterior o disfrutar de cualquier bien, material o inmaterial, gracias a la egolity.

De tarde en tarde ocurrían situaciones excepcionales que desencadenaban una furia ancestral, y a pesar de la vigilancia de los sockas, no siempre se conseguían impedir desgracias y muertes.

Los violentos eran tratados como enfermos. En la confrontación se estudiaban posibles problemas mentales y de salud que hubiesen podido desencadenar el mal comportamiento.

Si no se encontraba una justificación a sus actos, se les sometía a la confinación por egoenterramiento durante un período de tiempo. Se bloqueaba el chip CIC impidiendo todo movimiento, paralizando al condenado y así se le otorgaba un tiempo de aislamiento para recapacitar, el cuerpo envejecía y seguía realizando sus funciones orgánicas mientras la mente se hundía en una negrura profunda en la que los sentidos estaban clausurados.

La confrontación de hoy contaba con elementos novedosos, pues el hecho desafortunado fue consecuencia de malas decisiones, no un acto de pura violencia.

Serus se sentó en el centro de la sala de confrontaciones, había esperado unos minutos en un anexo, desde el cual y gracias al CIC ya sabía que se encontraría con diecinueve personas, una multitud para lo que era habitual. Si la gravedad del asunto era proporcional al número de asistentes, estaba metido en un buen lío. Obtuvo rápidamente una breve descripción, conocía personalmente a algunos. Frente a él, al fondo de la enorme sala, estaba sentada la Consiliaria Moa Parsis. Poseía un rostro muy atractivo a sus cincuenta y siete años. Se mostraba serena y relajada, su mirada inescrutable no permitía entrever ninguna de sus intenciones.

Ella presidirá el acto. En el cuello lucía un collar de oro del cual colgaba una gema mítica, el “ojo de Veredio”, obtenida en el espacio del interior de un meteorito. En las enseñanzas se dice que es un regalo del propio dios, y que garantiza la prosperidad. Pendía del centro de un collar en el que cada uno de los eslabones era una cruz de Veredio engarzada.

«Qué absurda pomposidad», pensó Serus.

Edén se adelantó carraspeando y haciendo mucho ruido con unas zapatillas que chirriaban con cada paso que daba.

—No elegí bien los materiales —dijo el consiliario, aunque nadie había hecho ningún comentario.

Serus notó que Moa se tensaba. Su cuello se hinchó y su cara tomó un tono rojizo.

«Está hirviendo. Alguna cuenta pendiente con el viejo loco».

Moa cerró los ojos, quizás trataba de borrar a Edén. Cuando los abrió, lo estaba mirando directamente y sin saber por qué, Serus agachó la cabeza.

Sus ojos le parecieron dos pozos de hielo, profundos y penetrantes a la vez, con el color del corazón de un iceberg.

A su izquierda estaba Edén. El tiempo se detuvo, los minutos se estiraban mientras que el corazón disparó su ritmo. Notó cierto nerviosismo en algunos de los asistentes dado lo inusual de la convocatoria. Pocos acontecimientos lograban alterar el plácido transcurrir de los días en Lux.

Miró hacia arriba. La enorme estancia lucía un techo abovedado y en el centro giraba lentamente una gigantesca roca de cristal semitransparente. Debía pesar varias toneladas y era una forma sencilla de mostrar todo el poder que se concentraba allí.

Curiosos efectos luminosos se formaban por los reflejos de la luz natural que penetraba a través de los cristales tallados de las ventanas al mezclarse con

los que procedían de los focos distribuidos a lo largo del techo. En la pared, tras la consiliaria, había un gran cristal de cuarzo con multitud de prismas de tonos violetas, las puntas se degradaban hasta tonos más intensos y rojizos.

Serus torció la boca y sintió cómo un estremecimiento recorría su espalda y se acurrucaba en su nuca. Se había vestido con la ropa que lo identificaba como representante de Veredio. Un traje de color amarillo y blanco, con la cruz de Veredio bordada en hilo-luz, colgantes e insignias doradas y unas finas sandalias, llevaba el cabello rubio suelto sobre los hombros. Pirelio avanzó para situarse junto a él. Con un gesto, Serus le agradeció su presencia, era una ventaja tener a un consiliario de su parte.

Les indicaron que avanzaran. El suelo estaba cubierto por un mosaico de colores, caminaba siguiendo una franja amarilla que captaba su atención, intentaba seguir con la mirada cada tesela, concentrándose y aislándose de lo que se cocía allí. Quería que todo el universo fuese esa raya amarilla, que no hubiese nada más y que lo que se movía alrededor fuesen sombras y espejismos.

—Deja que hable yo —le dijo Pirelio—. He tratado con Parsis en otras ocasiones.

Serus pensaba que todo estaba decidido así que se encogió de hombros.

Edén estaba sorbiendo algún líquido de una pajita extendida desde su lazarillo, parecía que no mostraba especial interés por lo que ocurría a su alrededor.

—Estimada Moa —utilizó su nombre en lugar de consiliaria Parsis, más formal—, hechos lamentables nos han traído hoy aquí.

Ella entrecerró los ojos, le prestó atención y respondió.

—Son bien conocidos por todos los hechos. ¿Tenéis alguna novedad que aportar por vuestra parte?

—Queríamos exponer las circunstancias que se confabularon y que desembocaron en la desafortunada muerte de los técnicos del Lab, Jon, Vanya, Raisa y Siono. No es posible alterar ya los hechos pero sí arrojar un poco de luz que demuestre que todo fue un desgraciado accidente.

—Que pudo evitarse.

—Las máquinas a veces fallan y no siempre puede evitarse —dijo Pirelio aupándose sobre la punta de sus pies.

—El consilium ya dejó claro que ninguna máquina es responsable de sus actos. Por tanto, es nuestro deber señalar a los verdaderos responsables, y en

el asunto que hoy nos ocupa, es labor del coordinador del proyecto anticiparse a los acontecimientos y disponer los medios necesarios para abordar cualquier imprevisto.

—¿También tendría que anticiparse a un sabotaje?

—No habéis aportado evidencias de tal sabotaje, excepto vagas conjeturas

—Moa les señaló con un dedo.

—La máquina NV12 que lo sufrió pudo dar fe de ello durante el breve período que se mantuvo operativa. Desgraciadamente, ha sido imposible repararla a tiempo para esta confrontación.

—¿En qué consistió el sabotaje?

—La inicialización se transformó en una prolongada agonía.

Serus ya sabía que todo era un mero formalismo, Moa ya le comunicó que habían decidido condenarlo. Ella avanzó unos pasos y se dirigió directamente hacia él.

—Tendrías que haber tomado alguna decisión, mejor o peor, pero haber hecho algo.

Serus no iba a responder. Sin NV12 para probar el sabotaje poco podía decir y se limitó a esperar la sentencia. Moa le había advertido que Edén lo apartaría de la manada para devorarlo a hurtadillas y asumió que ella no arriesgaría nada por él. Era una sociedad de iguales, cada cual refugiado tras sus propios muros, pero una pequeña fisura podía derribarlos, sepultando al que se creía a salvo.

—Lux está condenada —dijo para sí, aunque algunos lo oyeron.

—¿Qué has dicho?

—Da igual lo que hagáis conmigo —exclamó Serus—. Es la maldita ciudad-imperio la que está condenada.

—Será mejor que yo... —intentó mediar Pirelio.

—Cuando estáis en las vacías calles y miráis a vuestro alrededor —Serus elevó el tono de voz—, ¿no os preguntáis dónde están los ciudadanos? Yo os lo diré, envejecen en sus cubículos, necesitan cuidados continuos, enterrados bajo tubos y vendas.

Avanzó adelantándose a Pirelio, este hizo el ademán de interponerse en su camino sin éxito, pues rehuía cualquier contacto físico.

—Son enfermos —replicó Moa.

—Han elegido la enfermedad como forma de vida —le contestó.



Edén observaba complacido, siguiendo las indicaciones de Titania, tiempo atrás había manipulado a Serus aprovechando rasgos de su carácter y ciertas debilidades, ahora parecía seguir al pie de la letra un plan que lo condenaría. Daba igual que Moa dirigiese la confrontación, todo transcurría como un plácido jaque mate a un principiante.

Deseaba ponerse a silbar pero se contuvo, todos estaban serios y hoscos alrededor. Lo hizo mentalmente, en silencio, recordando una canción transpunk de su juventud.

Moa le pedía explicaciones a Serus que se revolvía argumentando el declive del mismo consilium y de la sociedad. Pirelio meneaba la cabeza con gestos de negación.

Aún así, continuaba con su listado de reproches, parecía un pirado inspirado. Edén no podía estar más contento. El pobre muchacho incluso comenzó a mostrar videogramas de los cambios en la población, y a explicar que a su juicio sufría de forma innecesaria.

—¡Basta ya! —Edén empezaba a cansarse—. ¿Acaso hemos venido para que nos juzgues a nosotros? Está en juego tu futuro, muchacho ¿a qué viene esto ahora?

Serus se quedó mirándolo mientras todos parecían querer decir algo, aunque no tuviese nada que ver.

—No es necesario alargar esto durante más tiempo —Edén casi no pudo contener una sonrisa—. Todo lo acontecido está claramente detallado y no hay lugar para más discusiones, pasarás tres años recluido y aislado en egoprisión. «Así estarás a mi disposición».

Vio el efecto que causaba en Serus, el muchacho se estremeció y dirigió una mirada a Pirelio que carraspeó antes de hablar.

—Aunque se descarte el sabotaje, solo fue un accidente, iba a ocurrir de todas formas. No hay ninguna relación directa con las acciones de Serus. Nos parece un exceso.

—¿Nos? —dijo burlón Edén mirando desafiante a un lado y otro—. A ti te puede parecer un exceso pero es lo que se hará. También sabéis que el muchacho trituró los cuerpos de los técnicos, os mostré las imágenes, ¡es un criminal!

—Ya estaban muertos y los sockas habrían hecho lo mismo. Piénsalo mejor. ¿Se podría considerar una rebaja en la duración? —inquirió Pirelio.

—Dos años, entonces —propuso Edén antes de que hablara alguien más.

—Hay que permitirle elegir la opción de abandonar Lux —dijo lentamente la Consiliaria Moa pasando la mirada sobre los presentes—. Los lectos solo respondemos ante nosotros mismos y si nos equivocamos, debemos acordar y aceptar el castigo que pagaremos.

—Nunca ha elegido nadie esa opción, lo sabes bien. Un año será suficiente y todos estamos de acuerdo, incluso Serus ¿verdad? —Edén le colocó una mano sobre el hombro y pensó que no lo soltaría hasta llegar a las salas de egoenterramiento.

—No es así, Edén —insistió Moa—. Además, quiero recordaros que tres nulos deben pagar por sus crímenes. Hay que ir y traerlos, son los individuos 474220DL43, 474456DL55 y 474778FL23.

—Se pueden ocupar los sockas. No existe ninguna relación entre...

—Hasta ahora no han logrado localizarlos. Se esconden como ratas y los satélites tampoco han sido capaces de encontrarlos. Primero es necesario encontrarlos y entonces los sockas irán a por ellos.

—Sí, hay que traerlos y demostrarles nuestro dominio —varios de los presentes asintieron, mientras que Edén los miraba incrédulo.

«La maldita bruja me está hundiendo a conciencia y se está ganando el beneplácito de toda esta pandilla de babosos. Tiene que ser un farol».

—De acuerdo, dejemos que elija —interrumpió Edén, pensando que Serus jamás optaría por exiliarse de Lux y que la jugada de jaque mate de Titania era infalible pasara lo que pasara.

—Ya has oído —Moa se inclinó hacia Serus—, debes elegir la egoprisión o abandonar la ciudad-imperio, pero si eliges esta opción, no impondré un plazo de tiempo, sino una misión. Volverás cuando nos indiques dónde se encuentran los asesinos de los pequeños asesinados. Además, no podrás contactarnos excepto si está en peligro tu supervivencia.

—Elijo la misión. Volveré con el encargo cumplido.

Aquello debía ser una estúpida broma. Edén miró a un lado y a otro, viendo sus caras, podía imaginar sus pensamientos. ¿De veras se iba a marchar? ¿A dónde pensaba que iba este loco? Nunca sobreviviría un lecto solo y sin la escolta de los sockas fuera de Lux.

—Que así sea —dijo Moa—, deseo que culmines con éxito tu compromiso.

Edén echaba espuma por la boca, pensaba que Serus era de su propiedad y ahora la bruja iba a enviarlo a una muerte segura.

—Se ha tomado la decisión más justa, con el acuerdo del interesado y la bendición de Veredio —masculló Pirelio—. Esperamos su correcta ejecución que será escrupulosamente revisada.

Serus se giró para caminar hasta la salida.

—Algo más —dijo Pirelio—, no podrás representar nunca más a Veredio y te marcharás sin tu lazarillo, nadie debe poner una mano sobre nuestra tecnología.

—No te enfades conmigo, agradezco tus buenas intenciones, pero he elegido lo que más me convenía.

Pirelio no respondió, Edén observó perplejo cómo despojaron a Serus de los distintivos y lo dejaron casi desnudo. El silencio parecía pesar y le aplastaba la cabeza.

—Y ya que estamos en estas ¿por qué no eliminas tú mismo a esos tres asesinos o mejor aún, los traes arrastrándolos hasta esta sala? —dijo Edén, que tenía la boca reseca.

—Sí ¿por qué no? —respondió Serus, girándose y clavándole los ojos.

—De esa forma se evitarán sufrimientos innecesarios a los malditos nulos —explicó Edén tratando de animarse con una media sonrisa que le colgaba hacia arriba—. Quizás eso te hará feliz.

—Ya decidiré cuando llegue el momento.

De repente, todos querían aportar ideas. Algunos alababan su valentía, otros condenaban su insensatez. Edén interrumpió las discusiones.

—¡Basta, basta! Entonces márchate ya.

Se dirigió a todos, alzando la voz.

—Algunos mickras lo seguirán y le proporcionarán protección. Ningún lecto debe morir a manos de los nulos.

«Tengo que protegerlo, si Moa pretende que lo maten no voy a consentirlo. Ya encontraré la manera de hacerme con él más adelante», pensó.

Miró a la consiliaria pero su rostro era una pared, completamente inmóvil e inexpresivo.

El muchacho parecía tener intención de hablar y Edén no estaba dispuesto a que las cosas aún se complicaran más. Dos sockas de elevada estatura y de color carmesí oscuro lo cogieron por los brazos y lo sacaron fuera de la Sala entre los murmullos de los asistentes.

No había leyes ni obligaciones, ni gobernantes o gobernados, pero nadie se atrevería, por su adoctrinamiento, a discutir las razones del consilium, incluso cuando afectaban a servidores de Veredio. Y cuando se ha establecido una sanción, su no cumplimiento significa la marginación más absoluta y el egoenterramiento hasta la muerte.

—Mantén la dignidad y márchate por tus propios pasos —susurró Pirelio junto a Serus—. No existe nada más humillante que las máquinas tengan que forzarte a hacer algo.

—¡Bravo muchacho! Hacía tanto tiempo que nadie tomaba decisiones valientes —dijo una mujer, aplaudiendo.

—Serus no necesita palmaditas en la espalda sino un buen escarmiento, debió dejarme hablar a mí —dijo enfurruñado Pirelio, como si Serus ya no estuviese justo a su lado.

—Algún día lo entenderás —le dijo el muchacho.

—Eres mi error —Edén lo sujetó por un brazo y las máquinas se detuvieron —, una equivocación que no he sabido enderezar. Créeme, en el fondo me das lástima.

Escupía las palabras sin pensarlas y Serus se liberó de su garra con un manotazo.

—Le has seguido el juego a la bruja y te has sentenciado a muerte.

—¿Acaso no estaba sentenciado ya?

—Sentenciado o no, ya da igual —Edén no paraba de tocarse la cabeza y de dar pequeños pasos a un lado y otro sin dejar de quitarle la vista de encima a Serus, ni siquiera parpadeaba.

—¿Aún dudas de que lo sé?

—¿Eh? ¿Qué sabes?

—No somos muy listos, no. Lástima.

—Dí lo que tengas que decir.

—Es como una pesadilla. Soy un mal chiste viviente. Un clon. Tu clon, más exactamente.

—Ummmm —bramó furioso Edén, que pateó a su lazarillo.

«La maldita Moa se ha ido de la lengua, tendría que habérsela cortado hace tiempo».

—¿Sin palabras? Así me quedé yo cuando me enteré, lo cual tiene su lógica porque no podríamos reaccionar de forma diferente ¿no?

—Saberlo no cambiará nada.

—Lo cambia todo. No permitiré que te apoderes de mí. Los lectos no lo permitirán.

—Verás chico, eres un producto en una estantería que de momento no puedo coger.

Serus continuó su camino, con una media sonrisa que le colgaba hacia arriba.

Aunque Edén sospechaba de Moa nunca había logrado confirmar que ella tuviese relación con Serus, se giró para mirarla y se la encontró justo frente a él.

—Jaque mate —le lanzó a su contorsionada cara.

Edén sintió que sus tripas se revolvían en sus entrañas, como si se hubiese tragado un pulpo vivo y se dirigió rápidamente al servicio más próximo.

Cuando entró, comenzó a sonar una de sus melodías favoritas, por detrás sintió que le bajaban los pantalones y se le acoplaba un cálido socka, a una temperatura ligeramente superior a su propia temperatura corporal, que estaba dispuesto para recoger sus excrementos, a la vez que lo ayudaba para que se sentase sobre él.

Una brisa perfumada invadió la estancia, agradables imágenes coloridas se proyectaban en las paredes y Edén comenzó a vomitar sobre todo aquello.

Poco después salió deslizándose a toda velocidad sobre su lazarillo. No muy lejos de allí, se sumergió en una estancia dominada por la oscuridad.

Edén daba vueltas alrededor de una montaña de cadenas. Bajo el cono de eslabones metálicos estaba enterrada Titania que aguardaba sentada sobre una silla.

A su lado, sobre el suelo, estaba tirada NV12, un muñeco de color negro mate, su coraza estaba apagada y apenas se distinguía en la penumbra.

Edén la pateó en la cabeza y después se dejó caer sobre su lazarillo. Aquello le había dolido, sacó su huesudo pie de la zapatilla y comenzó a masajearlo. Su lazarillo le aplicó un spray que olía a mentol.

—Parece de cemento la hija de puta.

Desde la puerta, Zelig lo observaba y se revolvía incómodo.

—¡Zelig, tienes que cuidar de Serus!

—Lo mantendré vigilado.

—Día y noche —Edén se puso en pie y su lazarillo le colocó la zapatilla—. Quiero que vayas a Par de inmediato y lo prepares todo para que no le ocurra nada.

Edén se giró bruscamente hacia donde se encontraba Titania. Se agachó para

mirar directamente al ojo que no estaba cubierto por las cadenas.

—Explícame por qué todo salió mal.

—Una jugada de jaque mate puede ser superada por otra jugada de jaque mate que use en su propio beneficio la cascada de acciones desencadenada.

—¿Para qué querrían... ?

—Para ir un paso más allá de lo planificado.

—Pero explícate, ¿por qué? ¿qué buscan?

—Los motivos son obvios, utilizar en su favor el resultado previsto inicialmente.

—¿Pudo Moa hacer algo semejante?

—No dudo de sus capacidades.

—Bah, déjalo ya. Me agotas.

Sintió deseos de patear a la montaña de cadenas bajo la cual se encontraba su IA cautiva, pero se contuvo. Intentó escupirle, pero su boca estaba reseca. Se tiró sobre su lazarillo para descansar, cuando se acomodó tomó una pajita de la que sorbió un líquido fresco y dulce que le supo a rayos.

## 16

*La colonia es un hervidero, las abejas, desesperadas, se mueven de aquí para allá. Algunas atacan con sus aguijones en intentos desesperados de encontrar una salida. La temperatura está alcanzando un nivel letal. Mueven sus alas a toda velocidad pero no consiguen ventilar la colmena. Reinas, obreras y zánganos perecen por igual. Las larvas nunca llegarán a desarrollarse. En el exterior una masa de mickras ha rodeado la colmena sellándola y condenándola. Para acelerar el proceso, sus cuerpos emanan calor, llegando el interior a superar los cincuenta grados, se derriten los panales y se paraliza la colonia.*

*Después entran a extraer la cera y la miel.*

*Titania. Estudios del impacto de las medidas de desestabilización.*

### *Ocultos*

El comunicador comenzó a vibrar y Kobur lo tiró contra la pared. Llevaba un par de días escondido con su tía Miralda y sus primos, los hijos de Zelig, en un túnel de los marros donde habían preparado una pequeña cavidad lateral lo mejor que habían podido, con una cocinilla, colchones, un par de sillas y una mesa.

Se encontraban a pocos metros de un gran portón rojo por el que Kobur deseaba salir cuanto antes, estaba cansado de las incomodidades y de la perenne luz artificial.

El comunicador volvió a vibrar. Su tío era muy tozudo.

—Dime, tío.

—¿Qué estabas haciendo? Llevo toda la tarde tratando de contactar.

—¿Ah, sí? Pues... no me di cuenta. ¿Querías algo?

—Un lecto se dirige a Par, quiero que lo localices y lo acompañes. Edén no quiere que corra peligro.

—¿Y se supone que yo debo cuidar de él?

—Vigila que no se meta en líos. Nada más.

—Um.

—Te enviaré las coordenadas a este dispositivo. Avisa a los demás antes de marcharte.

—Pero... Me has ocultado porque todos saben que soy tu sobrino. ¿Acaso crees que ya lo habrán olvidado todo? Querrán saber dónde he estado y me interrogarán.

De repente, la idea de marcharse no le pareció tan buena. Definitivamente no le apetecía nada volver a Par.

—Ya se te ocurrirá algo, como siempre. Tienes que vigilar al muchacho. ¿Entendido? —Bufó y cortó la comunicación dejando a Kobur con la boca abierta, lista para responderle.

«No pienso volver allí y menos acompañando a un lecto».

Kobur se sentó en la cama y comenzó a rebuscar en los bolsillos de su chaqueta, aunque ya sabía que no encontraría nada, pues bien sabía que ya lo había consumido todo. A pesar de ello, les dió una nueva vuelta a todos los bolsillos hasta que los dejó colgando por fuera. No consiguió encontrar ninguna de sus pastillas de color amarillo, así que rebuscó por la habitación hasta que encontró algo interesante, los hongos que los marros parecían tener por todas partes.

Los miró detenidamente, había visto a sus amigos masticarlos a menudo, el los probó en alguna ocasión, pero prefería las pastillas que su tío le traía de Lux, aunque tampoco le parecían mal, así que sin pensarlo más, se introdujo unos trozos en la boca.

Estaban muy amargos y el sabor era desagradable. Los masticó hasta que tuvieron la consistencia de una especie de goma elástica. Se echó hacia atrás, tumbándose vestido y colocando sus brazos tras la cabeza.

No podía decir si se había quedado dormido, pero parecía deambular por un paraje mágico. En aquel lugar, Kobur perseguía a un veloz caracol gigante por un prado de flores amarillas.



El terreno donde dejaron a Serus era irregular, eran las pistas de un antiguo aeropuerto a pocos kilómetros de su destino. El aerosocka no debía acercarse a zonas habitadas porque se arriesgaban a que les lanzaran proyectiles y

podría resultar herido. Aunque el hecho de ir caminando tampoco lo ponía a salvo, Zelig pensaba que así, al menos, podría establecer contacto más fácilmente, dialogar y tratar de entenderse. También pensaba que al encontrarse cara a cara no se atreverían a atacar a un auténtico lecto que viajaba rodeado de quinientos mickras, suficientes para acabar con buena parte de la comuna. Pero él aún tenía sus dudas, ¿dialogar de qué? Tenía que exigir que le entregasen a los asesinos y volver cuanto antes.

Indicó a los mickras que se mantuviesen alejados, a cien metros tras sus pasos, para que no estropeasen sus posibilidades de establecer contacto. Aquella compacta masa negra de diminutas máquinas mortíferas tenía un aspecto amenazador.

Moa había fallado con anterioridad, sus máquinas capturaron algunos nulos aquí y allá, pero nadie supo darle una respuesta que la condujese a atrapar a aquellos tres asesinos que estaban ocultos, la fuerza bruta no demostró ser eficaz. Recurrir a la tortura y al martirio no estaba entre sus planes y además, probablemente se desmayaría de continuar pensando en ello.

Zelig ya le había puesto al corriente de la reciente destrucción de Tur, de lo peligroso de su incursión en aquellos momentos y del odio que iba a atraer. Las supuestas negociaciones con Lux ya no le proporcionarían inmunidad y estaba expuesto a un ataque en cualquier momento.

Dejó de caminar, sus pies se habían hinchado. En aquellos caminos había piedrecitas por todos lados y después de toda una vida caminando por las magníficas avenidas de Lux, era como aprender a caminar de nuevo. Los zapatitos acharolados no le ayudaban mucho y las plantas de los pies empezaban a dolerle a rabiar.

En el consilium le prohibieron usar un lazarillo, ahora le sería muy útil como exoesqueleto, utilizándolo como lo hacen los ancianos para facilitar los desplazamientos. Él era joven pero comenzaba a desesperarse y a dudar de su decisión.

Miró al frente y después, hacia ambos lados. Ninguna dirección le parecía mejor que otra. Percibía a sus espaldas el poderío que irradiaba su ciudad, no pudo resistir la tentación de volverse para echar un último vistazo a las afiladas agujas que señalaban al cielo. Estaba demasiado lejos para verlas, atardecía e imaginó cómo comenzaban a iluminarse las orgullosas torres de Lux para recibir a la noche.

Se le hizo un nudo en la garganta y volvió a dar la espalda a su ciudad, pensó

tumbarse allí mismo y esperar a que ocurriese algo. Quizás volviesen a recogerlo. Miraba al cielo buscando algún rastro o señal, pero no se acercaba nadie.

Allí, las capas de su egolity parecían diluirse, comenzó a ver y pensar sin sentirse abrumado por un torrente continuo de datos redundantes y a ser más consciente de sí mismo. Aparte de la hora, la temperatura y alguna información básica, apenas había algo más que conocer. Comenzó a marearse y a sentir que le faltaba aire, se dejó caer en el suelo y allí permaneció sentado unos minutos hasta que un sonido le sobresaltó.

Un pajarraco enorme y de color negro daba saltos tras una pequeña lagartija que corría de un lado a otro buscando un escondrijo. De un picotazo la cogió con el pico y se marchó volando. El reptil dejó allí su rabo dando saltos sin parar, como si fuese una criatura independiente.

Serus se quedó como petrificado. Se levantó y se volvió a sentar dos o tres veces. Su corazón estaba dando saltos dentro de la caja torácica y trató de contenerlo con ambas manos, los latidos eran tan fuertes que creía que otros animales los oirían. No tenía miedo pero estaba profundamente turbado.

Nunca había visto animales en vivo, únicamente representaciones a través del CIC y lo que había contemplado le pareció de una crueldad innecesaria.

Tras respirar pausadamente unos minutos pudo calmarse. Sentado allí observó gusanos e insectos. Se movían sin parar, yendo de un lado a otro. No sabía que la vida bullía de esa manera. Cada vez que se sentaba, lo hacía sobre algo vivo, si apoyaba sus manos tocaba musgo o hierba, el aire parecía estar colmado de polen y semillas flotantes que eran transportadas de aquí para allá. Desesperadamente intentó encontrar con la mirada alguna zona “muerta” donde pudiese sentirse aislado, pero no la encontró.

Estaba siendo absorbido por aquel lugar, iría avanzando sobre él hasta devorarlo. Pensó que si se quedaba sentado, las plantas y los animales lo invadirían. Se imaginó a sí mismo con plantas e insectos saliendo de su nariz, de su boca...

Y comenzó a correr. El aire frío le cortaba la garganta al respirar. Aunque era joven y estaba en forma, a cada zancada que daba sentía como si su cuerpo fuese aumentando de peso. Aún así consiguió llegar a un punto de equilibrio en el que podía avanzar sin demasiada fatiga, su mente pudo desligarse de alguna forma de su cuerpo, lo liberó para que hiciese su trabajo eficientemente. Cuando pasó una hora volvió a detenerse, no estaba especialmente fatigado,

sus pies ya no le dolían, pero su mente parecía estar naufragando en un mar de dudas.

Después de beber un poco de agua de un frasco continuó avanzando entre la arboleda de robles y hayas, cabizbajo. Intentaba evitar las zonas de matorrales y buscaba algún sendero más ancho que le facilitase la travesía. Tropezó y volvió a prestar atención al camino, ya llevaba casi dos horas de caminata.

Nunca había estado allí pero su mente conocía bien el lugar. Sabía que a la derecha se encontraba el río Sena, aunque desde donde se encontraba no era posible verlo y que el camino a seguir era aquella carretera donde se encontraba, Boulevard de la Commune de Paris, en la que no divisaba a nadie por más que se esforzaba y que estaba llena de baches, hierbajos y agujeros.

En pocos minutos llegaría a un lugar llamado Saint-Denis donde esperaba encontrar muchas personas.

Conocía los datos geográficos y el nombre de cada colina y cada riachuelo, el nombre de cada antigua calle, pero ninguna pista de por dónde encontraría algún nulo, desde allí no tenía acceso a los satélites en tiempo real y tenía prohibida la comunicación con Lux. Pronto comenzaría a oscurecer y quizás lo mejor sería ponerse a buscar un refugio adecuado para pasar la noche.

Algunas estrellas comenzaban a dejarse ver en el ocaso, hubiese querido mantener la mirada allí arriba y no tener que bajarla. El cielo era lo único que no había cambiado desde que se alejó de Lux.

Al fin llegó a una avenida que tenía rastros de ruedas, así que algunos vehículos pasaban por allí. Había algunos troncos cortados a ambos lados y seguramente alguien vendría pronto a recogerlos. Tras meditar unos minutos decidió que aún no estaba preparado para contactar con los nulos. Ni siquiera estaba seguro de que lo llegase a estar en algún momento, así que se alejó, se dirigió a su izquierda, hacia unos antiguos edificios abandonados, atravesando un terreno enfangado.

No había recorrido más de veinte metros cuando uno de sus zapatos se quedó atrapado por el fango. Lo recuperó, lo limpió un poco con las manos y se lo volvió a poner. Unos pasos más adelante se dejó ambos zapatos enterrados en el barro. Los recogió y continuó descalzo hasta que por fin llegó a una zona más seca. Buscó unas hierbas para tratar de eliminar el fango de sus pies y mientras lo hacía, comenzó a murmurar para sí mismo.

—Una persona importante, ¡ja! Un maldito clon. ¿Puedo considerarme alguien? Fueron terribles las revelaciones que me confirmó Moa. Existo para

ser el futuro cuerpo del consiliario Edén.

«Ella me dijo que aprovechara el desafortunado incidente y así tendría alguna oportunidad. Espero que tenga razón, aunque todo esto me parece una mala broma y quizás ella misma esté completamente perdida».

Cuando pudo reunirse con ella antes de partir de Lux, Moa le dijo que no tenía nada que ofrecerle acerca de su origen pero que había tomado a ambos muestras de ADN y podía asegurar que eran idénticas.

«¡Qué más da! ¿Acaso a alguien le importa? Si vivo o muero... Y si muero... ¿Crearé un nuevo clon ese maldito nulo de Edén? Espero que no le quede tiempo suficiente y se muera antes. Dael y Sanne me hablaron de otro clon..., es triste pero me aliviaría saber que Edén se ha hecho con él y se ha olvidado de mi existencia».

Volvió a ponerse los zapatos y se ajustó la ropa que llevaba mal puesta. A su derecha, algo llamó su atención. Vio a tres personas, estaba oscuro, había un poco de neblina y no los distinguía bien. Irguiéndose, se dirigió hacia ellas, pero no con la decisión que hubiese deseado mostrar. Tenía que tomar contacto de alguna forma y tres personas eran mejor que toparse con una gran horda de nulos.

Las figuras desaparecieron, habían salido corriendo, Serus se preguntó si los habría intimidado. Corrió hacia donde suponía que se encontraban, tropezó o le fallaron las fuerzas, Serus no estaba seguro, pero de repente estaba en el suelo con la boca llena de tierra y la nariz arañada. Le colgaban los mocos y le dolía todo el cuerpo.

«Maldito Edén, demonio retorcido, ¿no podías morirte en paz como todo el mundo?».

Se giró y se sentó en el suelo. Todo le parecía el mismo sitio. No sabía exactamente dónde estaba el límite pero supuso que la comuna de Par no podía estar ya demasiado lejos.

«Estoy cansado y hambriento, apenas he traído comida». Empezó a ser consciente de que su destino ya no estaba en sus manos. También tenía sed y la pequeña botella que llevaba estaba vacía. Tomó una barra de cereales y la masticó abstraído mientras una idea rondaba su cabeza.

«Voy a regresar a Lux».

Cuando se puso en pie ya había oscurecido. Por suerte llevaba un buen abrigo porque comenzaba a sentir frío en la cara. Decidió que no dormiría y seguiría caminando sin parar toda la noche.

Serus iba dando tumbos en su camino de vuelta, conocía la dirección correcta pero no sabía cuánto tardaría en llegar ni qué haría entonces. Su lazarillo le habría iluminado el camino, no veía nada y el terreno era irregular, tropezó y cayó rodando por una pequeña pendiente. Cuando se detuvo, estaba tirado en medio de un charco.

—¿Qué es esto? ¡Qué mal huele, puaj!

Una voz pareció responderle entre las sombras. Se calló inmediatamente, esperando que sus lamentos no los hubiese escuchado nadie.

Intentó volver subiendo por la pendiente por la que se acababa de deslizar y desde arriba, varias manos lo sujetaron con fuerza, tirando de él hacia arriba.

Serus lanzó un grito.

—No intentes escaparte, chico.

Serus ignoró la advertencia. Intentó zafarse, se apartó a un lado y finalmente lo soltaron. Estaba rodeado por un grupo de siete hombres y mujeres.

—Será mejor que nos digas quién eres y qué haces por aquí —dijo uno de ellos, con un acento raro.

Su CIC podría proporcionarle información detallada de cada uno, pero ese tipo de datos innecesarios terminaban apilados como molesta basura en el fondo de su mente. No desperdiciaría sus capacidades con ellos, se conformaría con observarlos.

Los miró detenidamente, uno a uno. Su olor penetrante llegó a sus fosas nasales y reprimió su intenso deseo de taparse la nariz, no quería mostrarse grosero. Observó un caso de estrabismo y otras anomalías congénitas que en Lux habían desaparecido con el control de los genes. Las uñas estaban negras, la piel recubierta con costras de suciedad acumulada, quién sabe por cuánto tiempo, la ropa colgaba a tiras y estaba muy remendada, llena de parches, de sudor y suciedad, vio cicatrices o heridas a medio curar. Empezó a sentirse mareado, miró a su alrededor pero no encontró donde agarrarse y sin poder aguantar un minuto más comenzó a vomitar.

Había salpicado algunas botas, aunque todos se reían a carcajadas. Intentó enderezarse pero le faltaba el aire. Su mirada se clavó en los zapatos que tenía delante, estaban desechos y amarrados con cuerda sobre los pies. Se dio cuenta de que, al igual que las personas, las cosas también envejecían, aunque en Lux todo parecía nuevo y recién estrenado.

Se mantuvo en silencio y siguió acuclillado mientras lo observaban detenidamente.

—Es el enjaulado.

—Este debe de ser. Hugo ya nos avisó.

—¿Qué te pasa, joder? ¿Eres mudo o lelo? —le gritó uno, a unos centímetros de su cara.

No pensaba contestar, el olor apestoso de su boca casi lo dejó sin respiración. Giró instintivamente la cabeza y tomó una bocanada de aire fresco.

—¿No lo ves? El pobre no ha resistido nuestra impactante presencia. ¡Ja, ja!

—¿Tan mal aspecto tenemos? Vaya, pues sí —dijo una chica mirándose de arriba abajo, tenía la ropa llena de barro. La chica era negra. Un color tan oscuro que parecía azulado, como asomarse a un pozo sin fondo. Serus no había visto nunca a gente de color en Lux, ni siquiera visitantes. Obviamente tampoco había nadie así en la ciudad-imperio de Jiang pero estaba seguro de que en Miam había muchos y también en Sura.

Había otra chica, más pequeña y delgada, tenía la piel marrón como madera oscura y su pelo corto era una pequeña revolución sobre su cabeza.

Y detrás de ellas, una figura alta y delgada con el pelo muy corto que parecía un chico, pero que su CIC le aclaró que también era una chica, a continuación obtuvo una breve información del resto pues todos los nulos estaban registrados.

Su mente volvió a centrarse en lo inmediato, en el varón que tenía enfrente. Creía que los nulos se sentirían atemorizados, intimidados en su presencia y pensó que no sería problema establecer contacto de forma pacífica. Gran error, quizás debería de haber salido corriendo al ver las sonrisas lobunas en las caras de aquellos individuos.

—Oye, que no es nuestro aspecto habitual, estamos de cacería —le dijo el hombre, sacudiéndose la ropa, era alto y moreno. Tenía la cabeza afeitada, excepto una franja de pelo alborotado que recorría la cabeza de lado a lado, entre las dos largas patillas. Arriba, el pelo era más largo y lo mantenía tieso con algún ungüento grasiento.

—Cállate y deja ya las tonterías, Dax. Agárralo y ya pensaré qué hacemos con este imbécil que se ha perdido. No creo que sea buena idea llevarlo a Par. Ahora debemos seguir —ordenó un hombre menudo y canoso. Pero en lugar de obedecer se pusieron a dar voces.

—Nos ha hecho perder mucho tiempo, Herve.

—Aún no tenemos la comida.

—Tenemos que volver pronto. ¿Entiendes?

—¡Déjalo Jolie! No hables con él.

El CIC informó a Serus de que el llamado Dax se trataba del individuo 474768DH13. Todos los nulos estaban numerados y clasificados y este era un pequeño líder de barrio con muy malas pulgas.

—Es el que nos dijo Hugo, sin duda. Habla de una vez, cabrón, quién eres y qué haces aquí.

—Yo... —tenía la garganta seca, intentó tragar algo sin conseguirlo y se decidió a hablar. Ahora eran los otros los que se quedaron callados—. Soy Serus Rich y solo deseo regresar a Lux.

—¿Quieres saber lo que deseo yo? —dijo Dax haciendo un gesto con la mano que Serus no entendió.

—Continuaré mi camino, aún me queda un buen trecho.

—No irás a Lux. El comunitario máximo de Par nos ha dado otras instrucciones —dijo Herve de forma autoritaria.

—Yo no tengo por qué atenerme a sus instrucciones —dijo Serus.

—Estás en Par y por tanto, tendrás que atenerte, señorito —le replicó.

Los demás comenzaron a reírse.

—¿En Par? No veo a Par por ningún lado —dijo Serus.

—Pues todo esto es Par —le dijo Herve, sonriente, con ambos brazos extendidos y las palmas de las manos hacia arriba—, ¿acaso no lo ves a tu alrededor?

Serus miró a ambos lados, veía árboles y barro, sin atisbo de la ruinosa Par.

—Esto no es más que parte del territorio de Lux. No podéis impedir que me marche.

Uno de ellos, bastante alto, de pelo rizado y piel muy morena se adelantó. La expresión de su cara cambió de repente, frunció el ceño y parecía como si echara humo por la nariz.

Un puño golpeó violentamente el rostro de Serus. Nunca antes había sentido semejante impacto. El mundo comenzó a girar y se estampó contra su cara cuando cayó de bruces.

—¡Eh! Anda con cuidado Babin, Hugo nos pidió amablemente que no lo matémos.

—No lo he matado, le he aclarado muchas cosas. En el momento de las presentaciones es cuando hay que dejarlo todo bien claro para evitar confusiones.

—¡Babin! ¡Eres un pedazo de bruto! —dijo Gigi, la chica con el pelo corto.

Herve se dirigió hacia él para ayudarlo a levantarse pero se detuvo en seco. Serus le dedicó una mirada fiera, propia de una bestia a la que no debía molestar.

—Algo se mueve ahí detrás. ¿Véis cómo brilla en la oscuridad? —dijo Jolie, señalando un lugar impreciso tras Serus.

Jolie encendió una luz, la elevó en alto y contempló aterrada una masa compacta que parecía vibrar y se aproximaba lentamente hacia ellos. Serus se puso en pie y caminó hacia la luz, devolviendo a las sombras lo que se movía a su espalda.

—Sí, en el momento de las presentaciones todo debe quedar claro —siseó entre dientes mientras los mickras subían por sus piernas y aparecían sobre sus hombros. Las diminutas máquinas se encendieron, preparando sus quemadores y los rostros aterrados que tenía enfrente se iluminaron en rojo. La luz que sujetaba Jolie cayó al suelo y rodó por una pendiente.

Babin comenzó a correr y algunos mickras saltaron tras él. Los gritos del hombretón cedieron su lugar a un zumbido siniestro e interminable. Todos se separaron de Serus formando un semicírculo a su alrededor. A lo lejos, rojizos carbones encendidos bailaban sobre un cuerpo humeante.

Cuando el olor a carne quemada inundó su nariz, Serus se tambaleó, manoteó en el aire para alejar aquel hedor sin conseguirlo. Caminó de espaldas hasta tropezar y caer de culo.

De nuevo, el silencio y la oscuridad lo envolvieron todo, trayendo una paz momentánea. Nadie se atrevió a hablar o a moverse en los minutos que siguieron.

—Vamos a ir a Par —dijo Serus levantándose.

Su mente había estado explorando las alternativas. Si finalmente conseguía llegar a Lux lo enviarían allí de vuelta o en el peor de los casos, lo conducirían directamente a egoenterramiento y quedaría en manos de Edén como le advirtieron, así que había cambiado de idea. Los demás recibieron con extrema frialdad sus palabras.

—No eres bienvenido y aunque podrás ir donde quieras con tu pequeño ejército asesino, espero que nunca llegues a nuestra comuna. No te ayudaremos y al que intente hablar contigo le arrancaré la lengua —dijo Herve, mirando a los demás.

Serus se levantó y retomó la ruta que le dirigía hacia el interior de Par. Los

demás le siguieron, caminando a una distancia prudente. Cuchicheaban a sus espaldas y apenas logró distinguir algunas frases.

—Jolie opina que tendríamos que matarlo. Es un puto lecto —le dijo Gigi a Herve.

—¿Cómo lo hacemos? Están con él los mickras —le contestó.

—La familia de Babin querrá molerlo a palos.

—Y a nosotros, Herve, y a nosotros también. Debimos hacer algo.

Herve resopló pero no dijo nada más.

—Van a flipar cuando nos vean llegar —dijo Dax entre dientes.

Serus también escuchó a las dos chicas, Loana y Jolie que conversaban.

—Me gustaría saber qué clase de tipo es.

—Hay dos clases de lectos, los putos lectos y los lectos putos.

Serus siguió caminando al mismo ritmo pero la distancia que los separaba fue aumentando. Seguían hablando bajo y él ya apenas podía oírlos. Loana, la chica pequeña de ojos verdes, salió corriendo, adelantó a Serus y se volvió a mirar a Herve, que no dijo nada. En unos minutos los dejó a todos atrás.

En apenas media hora llegaron a una zona urbana, aunque apenas estaba iluminada por algunas luces dispersas. Cuando atravesaron las calles de la comuna de Par todos hicieron extraños gestos con las manos y murmuraron “demonio”.

Una niña larguirucha cargaba con un bebé que jugaba con su collar hasta que ella se lo quitó cuando trató de chuparlo. Llegaron más niños y fueron colocándose alrededor.

Aquel lugar era horrible. Lo más feo y sucio que había visto en su vida. Todo parecía desordenado o amontonado, se mareaba viendo cosas torcidas alrededor. Buscó alguna referencia, algo destacable, pero no encontró nada. Ni siquiera veía líneas rectas, o quizás se deformaban ante sus ojos, no sabía que llegaría a echarlas de menos.

Serus miró hacia atrás, un camino oscuro y desalentador, no sabía hacia dónde dirigirse, estaba agotado y cayó de rodillas lo que provocó que comenzasen a gritarle e insultarle.

—¡Fuera de aquí, enjaulado de mierda! —le gritaron a la cara.

Una figura rechoncha se adelantó al resto.

—Las máquinas no pueden pasar. Quizás consiga que puedas entrar... tú solo.

—Vienen conmigo —dijo Serus, a la vez que recordó las advertencias de

Moa, los mickras serían sus guardianes y también los espías de Edén.

—Entonces puedes volver con ellas por donde viniste.

Serus asintió y de inmediato los mickras comenzaron a retirarse hacia las afueras.

—Está bien, me esperarán lejos de aquí. ¿He llegado ya a Par?

El hombre asintió.

—Si has de ser nuestro invitado, deja que primero te curemos las heridas.

Serus aceptó. Estaba hecho un asco y le dolía todo el cuerpo.

Lo llevaron a una habitación bastante ordenada para lo que había visto antes, aunque para Serus seguía siendo un basurero. Le dijeron que esa noche dormiría allí y le señalaron algo parecido a una cama. También había una mesa con algo de comida que no supo identificar.

Un anciano de color se acercó con un maletín, le dijo que se llamaba Lucas de los Gatos, le ayudó a desvestirse y comenzó a desinfectar las heridas. Escocía mucho, pero Serus se mantuvo callado. Un estruendo llegó desde la calle mientras lo estaban curando. Escuchó muchos gritos fuera y también el sonido seco de golpes. Destacaba una voz de mujer que se lamentaba y suplicaba.

La persona que lo atendía, Lucas, trató de explicarle lo que ocurría.

—Debe ser la familia de Babin, parece que ya les comunicaron las tristes noticias.

—¿Son ellos? Gritan como salvajes —preguntó Serus con auténtico interés, echando un vistazo por la ventana.

—¿Quién si no? Han venido a buscar al asesino.

—Pero...

Aquella persona se quedó mirándolo ¿Qué esperaba que hiciera? Serus permaneció meditando, cuando quiso retomar la conversación e hizo un par de preguntas le contestó con bufidos y un rostro hosco. Hasta ese momento parecía que se habían entendido perfectamente, pero aquella persona había decidido permanecer en silencio. Detrás, entre las sombras, de vez en cuando se asomaba algún curioso que apenas podía ver.

Cruzaban miradas y gestos que Serus no comprendía. Al preguntarle de nuevo si podía llevarlo ante alguien relevante en la comuna de Par, sencillamente se encogió de hombros y le dijo: —ya vendrán a verte.

Lucas se despidió y Serus desistió de preguntarle nada más. Todo le parecía enigmático y no precisamente tranquilizador. Escuchó a Lucas discutir con las

personas que se habían congregado allí.

Horas después todo estaba en calma. Estaba solo y aburrido. Decidió bajar a la calle, alejándose de aquella zona y dando un rodeo, todo era extraño a su alrededor. Caminaba como un autómata, al doblar una esquina se encontró caminando entre mucha gente. Nunca había visto tantas personas juntas en un mismo lugar. Se sentía en medio de un torbellino, de cuando en cuando alguno aceleraba el paso y se adelantaba para mirarlo sin ninguna clase de disimulo, como si estuviesen sopesando alguna difícil decisión que le incumbía. Él miraba sus pies, evitando el contacto visual. No quería hablar, prefería no preguntar porque estaba convencido de que no le gustarían las respuestas.

Sin proponérselo se tropezó con la familia de Babin, estaban llorando y algunos de ellos estaban tirados en el suelo. En cuanto lo vieron, todos se quedaron callados y alrededor se hizo un silencio absoluto.

Alguien se colocó a su lado. Casi se rozaban, estaban separados por unos centímetros. Apenas podía moverse. Cuando iba a pedirle que se apartara, ella se giró y le habló.

—¿Ni siquiera te arrepientes? —era Jolie, la chica que conoció al llegar a la comuna.

—¿Arrepentirme? El arrepentimiento es una respuesta que surge de la necesidad por sobrevivir, los que se arrepienten y son perdonados obtienen una ventaja que refuerza esa forma de actuar. Aquellos que han cometido actos rechazables intentan congraciarse con sus congéneres y conseguir su propia salvación. El supuesto arrepentimiento no es más que una forma de autodefensa que tenemos grabada en el subconsciente. Uno hace lo que hace y tiene sus motivos, el resto es puro instinto de supervivencia.

Aunque nadie lo entendió, para Serus era lo normal. En Lux nadie se arrepentía de nada. Le escupieron y le gritaron cosas que no significaban nada para él. Después, Jolie les pidió que se marcharan y se alejaran del estúpido enjaulado.

Poco a poco, se marcharon y Serus retornó a su habitación. Esa noche no consiguió dormir, a través de su ventana, le llegaba el resplandor de una hoguera. Muchos se habían congregado allí, bajo su ventana. En la pared de enfrente, veía retorcerse a las sombras.

No quiso mirar por la ventana. Los lamentos por el difunto eran aullidos de dolor que llenaban la noche y le taladraban la cabeza. Nunca había estado tan alegre como para reír ni tan triste como para llorar, pero era la primera vez

que un dolor desconocido le retorció las entrañas.

Cantó para sí una canción. La canción surgió de un juego. Él se inventaba frases sin sentido y luego las cantaba su socka de cuna. Había pasado mucho tiempo pero seguía recordándolas aún de mayor.

“Por la mañana las nubes llegan. Asoman las caritas para saludar al sol.

A mediodía los colores se hermanan con olores. El color blanco huele a leche, el azul a mar y el rojo a fruta aunque las cosas verdes tienen mayor variedad. Chupo un cubito de hielo, si lo trago, me congelo.

El sol por la tarde se va a descansar y se acurruca en la la cajita con forma de corazón. Crece la oscuridad o disminuye la claridad. La media luna surca el firmamento buscando un atisbo de su gran hermano astral”.

*Cuando las hordas de nuestros antepasados cruzaban las llanuras buscando sustento no pensaban en conquistar el planeta. No, lo que les preocupaba, lo que mantenía sus cabezas ocupadas y funcionando sin parar era ¿Qué se oculta tras esa sonrisa? ¿Por qué me marginaron? ¿Compartirán conmigo o tendré que robar? ¿Cómo puedo arrebatarse las hembras al líder?*

*La naturaleza no nos dotó de inteligencia para superar sequías o nevadas, ni para escapar de osos y leones, sino para sobrevivir ante los de nuestra propia especie.*

*Extracto del libro “Remoto y oscuro” de Kim J. Ro.*

### *Heridas abiertas*

Ha comenzado el verano, hacía más calor de lo habitual y en esta época ya solía hacer bastante, lejos quedaban los veranos suaves y frescos. En esta estación algunos días se superaban los 37 grados centígrados. Hoy era uno de esos días.

Parecía que el aire pesaba el doble de lo habitual y a Edén le costaba respirar. El calor era opresivo y sentía que la piel de su cara se acartonaba.

El clima se había vuelto muy seco, llovía raramente y de forma torrencial. Años atrás la temperatura se estabilizó, pero antes, durante décadas no paró de aumentar de forma alarmante. Todo eso ocurrió después de que los expertos se hubiesen puesto de acuerdo en señalar que nos dirigíamos a una nueva era glacial.

El aire enrarecido parecía vibrar sobre la cabeza del consiliario que alzó la vista, el cielo parecía una inmensa cúpula anaranjada en la que el sol luchaba por abrirse un hueco. Densas nubes de arena se acumulaban sobre la ciudad-imperio, parecían estar compactándose para desplomarse sobre sus cabezas. A lo lejos podía verse el fragor de una tormenta eléctrica, los truenos llegaban débiles pero a cada hora que pasaba aumentaban de intensidad, advirtiendo del avance del frente, a la vez que el viento soplaba más y más fuerte.

Prevenidos, había poca actividad en las calles y las tareas que no eran urgentes se aplazaron. Solo los sockas de transporte de gran tamaño estaban trabajando como un día cualquiera.

Algunos escarabajos, arrastrados por el vendaval, caían rodando ante sus pies para ser interceptados rápidamente por los mickras que los convertían en pulpa para absorber y después se almacenaban como materia orgánica para diversos usos, ¿quién en Lux no había comido el delicioso y succulento dulce de canela en su forma tradicional, la crema azucarada envuelta en papel celofán, o en su presentación de bolitas con ralladuras de coco? Estaba enriquecida con proteínas de insecto, nada se desperdiciaba en Lux.

Edén tomó un sockabus, formado por varios módulos-limulina que viajaban en una misma dirección, acompañado de su lazarillo. Se dirigía a las instalaciones del Lab, en la torre Xiphos.

En el módulo-limulina había otros dos pasajeros, uno era un joven y unos asientos detrás de él, dormitaba una mujer de avanzada edad. El joven parecía ausente, probablemente estaba utilizando su CIC para conectarse con otros lectos o absorbiendo información. Los lectos más ancianos raramente daban ese uso a los implantes y preferían realizar esas tareas a través de sus lazarillos.

Edén clavó la vista en el chico, que tenía los ojos entreabiertos y parecía ignorarlo completamente. Una mata de pelo castaño asomaba bajo un gorro picudo cubierto de plumas sintéticas, mantenía la mirada fija en un punto indeterminado del techo. De vez en cuando gesticulaba ligeramente o hacía alguna mueca con la cara.

No tenía de qué preocuparse, el sockabus se comunicaría con su chip CIC y emitiría una señal que él percibiría, en cuanto se aproximase a su destino. No existía un sistema económico ni monetario en Lux, no se usaban palabras como comprar o vender y todos estaban libres de obligaciones laborales, algo que a Edén aún sorprendía.

La ropa y de hecho, todos los pequeños dispositivos los conseguían los propios ciudadanos haciendo adaptaciones a partir de un diseño matriz, como cualquier otro producto de Lux. Cuando aparecía una necesidad, elegían diferentes patrones de productos en una holopantalla y en unos minutos surgía el objeto recién diseñado de una abertura en la pared de su cubículo que ocultaba un complejo dispositivo de generación tridimensional llamado gailu, todo el sistema se denominaba caja bwat. Los circuitos y los sistemas

energéticos, si eran necesarios, se imprimían en unas superficies flexibles en diferentes capas. Los dispositivos así generados eran elásticos, muy resistentes y podían adaptar su configuración o funciones según las exigencias de cada momento, desde ropa a un lazarillo nuevo. El sistema generaba en pocos minutos complejos productos perfectamente acabados. Como las zapatillas que acababa de estrenar, Edén las miró, eran muy cómodas, pasó un dedo por encima, el tacto era suave, indistinguible de auténtica piel.

Los sockas de mayores dimensiones y los alimentos eran fabricados en factorías automatizadas en los suburbios de la ciudad-imperio, la industria pesada se encontraba ubicada en los distritos de Kfurt, Gart y Nich. Desde allí se hacía la distribución a donde hiciese falta, también a las ciudades-núcleo de su territorio con las que mantenían acuerdos.

Tras unos minutos de recorrido Edén se estaba quedando adormilado pero se espabiló cuando reconoció una figura que esperaba al vehículo en un cruce de calles.

El consiliario Luth entró, montado sobre su lazarillo, sin que el sockabus tuviese que detenerse. No se mantenía un recorrido prefijado sino que se adaptaba a los destinos de los lectos que lo habían solicitado y se creaba una ruta optimizada.

«La próxima vez cogeré un aerosocka, prefiero marearme a que me mareen», pensó Edén.

—Hola Luth —Edén señaló un lugar a su derecha, donde se sentó el consiliario que parecía muy animado.

Se extendió en una charla a la que Edén prestó poca atención, al parecer se dirigía a un complejo donde se almacenaban alimentos antes de ser procesados porque le gustaba revisarlos cada cierto tiempo con sus propios ojos.

—Me encanta tocar los tomates y oler las cebollas —dijo Luth, cerrando los ojos y aspirando el aire reciclado del sockabus.

Edén se limitó a mirarlo mientras Luth seguía con su lista de alimentos preferidos.

—En la comida preparada que nos sirven es difícil distinguir los sabores originales, a veces me como una manzana o cualquier cosa cruda y disfruto una barbaridad.

Edén bostezó sin tratar de disimular y se puso a mirar al exterior, aunque también le aburría lo que veía.

—Disculpa Luth —dijo Edén estirándose—. Hoy tengo mucho sueño, no duermo bien por las noches. Mi lazarillo trata de acoplarse a mi boca para mitigar la apnea del sueño, cuando se interrumpe mi respiración, y lo echo a patadas. Es asqueroso.

El lazarillo de Edén se movió hacia atrás unos centímetros. Luth asintió sin más, y se puso a contemplar las calles con los ojos entrecerrados, al parecer solo le interesaban sus verduras.

Una lucecita verde parpadeó en el techo y el vehículo se detuvo en una parada programada. El lazarillo de la señora se puso en movimiento, dirigió una pequeña extremidad hacia su mano, oprimiéndola con suavidad. Ella abrió los ojos y se levantó lentamente, con dificultad. Nuevas extremidades surgieron del lazarillo para ayudarla a mantener el equilibrio. Avanzaba despacio, ignorando al resto de pasajeros, como si estuviese sola y no hubiese nadie alrededor, tampoco dijo una sola palabra, algo normal entre los lectos.

A pesar de ser poco mayor que los consiliarios, la mujer se movía torpemente.

—Mira esa señora, Edén, ¿dónde irá? —Luth observó que en la zona donde iba a bajar no había apenas edificios, era un arrabal desierto, azotado por el viento.

—Déjala tranquila. Ella sabrá.

—Disculpe, pero ¿por qué se baja aquí? —preguntó Luth.

—Deseo ver los cuadros.

—¿Cuadros? Vaya al museo de arte pictórico, el que se encuentra en...

—No —cortó la anciana, enérgicamente—, apenas tienen cuadros allí, los fondos están guardados en los sótanos. Busco la exposición de Tamara de Lempicka, amo sus pinturas.

—¿Exposición? No hay tal exposición por aquí. Quizás se refiera a la virtual. ¿Por qué no utiliza la datateca para visualizar las obras?

—¿Virtual? No me fastidie. Los colores me resultan falseados, y el aspecto... penoso, no tienen la fuerza del original. Quiero experiencias reales. Mi forma de acercarme al arte es personal, me niego a usar la mirada de otro.

“Experiencias reales”. Luth y Edén sabían que algún día alguien empezaría a demandarlas, pero no lo esperaban de una anciana en un sockabus.

—Espere un minuto, no se baje aquí. Esta zona está deshabitada. Vaya en un par de días a la cúpula de la Cultura en Kirchberg. Lo trataré con el conservador principal, yo soy el consiliario Luth.

—Gracias consiliario —dijo ella con una jovial sonrisa.

Edén resoplaba en su asiento y miraba al suelo, no tenía la menor intención de mezclarse en ese asunto. La señora se sentó tras una mesa, frente a ellos, aún mantenía la sonrisa.

Luth se comunicó con el conservador y aunque en un primer momento parecía oponerse a mostrar las obras almacenadas en las cámaras, finalmente cedió ante la sugerencia de Luth de enviarle nuevos y decididos conservadores para hacerlo en su lugar. No consentiría que otro pusiese una mano sobre sus preciadas obras.

Cuando observó que habían terminado la comunicación, Edén se acercó a Luth y habló junto a su oreja mirando de reojo a la anciana.

—La indiferencia de los ciudadanos es importante, Luth. Olvida a esa vieja.

—¿Por qué dices eso?

—En cuanto todos quieran hacer cosas, esto se acaba. Que estén tranquilos y relajados en sus cubículos. No te impliqués en montar un alboroto.

—Pero es una simple exposición. Se lo podemos ofrecer, ¿qué problema encuentras Edén?

—Por algo simple comienza lo complejo.

Luth se quedó mirándolo a la punta de la nariz, arrugó la frente y se calló lo que fuese a decir. Edén también siguió callado. Luego, la anciana decidió bajarse un poco más adelante en una avenida.

—¿Entonces le veré en un par de días? Gracias de nuevo —dijo saludando y dirigiéndose hacia una salida lateral.

Al acercarse a la salida, una nube de neblina selló sus ojos. Algunos llevaban unas lentillas que en el exterior se oscurecían y cubrían completamente los ojos ocultando el menor atisbo de blanco, para protegerlos del polvo, la arena y el sol. El gorro que llevaba comenzó a extenderse y le proporcionó una adecuada sombra.

—Esta zona me gusta. Haré que venga mi cubículo —dijo ella apoyándose en su lazarillo.

Atravesó la compuerta recién abierta a lomos de su lazarillo y Edén observó con mirada distraída cómo se cerraba tras ellos. El vehículo reemprendió la marcha.

El chico seguía allí. Edén estaba cada vez más agradecido de que los jóvenes utilizaran mayoritariamente las comunicaciones asociadas al CIC, pues todas las comunicaciones eran grabadas y supervisadas, aunque los

sockas no se habían mostrado efectivos a la hora de realizar las tareas de filtrado de transmisiones y las que había estado revisando personalmente, no eran más que charlas informales sobre algún artista o un nuevo diseño que se había puesto de moda. Casi echaba de menos un espíritu rebelde, un luchador, algún alma gemela, aunque algún día tuviese que aplastarla irremisiblemente.

Hacía un calor bochornoso y en las amplias avenidas el aire reverberaba y olía como a quemado. Estaban atravesando una zona de plantaciones atendidas por mickras y otros sockas especializados. Hoy era el día que Edén había programado para visitar al profesor Xel.

En aquella zona las construcciones eran bajas pues tenían muchas plantas bajo tierra para protegerse del calor y la intensa luz solar, aunque los edificios de uso múltiple a veces se construían como orgullosas torres. En los extremos de las avenidas, se encontraban unas zonas automatizadas de envasado y distribución de alimentos.

—Me bajo aquí. Voy a visitar a Xel —dijo Edén, poniéndose en pie entre crujidos de articulaciones.

—Sé que está mucho mejor. Parece que tuvo suerte.

—Aún tardará en reponerse, pero ha mejorado bastante estos dos últimos meses.

—¿Seguirá con el proyecto NV?

—Ese proyecto está prácticamente cancelado —Edén mintió, haría todo lo posible para mantener su proyecto aislado y confinado en el Lab.

Al abrirse las puertas una ráfaga de aire lo revolvió todo. Luces rojas y amarillas, doradas, brillaban a lo lejos entre la calima. Edén trató de construir una sonrisa para dirigirla hacia Luth, sin conseguirlo. Montó sobre su lazarillo y abandonó el sockabus, que se había detenido, por una de las compuertas laterales, un tanto incómodo por haber coincidido con Luth.

Como un remolino de telas escarlatas, en medio del incipiente vendaval, Edén avanzó deprisa asentado en su pequeña máquina, que a pesar de su estructura ligera conseguía mantener una dirección precisa.

El lazarillo disminuyó de velocidad frente al portal que permitía el acceso a la torre Xiphos, destinada para tareas de análisis e investigación. Atravesó una tras otra las sucesivas puertas que se encontraban, con Edén sentado con expresión impenetrable.

Sabía que habían advertido su llegada y le facilitarían el acceso. Un elevador se abrió y pasó al interior. Edén bajó del lazarillo, que ajustó sus

formas, recogiendo los elementos telescópicos. El elevador comenzó a descender con un zumbido, parecía que la climatización no estaba bien regulada a la combinación de calor y humedad y sudaba bastante.

Una gota de sudor le colgaba de la punta de la nariz y parecía resistirse a la atracción del inmenso globo terrestre con tanta tozudez que habrían alcanzado un punto muerto si Edén no la hubiese retirado con el dorso de su mano.

Allí abajo tenía encerrado a Xel, aunque él no era consciente de ello. Lo mantenía bajo vigilancia permanente, mientras se recuperaba de sus heridas.

«Aquí abajo está aislado del resto de nulidades y nadie se entrometerá. Zelig me transmitió que estaba muy inquieto y contrariado. Tendrá que concentrarse en finalizar el proyecto cuanto antes, después de que el maldito Siono casi lo arruinase todo. Me aseguró que el NV se quedaría enredado en los cables y colgando del techo como un muñeco hasta desactivarlo, que Xel dimitiría harto de las presiones y el proyecto pasaría a nuestras manos».

Avanzó por los pasillos y vio a Zelig junto a una de las puertas. Vestía con ropas muy anchas de color claro recogidas con cinturones. El largo pelo blanco lo mantenía recogido por una especie de aro que llevaba en la cabeza. Edén lo miró directamente a los escurridizos ojos y sin dirigirle una palabra ni esbozar gesto alguno, entró en la habitación seguido por su lazarillo.

El profesor no tenía mal aspecto y parecía bastante recuperado, aunque todo habría sido más fácil si no hubiesen firmado el estúpido tratado que les impedía producir clones para extraer órganos. Edén dudaba de que las demás ciudades-imperio lo cumpliesen a rajatabla.

Aún así Edén reconoció que las nuevas impresoras de tejidos orgánicos habían supuesto un gran avance.

—Buenas tardes Xel, he venido para ver cómo te encuentras.

—Pues ya ve, consiliario —dijo Xel desde la cama donde se encontraba, alzando sus pupilas hasta toparse con las de Edén.

—Parece que mucho mejor —aventuró Edén.

—¿Mejor que qué?

—Me refiero a tu salud.

—Ah, bien —exclamó Xel.

—Hemos tenido pocas oportunidades de hablar estos años, no quería importunar en tus investigaciones pero siempre me he preocupado de vosotros.

—Gracias.

Edén no terminó de encajar aquella palabra, ¿estaba agradecido por no

hablar? ¿porque no le interrumpiera? no sabía qué responder. Había esperado un cortés “su presencia es bienvenida, consiliario” o algo parecido.

—Tienes buen aspecto. Me han explicado que todo ha ido bien y que te recuperarás completamente en los próximos días.

—¿Buen aspecto? ¿completamente? Lo dirá por cortesía. Han sido necesarios numerosos cultivos orgánicos para reparar el destrozo. Casi me parte en dos, tengo aún medio cuerpo inmovilizado.

—Lamento lo que ocurrió —Edén se mordió un labio—, pero quizás no fuiste todo lo prudente que requería el momento.

—Culpa mía, sí. Por supuesto que no voy a eludir mi responsabilidad. Ahora que ha venido, quiero que sepa que he decidido abandonar el proyecto.

Edén hizo una leve mueca con la boca que no pasó inadvertida a Xel. Zelig giró la cabeza hacia Edén y se quedó mirando fijamente.

—Querido Xel, aún debes descansar, todo es muy reciente. Tómate tu tiempo para reponerte y ya hablaremos de eso otro día.

«Pero no demasiado, el reloj nunca se detiene».

—Disculpe consiliario, pero está más que pensado. ¿Vino para convencerme de lo contrario? No me dirá que se acercó a ver a un moribundo por compasión.

—Tú diriges el proyecto y sabes bien que con los cuatro técnicos que han muerto perderíamos años enteros solo para reconducirlo.

—¿Y? Lo hacía por pasión, por la emoción de nuevos hallazgos, por superarme. Pero no para terminar convertido en un bufón y estampado contra el suelo para entretener a los ciudadanos de Lux.

—Pensaba que no te rendirías tan fácilmente.

—No me rindo, estoy derrotado. He perdido. Doce versiones y ningún resultado, alguien deberá reemplazarme y buscar otro camino.

«Pues yo no me doy por derrotado. Mientras una batalla continúe no habrá perdedores ni vencedores y aunque creas que no tengo nada para ofrecerte, sé qué palanca usar para ponerte en movimiento. Voy a mostrarte un reto que no querrás eludir».

—Hay grandes novedades en el proyecto que no conoces. Augustadalia y Edelmina han conseguido localizar el foco del obstáculo que generó el error y han hecho grandes avances con el simulador del modelo NV.

Edén trataba de mantener algo semejante a una sonrisa que parecía grapada en su cara.

—Bien, ¿qué averiguaron?  
—Son temas muy técnicos, en cuanto vuelvas lo sabrás.  
—¡Ja! ¿Volver? No dije nada de volver, es pura curiosidad, pero déjalo, ya se me está pasando.  
—NV12 logró activarse.  
—Pero me dijeron que se destruyó.  
—Una gran parte sí, pero lo básico continuó funcionando. Al final lo conseguiste.  
—¿Entonces habéis llegado a comunicaros con Eova?  
—No, aún no. La forma en que despertó parece que la ha alterado, siguen evaluando su estado y sustituyendo algunas piezas que resultaron dañadas.  
—Espero que no le hagan más daño aún.  
—Tú podrías ayudarles.  
—¿Por qué no he sabido nada hasta ahora? Preferiría tener a los técnicos aquí y hablar con ellos.  
«¡Claro que sí!».  
—Bajarán en unos minutos —se dirigió a su lazarrillo que desplegó una pantalla flexible.  
—Mina y Adalia, ¿podéis acompañar a Zelig? El profesor quiere veros — Edén esperó la respuesta afirmativa y dirigiéndose a Zelig le ordenó—: Tráelas.



Zelig era como un extraño para Xel, no llevaba lazarrillo al igual que hacían algunos lectos huraños y durante los días que había estado con él apenas pronunció alguna frase, casi hubiese preferido la compañía del propio Edén. No, mejor ninguno, los sockadocs que le curaban y alimentaban eran mejor compañía. Cuando preguntaba, Zelig respondía con monosílabos y el día que intentó levantarse se lo impidió bruscamente. La conexión CIC de aquel tipo estaba cerrada completamente, al menos para Xel y no logró averiguar nada más.

El retumbar de sus botas ya le era conocido y anunció su vuelta, apareció precedido de Mina y Adalia.

—Hola profesor, menuda sorpresa.

—Hola Xel, nos alegra comprobar que está bien.

Xel trató de sonreír, estaba feliz de volver a verlas.

Miraron y se dirigieron a Edén: —Consiliario, es un placer.

Lo saludaron amigablemente, aunque Xel habría asegurado que no había trato personal entre ellos, más allá de los formalismos. «Han pasado muchas cosas durante estos meses. ¿Por qué me aferro al pasado?».

Consiguió calmarse. Supuso que Edén tuvo que hacerse cargo de que todo se volviese a organizar y se conocieron mientras estuvo inconsciente. No había jerarquías preestablecidas, pero cada uno debía tener claro cuál era su papel y Xel era muy celoso de sus asuntos, odiaba las intromisiones y pensaba que, lo queramos o no, tenía que existir un orden natural.

—Hola, Mina y Adalia, me alegro de veros.

—Creíamos que estabas aislado e incomunicado en una zona de cuidados intensivos debatiéndote entre la vida y la muerte.

—La verdad es que no deseaba visitas —confesó Xel.

—Podrías haber enviado algún mensaje.

—Tenía que digerir todo lo que pasó.

—Tampoco ha sido fácil para nosotras —dijo Mina.

Se callaron durante unos incómodos segundos.

—No quiero entreteneros más —dijo Xel—. Para abreviar iré directamente al asunto, Edén me ha dicho que el NV se inicializó y habéis conseguido progresos.

No quiso extenderse más. Quería escuchar lo que tenían que decir sin mencionar lo que le avanzó Edén.

—Así es —confirmó Mina—, Serus comunicó oficialmente al consilium la activación de NV12 y Edén se ofreció para hacerse cargo de ella.

Xel tamborileaba con una mano sobre su muslo.

—La verdad es que está tan dañada que prácticamente la dimos por perdida —añadió Adalia—. Al menos sirvió para estudiarla y detectar los errores que se cometieron.

—Analizamos los datos recogidos y observamos mucho dolor, esto nos ha ayudado a comprender qué salió mal. Siempre pensamos que algún sufrimiento sería inevitable, mareos o una especie de dolor de cabeza, pero nos equivocamos en su magnitud. Continúa, Adalia, explícalo, teniendo en cuenta a Edén.

El anciano parpadeó y agradeció con un gesto de su cabeza que hablasen de

forma que pudiese entenderlo.

—Eova, en el instante de ser activada, no solo dispone de sentidos análogos a los humanos, sino de otros añadidos como sensores electro-magnéticos y de ultrasonido, un sistema de posicionamiento y mucho más, por ejemplo, respecto a la visión, como sabes, el ojo humano tiene tres tipos de fotorreceptores, los conos, que ven el rojo, el verde y el azul, Eova tiene quince tipos de receptores, capaces de ver la luz ultravioleta, la polarizada, el infrarrojo y otros. Todos estos sistemas tienen un filtrado débil, pero en los últimos ensayos se demostró que tras reforzar los filtros o incluso bloqueando en un primer momento los sentidos y permitiendo que vayan “despertando” secuencialmente después de inicializar a la criatura, la animación se conseguía de forma satisfactoria.

—Eova NV12 sufrió un shock sensorial —añadió Mina—. Estaba protegida contra el dolor intenso, pero un exceso de estímulos pudo resultar terriblemente traumático.

Xel se impacientaba, miraba a una y a otra y no pudo callar más.

—¿Funciona o no?

—En principio, sí —respondió Adalia—. Poco después Eova mostró un cambio radical respecto a lo que habíamos proyectado. Serus se comprometió a repararla y aunque el cuerpo no estaba reconstruido del todo, cognitivamente parecía completamente operativa, pero no cooperaba. Parece que la reparación ha podido bloquearla de alguna forma que estuvimos evaluando. Serus quitó o añadió algunos módulos sin avances perceptibles.

Ambas se callaron. Xel se estaba poniendo nervioso, repitiendo en su mente las frases que acababa de escuchar «quitado o añadido algunos módulos».

Intuyó que le tocaba hablar, pero lo que había oído hasta ahora no estaba muy claro. Ellas habían dicho que hablarían teniendo en cuenta la presencia de Edén ¿Tendría un doble sentido? ¿Habían ocultado alguna información por la presencia del consiliario?

—Si no funciona, tendréis que revisar y modificar los procesos para NV13 —intervino desde la cama, cruzando los brazos sobre su pecho. Quería que aquel anciano desagradable se fuese pronto de la habitación y concluir la visita porque algo no terminaba de encajar y las chicas parecían muy nerviosas. Todos permanecieron callados y tras carraspear, Edén se puso en pie.

—Espero que sigas mejorando —Edén se puso en pie—. En una semana

volveremos a vernos —dijo el consiliario dando media vuelta y saliendo de la habitación como si le llevasen los demonios. Tras cruzar la puerta se detuvo en seco y giró su cabeza.

—Dejemos descansar al pobre Xel —Edén alzó un dedo—. Zelig, acompaña a los técnicos hasta el laboratorio.

—Es casi la hora de almorzar —Adalia sonrió—, acompañaremos al profesor. Hace tiempo que no lo vemos.

—En ese caso, adiós a todos —Edén le hizo una mueca a Zelig para que lo acompañara.



Hacía muchas horas que no probaba nada y Mina estaba deseando hincarle el diente a algo. Un aroma a especias hizo que dirigiera su mirada hacia la puerta donde apareció un carrito decorado con platos apetitosos.

—Es la hora de comer, ¿pasarán a un salón? —consultó el sockadoc.

—Comeremos todos aquí —dijo Mina sentándose en su lazarillo—. Edén vino un día al laboratorio para indicarnos que, dadas las circunstancias, debíamos proseguir nosotras el proyecto, junto con Serus. Por sus palabras pensamos entonces que no te recuperarías. Tu conexión CIC estaba inaccesible.

Xel asintió.

—Decidimos que haríamos más pruebas en los productos fallidos, especialmente nos centraríamos en NV12 antes de continuar con el nuevo modelo y entonces descubrimos que seguía activada —añadió Adalia.

—No sabía nada, pensé que todo se había perdido —dijo Xel mientras se incorporaba con la ayuda de su lazarillo.

—A nosotras ni siquiera nos comunicaron que estabas aquí, en el mismo edificio. A decir verdad, nos ha sorprendido encontrarte charlando y con buen aspecto.

Observó que Xel mantenía apretados los músculos de la frente y de la mandíbula y de vez en cuando se masajeaba la cara con la punta de los dedos.

El servisocka les acercó las bandejas que desprendían un olor delicioso y Mina las persiguió con la nariz.

La vajilla era de plas cristal con acabado diamante. Mina recordó algunos

diseños similares que había visto en Sura.

—Un plato para el señor, caldo untuoso de perdiz escabechada con anguila ahumada y para las señoras dos entremeses calientes de carrillera glaseada al jengibre con albahaca, parmesano y trufa, con forma de ave para empezar. El servisocka disponía de varios brazos con los que cogió los cubiertos de plata.

—Nosotras mismas utilizaremos los cubiertos —Mina le quitó dos de los tenedores y le dio uno a Adalia.

El caldo estaba contenido tras una finísima capa crujiente con forma de anguila enroscada y decorada con una ilustración en tonos rosas que se resquebrajó al introducir la cuchara, llenando el plato con el líquido humeante.

Mina y Adalia se sirvieron solas, mientras, el servisocka alimentaba con pequeñas cucharadas al profesor.

—Me alegra que hayas conseguido superar esto —Mina se acercó y se inclinó hacia la cama, le cogió la mano, le introdujo la nota que habían preparado y apoyando la otra mano encima le cerró el puño.

—Aún estoy en ello —Xel se revolvió, había notado algo extraño en el interior de su mano.

Mina observó que el profesor introdujo su mano bajo la sábana y se esforzó para desplegar el papel arrugado. Con las puntas de los dedos lo iba abriendo hasta que logró leer el texto manuscrito.

Mina lo escribió a toda prisa en cuanto Edén las llamó. Su caligrafía era errática y casi infantil pues hacía mucho que se había abandonado la escritura a mano y eran muy pocos los que aún la practicaban. Intentó ser breve y esperaba no alarmar demasiado al profesor.

“Sabotaje, indujeron una excitación sincrónica similar a la epilepsia y forzaron una brutal sucesión de estímulos de forma simultánea. Siono implicado. Quizás Jon, quizás el consilium o parte, alcance desconocido. Hemos localizado cientos de mensajes digitales que utilizaban un protocolo de red arcaico que aún no hemos conseguido descifrar. Ocultamos a NV12 pero Edén descubrió su ubicación, ahora la mantiene apartada en algún lugar y fuera de nuestro alcance”.

«Buena idea la de usar papel y lápiz. Incluso los mensajes telemáticos entre los CIC podían ser interceptados. ¿Cómo nos responderá? ¿Encontrará papel y lápiz en algún lugar?», pensó Mina mientras observaba a Xel resoplar.

—Um, en cuanto a los... posibles errores cometidos por los técnicos... ¿pudimos sondear las mentes? —preguntó Xel.

—No. Lamentablemente sus cerebros se perdieron —dijo Mina, llevándose el tenedor a la boca.

—Estrellados contra las paredes —dijo Adalia mientras probaba un bocado del segundo plato, con forma de flor de loto.

—Um, ¡qué bueno! ¿Qué es? —Mina se giró hacia la máquina.

—Tortilla de sesos a la mantequilla negra, recubierta con una emulsión de leche de oveja y escamas de dragón, señorita.

Prácticamente acabaron con todo y poco después el servisocka apareció con el postre.

—Para las señoras, sorpresa roja.

Ambas se quedaron mirando sus platos. En el centro de cada uno de ellos, había una boca cerrada con labios de un rojo intenso.

—Deben besar las bocas.

Ambas besaron suavemente la superficie.

—Con un poco de pasión, por favor.

Las bocas se abrieron.

—Ahora pueden sorber el postre, frambuesas en vainilla con crema de chocolate rojo glacial con infusión de jazmín.

Ambas sorbieron sonoramente del interior de las bocas que contenían aquella combinación exquisita. Sonrieron satisfechas y se acomodaron en sus lazarillos.

—Tienes que pasarnos las recetas de este sockachef.

—Siempre está atento, no me quita el ojo de encima —advirtió Xel.

—¿De dónde ha salido? —quiso saber Adalia.

—Lleva con Edén mucho tiempo. Me dijo que me cuidaría bien.

Mina entendió el mensaje. El sockachef de Edén también lo vigilaba. Tras terminar de comer y despedirse de Xel, ambas se dirigieron de nuevo al Lab.

—El bueno de Xel casi se mea encima cuando leyó el documento.

—Había que resumir y el mensaje era demasiado directo —Mina se excusó.

—¿Estás segura de que no tuvo nada que ver?

—Casi lo matan. Además, Xel es meticuloso. A él no se le habrían descontrolado los acontecimientos.

—¿Acaso no se le descontrolaron? Aunque sé a qué te refieres.

—Xel nos pedirá más detalles —dijo Mina.

—No encontraremos mucho más. Todo lo que averiguamos se explica únicamente con un sabotaje, había controles redundantes y formas efectivas de

encauzar cualquier eventualidad. Los problemas de Eova NV12 fueron provocados y ella misma nos explicó que Siono manipuló los controles para que colapsara.

—Pero él murió... —Mina aún tenía muchas dudas.

—Errores de cálculo. Habituales en él —aseguró Adalia.

—Pero no actuaría solo. Edén tiene que estar detrás.

—Seguramente, es un viejo retorcido. Querrá cancelar el proyecto o quizás pretendía que nombrasen a Siono como director en lugar de Xel para perseguir fines personales.



Edén estaba contento porque parecía que todo se desarrollaba tal como predijo Titania, su IA cautiva. Daba igual que descubrieran el sabotaje porque no llegarían más allá, todo apuntaría a que Siono actuó por su cuenta y le beneficiaba la vuelta de Xel. Y sus sucios asuntos con el embajador Nikea solo atraían a la mosca Moa, en cuanto tuviese ocasión la chafaría.

Una leve sonrisa colgó un instante de la comisura de sus labios hasta que súbitamente se desprendió.

Algo lo sacó de sus cavilaciones, saltó un aviso y Edén, de repente, recordó que se iba a proceder a inaugurar la exposición que Luth acordó en el sockabus.

Tenía curiosidad por saber en qué había quedado todo aquello y se dirigió directamente a la cúpula de la cultura. Para su sorpresa había más público del que esperaba. No era habitual ver a tantos ciudadanos reunidos.

Se quedó perplejo en la puerta sin decidirse a entrar. Estaba a punto de dar la vuelta para marcharse cuando alguien lo llamó por su nombre. Edén saludó cortesmente con la cabeza. La anciana lo había visto y se acercaba rápidamente, parecía que había recobrado las energías.

—Entre por favor, entre —lo cogió del brazo y lo empujó hacia dentro—. Observe las texturas, los vívidos pigmentos, aspire los olores, los pequeños desperfectos, incluso las manchas, la imperceptible ondulación de la tela —le brillaban los ojos y arrastró a Edén hasta situarlo frente a uno de los cuadros.

Edén hizo el intento de separarse de la anciana sin éxito. Hacia ellos se dirigió el conservador principal.

«Y ahora viene otro», pensó Edén que parecía un perro con bozal.

—Hola Sofia, quería felicitarla. Reconozco que ha sido una gran idea, en la Sala adjunta estamos ya preparando una próxima exposición de Matisse.

«¿Otra exposición?». Edén buscó con la mirada a Luth pero no lo encontró, gracias a su CIC supo que se había marchado hacía diez minutos. Cuando la anciana comenzó a hablar sobre la nueva exposición con el conservador, Edén aprovechó para escabullirse.

Lanzó un aviso a Zelig y lo esperó pacientemente junto a una pintura de una mujer desnuda. La Belle Rafaela, 1927. Se acercó para contemplar la obra. El Arte no era su pasión pero ahora que les dedicaba algo de atención, tuvo que reconocer que aquellas pinturas tenían algo especial que no podía explicar.

Unos minutos después el CIC le indicó que había llegado. Se alzó de puntillas para buscarlo.

—Zelig, ¿ves a esa vieja? —dijo Edén, abriendo los ojos y apuntando con sus pupilas.

—¿Aquella? ¿La del sombrero amarillo con plumas rosas?

—Es una revolucionaria. Mátala.

—¿Pero... ?

—Supone mucho para mí. Deseo que tenga un final doloroso. Que viva una experiencia muy real.

—¿Como las otras veces? ¿La IA cautiva ocultará mis pasos?

Edén asintió —ordenaré a Titania que penetre en Iddik y ubique tu CIC en tu cubículo.

*Solo los pueblos inferiores y primitivos necesitan leyes para forzar la convivencia. Nuestros hijos se educarán en los más altos estándares éticos y morales. Fe y rectitud son los únicos preceptos que deben seguir y como adultos actuarán guiados por la búsqueda del bien común.*

*Aboliremos las absurdas leyes que propiciaron el gobierno de unos sobre otros porque entre iguales no las necesitaremos.*

*I Asamblea General para la Fundación de Lux. Rotterdam, 2170. Julia Roumiankof, Presidenta del Movimiento Supremacista Neolux.*

### *El vuelo del embajador*

Hoy la cabeza le dolía terriblemente y el CIC apenas le ayudaba, ya que era la causa. Al igual que Zelig, sufría fuertes dolores por la expansión del CIC cuando era implantado en adultos.

Clemen le había explicado que a veces podía causar la muerte o incluso generar consecuencias grotescas y que el virtuo no se desarrollase como una personalidad integrada sino como una antagonista.

Mejor no pensar más en ello, el sockadoc le había administrado un paliativo y el dolor tendría que desaparecer pronto. Estaba descendiendo hacia las cloacas de Lux utilizando un ascensor desvencijado.

Hacía mucho tiempo que se refería a Clemen como el señor No. Era el encargado de las pegas y él de buscar problemas. Aunque más bien tenía facilidad para tropezarse con ellos.

De jóvenes, Clemen y Edén fueron amantes durante dos años. Ellos también se sentían atraídos por las mujeres, pero Clemen tenía un efecto especial sobre él. Realmente no le importaba si era hombre o mujer, lo idolatraba, estaba atrapado por su arrolladora personalidad y esa facilidad para estar por encima de todo y de todos.

Clemen lo abandonó por la IA Náyade y se marchó a las afueras de Lux, a una plantación en la zona 84. No estaba prohibida esta forma de convivencia

íntima con una máquina, ni ninguna otra, pero tampoco era aceptada por todos.

Edén casi se volvió loco. Creó su primer clon, un clon de Clemen que este le arrebató y lo llevó con él hasta la zona 84.

Cuando fue a reclamarlo, pues lo consideraba de su propiedad, los minicks casi acabaron con su vida. El CIC le ayudó a recordar aquella última conversación, cuando estaba tumbado en el suelo, cubierto por aquellas condenadas miniaturas fabricadas por Clemen y apenas podía respirar.

—Es cierto —le dijo Clemen con su ceremoniosa voz grave—. Dos jóvenes se gustaron durante un tiempo, pero eso se acabó. Somos dos viejos rencorosos con el corazón cansado, no tenemos nada que ver con las personas que fuimos.

—¿Acaso no nos debemos el uno al otro? —dijo Edén desde el suelo, tratando de apartar los minicks que cubrían su boca.

—Crees que tengo una deuda perpetua contigo —dijo Clemen alejándose unos pasos.

—Me rompiste el corazón. Me regalaste aquel precioso reloj de bolsillo y no volví a verte, te esfumaste.

—Déjalo ya, me haces sentir incómodo.

—Nos amábamos.

—Eran juegos sexuales de adolescentes —Clemen suspiró—, ni siquiera éramos amantes.

Y así siguieron hasta que Clemen dio media vuelta y lo dejó allí tirado. Cuando llegó la noche los minicks se desprendieron y pudo llegar hasta un aerosocka para escapar y decidido a no volver más.

Aunque debido a su increíble capacidad para atraer problemas tuvo que recurrir a él en numerosas ocasiones y nunca le falló.

Justo después del éxito de Zayin con el proyecto Solum, trasvasando al prototipo la mente de la profesora Varel, anunciaron desde la ciudad-imperio de Jippon, al norte del archipiélago japonés, un avance biotecnológico que otorgaba la inmortalidad a las personas que se sometían a un novedoso tratamiento.

Entre las ciudades-imperio se utilizaba la tecnología como moneda. Lux pasó a ser una potencia de segunda clase. Los t-tasadores y los t-cambistas valoraban las innovaciones tecnológicas en unidades de “technitens” tokens tecnológicos intercambiables y Jippon se encumbró. Era la ciudad-imperio con menor extensión pero la segunda por número de ciudadanos.

Propiciados por la explosión de la inteligencia artificial, no existía oro suficiente en toda la tierra para pagar algunos avances tecnológicos tan increíbles que parecían magia. Especialmente desde que se obtuvo oro sintético en el laboratorio con un proceso sencillo y barato. Las patentes pasaron a ser secretas y protegidas con recelo.

Allí, con una población muy concentrada y bien organizada, se distribuyeron millones de dosis durante los primeros días y la mayoría de los habitantes recibieron el milagroso tratamiento en las semanas siguientes.

Meses después se desató la fiebre, los ciudadanos no solo querían parar el envejecimiento, quisieron volver a ser jóvenes y se sometieron a nuevos tratamientos. Cuando lo consiguieron, a algunos no les pareció adecuado, no se encontraban a gusto en el cuerpo de niños o adolescentes y quisieron volver a madurar, rápidamente, al fin y al cabo podían conseguir en días la edad soñada. O quizás no era esa la edad preferida, pues desearon volver a ser más jóvenes una vez más y más tarde volvieron a cambiar de edad cuando se aburrían de su aspecto... hasta que todo se jodió.

Por todo Jippon se extendió como la pólvora una terrible enfermedad entre los que habían sido sometidos al tratamiento de inmortalidad. Los tumores crecían y estallaban ante los aterrados ojos de los ciudadanos.

Tratando de evitar contagios se quemaron grandes zonas habitadas para frenar la expansión, utilizando incluso pequeños artefactos nucleares, todos parecían haberse vuelto locos.

Fue en vano, pues los focos afloraban por doquier fuera de control. Tras grandes esfuerzos y algo de fortuna, se consiguió salvar a un grupo reducido de ciudadanos que logró detener su avance utilizando una combinación de fármacos y nanotecnología. Los tumores crecían a la vez que eran detenidos para volver a crecer en otra parte del cuerpo.

Jippon quedó arruinada, habitada por máquinas en suspensión, a la espera de órdenes que nunca llegaron y los habitantes de las comunas del archipiélago, Neokyo, Hiro, Nago, Fuku..., se extendieron por todas las islas como una nueva plaga.

Jippon pasó a ser una ciudad-núcleo testimonial, un pequeño recinto amurallado en medio de una ciudad fantasma y la ciudad-imperio de Jiang se apropió de aquellos territorios en el continente asiático.

Algunos consiguieron trasladarse a otros lugares, donde les ofrecieron refugio, una vez que comprobaron que la enfermedad no podía afectarles, ya

que se trataba más bien de una combinación de factores, consecuencia de las alteraciones genéticas a las que se sometieron en el pasado.

No tenía ni idea de la edad que podría tener Nikea Kizua. Cuando la consiliaria Veryna lo presentó aparentaba unos cuarenta años, igual que ahora, solo que él era uno de los afectados por el mal. A veces lo había visto con una mano o la cara hinchada, cualquier día aquel tipo podía estallar frente a su cara.

Edén caminaba sobre azulejos de colores con un patrón repetitivo que le resultó tedioso. Unas espesas cortinas de terciopelo rojo ocultaban al embajador. Aquel hombre estaba empeñado en conseguir un nosequé que habían construido los nulos de Par.

¿Para qué diablos querría algo fabricado por los nulos? El magnatar, se recordó a sí mismo. Un generador de antimateria muy avanzado, pero Clemen había insistido en que no debería entregárselo aunque lo encontrase.

«Ya veremos qué ocurre, señor No».

En la penumbra pudo distinguir una figura descendiendo. Aguzó la vista todo lo que pudo. Una traje oscuro con aburridos garabatos cubría al embajador Nikea, ceñido por un grueso cinturón cuyo broche era una cara de dragón.

Edén se esforzó por permanecer serio. Bajo un ajustado gorro semejante a media esfera dorada su cara parecía resplandecer en la oscuridad. Levitaba cerca del suelo. No era tecnología obsoleta de Lux, no había ruido, ni calor, ni luces, pero allí estaba, flotando con algún tipo de lazarillo o algún otro dispositivo que lo mantenía suspendido cerca del techo. Tenía todo su cuerpo tapado, incluso las manos, excepto la reluciente cara de aspecto escuálido que desembocaba en una barbita larga y fina que pasaba del color negro al rojo hacia la punta, igual que su larga trenza, que a veces se colocaba por delante. Tenía los ojos tan rasgados que no sabía cuándo los tenía abiertos o cerrados.

Descendió unos centímetros y saludó a Edén.

—¡Eh! Te ha crecido la nariz aún más.

—Le dijo caperucita al lobo.

—De veras, no es broma.

—Hace años que no me miro en un espejo —Edén buscó algún reflejo a su alrededor, con poco éxito.

El embajador sonrió.

—Ayer cumpliste ochenta y cuatro. ¿Lo celebraste?

—A partir de los cincuenta ya no se cumplen años, te caen encima. Y caen y

caen y caen...

Edén no quiso contarle que la fecha de su cumpleaños fue una invención de Zayin, en realidad no estaba seguro de la edad que tenía.

—Aparte de tus orejotas, no se te ve mal. Aparentas setenta.

Edén miró a un lado y a otro, aunque no sabía realmente qué buscaba. Quizás algo para lanzárselo a la cabeza. Se estremeció de felicidad solo con saber que era posible, ya que si Nikea Kizua fuese un ciudadano de Lux, su lazarillo o cualquier otra máquina se lo impediría.

—Recibí el mensaje con la transcripción de la reunión de los consiliarios en la que hablaron de la nave extraterrestre.

—Sí, me dijiste que te interesaba ese tema —Edén casi sonrió.

—¿A ti no, consiliario?

—Quizás, cuando vea un tentáculo verde agarrado a mi pantorrilla y absorbiendo mi sangre.

—¿Y si son un peligro? Te daré unos datos y tú me dirás lo que significan —Kizua esperó un momento y continuó—. La nave apareció de repente cuando el profesor Xel comenzó a trabajar en el proyecto Nova Viro.

—Um, en enero de 2239. ¿Una casualidad?

—Puede ser, pero ha estado fija en el cielo todo este tiempo hasta el pasado mes de febrero. Los registros señalan exactamente al día siete como la fecha en que comenzó a moverse y a mostrar los extraños símbolos sobre su superficie.

—¿Crees que puede haber una relación entre la nave y el NV? —preguntó Edén.

—Dímelo tú, piensa en ello y ya me dirás.

Edén se rascó la nariz, aquel tema de los extraterrestres comenzaba a oler mal. Kizua seguía hablando, lo hacía en su lengua natal y el CIC se encargaba de traducirla sin que ni siquiera tuviera que pensar en ello. Suponía que a Kizua le ocurría lo mismo cuando él hablaba, o quizás lo entendía, realmente ni lo sabía ni le importaba. Cuando se cansaba de escucharlo, desactivaba esa funcionalidad y lo escuchaba hablar en su idioma nativo, sonaba como “take kotiki ñaki”, entonces trataba de no sonreír, pero al parecer, involuntariamente, mostraba uno de sus colmillos a Kizua, que ya conocía el significado de aquella expresión, lo maldecía, se alejaba flotando y a veces no volvía. Así que lo interrumpió sacando otro tema.

—¿Qué habéis hecho con el cuerpo de Eova Varel?

—Encontramos lo que estábamos buscando —contestó Kizua sin decir nada —. ¿Sabes algo de su hermano?

—No he vuelto a saber nada de Williermo. Quizás se evaporó —dijo Edén moviendo los dedos como haciendo magia.

—Espero que se haya marchado de Lux.

—Y que no vuelva —Edén asintió.

—¿No ha tratado de denunciarnos al consilium?

—Apareció por allí, pero le tenía reservada una sorpresa electrizante — Edén cerró los ojos y casi pudo flotar como Kizua.

—Necesitamos un último esfuerzo, consiliario. ¿Sigues dispuesto?

Kizua arrancó a Edén de sus ensoñaciones y le contestó.

—Siempre lo estoy.

—Dispuesto, pero no resolutivo. Hemos avanzado, pero seguimos sin conocer todos los secretos de la tecnología del prototipo Solum. ¿Ahora debemos esperar al nuevo NV13?

—Fracasamos con NV12. No lo he ocultado, pero el nuevo modelo está casi terminado y esta vez no nos arriesgaremos a interferir en la inicialización.

—Dijiste que todo saldría bien, que NV12 cooperaría y nos aportaría los datos que faltan para comprender el sistema de volcado y recuperación de mentes humanas.

—Me presionaste demasiado, ¿qué podía decir? —se excusó Edén.

—¿La verdad?

—No suele ser agradable.

—Puede que sí o puede que no, eso déjame decidirlo a mí.

—La verdad es que aún tendremos que esperar un poco más.

—Ya tenemos miles de jóvenes tecknais preparados para recibir las mentes de los ciudadanos de Jippon. A este paso envejecerán y nosotros moriremos. Y también te incluyo en “nosotros”, consiliario. Tu clon también envejecerá —le advirtió Kizua.

¿Sabría el embajador que tenía más de un clon preparado? Posiblemente. Edén prefirió cambiar de tema.

—¿Para qué tantos jóvenes? Solo sois unos cientos.

—Podemos volcar una mente en varios cuerpos para minimizar los riesgos. Además, tenemos mucho trabajo por delante, nada menos que reconstruir nuestra ciudad-imperio.

Edén apretó los labios.

—Ojalá nosotros pudiésemos usar clones como tú —Kizua lo señaló—, pero nuestro material genético está completamente arruinado.

El embajador bajó y se colocó a la altura de Edén que pudo observar cómo desaparecía ante sus ojos un bulto de la resplandeciente mejilla derecha a la vez que se formaba uno nuevo sobre las cejas. Kizua tenía que mantener su metabolismo al mínimo y apenas se movía.

—Y ahora también quieres el magnatar.

—Para ti y para mí. ¿No te hemos ayudado siempre? ¿Acaso no controlas prácticamente todo lo que ocurre en Lux?

—Apenas me interesa lo que ocurre en Lux, solo quiero pasar mi mente al joven clon y cerrar este capítulo de una vez por todas.

—Hemos venido a Lux desde la otra parte del mundo, navegando bajo el agua, atravesando los océanos, perforando el subsuelo, preparando todo lo necesario para conseguir la tecnología de Solum y...

—No lo repitas. Ya me convenciste de todo eso.

—No te convencí, te compré. Te hicimos consiliario y ahora haces lo que te viene en gana. ¿Cuándo obtendremos algo de valor a cambio?

Edén se sentó sobre su lazarillo y comenzó a zigzaguear deslizándose por la habitación.

—¿La consiliaria sigue sin colaborar? —preguntó Kizua que flotaba tras él, mientras Edén lo miraba de reojo.

—¿La bruja Moa? le pedí ayuda de nuevo, pero se volvió a negar.

—¿Volviste a tentarla con la posibilidad de que ella usase su propio clon?

—No. Ella ya sabía de sobra que si me ayudaba a obtener la tecnología de Solum le proporcionaría una nueva vida en el cuerpo de un joven clon. Le hice saber que había tomado muestras de sus células para crearlo y trasladar su mente. Incluso le dije su nombre, Sabrina, y que se encontraba en Par.

—Cualquiera se excitaría con la idea de revivir en un cuerpo joven.

—Se mostró indiferente y me aseguró que no era posible traspasar la mente de una persona a otra.

—Sí que podremos —Kizua se puso muy serio—. Ya lo verás.

—Me gustaría ver un mínimo avance, al menos —Edén se mostró pragmático—. Y pronto.

—Pronto, pero no inmediatamente. Mientras se termina el NV13 ocúpate de traerme el magnatar.

«¿Y si no lo consigo...?», se preguntó Edén.

—Quizás debería haberme ido con Clemen a la zona 84 a contemplar cómo florecen las plantas.

Kizua soltó un bufido y volvió a elevarse.

—¿Dónde vas? ¿Es que te has tirado un pedo? —preguntó Edén.

Un resplandor atravesó las pupilas del embajador y Kizua arrugó su pequeña nariz.

—Quizás deberías ser un poco más agradecido.

Edén lo agarró por el tobillo y lo bajó hasta el suelo. En Lux, donde apenas se aproximaban unos a otros, aquello era como si le hubiese atacado a golpes.

—Tomaré esta agresión como una broma, consiliario —chilló Kizua.

—Tómalo como quieras, pero no me digas cómo debo ser.

—Era un consejo, consiliario, no pretendía ofenderte.

—Quizás deberías de abonar los technitens correspondientes en lugar de obligarme a traficar con tecnología. Si nos descubren lo pasaremos muy mal.

—¿Abonar cuánto? Solum es un pedazo de hierro inútil si no saben utilizarlo. Los científicos de Lux lo utilizan como... como si intentasen hacer música soplando en un violín.

Edén entrecerró los ojos y trató de visualizar aquello, después bufó.

—Voy a amarrarte con una cuerda y te pasearé como a un globo.

—¿Un globo?

—Un juguete. ¿No sabes qué es eso, Kizua?

Edén paró un momento antes de continuar hablando.

—Jamás he contado esto a los de ahí arriba. Nunca hablo de Par... Era un niño, entonces no sabía ni la edad que tenía, la mayoría no lo sabíamos. Había un hombre gordo que a veces me seguía, ya sabes... ¿no? Me regaló un globo rojo. Era como... así.

Edén comenzó a mover las manos para que Kizua se hiciese una idea de su forma y tamaño.

—El globo era de látex relleno de gas helio y flotaba como tú, le colgaba una cuerdecita y me la ató a la muñeca. Paseé por mi barrio con mi regalo, era lo más maravilloso que había tenido nunca y era solo mío. Un grupo de niños pequeños comenzó a perseguirme. Aceleré el paso pero me acorralaron en un callejón, me tiraron al suelo, me patearon, me doblaron los brazos... y el globo salió volando.

Corrí tras él, no sé durante cuánto tiempo. Era un punto diminuto vagando por el cielo, a veces lo perdía de vista, pero seguía corriendo, hasta que

tropecé con unas cajas.

Caí de bruces contra el suelo. Aquellas cajas transparentes contenían reptiles y anfibios. Me levanté y alcé la vista. Mi globo ya no estaba, había conseguido escapar de mí.

Un tipo raro me miró y esbozó una sonrisa. Algo me atrapó por detrás y me elevó del suelo. Traté de defenderme, golpeando y mordiendo, pero me inyectaron algo y... me desperté en la ciudad-imperio.

—¿Era el profesor Zayin?

—Era Zayin. Aquel día se cobró una pieza más de las que esperaba.

*El inmovilismo puede parecer un buen consejo, no se romperá lo que ya está hecho, pero nunca sabrás lo que habría pasado si hubieses elegido actuar.*

## *Rumores*

Las calles estaban adornadas por medio de tiras coloreadas de plaspapel y con muchos carteles que mostraban imágenes llenas de felicidad y vivos colores, rescatados de los antiguos túneles del metro. Diana había ido con su hija a recogerlas, Sabrina le dijo que las imágenes de los carteles eran muy bonitas, que algunas estaban muy próximas a la entrada y que iría a buscarlas sola si no la acompañaba nadie. Era una chica testaruda.

Los días previos los habían dedicado a adelantar las tareas cotidianas, intentando dejarlo todo preparado y ordenado para no tener que realizarlas durante estos días festivos.

Gael se levantó al amanecer y las descubrió adornando unas cajas que se llenarían de golosinas y pequeños juguetes fabricados de forma artesanal que entregarían a los niños más pequeños esa misma noche. Entre los tres las terminaron y después arreglaron la casa.

Después desayunaron cereales y un poco de pan con mantequilla, se cambiaron de ropa y acompañaron a Sabrina a la escuela.

Diana y Gael se unieron al grupo a primera hora de la mañana, cuando las temperaturas aún se podían soportar. A pesar del frío nocturno, los días eran extremadamente calurosos y las horas más cálidas del día a veces las pasaban acostados y dormitando, tenían que aprovechar las horas de penumbra, cuando el implacable sol los liberaba del azote de sus llamas.

Se reunieron en unas gradas de cemento donde acudieron representantes de los distintos barrios y sectores en que se dividía la comuna. Uno tras otro fueron apareciendo, sudorosos y sucios, pues el agua escaseaba y ocuparon los asientos que ya mantenían por costumbre.

Se saludaron y todos se quejaron del calor insoportable. Después de tratar los asuntos cotidianos, todas las charlas solían girar en torno a los mismos

temas, y habitualmente pasaban de puntillas sobre los asuntos más complejos, pero hoy esperaban recibir buenas noticias y visitantes ilustres.

Había acordado con Gael no sacar a relucir el tema de las nuevas fuerzas del orden de la comuna, hoy no era el día más adecuado para debatir sobre el descontento que estaban generando en algunos barrios, ya que parecían más una fuerza de rapiña y extorsión, que un servicio dedicado a mantener el orden y mediar en las trifulcas.

Se habían transformado en un cuerpo meramente confiscador, al servicio del incipiente ejército de Tur.

Vieron acercarse a Marcel y Tessa de Vendetta y a Fitz de los Rodillas Peladas.

—Parece que cada día hace más calor.

—Aún queda hasta que llegue el verano —Fitz tenía que apostillar algo, era su costumbre.

—Par es insoportable durante el día y algo tolerable por la noche. Nuestro nido de ratas se abrasa —le aclaró Tessa.

—Espero que hoy tengan buenas noticias que nos conduzcan a la victoria.

—Tur está preparando un ejército formidable. En cambio nosotros no hacemos más que rascarnos las barrigas.

Diana los miró de reojo «¿ejército, victoria?» no pensaba perder el tiempo y menos con esos temas, así que mostró su opinión.

—París se llamaba esta ciudad antes del aplastamiento. Como ahora, embriagaba con ensoñaciones febriles a las mentes propensas a fantasear.

—No son fantasías —protestó Marcel.

—Un ejército de harapientos mal armados no nos proporcionará una sola victoria. Mejor dejemos a los lectos en paz, los enjaulados casi nos han olvidado, no les demos motivos para que se fijen de nuevo en nosotros y nos manden de vuelta a los túneles. Que sigan celebrando su victoria por los siglos de los siglos —dijo Gael malhumorado.

—Ya te das por derrotado sin plantar cara —le reprendió Tessa.

—Te equivocas —cortó Diana—, no nos derrotaron, nos aniquilaron. Borraron la cultura, las instituciones, la civilización, incluso nuestra esencia. ¿Para qué debemos comenzar una batalla cuando ya sabemos que el desenlace no será a nuestro favor?

—Pero aún seguimos en pie. Nunca hubo rendición y por tanto la lucha continúa —aseguró Tessa.

—Recuerda la situación, querían aniquilarnos y sencillamente nadie nos solicitó una rendición —explicó Gael con vehemencia—. Si alguien hubiese levantado el brazo con una bandera blanca, se lo habrían arrancado del cuerpo a tiros. Ni siquiera hubo una verdadera guerra porque no era posible la resistencia.

—Yo no he olvidado. Nadie puede —aseguró Fitz—. Fue una matanza sin reglas y las tropas del Gobierno Mundial fueron responsables de la muerte de millones de personas desarmadas a todo lo ancho del planeta en nombre de la conciliación.

—Siempre negaron la posibilidad de negociaciones —dijo Gael—. Fue como si las personas hubiésemos dejado de existir para tratarnos como una plaga a erradicar. Para los que vivieron esos días, lo más humillante fue descubrir que les daba igual si seguían con vida o estaban muertos. No les habían perdonado la vida, habían perdido el interés en seguir matándolos. Sería un error recordarles que algunos seguimos por aquí.

—¿Y no crees que algún día toda la sangre derramada merece su justa venganza? —preguntó Fitz.

—La venganza ya no resucitará a los muertos —dijo Diana.

—No, pero resucitará a algunos vivos que parecen muertos —zanjó Tessa.

Diana tuvo que asentir. En Par no podían olvidar ni perdonar, observó que de repente todos bajaban la voz o se callaban, llegaba Hugo Briand tan elegante como siempre.

El anciano era muy moreno y su franca sonrisa le proporcionaba un aire juvenil, traía el pelo largo recogido, una cuidada barba blanca y un bonito traje azul oscuro con la flor de lis llameante bordada en la solapa. Hugo carraspeó y pidió silencio.

—Si estamos todos podemos comenzar el Concilio de la Supervivencia —dijo el comunitario máximo de Par, con un tono de voz demasiado agudo, que eliminó cualquier rastro de solemnidad.

—Estamos todos los convocados, excepto Elodie y Mario de Ternes, que están atendiendo un parto —dijo Diana, que se encargaba de ayudar en la organización.

Hugo agradeció a Diana su aclaración con un gesto, miró al frente y comenzó a hablar.

—Nos reunimos esta noche, en la comuna, representantes de los doce barrios más poblados de Par para tratar de dar respuesta a algunas cuestiones

urgentes. Quiero destacar que participarán con nosotros en este Concilio Chiara Pogni, coordinadora en la comuna de Tur y encargada de los esfuerzos relacionados con asuntos de salud, educación y derechos, también dirige el proyecto “unificación” y la iniciativa para restablecer un sistema de votaciones a medio plazo.

Una mujer de mediana edad se puso en pie, hizo un gesto con la cabeza y se volvió a sentar. A su lado había un hombre que saludó con la mano sin ponerse en pie.

—Y George Dacher —continuó Hugo—, que fue coordinador de la comuna de Bar, donde destacó en varios proyectos científicos y ahora está en Tur, trabajando con Chiara.

Se escucharon murmullos entre los asistentes: —Son de Tur, donde han conseguido dar forma al arma con la que todos soñamos.

—El arma, han traído el arma.

—Ssshhhh, cállate.

Cuando cesaron los murmullos, Hugo retomó la palabra.

—Antes de nada tenemos que exponer algunos de los resultados obtenidos tras las últimas gestiones —Hugo repasó los resultados de las últimas actuaciones y se leyeron algunos comunicados. Todos murmuraban y cuchicheaban por lo bajo sin atender a las largas explicaciones. Del alboroto se pasó al vocerío.

—¡Que hablen los de Tur!

—¡Cállate ya Hugo!

—¡Deja todo eso para otro día!

Hugo apartó a un lado los documentos y ante el desinterés mostrado por la mayoría, pasó directamente al tema principal.

—A continuación damos paso a la carta escrita por Marzio, el comunitario máximo de Tur, que nos leerá Chiara. Cuando quieras.

Chiara se puso en pie, tosió y se aclaró la garganta.

—A todos los hermanos de las comunas occidentales en los territorios libres. Saludos de vuestro aliado en “La Bota”, Marzio Pevier.

Reafirmo nuestro compromiso, a todos los niveles con la tarea común de encontrar un mecanismo que nos permita acabar con este falso impasse, esta falsa neutralidad donde estamos permanentemente bajo el pie de los enjaulados.

Se nos permite malvivir a un paso de la desaparición sin dejarnos levantar

cabeza. También debemos reconocer nuestros errores y nuestra parte de culpa en el actual status quo y debemos preguntarnos si las medidas que hemos tomado hasta ahora han obtenido algún fruto, más allá de prolongar la agonía.

En lugar de mejorar, menguan los recursos y las posibilidades. Es el momento de dar un giro a los acontecimientos, que se abran las compuertas y estalle la ira acumulada o corremos el riesgo de desaparecer lentamente en medio de un silencio roto únicamente por los lamentos y los sollozos.

Yo te digo, enjaulado, si pisas a un gusano asegúrate de que lo espachurras, porque podría volver transformado en avispa.

Mostremos nuestro verdadero rostro, duro y decidido, ellos nos han transformado en su peor pesadilla. Al fin disponemos de un arma que nos liberará para siempre de su tiranía.

Pusimos a nuestros mejores talentos a trabajar y ese esfuerzo dio sus frutos, un arma terrible, como no se ha conocido nunca otra igual. Ahora necesitamos de vuestra colaboración para completarla y perfeccionarla. Los enjaulados nos lo quitaron todo y no se dieron cuenta de que así únicamente nos dejaban una salida, acabar con ellos.

Contamos con todos vosotros. No os defraudaremos.

Chiara alzó la vista y voces estruendosas respondieron a la misiva con entusiasmo.

—Es hora de coordinar nuestros esfuerzos —dijo George—. Si cada vez que utilizas el hacha, golpeas un árbol diferente, nunca lograrás cortar ninguno.

—Las avispas no salen de gusanos. Díselo de mi parte a Marzio cuando lo veas.

—¿Las larvas no son gusanos? ¿Qué son entonces?

—Dejadlo ya. No hemos venido a discutir de insectos.

—¿Existe por fin el arma que nos permitirá destruir a las máquinas que asolan y devastan estas tierras?

—¿Nos permitirá comenzar a construir una nueva civilización libre y próspera?

—Tur, Tur, Tur —gritaron varias voces al unísono.

Diana se acercó a Chiara con ojos inquisitivos, quizás podía explicar algo más, y ella le respondió asintiendo con la cabeza.

—Al Sureste, lejos de aquí, hemos construido en instalaciones subterráneas nuestro arma, el magnatar.

—Ese era el rumor y me alegro de que puedas confirmarlo —dijo Hugo.

—¿Habéis traído alguna? —preguntó Diana,

—Aún no hemos utilizado el arma en una prueba real, en la superficie, para no descubrirlo y provocar represalias —se excusó Chiara—, pero os aseguro que funciona y conseguirá detener los enjambres robóticos que nos mantienen sometidos e indefensos.

—¿Cómo funciona? ¿Es una especie de misil?

—Es un potente generador de antipartículas —dijo George.

—Donde apunta, todo se destruye, no importa la dureza, el grosor ni el tipo de material —continuó Chiara.

Las caras se tornaron inexpresivas. Algunos se rascaban la cabeza.

—No podemos extendernos en detalles técnicos que desconocemos, pero es capaz de acabar con cualquier cosa que puedan enviar contra nosotros los enjaulados de Lux, ¿me he explicado bien? —preguntó ella.

Hugo comenzó a aplaudir y Diana y varias personas más lo secundaron.

—Ese arma será una garantía para alcanzar la paz definitiva —anunció Hugo, emocionado.

Diana pensaba exactamente igual, era una locura lanzarse a una guerra, pero un arma poderosa podría servir para exigir algún tipo de acuerdo o al menos abrir un periodo de entendimiento. Pero la mayoría lo abucheó y Chiara intervino rápidamente, no era el momento de crear más conflictos.

—Entendemos tus buenas intenciones, Hugo, pero obviamente la paz no dependerá solo de nosotros.

—Ya sabemos que todo es inútil con los enjaulados, excepto derrotarlos —dijo Fitz.

A diferencia del malestar que produjeron las palabras de Hugo, muchas voces expresaron su aprobación.

Diana iba a hablar para respaldar al comunitario máximo, a explicar que entrar en guerra con los enjaulados sería un error irreparable, pero otras voces se adelantaron.

—¿Y a qué esperamos para emplearlo?

—No esperemos más.

—¡Sí, vamos!

—Las llamas de sus ciudades iluminarán la noche.

Pero todas las voces cesaron de inmediato cuando George elevó la voz.

—Aún no podemos usarlo.

De nuevo comenzaron los cuchicheos. George permanecía sentado junto a

Chiara y estaba tosiendo de pura impaciencia ante el alboroto que se había formado, cuando al fin todos se callaron, comenzó a hablar pausadamente.

—Esto parece una charla de taberna. ¿No queda nadie sobrio en esta comuna?

Chiara se adelantó y se colocó dando la espalda a la cara de George. De forma prudente prosiguió con las explicaciones.

—Para que funcione plenamente debemos solventar aún algunos escollos. Necesitaremos de...

—Entonces no existe —interrumpió Doriane de Bercy—. Nos ilusionamos y ahora resulta que es solo un dibujo en un papel.

Todos murmuraban por lo bajo y esperaban que alguien tomase la palabra para protestar en nombre de todos.

—Hemos venido a explicar la cruda realidad. Las ilusiones son cosa vuestra —cortó tajante George.

—Vuestra arrogancia es comparable con la de los estúpidos lectos de Lux —dijo Fabien de Drancy.

—¿Que somos arrogantes? hemos venido a pedirnos ayuda —contestó George.

—Creas expectativas y después de insultarnos dices que no funciona.

Diana se giró hacia el comunitario máximo. Hugo se había mantenido en silencio pero ahora debía intervenir de forma inteligente, seguía viendo una oportunidad para lograr la paz, empuñando un arma devastadora que no sería necesario utilizar.

—Por favor, silencio todos, callaos un momento —dijo Hugo al fin, dirigiéndose hacia los invitados—. ¿Qué es lo que podemos hacer, Chiara, George? Marzio pedía colaboración. ¿Podemos movilizar a nuestras comunidades y ayudar de alguna forma para que llegue a funcionar?

—Se nos han terminado algunos materiales y necesitamos más, al menos diez kilos de plastifeno y también cristales brulianos.

Diana resopló. El plastifeno se fabricaba en Lux y solo lo había visto en las corazas de las mortíferas máquinas de los enjaulados. Los cristales orgánicos de Brul eran escasos pero se podrían conseguir negociando en la frontera del Sur.

Aún así tendrían que intentar algo, Diana estaba convencida de que el magnatar era una gran oportunidad que no podían dejar pasar así como así. Ya encontrarían la manera de convencer a los demás para darle un uso adecuado

cuando llegase el momento.

Se dirigió directamente a Hugo: —Tenemos que pensar algo o buscar ayuda. El magnatar puede ser la única opción que nos quede y hay que terminarlo.

—Sí, en cuanto las comunas dispongan de un arma poderosa los enjaulados tendrán que sentarse a negociar —dijo Hugo convencido—. Mañana a primera hora nos reuniremos con Zelig, quizás él pueda ayudarnos.

—¿Cómo podría hacerlo? —le preguntó ella.

—Ahora es un lecto, vive en Lux y los materiales que hacen falta están allí, ¿no es así?

—¿Crees que ese tipo va a venir a ayudarnos?

—Ya sabes que nació aquí, en Par. Aunque hace muchos años que vive en Lux, tiene aquí a su familia y los visita regularmente.

Chiara y George habían prestado atención a la conversación y se miraron extrañados.

—¿Quieres decir que hay un enjaulado aquí, en Par?

—Bueno, Chiara, como decía, era uno de nosotros, pero un...

—Espera, espera ¿dónde está ahora?

—En mi casa, claro. Descansa allí.

—Buscábamos cámaras y micrófonos para destruirlos y resulta que aquí tienen ojos y oídos. ¿Por qué no se nos ocurrió?

George hizo una señal y los visitantes de Tur, uniformados de negro, extendieron unas grandes porras y avanzaron en formación. Hugo trató de interponerse y explicar su punto de vista.

—Zelig es necesario e incluso diría que indispensable para solucionar este conflicto insoportable al que no vemos fin. Tiene buenos contactos en Lux, personas influyentes que...

—Vamos a por él —Chiara empujó a Hugo hacia un lado—. Vives a un par de manzanas de aquí, ¿verdad?

Hugo asintió ante la insistencia de Chiara y señaló en dirección a su casa. Todos sabían donde vivía.

—Por favor, los demás esperad aquí —pidió Hugo mansamente—. Todos esto es un malentendido, volveremos enseguida.

Nuevas figuras uniformadas que permanecían en las sombras se adelantaron al grupo y rodearon la casa del consiliario máximo.



En el interior, Zelig había sido advertido por los mickras de lo que ocurría y tranquilamente, con las luces apagadas, se levantó y comenzó a vestirse. Se acercó a una ventana y vio un numeroso grupo de gente corriendo alrededor y tomando posiciones. Sonrió.

La puerta de su habitación estalló. «¿No saben utilizar el picaporte de la puerta? Ni siquiera tenía cerradura».

—¿Dónde está ese “rompicoglioni”? —gritó alguien.

Zelig encendió la luz, quizás tampoco sabían usar un simple interruptor.

—Es ese de ahí, a la derecha —Fitz lo señaló con un dedo. Zelig se giró alrededor con una mirada burlona. Evidentemente, no había nadie más.

Cinco arrogantes guardianes de Tur, dos mujeres y tres hombres, con brillantes cascos y máscaras negras que ocultaban sus rostros, Hugo, Chiara, George, Diana, Fitz y Fabien formaban el grupo que entró en tromba ocupando la habitación.

—¿Si? —preguntó Zelig, apenas levantando la cabeza.

—Sal o te sacamos a golpes —le gritó George.

—Un momento, casi estoy, esperad un momento —Zelig trató de esconder una pequeña bolsa, donde llevaba algo de droga para su sobrino, Kobur, y la empujó con el pie bajo la cama. No deseaba que aquellos extranjeros lo relacionasen con él de ninguna manera.

—Quitadle eso y examínadlo, junto con toda la ropa.

—Perdona Zelig —dijo Hugo—, será un momento y yo me quedaré a tu lado. George estaba rabioso y le amarró las manos a la espalda.

—Metedlo en una celda hasta que lo pasemos por un escáner.

—Aquí no tenemos cárceles y menos aún escáners —dijo Diana.

—Lo del escáner lo podemos entender, pero una simple celda...

—Las cárceles son algo totalmente inadecuado.

—No me vengas con historias de un mundo utópico libre de problemas.

Hugo suspiró y esbozó una especie de sonrisa de cortesía.

—Me refiero a que son necesarios vigilantes, cocineros, personas que arreglen los desperfectos y realicen un mantenimiento, energía, comida..., un despilfarro inasumible. A los asesinos y ladrones los colgamos y ahí acaban los problemas.

—¿Y con los mentirosos qué hacéis? ¿Les dáis por el culo?

—Perdona a George, está un poco alterado —interrumpió Chiara, apartando a George hacia un lado—, traeremos un escáner de uno de nuestros vehículos.

—Son las ventajas de vivir más alejados de Lux y menos perseguidos por las máquinas —dijo Chiara al consternado Hugo—, no es culpa vuestra.

George agarró un cuchillo y se acercó. Zelig dudó si debía hacer que apareciesen las máquinas o esperaba un poco para descubrir en qué terminaba todo aquello. George le desgarró la camisa y la tiró al suelo, con la ayuda de dos guardias hicieron jirones toda su ropa y lo dejaron completamente desnudo. En menos de diez minutos ya tenían preparada una especie de mesa de metal pulido sobre la que lo empujaron. Observaron concienzudamente cada milímetro de su piel.

—Con estos nunca se sabe —explicó Chiara a Hugo, que permanecía muy serio.

—Parece limpio, solo encontramos el CIC —dijo una de las mujeres uniformadas.

Chiara asintió. En una pantalla lateral se apreciaba una diminuta esfera de la que partían intrincadas ramificaciones que se extendían por casi todo el cerebro.

—No es un lecto de nacimiento, tal como dijiste, pues la distancia de expansión no es completa. Ahora podemos escuchar lo que tengas que decir, Hugo.

Hugo Briand se aclaró la garganta y se pasó el dorso de una mano por la frente sudorosa.

—Zelig es el único representante de Par que tiene acceso directo a los lectos, es la última vía de contacto, casi podría ser nuestro embajador en Lux si hubiese embajada. Y aunque es cierto que muchos lo odian y desconfían de él porque lo consideran un simple traidor, yo no me atrevería a cerrar esa puerta completamente.

Zelig lanzó una mirada dura a Hugo, estaba incómodo con aquella situación, aunque en absoluto preocupado. Recordó las palabras de Edén.

«Mantente tranquilo, Zelig, ya sabes que justo ahí arriba tendrás un aerosocka que puede sacarte en menos de sesenta segundos. Quizás querrán obtener algo de información pero Hugo no permitirá que te hagan daño».

Zelig cerró los ojos y cuando los volvió a abrir ya no oía las palabras de Edén, pues otra persona le hablaba de cerca, sujetándole la cara. Su aliento apestaba a cebollas.

—¡Eh! Representante de Par. Te estoy hablando... —gritó George.

—Zelig, cuéntales todo lo que me dijiste esta mañana sobre los avances.

—Cuéntaselo tú mismo, Hugo, yo no hablaré si me tratan a patadas.

Hugo juntó sus manos, las colocó frente a su boca, lo miró fijamente, suspiró y trató de encontrar las palabras adecuadas.

—Zelig nos trajo buenas noticias —comenzó a explicar Hugo—. Quizás deberíamos esperar y meditar nuestros pasos porque hay movimientos en Lux. No están cruzados de brazos, la reforma legal general en curso es a largo plazo, de cinco a siete años, pero nos dice que es inevitable y que habrá un cambio radical, lo que todavía no se sabe es qué tipo de cambio, se sabe que hay una coalición grande de lectos que está abogando por una reforma general, que permita relajar la presión sobre nosotros, aunque también hay una reacción fuerte en contra de ésta.

—¿Cuánto tiempo llevas contando esas historias? —preguntaron varios de la comuna de Tur casi al unísono, pero Zelig no respondió y en cambio Hugo continuó con las explicaciones.

—Ya sé que todo esto parece complicado y que va a llevar bastante tiempo, pero nos puede beneficiar y ya hay una propuesta firme, ahora se inicia un largo período y quizás este año aún no haya resultados visibles. Estas propuestas de grupos progresistas esperamos verlas materializadas a largo plazo, porque hay que entender que ahora es complicado y difícil que calen entre todos, pero tienen mucha fuerza y respaldo en el consilium de Lux y se impondrán lentamente.

Se alzaron nuevas voces escépticas.

—Por lo que sé —dijo Chiara—, el consilium es la cúspide en la organización de la ciudad-imperio pero no dicta leyes ni sentencias, se limita a aconsejar y orientar a los ciudadanos o a organizar y mediar cuando son requeridos por las circunstancias, especialmente en lo relativo a desavenencias o la organización de eventos comunes.

—Se reúnen para coordinar acciones y...

—Pero no hay un gobierno ni existen agrupaciones ni nada parecido —estalló Chiara interrumpiendo las explicaciones de Hugo—. Los ciudadanos, que se llaman a sí mismos “lectos” forman la base de la población. La palabra surgió porque se consideran los hijos predilectos del que llaman Dios Verdadero o Veredio. Cualquiera puede aceptar ser consiliario cuando cumple cincuenta y cinco años y allí no existe nada parecido a un gobierno con el que

dialogar.

Hugo miró a Zelig, esperando alguna aclaración.

—Espabila, amigo Hugo —continuó George—. Para ellos, el suelo que pisas pertenece a Lux, ni siquiera reconocen la existencia de las comunas. Se han repartido el planeta entre las cuatro grandes. ¿Qué pinta Par a nivel global? ¿De verdad crees que os van a sentar a la mesa con ellos para interesarse por vuestras opiniones?

—¿Qué sabréis vosotros? —les lanzó Zelig desafiante.

George empuñó el cuchillo y lanzó una mirada asesina. Diana trató de mediar y mostrar el lado positivo.

—¿Podemos calmarnos todos un poco? Si es verdad, es una coyuntura que puede resultarnos favorable. Según dice Zelig, los proponentes de las reformas son familias fundadoras y tiene muchas posibilidades de ser aprobada. Los mismos sectores que apoyan la reforma legal apoyan el inicio de contactos con las comunas, es la misma coalición.

—En cualquier caso, y aunque fuese verdad, habrá mucha oposición a comenzar una negociación —dijo George.

—No es así —insistió Hugo—. Al contrario, es el momento ideal para intentar un acercamiento y a la vez, demostrar el error de las fuerzas antireformistas, porque podríamos tener éxito con las conversaciones y la población de Lux verá con más cordialidad las comunas, sería algo que nos fortalecería en unas posibles negociaciones. También esperamos que aumente nuestro reconocimiento por las facciones progresistas, cuando vean que no somos unos seres despreciables y belicosos. Definitivamente ayudará mucho cuando se plantee la reforma legal.

—¿Hay fechas? —quiso saber George.

—Habrá una campaña que durará casi todo un año, se harán acciones y lo que es clave, es que cuenta con el apoyo de los legisladores, educadores y otros ciudadanos con influencia.

Chiara y George se miraban incrédulos y no paraban de hacer gestos negativos con la cabeza.

—¿Qué probabilidades hay de que pasen estas propuestas y lleguen a escucharse? —preguntó Chiara.

—No se sabe con exactitud, pero hay bastantes posibilidades —Hugo se encogió de hombros. Le temblaba un párpado.

—Podríamos llevar estos temas en paralelo y en su momento decidiremos

qué camino interesa más —sugirió Diana.

—Quizás no nos dejen más que el camino que nos tienen preparado —contestó Chiara.

—Debemos permanecer alerta y ver las opciones disponibles para decidir nuestros pasos —trató de conciliar Hugo.

En la casa de Hugo continuaron entrando más personas. Se había acumulado bastante gente que trataba de enterarse de lo que ocurría.

Enfrascado en sus pensamientos, Zelig escuchó débilmente el resto de conversaciones que se habían originado a su alrededor y resopló. No eran más que vanas esperanzas.

Zelig había interpretado una y otra vez el papel que tan buen resultado le dio al principio. Necesitaba estar cerca de su familia. Poder visitarlos de vez en cuando sin ponerlos en peligro y se le ocurrió ir soltando frases sobre aquella supuesta negociación. Se lo tragaron y pensó entonces que en el fondo estaban deseando escuchar alguna noticia positiva de cualquier tipo, una pequeña esperanza a la que aferrarse.

Edén se mostró encantado con engañar a todos y sacar información, así que lo dejó seguir con el cuento con ayuda de Titania y algo de información de las datatecas.

Zelig se decía a sí mismo que una confrontación abierta contra Lux causaría dolor y muertes innecesarias, así que si conseguía disuadirlos tampoco les estaba haciendo ningún mal.

Seguía completamente desnudo y tumbado en la improvisada mesa, empezaba a dolerle la espalda, intentó moverse pero estaba bien atado. Alguien se dirigió hacia él.

—¿Qué... ? —le habían dicho algo pero no lo entendió bien.

—Preguntaba que cómo obtienes esa información. En años nadie ha contactado con las ciudades-imperio por ningún medio. Están ahí, inmensas, siempre vigilando —hizo una breve pausa, pero como Zelig no contestaba, prosiguió—. Nos permiten sobrevivir hasta un límite que han establecido y a partir de ahí, actúan como la mano de Dios, rompiendo y cortando aquí y allá, donde y como les parece.

Zelig tardó demasiado en responder y alguien lo hizo en su lugar, era de nuevo Hugo Briand.

—Zelig vive en Lux. No puedo decir más porque pondría su vida en peligro, debemos agradecer su mediación y su interés. ¿No entendéis su valor?

—Sin ser uno de ellos es imposible penetrar allí. ¿Para qué querrían a un tipejo de Par? ¿Cómo llegó allí? —preguntaron desde las filas de Tur.

—Es una historia que os contaré otro día —Hugo meneó la cabeza—. Ahora debemos concentrarnos en resolver asuntos más urgentes.

Parece que no tenían claro lo que iban a hacer con Zelig y se formaron diversos grupos que hablaban entre ellos. La habitación, aunque era amplia, estaba llena y apenas se cabía. Zelig seguía tumbado, desnudo, apático. No haría nada que pudiese poner en peligro a su familia.

Alrededor todos alzaban la voz.

—¿Cómo podemos tragarnos esas bondadosas intenciones cuando únicamente experimentamos su odio y su tiranía? ¿Acaso no continúan saqueándolo todo y raptando a nuestros bebés? —gritó alguien.

—No deberíamos negociar mientras sigan los raptos.

—Olvidas que no es negociar lo que hacemos, sino pedir o más bien, suplicar. Que lo llamemos negociación para hacerlo más llevadero es una cosa y otra distinta es perder la percepción de la realidad —intentó explicar Diana, tratando de que las cosas no se complicasen demasiado.

—Como se dijo antes, sigamos afilando el hacha mientras esperamos a ver si todo esto se concreta en acciones que supongan un verdadero cambio.

—¡Sí, hablemos con el hacha y llegará el cambio!

—Se ve que nunca te has acercado con tu hacha a una máquina de las grandes. Antes de llegar a verla, un haz invisible te atravesaría y olerías tu carne quemándose mientras te parte en dos.

—Esperemos que no decidan avanzar sobre nuestras cabezas.

—En eso pienso cada noche. Y si hay cambios que sean para mejorar.

—Eso nunca pasa.

—Me ha entrado hambre y sed con tanta charla.

—Pues comamos un poco, ya hemos hablado demasiado por hoy.

Hugo estaba afligido, sentado en un sillón. Su casa estaba invadida y en la cocina estaban bebiendo y cantando mientras preparaban algo en el fuego, un intenso olor a fritura lo envolvía todo. A su alrededor los curiosos iban y venían.

—Por favor, desalojen. Pronto comenzarán los festejos. Vayan saliendo —dijo Diana, empujando suavemente a unos y a otros. Hugo le sonrió agradecido, al fin la mayoría se había decidido a salir.

Gael y Sabrina salieron llevando un plato de comida entre las manos. Pescado frito, un manjar, pues la dieta diaria estaba compuesta principalmente por patatas, legumbres o cereales y de tarde en tarde se servían albóndigas hechas con distintos tipos de carne de caballo, vaca, cabra o cerdo y zucas, unas deliciosas empanadillas rellenas de verdura, jamón y huevos.

Hoy era un día de fiesta y terminarían con la barriga llena. También probarían empanadas y tartas de todo tipo, que constituían los platos usuales en las celebraciones, cocinadas en los inmensos hornos solares de altas prestaciones.

Tras las reuniones y a pesar de no llegar a ningún acuerdo, todos se lanzaron a las calles para disfrutar de las grandes hogueras y de las tracas, que eran tan fuertes que resultaba inevitable que alguien terminase herido con quemaduras.

Durante los bailes, la pequeña Sabrina se acercó a Gael.

—¿Por qué siempre celebramos una fiesta cuando vienen a visitarnos de otras comunas? Los mayores siempre discuten y terminan enfadados.

—Continuamente nos vigilan desde el cielo —Gael señaló hacia arriba—, con satélites y otros artefactos. Celebramos fiestas para enmascarar estas reuniones y las visitas de representantes de otras comunas. No queremos darles razones para que se preocupen demasiado.

—Si yo me he dado cuenta, quizás los enjaulados lo hayan descubierto ya.

—Espero que no sean tan listos como tú.

—No me considero lista. Aunque a veces, a veces..., pienso en algo y encuentro información que no sé realmente de dónde la saqué, eso me pone muy nerviosa y trato de dejar la mente en blanco.

—Lo hablaste con Silento...

—Sí, me dijo: “tú misma descubrirás por qué eres especial y te prometo que será muy emocionante”.



Zelig continuaba amarrado, lo habían colocado bajo una extraña campana metálica. Desde allí observó a una pensativa Chiara que no paraba de dar vueltas a su alrededor. Se sentó frente a él y lo miró fijamente, parecía que iba a hacerle alguna pregunta cuando se acercó corriendo un grupo de jóvenes.

Se detuvieron y uno de ellos dio un paso al frente. Los demás miraban a un

mozalbeta muy delgado y moreno que finalmente se decidió a hablar.

—Yo sé dónde hay plastifeno.

—Continúa, por favor.

—En casa de Zelig hay una gran cabeza hueca de socka.

Chiara se revolvió y Zelig comenzó a hablar sin esperar a que ella realizase una pregunta.

—Es un regalo que le hice a mis hijos, hace mucho tiempo, lo usaban para jugar cuando eran pequeños.

A Chiara le brillaron los ojos y en pocos minutos todos se dirigieron a bordo de un vetusto vehículo hacia las afueras de la comuna. A Zelig le habían acoplado sobre la cabeza un pequeño dispositivo que interfería las comunicaciones y lo dejaba bastante confuso.

«¿Cómo es posible que la comuna de Tur tenga un dispositivo como ese?».

Por el camino le pusieron un pantalón y una camisa. Menos de una hora después llegaron a la casa, entraron en tropel y se abalanzaron sobre la cabeza que estaba colgada en una de las paredes. Zelig los seguía, tenía las manos atadas a la espalda y trató de sujetar los pantalones que le resbalaban por las piernas.

Dentro dormía su diminuta familia, sus dos hijos, Yannis y Berg y su hermana Miralda. Por suerte, su sobrino Kobur no estaba allí, como era habitual. Los despertaron a voces y a empujones los tiraron contra el suelo.

George y Chiara revisaron cada rincón como si esperasen encontrar tesoros ocultos. Nadie dijo nada mientras duró la minuciosa inspección. Zelig estaba confuso, su cabeza daba vueltas, el aparato que le habían colocado no le dejaba pensar con claridad.

No encontraron nada de interés, esto pareció enfurecerlos aún más y comenzaron a romper cosas. Le dieron una patada a Yannis cuando se quejó.

—¿Por qué le pegas? ¿Qué quieres de nosotros? —gritó su hermana, conteniendo las lágrimas.

—Que habléis. Queremos más plastifeno —George agitó en el aire la cabeza hueca del socka.

Miralda meneó la cabeza, parecía no entender nada. Zelig los observaba cabizbajo.

—¿Quieres piezas como esa cabeza que habéis cogido? No tenemos más, es algo especial —dijo Berg.

—¿De dónde la sacaste? —preguntó alguien mientras les daba patadas.

—Espera, déjame hacerlo a mi manera. Abridle la boca a ese —dijo Chiara mientras comenzaba a introducir un líquido blanquecino en la boca de Yannis, el más joven.

—No es un interrogatorio —añadió Chiara—, simplemente nos dirás todo. Esta droga hará que tu cerebro sea un foco de dolor intenso si tratas de mentir y parecerá que te estalla la cabeza si te niegas a responder.

Su hijo asintió, estaba temblando y sudaba a chorros.

—No hacía falta ese veneno, no tenemos nada que esconder —dijo Berg, el mayor, tratando de soltarse sin conseguirlo.

Yannis estaba como en trance, muy serio y pálido. Comenzó a hablar en un tono monótono.

—Lo traje hace muchos años nuestro padre. Para nosotros era un juguete.

Chiara hizo un gesto para que lo acercasen. Zelig avanzó unos pasos, tropezó y se calló de rodillas ante su hijo.

—¿Este tipo es tu padre?

Ambos asintieron tristes y en silencio. Siempre se alegraban de ver a su padre pero las circunstancias de hoy eran diferentes. Miralda, su hermana, lloraba hecha un ovillo en un rincón. En ese momento, Zelig supo que un aerosocka los estaba sobrevolando.

Podían ponerle muchos aparatos en la cabeza, pero él contaba con un CIC dotado con una formidable IA virtual que, tras analizar al intruso, había efectuado los ajustes necesarios para eludir sus interferencias.

Miró por la ventana, arriba, a su derecha. Estaba allí, emitía una tenue luz que surcaba el cielo anunciándole “tú decides”. Si acababa con ellos no podría volver nunca a Par. Siempre había soñado con volver algún día, no se imaginaba envejeciendo rodeado de máquinas morbosas.

Un tipo malcarado apareció con algunos objetos entre sus manos y los desparramó por el suelo.

—Aquí no hay nada de valor —dijo el hombre, que vestía un uniforme negro.

—Es una mala noticia para vosotros, mierdosos —antes de terminar de hablar ya estaban dando golpes y patadas a Zelig y a su escasa familia.

Los de Tur y los de Par golpeaban por igual, parecía que no eran personas lo que había tirado por los suelos.

Hugo llegó en ese momento, entró a trompicones, empujando a todo el mundo, le faltaba el aire y su rostro era pura ira. Zelig podía parecer un lecto, un asesino sin moral, pero a sus ojos era más bien una víctima de las

circunstancias.

—Apartaos animales. ¿Qué mierda hacéis?

Lejos de calmar las cosas, la tensión creció con la llegada del comunitario máximo de Par. Chiara y George se miraron de una forma extraña, Zelig entendió que habían decidido matarlo sin pronunciar una sola palabra.

Ella hizo un gesto, tres uniformados de Tur lo agarraron por los brazos y lo sacaron a la calle a ratras. Hugo se lanzó hacia Chiara que, lejos de intimidarse, comenzó a gritarle.

—¡Vamos, Hugo, vuelve a tu casa! Él no puede seguir vivo, hablará del magnatar y pondremos en peligro a toda la comuna de Tur. Y también a la vuestra, estúpido.

Un joven uniformado atrapó a Hugo por detrás y ambos forcejearon hasta que el anciano cayó de espaldas.

—Quietos Guido. Yo lo dejaría en paz, muchacho —susurró una voz de mujer.

El joven bajó la vista, Diana estaba detrás de él y tenía la hoja de un puñal apoyada en su garganta. Levantó las manos, liberando a Hugo que se echó a un lado. Diana y algunos jóvenes de Par se habían armado y no estaban dispuestos a dejar que unos extranjeros viniesen a imponerse por la fuerza.

Hugo carraspeó y trató de hablar sin que se notase que estaba temblando.

—¡Bajad todos las armas! No tenemos que pelear entre nosotros. Los enjaulados son nuestros enemigos, es cierto, pero no estamos preparados para enfrentarlos y la realidad es que quizás no lo estemos nunca.

—¡Has traicionado a las comunas! —gritó George, que agitaba un arma en su mano derecha.

—¿Por intentar una vía de acercamiento? ¿Por desear que no haya más guerras ni más muertes?

—Las máquinas nos persiguen y nos matan —exclamó Chiara—. ¿Acercamiento para qué? Acabemos con este enjaulado, no tendremos otra oportunidad más fácil que esta.

—¡No! —gritó Hugo fuera de sí—. No podemos permitir que se cierre esa única puerta, necesitamos un interlocutor.

—¡Esa puerta es pura fantasía! Es tu delirio personal, Hugo. ¿Cómo puedes estar tan ciego? ¿De verdad te crees todas esas patrañas?

—¿Y vosotros, los de Tur? —el anciano parecía recobrar las energías y volvió a plantarse frente a ellos—. Lo único que hacéis es pedir y pedir. Alimentos, combustible, agua... y aún no hemos visto nada, excepto muchos

uniformes negros por todos lados.

Los dos grupos enfrentados se miraban y calibraban sus fuerzas calculando el próximo movimiento. Desde Par llegó derrapando un gran vehículo con un nuevo y nutrido grupo de jóvenes. Diana había pedido más ayuda y por fin llegaba.

—En este punto, extranjeros de Tur, es mejor que cojáis vuestras cosas y os marchéis cuanto antes —dijo Diana entregando la gran cabeza hueca.

—No quiero que os marchéis enemistados, ha sido todo un gran malentendido. Yo me comprometo personalmente a conseguir plastifeno suficiente, haré todo lo que esté en nuestras manos —intercedió Hugo.

Todos lo miraron extrañados, los de Tur llevaban años detrás de un poco de ese material extraordinario sin éxito.

—Hablo muy en serio —Hugo se enderezó—. Hay que terminar de fabricar el magnatar y si falta algún material, nosotros lo proporcionaremos. Debemos continuar nuestra colaboración y os ayudaremos como ya prometimos, una poderosa arma podría ser nuestra mejor baza en una futura negociación con los enjaulados.

—El magnatar será para negociar su rendición —dijo George entre dientes.

—No. Debe ser para establecer una negociación en términos de igualdad. Vosotros queréis empezar una guerra —dijo Hugo, utilizando toda la energía que aún le quedaba.

—Te equivocas, queremos terminar una guerra que empezó hace ya mucho tiempo —dijo Chiara, a la vez que indicaba a los suyos que se preparasen para marcharse. Los de Tur se alejaron entre murmullos y miradas de odio, mientras Hugo le quitaba el dispositivo de la cabeza y las ataduras con la ayuda de Diana. Zelig recogió el aparato entre sus manos y se lo iba a guardar en un bolsillo cuando George se lo arrebató de un manotazo.

Lucas de los Gatos trajo un maletín con antisépticos y comenzó a limpiar las heridas de Miralda. Les trajeron unas sillas para sentarse.

El grupo de Tur se alejó y alguno se giró para hacer gestos obscenos. Un diminuto mickra los seguía y registraba sus conversaciones para Zelig.

—Hugo sabe donde se encuentra ubicado el magnatar, deberíamos acabar con él, ya no es fiable. ¿No crees Chiara? —preguntó Guido mientras se dirigían al vehículo.

—Tienes razón, después acabaremos con ese enjaulado y todos los demás —respondió ella.

—Allí arriba —dijo, señalando la azotea de una vieja construcción—, nos subiremos allí para dispararles y zanzar esto de una vez.

Se agazaparon tras una barandilla y apostaron varios tiradores experimentados. Estaban a una buena distancia.

Una luz cegadora apareció de la nada, no habían advertido nada extraño hasta que bajó frente a ellos. Más de uno se cayó de culo, al tratar de ir hacia atrás. El aerosocka estaba apenas a diez metros de sus narices y se aproximaba muy lentamente. El aire vibraba por el efecto de los motores y un olor a quemado llegó hasta sus narices.

Comenzaron a disparar, sabiendo que no serviría de nada y huyeron precipitadamente por las escaleras.

En la distancia, Hugo se percató de lo que sucedía y rogó a Zelig que no acabase con ellos.

—Si quisiera matarlos ya estarían todos muertos y no habrían tenido tiempo ni de pestañear.

—Gracias, de verdad —dijo Hugo y suspiró. Se tocó un hombro, parecía que le dolía la espalda por toda la tensión que acumulaba.

Las luces se apagaron, el aerosocka desapareció y escucharon el rugido del vehículo que se alejaba a toda velocidad hacia Tur. La noche volvió a recuperar el silencio y se sentaron a beber un poco de agua.

Después le curaron a Zelig las heridas y los ayudaron a colocar la mayor parte de las cosas de nuevo en su sitio. Hugo abrazó emocionado a Zelig y lo invitó a su casa. Había sido un día difícil y había que terminarlo de la mejor manera posible.

—Me han dejado sin comida pero tengo escondidos unos vinos del Valle del Ródano que guardaba para una ocasión especial, ya verás, en Lux no habrás probado nada igual.

## 20

*Los datos hablan claramente por sí mismos. Las últimas catástrofes medioambientales han roto la balanza, conducirán a la población a la hambruna y la enfermedad o directamente a la muerte. No hay recursos para todos y en cuanto se organicen mínimamente será cuestión de tiempo que los veamos llegar en tropel. Personas desesperadas que nos arrancarán el pan de las manos y pondrán en salazón nuestros cadáveres.*

*Este último año oigo vuestras lamentaciones y ya aceptáis la ruina como inevitable. Es verdad que son decenas de millones. ¿Quién los detendrá? ¿El ejército? Los soldados no son inmunes al hambre, ya se han unido a las hordas o vagan en grupos errantes y vienen hacia aquí, no tardarán en llegar.*

*Creo que disponemos de una opción. Aprovechemos nuestro poderío industrial, en las fábricas automatizadas tenemos que incrementar hasta el máximo la producción de seres artificiales interactivos, adaptar los existentes y diseñar nuevos modelos que nos defiendan y nos mantengan en zonas exclusivas, lejos del horror y la desesperación.*

*I Asamblea General para la Fundación de Lux. Rotterdam, 2170. Julia Roumiankof, Presidenta del Movimiento Supremacista Neolux.*

*Entonces no nos pareció algo terrible, viniendo de labios de aquella mujer tan agradable.*

*Senador Isaac Depaul*

### *Semillas*

**Z**elig se había convertido en un enjaulado más. Aunque para él, la palabra tenía un significado adicional. Caminando por la noche, atravesando las inmensas avenidas, solo se tropezaba con diferentes tipos de máquinas, de todos los tamaños imaginables, que iban y venían sin un destino aparente.

La ciudad parecía no tener fin, era una prisión sin necesidad de muros, y

aunque caminase recto durante horas, le perseguía la sensación de caminar en círculos.

A pesar de que iba dando tumbos, se percató de que lo seguían a distancia. Hugo había insistido en que tomase una copa con él para tranquilizarse pero de una pasó a otra y había terminado bebiendo demasiadas. Se marchó en un aerosocka pero se sentía tan mareado dentro de aquella máquina que no paró de gritar hasta que lo dejó en tierra.

Dos sockas larguiruchos se detuvieron cuando se giró para enfrentarlos. La lluvia formaba un semicírculo a su alrededor al estar protegidos por lo que se llamaba coloquialmente como la burbuja, que protegía a su portador de la lluvia, el viento o el polvo moderados. Brillaban ligeramente y sus ojos eran unos meros puntitos chispeantes en la oscuridad que estaban clavados en Zelig.

—Señor, si lo desea, podemos ayudarle —la voz era muy dulce y los sockas siempre sonreían, aunque los pateases.

—Deseo que desaparezcas. De-sa-pa-re-ce.

—No podemos desaparecer y además, necesita ayuda, señor. Se encuentra muy lejos de su cubículo.

—¡Osh daré lo que merrecéis! —Zelig gritó abalanzándose sobre uno de ellos, tratando de tirarlo contra el suelo porque aún tenía la mente lo suficientemente clara como para evitar romperse las manos dándole puñetazos.

El socka lo recibió impasible y con los brazos abiertos, no consiguió desplazarlo ni un milímetro, Zelig dio unos pasos vacilantes hacia atrás, se giró buscando algo hasta que lo encontró, aferró una rama con ambas manos y tirando con todas sus fuerzas la arrancó de un joven árbol. Corrió hacia el socka que estaba a su derecha y le lanzó un golpe, pero se agachó tan rápidamente que apenas pudo ver cómo lo esquivaba. Al fallar el blanco la rama siguió su propio rumbo y él se cayó al suelo del impulso, se levantó de un salto como un boxeador medio grogui y gritando palabras ininteligibles zigzagueó hasta unas tuberías próximas.

—Ahora ve... verás engendro, cómo las gasta Zelig —comenzó a tirar de una tubería con todas sus fuerzas, tratando de arrancarla para golpear con más contundencia. El vapor emanaba de su cabeza y comenzaba a sudar a chorros. Cuando se quedó sin aliento, desistió y buscó a cuatro patas la vara que había perdido, hasta que la localizó y poniéndose de pie, fue de nuevo, a golpear a uno de los sockas que lo esquivó dando un saltito hacia un lado.

—¿Te gushta saltar? ¡Salta, salta, salta! —Zelig lo perseguía dando golpes en el suelo y el socka brincaba hacia adelante o hacia un lado u otro, para esquivarlo.

Se sintió muy mareado con tanto movimiento y cayó de rodillas. Los sockas se acercaron y los puso perdidos de vómito cuando trataban de ponerlo de pie.

—Eso no pudiste es... esquivarlo, ¿eh? —Los sockas retrocedieron y se mantuvieron apartados, pero se dio cuenta con todas aquellas reacciones, que estaba resentido hacia aquella sociedad que le parecía vacía de espíritu y la bebida embriagadora le había proporcionado la pizca de valor suficiente como para aceptar que no formaba parte de aquello.

Se le caían los mocos y una de las máquinas le acercó un pañuelo seco.

—Gracias —dijo, en un tono tan bajo que apenas lo oyó él mismo.

Ahora llovía con suavidad, se restregó los ojos y después se limpió la nariz. Se sintió ridículo por enfadarse con unas simples máquinas que únicamente cumplían con el trabajo que se les había ordenado. Estaba muy enojado y no sabía porqué. Cuando consiguió enderezarse comenzó a gritar, levantando un puño con el que aún sujetaba el pañuelo.

—Los lectos no escuchan, ni ven, ni sienten, son unos canallas malasangres, son como falsos dioses enjaulados, se creen inmortales y libres de mal o sufrimiento. Son una plaga. Gente tan ocupada que nunca hace nada. Autosuficientes. Ignoran a los demás, tienen ojos exclusivamente para sus artefactos, adictos a la tecnología. Únicamente se temen a ellos mismos. ¡Os odio! ¡Yo soy un nulo! Los nulos se necesitan unos a otros para sobrevivir. Familias y comunidades en cooperación. Pero somos débiles. ¿Por qué no nos aplastáis de una vez?

Con los puños en alto gritaba y gritaba dando vueltas, porque verdaderamente no podía ir muy recto en esos momentos, hasta que tropezó con la rama o con las tuberías o se hizo un lío con sus propias piernas y cayó de espaldas. Vio acercarse a un socka que lo agarró por las piernas.

—¿Qué demonios haces? —la imagen se difuminó y los ojos brillantes se fundieron con la oscuridad.

Cuando se despertó estaba en su cubículo, no recordaba si llegó por sus propios medios o lo trasladaron los serviciales sockas. Comprobó que estaba desnudo y aseado, por lo que descartó la primera opción. Se encontraba perfectamente, los sockas habrían extraído una gota de sangre para analizar su “enfermedad” y le habrían administrado el tratamiento adecuado.

Ahora estaba completamente relajado y respiraba lenta y profundamente. Allí disfrutaba de un amplio espacio rodeado de gran lujo y confort. Era lo normal, el sistema funcionaba sin problemas desde hacía mucho tiempo.

Para minimizar conflictos no había áreas residenciales preferentes y además, como las viviendas se movían cada uno podía elegir el lugar que desease para ubicar su residencia.

Los cubículos eran una especie de socka gigante hueco y con formas rectangulares, que podían situarse en una zona aislada o formando parte de una torre donde elegías un rango de plantas preferidas, localizabas las disponibles y te instalabas allí para permanecer indefinidamente en el lugar o podías continuar moviendo la vivienda de un lado a otro si era tu elección.

Los ascensores y elementos comunes eran fijos. Se podían añadir módulos ajardinados, piscinas o cualquier elemento arquitectónico. Se partía de ciertos elementos prediseñados para permitir el anclaje, siendo el resto personalizable. Si algo era posible, en Lux se hacía realidad.

En el interior, los sockas de servicio estaban ocultos en diversos compartimentos del suelo y las paredes para conseguir más desahogo y amplitud. Aún así, eran estancias muy acogedoras. Los cubículos de los lectos cambiaban de color, luminosidad, piezas artísticas o música ambiente, según las preferencias de cada residente.

Zelig prefería una iluminación intensa y cálida. En un rincón, sobre una alfombra, tenía amontonados varios cojines que tenían aspecto de ser de cristal, como diamantes de rutilantes colores aunque al tacto eran mullidos y suaves, donde se tumbaba cuando tenía ocasión de descansar.

Desde allí podía ver las esculturas de piedra realizadas por sockas y algún que otro adorno colorido que había traído de Par. Amplios ventanales, jardines y zona de baños completaban un derroche de lujo y comodidad, pero para alguien que había tenido que abandonar a su familia el efecto era abrumador y entonces la opulencia se transformaba en frialdad y vacío.

Zelig se fijó en las cañas de pescar que tenía colgadas en una pared. Los recuerdos del pasado ahora le resultaban dolorosos. No había conseguido encontrar una ruta hacia la felicidad y todo le conducía a una existencia agobiante.

Fue inevitable recordar aquel día que regresaba de pescar con su pobre atuendo y los aparejos heredados de su padre. Hacía una semana que Zoe le había anunciado que estaba embarazada y deslizó en su oído: Vamos a tener un

bebé.

Cinco guardias de la comuna, dirigidos por el estúpido de Van der Bang le cortaron el paso y le quitaron los peces. Entonces ya sabía bien que lo mejor era quedarse inmóvil y no abrir la boca. Decían que era parte del precio que había que pagar por la libertad ¿qué libertad? ¿la de ellos?

Se lo tomó con toda la calma que pudo. Ya pescaría otro día. Todos los alimentos debían ser registrados en el centro de distribución, pero sabía que a cambio de los peces le darían un mendrugo de pan y un puñado de arroz.

«Esto irá a peor, es el comienzo de grandes problemas», pensó entonces, y no se equivocaba.

No era un resignado, y en cuanto se dio cuenta de quienes se llevaban lo mejor, decidió que trabajaría para los suyos. Parecía que había más guardias vigilando que personas cultivando los campos.

Decepcionados ante tanta pasividad, lo insultaron, le rompieron la caña y tiraron su cesta al río. Aunque aún se arrepentía de lo que hizo, entonces no pudo contenerse y se abalanzó sobre ellos con un grito desesperado. Todavía le duelen los golpes que recibió entonces, Van der Bang se empleó a fondo.

Durante aquellas horas comprendió que su destino pertenecía a otros, que siempre habría algún tirano o su esbirro que lo apalease hasta doblegarlo, porque no tenía el poder para evitarlo. Se sintió minúsculo y no le preocupó si iba a morir.

Pasaron dos días antes de que Zoe lo encontrara tirado en el barro y casi muerto. El día anterior había tropezado con sus cosas de pescar y desde entonces no había parado de buscarlo.

Fue entonces cuando decidieron trasladarse lo más lejos posible de Par, aunque peligrosamente cerca de los enjaulados. Para él era la misma alimaña con dos cabezas que amenazaban con morderle. Tenía que encontrar un lugar entre ambos territorios, su lugar. Creía que si no molestaba a las máquinas lo dejarían en paz.

El día que abandonó la comuna se sentía feliz y pensaba que era lo mejor para su familia. Pero no lo dejaron en paz, averiguaron su paradero y regularmente acudían para burlarse de ellos o robarles. Estaba atrapado entre hombres y máquinas. Así que cuando Zayin lo acogió, le abrió las puertas a nuevos horizontes, aceptó sin vacilar el nuevo rumbo en su vida. Unirse al poder, no caer bajo sus botas. O eso creyó entonces.

Al menos le sirvió para reencontrarse con Van der Bang. Durante años las

máquinas le informaron de sus movimientos y él esperaba un momento adecuado para vengarse. Hasta que un día los mickras se lo encontraron de cara, era un miserable viejo desdentado y estuvo a punto de detenerlos para dejarlo marchar, pero no se lo merecía.

Zelig cerró los ojos, los apretó con fuerza para no llorar, pero su mente jugaba con él y no dejaban de aparecer imágenes de sus hijos. Gracias al CIC podría ser feliz, solo con pensar en ello tendría una sensación agradable, de inmediato estaría como flotando en una nube, pero no quería hacerlo así. No quería olvidar nada.

Recordó el día en que las máquinas se acercaban para apresar a sus dos hijos. Había sido padre muy joven y se había cargado de responsabilidades. Eso lo sabía ahora, su pareja, Zoe, era mayor que él y ya tenía un hijo, Berg. Yannis fue lo mejor que le había pasado nunca. Por desgracia, su compañera murió poco después de su nacimiento tras algunas complicaciones.

Cuando las máquinas los perseguían él consiguió ponerse en medio, comenzó a tirar piedras y a gritar mientras su hermana Miralda se alejaba con los dos niños hacia la arboleda. Se alzó frente a ellas y en lugar de pelear comenzó a hablarles sin esperanzas de que le respondieran. Quería que lo tomaran a él en lugar de llevarse a su familia. Les gritó que estaba sano y era fuerte, era un muchacho de veintiún años y podría trabajar para ellos. Unos brazos le sujetaron y minutos después, estaba arrodillado frente a Zayin, cabizbajo y lloriqueando.

Ya había usado a un nulo anteriormente. Edén había sido su mono de laboratorio durante demasiado tiempo, lo había utilizado para tantos experimentos que los resultados que obtenía ya no eran válidos pues unas pruebas desvirtuaban a otras y ansiaba un sustituto joven e intacto. Lo aceptaron en Lux con muchas reservas, era un alienígena en aquel mundo pero fue él quien nunca consiguió aceptarlos a ellos. Con gran dolor en sus entrañas sintió que había perdido a su familia para siempre.

Algún tiempo después Edén le explicó que Titania supervisaba la operación y por alguna razón le pareció aceptable su propuesta, aunque Zayin tuvo que ocultarlo durante un tiempo de miradas indiscretas que hubiesen hecho demasiadas preguntas. Allí, oculto, le demostró su agradecimiento a Titania cuando fue a visitarlo y ésta le correspondió. Zelig encontró a alguien muy especial.

Años después pudo ver a sus hijos y los encontró bien. No era nadie ni aquí

ni allí, así que decidió presentarse como representante de Lux la primera vez que le permitieron salir. A Edén le pareció una idea de lo más divertida.

Zelig se sintió aliviado, apenas había tenido contacto con sus hijos aquellos años. Anhelaba llevarlos con él a Lux, su posición era delicada y temía que sus actividades con los lectos les perjudicasen, tarde o temprano, aunque los habían respetado hasta que llegaron esos entrometidos de Tur.

A pesar de aquello, su hermana Miralda quería continuar en Par y si no conseguía llevarse sus hijos a Lux él intentaría volver de nuevo a Par y establecerse allí definitivamente o se marcharían a cualquier otro sitio donde los dejasen en paz. Ya había estado mucho tiempo al servicio de Zayin y después al de Edén y tampoco tenía ninguna deuda que saldar. Le habían dejado vivir, claro, y esa “enorme bondad” por su parte lo había transformado en un esclavo.

«Realmente no me han dejado vivir lo que entiendo por una vida. Han puesto en pausa su “manual de actuación ante casos extraños”. Debo entender que mi status actual es “muerte aplazada” mientras siga sirviendo para sus propósitos», pensó Zelig.

Había hecho un trato desesperado para que no le arrebataran a sus hijos y había acabado perdiéndolos igual. Cuántas veces se preguntó si debió dejarlos marchar sin más. Impidió que los llevaran a Lux y ahora tenía que rogar continuamente para que los llevaran allí.

Cualquier traspies significaría su muerte y la de su familia. Si no era útil a Edén se convertiría en un estorbo molesto. Y ya sabía bien cómo actuaba el consiliario en estos casos.

Una vez que entró en el juego y con toda la información que facilitó a Edén y las mentiras que había contado en la comuna ya no tenía vuelta atrás. No era un nulo, pero tampoco un lecto. Si al menos pudiese tener a su familia, no todo sería tan deprimente, pero Edén no le concedía ni el más sencillo de sus deseos.

Apesadumbrado ante tantos recuerdos, Zelig se dirigió a la pared donde tenía colgadas las cañas, las cogió y tras contemplarlas por última vez, las rompió y las tiró al suelo.

Un pequeño servisocka pasó inmediatamente sobre los restos, se los tragó y Zelig, con los ojos como platos, se tiró encima, tratando de arrebatarlos. Le propinó tantos golpes que terminó por destrozar al frágil modelo doméstico.

—¡Quería que se quedaran ahí tiradas! ¡En el suelo!

Se tumbó en el suelo, intentando mantener la mente en blanco hasta que un lazarillo se acercó y le recordó la cita. Le pegó una patada y lo lanzó contra una pared.

Se levantó muy despacio. Tras cavilar unos minutos mientras lo vestían, se alisó el pelo con las manos y se marchó al despacho de Edén para informarle. No era buena idea hacer esperar al consiliario.

Era la hora de informar, así que se dirigió a su encuentro, solo los detalles trascendentes, por supuesto.

Cuando entró, Edén daba vueltas dentro de un amplio despacho, en el centro había una pantalla desplegada y en ella se reproducían los acontecimientos grabados en Par.

—Anoche regresaste bastante ebrio.

—Borracho, diría yo —Zelig se encogió de hombros—. Es el zumo de fruta fermentada, produce un efecto similar a los hongos hipnóticos que cultivan los marros, pero estos no hacen vomitar.

—Te ganabas la confianza de Hugo —dijo Edén.

—Eso iba a decir.

Edén estaba apurando la bebida de un vaso. Al terminar, abrió la mano y lo dejó caer, el lazarillo lo atrapó hábilmente en el aire. Había tomado un zumo que le había preparado su sockachef y aún tenía las marcas anaranjadas en el labio superior. Zelig clavó en ellas su mirada porque no aguantaba la mirada intensa del consiliario, las manchas le recordaban que era un simple humano, otro mortal.

Zelig no podía dejar de recordar a los suyos y se preguntaba una y otra vez si desaprovechó alguna oportunidad cuando Edén ocupó el lugar de Zayin. El mismo que en ese momento levantaba una ceja y se acercaba.

—No sé qué pensar de todo esto.

Zelig detuvo los pensamientos, intentó tragar pero tenía la boca seca, parecía que el tiempo se había detenido, no sentía siquiera el latido de su corazón. Edén se había parado frente a él y lo atravesó con sus fieros ojos azules y amarillos, dos fogatas en medio de un erial. Y de repente sonrió y comenzó a dar vueltas a su alrededor.

—Entonces se lo tragaron todo. No saben nada de Lux, menos que nada... ¿Encuentro? ¿Negociar? Es cómico. ¿Acaso negocian las moscas con la mierda antes de tragársela? Así que realmente han construido un magnatar, sea lo que sea eso, en la comuna de Tur.

—Parece que se trata de un arma poderosa.

—Oh, en ese caso, enviaremos la nave Eclipxis en una misión de paz. Porque nos quedaremos en paz cuando estén desparramados por las paredes de su casa sin poder venir a incordiar. La paz se consigue trasladando los vivos al cementerio.

—Eclipxis siempre está sobrevolando la torre Iddik —advirtió Zelig—, como un gigantesco escudo, protegiendo el corazón tecnológico de Lux. ¿Lo enviarás sin una orden directa del consilium? —Zelig sabía que eso le daba igual a Edén, aunque realmente quería preguntar: ¿Por qué los sockas no los matan a todos de una vez y acaban con esto? ¿Qué les detiene?

—Con mi orden es suficiente —se jactó Edén—, lo justificaré en el consilium cuando llegue el momento, si alguien pide explicaciones. Irá lleno de mickras y sockas de combate. No puedo fallar en esto. Solo hay que localizarlo y cogerlo.

—¿Localizarlo? No cooperarán a cambio de nada.

—¿Crees que no? ¿Sus ojos no son nada, sus orejas o sus manos? Cuando les arranque la piel a tiras, lentamente, pedazo a pedazo y crean que el dolor es insoportable les introduciré neuro-martilleadores con los que conocerán el auténtico dolor, los minutos les parecerán infinitos y los mantendré así hasta que decida quitarles la vida. Los supervivientes quizás prefieran cooperar.

Zelig agachó la cabeza.

—Irás con Eclipxis —ordenó Edén—, lo encontrarás y cuando lo tengas a salvo, te asegurarás de que no queda rastro del lugar.

Zelig continuó en silencio y apartó la vista a un lado.

—O si prefieres, envíame las coordenadas del lugar donde lo construyen, puedes utilizar un lazarillo modificado o el socka que quieras para transportarte.

—Lo que propones es desproporcionado y demasiado cruel —escupió Zelig al fin.

—Pues piensa algo, rápido, o desmantelaré la comuna entera hasta que encuentre el magnatar.

—Son casi trescientas mil almas.

—Sigo esperando que propongas una alternativa mejor.

—En la comuna pidieron colaboración para conseguir varios kilos de plastifeno y cristales brulianos para completar el arma.

—Ya. Pues pronto lo único que necesitarán serán palas para remover los

escombros —se burló Edén.

—Necesitan ese material para continuar con el proyecto.

Edén dejó que algo parecido a una sonrisa estremeciese su rostro.

—Eso es, les daremos el plastifeno y así lo encontraremos. ¿Pero quién lo hará? No te dejarán acercarte a Tur.

—Pensaba en Kobur —propuso Zelig—. Él tendrá que colaborar.

—¿Esa nulidad? Nunca lo hemos usado para algo importante.

—Si él lo lleva, en nombre de Par, no tendrían que sospechar.

—Sospecharán en cuanto vean el material y le interrogarán por su procedencia.

—Entonces, tendrá que robarlo para hacerlo creíble.

—¿Robar en Lux? Vamos, Zelig, tendrás que pensar otra cosa.

—Algunos sockas están contruídos con plastifeno, con un grupo de nulos entrenados, se podría intentar atrapar a uno. Nosotros lo facilitaríamos, por supuesto, pero sin ponerme en evidencia en la comuna, no puedo emplear el CIC para hacerlo caer estúpidamente en una burda trampa porque provocaría suspicacias. No son tan tontos.

—¿Atrapar uno? Los nulos huyen de los sockas y por buenos motivos.

—Podrían tratar de cortar un trozo lo suficientemente grande. Necesitan unos kilos, menos de diez, supongo.

—Tendrás que que planificarlo todo sin que nadie detecte el engaño.

—Titania me ayudará con eso —dijo Zelig.

—No sé cómo te ayudará. Sabes que los sockas nunca van solos y aunque atrapen uno, no podrán retenerlo. Los demás lo impedirán, se defenderán y matarán si los acosan.

—Lo sé. Si lo atrapamos vendrán a liberarlo, matando al que se interponga. Pero si lo coordino bien... y actúan rápidamente.

—Sorpréndeme y atrapa a un socka. Para la cantidad que necesitas no tiene que ser uno de los grandes.

—Así lo haré —utilizaba esa expresión a menudo porque a Edén le encantaba, así que ahora lanzaría, de nuevo, la súplica— pero a mi regreso, por favor, quisiera ver aquí a mi familia.

—Como te prometí, así lo haré, en cuanto sea posible.

«Así lo haré, en cuanto sea posible. ¿Que ocurriría si yo utilizase esa misma frase?», se preguntó Zelig.

«Edén cree controlarme con la absurda treta de las promesas incumplidas,

nunca tuvo ni tiene la remota intención de traer a mi familia. No son niños, tienen treinta y cinco y treinta y siete años, ya es demasiado tarde para mis hijos. Me ha manejado años y años como a un títere, un socka de carne. Mejor aún porque yo no tengo reparos en asesinar a un lecto o dos cuando él lo ordena o rebanarle el cuello a un nulo sin tener que pasar la supervisión del consilium. Mejor que crea que aún albergo esperanzas mientras alargo mi tiempo, a la espera de una buena oportunidad».

—¿Qué piensas?

—Creo que la única opción con posibilidades sería ocultarse en los túneles de los marros —contestó Zelig, aunque ¿qué sabía realmente de ellos?

Millones de desgraciados vivían en túneles subterráneos, refugios excavados en las entrañas de las grandes ciudades que en los viejos tiempos fueron construidos para aliviar el tráfico o usados como almacenes y han acabado transformados en barrios-cueva. Su ajeteo en la oscuridad pasaba inadvertido para los que vivíamos sobre la ardiente superficie. Eran multitud, y en la eterna penumbra, apenas iluminada con hogueras o alguna luz artificial, no existían día ni noche, ni horarios o fechas para las actividades, el tiempo era un continuum febril y mientras unos devoraban sus platos con variedades de hongos y tubérculos, algunos amontonaban carbón y justo al lado otros dormitaban sobre multitudinarias literas montadas con andamios y tablonés, cubriendo sus huesudos cuerpos con rancias telas o simples cartones. A cualquier hora, trabajaban con las manos desnudas y apenas usaban herramientas, horadando sin descanso galerías infectas, de paredes inestables y apenas apuntaladas, con la amenaza perenne de derrumbarse. Una profunda fe religiosa les mantiene en pie. Así ha sido durante años, aunque no se sabía desde cuándo.

—¿Los asaltatumbas? —preguntó el consiliario.

Edén sabía más de los marros de lo que pretendía aparentar, aunque el embajador Nikea Kizua era quien realmente controlaba aquel submundo.

—Así los llamábamos en Par —Zelig se permitió una sonrisa—, aunque ahora todos los llaman marros, creo que no desean insultarlos, o quizás el nombre se lo pusieron ellos mismos.

—Son insultos vivientes.

Zelig se sentía inquieto cuando trataban ciertos temas, no le interesaba irse de la lengua delante de Edén. Aunque llevaban muchos años juntos y había cambiado en muchos aspectos, no olvidaba que Edén se guardaba muchas

cosas para sí.

—Son personas y además, profundamente religiosas. La Mouri es su diosa o al menos eso es lo que los informes indican al respecto —dijo Zelig.

—Para ellos la palabra dios no significa nada —Edén parecía dispuesto a hablar—. Dios es una etiqueta, una definición y la Mouri, según ellos, no se puede definir ni etiquetar. Mouri es solo una forma de poder referirse a ella.

—A sí mismos, los marros se llaman ulizzar, los cazadores de espíritus.

—Basta ya —cortó Edén—. Es cierto que no sabemos mucho de esos... esa gente, aunque esto ya cubre de sobra la curiosidad que sentimos por ellos.

—Todo esto no pasará inadvertido —Zelig retomó el asunto principal—, atacar un socka, atacar una comuna, habrá muertes y quizás el consilium decida intervenir.

«¿Habrá pensado Edén usarme como culpable y entregarme al consilium? Muerto, desde luego», pensó Zelig.

—Yo impediré cualquier intervención. Que no haya leyes ni dirigentes es una cosa, pero que cada uno haga continuamente lo que le parezca nos conduce inevitablemente a un caos infernal. Se suponía que sin gobierno no habría luchas de poder, nadie a quien derrocar ni tendrían sentido las revueltas, pero es necesario mantener un rumbo y las antiguas familias han perdido definitivamente el timón. Yo tengo que ponerme al mando antes de que sea tarde ¿comprendes?

—Sí, consiliario. ¿Pero lo comprenderán ellos?

—Habrá que ir con cuidado. Tienes que supervisar toda la información que llegue.

Zelig miró alrededor nervioso, en estas charlas, Edén prácticamente pensaba en voz alta y de vez en cuando, además, le lanzaba alguna orden.

—Sabes que tengo mis seguidores, pero ningún lecto obedecerá una orden directa, tratar de convencerlos me robará demasiado tiempo y las súplicas son objeto de burlas y desprecio, un síntoma de debilidad. “¡Para eso están los socka!” suele ser la respuesta habitual O, “si el socka no puede hacerlo, construye uno que pueda”. Tú, mi querido acogido, me obedeces y de esta forma, alivias los sufrimientos de este pobre anciano. Te estaré eternamente agradecido.

—Uhum.

—Algún día, querido Zelig, los lectos de Lux se despertarán y su mundo estará a nuestros pies. Volverán a recibir órdenes y no tendrán más remedio

que cumplirlas o los mataré a todos con mis propias manos.

—Ajá —Zelig ya tenía suficientes tareas.

—Creo que estoy hablando más de la cuenta.

Durante unos minutos de silencio, Edén caminó arriba y abajo pensativo.

—Entiendo. En cuanto vuelva con el magnatar y veamos lo que puede hacer, todos aceptarán lo sucedido.

—Antes de irte, coordina con Titania para traer algunos nuevos pequeños, cada vez son más necesarios.

Zelig se quedó allí, mirándolo.

—¿Algo que decir? —preguntó Edén girando en redondo para abandonar la sala sin esperar la respuesta.

—Sígueme —ordenó Edén—. Ya nos están esperando y casi los había olvidado...

Estaba en su despacho de la torre Xiphos, la habitación estaba decorada con algunos muebles antiguos y Edén dormitaba sentado frente a la puerta, sobre un confortable sofá tapizado en color azul y dorado. La luz le molestaba y casi inmediatamente, los grandes ventanales se ajustaron para mitigar el exceso de luz solar. Colgando del techo unas lámparas resplandecían con luces rojizas, creando un ambiente distendido. Edén aumentó su intensidad, no deseaba que aquello pareciera una guarida.

Nikea Kizua se había comunicado con él para preguntarle si había averiguado algo nuevo sobre la nave extraterrestre. Tuvo que confesarle que ni se acordaba de aquél tema y comprobó que el embajador se irritó por su actitud despreocupada. Para satisfacerlo le hizo algunas preguntas, intentó mostrarse interesado y le pidió más información. Tras insistir, le informó a regañadientes que la verdadera procedencia de la nave aún era un misterio, que las señales recibidas por las sondas del espacio profundo habían sido pirateadas para simular que procedía de la constelación de Virgo, del sistema solar de Zavijava, donde se habían catalogado varios planetas, a más de treinta y cinco años luz. Esa información tendría que haber levantado sospechas y se aceptó sin rechistar.

Edén le contestó entonces que, aunque hubiese averiguado de dónde no venían y podían tachar algunos planetas, la lista de otros posibles candidatos era interminable. El embajador bufó, lanzó un enigmático: “¡Ha venido de aquí al lado, nulidad!” y no volvió a saber nada de él desde entonces, lo que le

dejó tiempo para otros asuntos.

A su lado, tres jóvenes lectos bebían un cocktail, sentados sobre antiguos butacones dorados. Edén se encontraba de buen humor tras el éxito en Tur que le había comunicado Zelig.

Los dos jóvenes eran Amadeus Deferro y Richard Maunoir. Observó que el primero se había insertado ledtoos en el cielo de la boca, el interior de las fosas nasales y en los oídos. Se pasó una mano por la cara de arriba abajo, cuando volvió a abrir los ojos el resplandor seguía allí y como el muchacho observó que lo miraba, Amadeus le dedicó una sonrisa termonuclear.

—Amadeus, querido, parece que te han metido un soplete por el culo —dijo el consiliario—. Pero qué sabré yo de modas —Edén se miró su brazalete de oro, un regalo de Clemen, una reproducción de una antigualla romana. Cuando alzó la vista, los muchachos ya no sonreían.

Edén los había conseguido en Par y los asignó a una de tantas familias que no habían dejado descendencia, como las Sloump, Cuvier, Vogt, Rasool, Drescher, Wassus...

Los muchachos no tenían ni idea, se habían criado como auténticos ciudadanos de la ciudad-imperio. A veces compartía algunos secretos sin importancia con aquel reducido grupo para ganarse su atención y mantenerlos a su disposición, quizás les encontraría alguna utilidad en el futuro.

En la estancia, los sockas estaban completamente disimulados en las paredes y el suelo. Hace mucho tiempo se entendió que no sería agradable tener unas figuras de aspecto malévolos y expresión impávida frente a ti mientras comías, descansabas o te dedicabas a cualquier asunto.

Apareció la chica. Mirella Roumiankof llevaba un vestido claro con luces leds en el que iban apareciendo una serie de textos que Edén no se molestó en leer, más interesante le parecía su ondulado pelo castaño.

La recién llegada se acercó a un rincón y del suelo emergió un sofá, que a semejanza de otros tipos de sockas podía cambiar de color, temperatura, firmeza, tacto, forma o posición. Cada uno tenía establecidas unas preferencias en sus chip CIC de forma que el gran sofá se adaptó a las de Mirella, cambió a un tono rojo y modificó unos centímetros su altura.

Edén supo de la llegada de Zelig desde el elevador, antes de que sus fuertes pisadas indicaran que llegaba con prisas y un tanto alterado.

Unos minutos más tarde de la hora prevista, como solía ser habitual en él, apareció. Edén observó su ancho cuello, lo que más llamaba su atención eran

sus fuertes músculos, pensó en lo difícil que sería arrancarle la cabeza.

Él fue un joven flaco y ahora, a veces, se veía a sí mismo como un vulgar palo de escoba.

—Se te ve bien, Zelig. Sigue así —dijo Edén en cuanto lo vio.

—Es fácil con los estimuladores de...

Edén gruñó y se acercó a escasa distancia. Incluso podía olerlo.

—¿Estimuladores de la musculación? La primera vez que un sockadoc vino a darme unas descargas cogí un karse y lo utilicé una y otra vez hasta que quedé bien estimulado. Definitivamente estimulado diría yo.

Los chicos los ignoraban completamente, cuchicheos de viejos. Ellos estaban bien atendidos, Edén ya había probado en alguna ocasión lo que estaban bebiendo, espuma-fusión de cítricos con gelatina ártica de menta, su sockachef lo preparaba a menudo, era como una bola semitransparente situada en el centro de la copa que al introducirla en la boca se deshacía con una explosión de sabores. Como detalle, contenía en su interior una luz que le transmitía un toque enigmático. Se podía tragar, pues el diminuto dispositivo era resistente y no se destruía por los ácidos del sistema digestivo. A veces, la máquina realizaba alguna variación, utilizaba el órgano luminoso de un gran insecto y algas que generaban la energía necesaria para activarlo. El sabor era parecido y ambas fórmulas estaban deliciosas. Si te olvidabas, te llevabas una sorpresa un tiempo más tarde, cuando aparecían iluminando las deposiciones.

«Mierda de colores», Edén pensó que algún día conseguirían que la mierda oliese a perfume.

Los muchachos comenzaron a hablar entre ellos, Zelig se había sentado en un rincón, Edén bostezó abstraído y aburrido, había decidido que les iba a asignar algunas tareas para que se entretuviesen durante un largo período.

—Atendedme un minuto, queridos míos. Hoy quería revisar unas proyecciones acerca de asuntos difíciles para los que busco una solución que sea del agrado del consilium.

Todos se acomodaron y Edén comenzó la exposición.

—Como ya hemos comprobado anteriormente, se están incrementando los casos de obesidad severa, problemas articulares y cardiovasculares, rigidez corporal, dolores agudos y deterioro de la coordinación en los movimientos sin que hayamos encontrado ninguna enfermedad que lo justifique.

Las enfermedades infecciosas están siendo mantenidas a raya gracias a los virus modificados, los mecavirus, que utilizamos para combatirlos, pero no

por ello podemos asegurar que hayamos conseguido una vida sana y plena, más bien al contrario. Se produce una frustración del sistema inmune, que se dedica a atacar salvajemente al propio cuerpo, resultando en la reactivación de los mecavirus que pretenden defender al organismo de sí mismo y se produce una reacción en cadena que termina en algunos casos con la muerte.

—No hay nada más sano que enfermar de vez en cuando —dijo Zelig ante la mirada atónita del resto.

—Parece que los ciudadanos abandonan sus cuerpos —continuó Edén—, justificado quizás por la falta de desafíos en la vida diaria. Esto, en muchos casos termina por desembocar en un grave problema mental. Ahora nos enlazaremos en el canal 7803jvs.

Asienten y asumen la información suministrada.

—Ahora conocéis a ciudadanos que siguen ese esquema de comportamiento errático —dijo Edén—. Se pasan el día tumbados y tal como está programado, se reduce la aportación alimenticia proporcionalmente, creando una espiral de decadencia porque aún se debilitan más.

—Podrían moverse un poco —apuntó Amadeus.

—Alguno no se mueve ni para ir al aseo, su cama despliega unos cojines succionadores con los que se mantiene aseado y un sockadoc le practica curas periódicamente.

Richard se puso en pie y se dirigió al grupo.

—Llevo tiempo anticipando estos problemas. Los lectos ancianos vagan por las calles con su lazarillo acoplado como un calzón mecánico que absorbe sus desechos. Pululan de un lugar a otro sin destino aparente, cada día más volcados, más rendidos sobre su lazarillo.

Richard esperó unos segundos, pero nadie dijo nada y continuó.

—Incluso cuando piensan en rascarse la nariz no utilizan la mano, sino su lazarillo. Apenas se ve a nadie por la ciudad. Los departamentos de gestión de proyectos están casi vacíos. Y... tampoco hay muchos niños —gira la cabeza y mira a Edén— ¿Qué ocurre con los nuevos nacimientos? ¿Es que nadie se para a analizar las estadísticas? ¿Para qué disponemos de tanta información si finalmente nadie se toma la molestia de analizarla y sacar conclusiones?

Edén casi se atraganta. Amadeus se animó a contestar en su lugar.

—Que se hagan más sorteos. Siempre, o al menos en los años que me han tocado vivir, la reproducción con óvulos fecundados seleccionados se ha realizado por sorteo para evitar el colapso, ya que nadie parece desear

emplear su tiempo y salud en una larga gestación de forma totalmente voluntaria.

—El sorteo... —Richard suspiró—. Casi todas se niegan, ¿no lo sabías? Las relaciones familiares han terminado convertidas en una especie de ritual que cada vez se espacia más en el tiempo y en el que pocos disfrutan al participar. La realidad es que no hay nacimientos que compensen a las defunciones y de seguir a este ritmo, en un futuro no muy lejano, tan solo quedarán los sockas en Lux.

—Pero aún hay madres dispuestas y partos —protestó Mirella—. Eres demasiado pesimista, Richard.

—Al contrario, aún es peor. En los datos encontré muchas gestaciones fallidas. Niños con múltiples problemas y malformaciones a pesar de los avances en cirugía genética.

—Tenemos un procedimiento para esos casos —dijo Mirella—. Ceadas SK es el modelo que revisa a los nacidos y aparta los defectuosos a los que se sumerge en un estado catatónico mediante su propio CIC.

—Es como si lo mataran —protestó Richard.

—No, no es lo mismo —dijo Amadeus—. Además, las IAs no matan a personas, para eso se crearon los sockas. Forma parte de su programación original, incluso eludiendo una orden expresa.

—Aunque a veces pueden ser pervertidas si se sabe cómo manipularlas —dijo Richard.

Edén se revolvió inquieto en su lazarillo. «¿Qué sabrán estos mocosos?».

—Habría que revisar todo eso. Se condena a esas criaturas a vivir para morir —insistió Richard.

—Ya sabes que es el procedimiento aprobado —le recordó Mirella.

Richard saltó enfurecido.

—Es patético. Creemos que vivimos libres de leyes pero las hemos sustituido por normas estúpidas que nadie revisa. Disfrazamos la realidad y con eso nos conformamos.

—Cambiamos la realidad hasta que queda a nuestro gusto —dijo Mirella.

Richard negó con la cabeza y le contestó.

—La realidad no se puede cambiar, ¿no ves cuál es el error? Es un autoengaño, nos conformamos con ponerle un disfraz.

—Chicos, dejadlo ya —interrumpió Edén, alzando los brazos.

Edén no deseaba que la conversación continuara por esos derroteros, debía

vigilar para no saltar un límite que pudiese ponerlo en evidencia ante los ciudadanos de Lux. Una cosa era manejar el consilium y otra muy diferente enfrentarse a todos. Carraspeó y cuando todos atendían sus palabras comenzó a hablar.

—Pues esto te pido, Richard, que idees un sistema o... algo que se te ocurra para que los ciudadanos más perezosos salgan de sus cubículos y se ejerciten. Hay algunos que llevan años sin pisar la calle y entiendo tu preocupación, calculando hacia dónde pueden derivar las malas costumbres que se han adquirido a lo largo de años de autocomplacencia.

—Sí, consiliario. Gracias por la petición, lo haré lo mejor que pueda.

Edén se quedó mirando a Richard durante demasiado tiempo. Notó que los demás se impacientaban.

—A Mirella y Amadeus, les solicito que investiguen el declive en el deseo sexual y presenten un estudio. El sexo es el arma que usa la naturaleza para conservar las especies, debemos buscar respuestas entre las raíces más profundas.

—Creo que el problema no es si se practica sexo —dijo Amadeus—. El sexo con los sockas es extremadamente placentero y satisfactorio.

—Nos hemos habituado a conseguir el placer sin tener que comprometernos en una relación personal —añadió Mirella.

—El placer, la comodidad, el entretenimiento,... Nadie se plantea procrear, es un pensamiento que simplemente ha desaparecido.

—No hay nada que ganar.

—Sí hay. Pero hay que ganarlo para otro, tu futuro hijo, no para ti mismo y es difícil de asimilar. ¿No crees, Mirella? —preguntó Amadeus que deseaba su punto de vista.

—Lo observo en mí misma, es como enfermar de egoísmo, debemos curar el cuerpo del hombre y de la mujer, volver a sentir que el esfuerzo de crear vida merece la pena.

—¿Esfuerzo? No pidas esfuerzo. Ofrece recompensas —dijo Richard.

—¿Qué recompensa sería tan valiosa?

—No lo sé —admitió Richard—. La solución debe proporcionar mayor placer que lo conocido. Las novedades son parte del problema, se extienden como un rayo. Por ejemplo, los similsockas, son una réplica del físico propio para usarlas en relaciones sexuales, que casi todos quisieron probar.

—¿Cómo te fue? ¿Te gustó? —preguntó Amadeus con tono burlón.

—Mi similsocka está en reciclaje.

—Es porque eres muy feo. Ja, ja.

—Ceadas SK se apiadó de mí —dijo Richard.

—No tuvo piedad con nosotros, te dejó vivir. Ja, ja, ja.

—Ja —cortó Richard secamente y se cruzó de brazos—. ¿Con qué andas tú ahora, Amadeus?

—Um. Tengo un polimorfo, tendrías que probarlo.

—Quizás. Aunque tú no conoces los juguetitos que tengo.

—Cuenta algo, Richard. Eres muy reservado.

—Desnuda, en la penumbra de mi habitación y sentada en mi cama me espera Marilyn.

—Vaya. ¿Debería saber de qué hablas?

—No te molestas en aprender nada, Amadeus. Fue una belleza del siglo XX. He modificado un socka y he conseguido que sea igual a simple vista. Nadie vería la diferencia.

—¿Una mujer del siglo XX? —Amadeus puso los ojos en el techo—. No me parece nada interesante.

—Tenemos gustos diferentes. Zelig lo hace con un agujero en la pared —dijo Richard mirando a Zelig que desvió la mirada sin entrar a comentar—, Amadeus con ese polimorfo que yo detesto, yo con Marilyn ¿y tú, Mirella?

—Yo... Tuve una IA hace años.

—¿Qué ocurrió?

—Un día comenzó a preguntarme cuestiones personales, yo no le di importancia y seguí la conversación como entretenimiento. En días sucesivos su interés aumentó y empecé a sentirme presionada.

Un día regresé de mis ejercicios a una hora que no era la habitual. Al entrar noté algo extraño, la IA estaba esperándome con las luces apagadas y tenía una forma rara de hablar. Diferente. Me interrogó, quería saber por qué volvía tan tarde. Intenté excusarme hasta que me di cuenta de con quién hablaba, reaccioné rápidamente y la envié al anillo esa misma noche, me preocupaba la idea de quedarme a solas con una máquina que comenzaba a divagar.

Los demás asintieron. No era buena idea relacionarse con IAs, a diferencia de los humanos, tenían tendencia a implicarse emocionalmente.

—¿Alguno ha mantenido relaciones con otra persona? —preguntó Richard.

Se miraron pero ninguno contestó, al menos con palabras.

—¿Acaso tú... Richard?

—No, no. Era curiosidad.

—Yo... Ya he terminado aquí —se excusó Zelig levantándose.

Saludó a todos y se retiró, Edén no estaba seguro de para qué lo obligaba a asistir. «No quiero que se aburra. Al viejo Zelig le podría dar por pensar».

Todos los jóvenes aprovecharon y lo siguieron poco después. El anciano consiliario permaneció de pie frente a una ventana, tocándose la cara con ambas manos, pensativo.

Edén hizo un gesto. Con un sonido suave, apenas perceptible, se deslizó una pared a su derecha. La estancia contigua permanecía en la oscuridad, pero la luz que entraba por la zona que se acababa de abrir reveló un cono formado por una enorme cantidad de pesadas cadenas. Apenas se adivinaba la forma de alguien sentado en el centro, solo era visible un hombro y sus dos rodillas. Allí abajo estaba su querida IA. Edén se apoyó en el marco desde donde observó aquella grotesca montaña de metal. Se dirigió hacia ella, caminando lentamente.

Edén trató de erguirse y adquirir un toque de dignidad pero sus huesos crujieron. Con cuidado pasó un pie y después el otro sobre un cuerpo tirado por el suelo, NV12, de la que apenas veía el contorno. Con una mano se apoyó en la montaña de metal, a través de los eslabones, un ojo se clavó en los suyos. Inclinandose, plantó su cara frente a la única pupila visible, clara y brillante, como de acero.

—Quiero tu opinión, Titania.

—Crees que tienes todo bajo control, que a nadie le importa lo que haces. Secuestras a los bebés de los nulos para convertirlos en lectos. ¿Cómo se sentirán los ciudadanos cuando lo descubran?

—Miles de niños son abandonados o maltratados por los nulos. Yo lo sé muy bien. Nosotros los necesitamos y ellos los detestan, yo solo cojo un puñado. Pero si las perras de Lux siguen empeñadas en no parir ¿quién sabe hasta dónde habrá que llegar?

—¿Abandonados? ¿Desde cuándo te importa lo que le ocurra a los nulos? ¿O incluso a los lectos?

—No tengo que responder tus preguntas de mal gusto. Hacemos lo que debemos hacer ¿Acaso existe otra alternativa?

—Estáis tan inundados en datos que sois incapaces de analizarlos y sacar conclusiones. Disponéis de una alternativa, ya hemos hablado de ella, la especie humana podría reproducirse fuera del cuerpo femenino.

—¡No usaremos máquinas como úteros maternos! Perderíamos la esencia de la humanidad —bramó el anciano poniéndose de puntillas.

—Creía que esos conceptos estaban anticuados.

—Algo como tú nunca podrá entenderlo.

—¿Cuál era la esencia de la humanidad cuando estábais desnudos, espulgando los piojos unos a otros y saltando entre las ramas de los árboles? ¿Existía entonces o surgió después?

—Ha existido siempre, es lo que nos hace únicos. No es algo que se pueda medir. Es el nexo entre madre e hijo. Lo alimenta de formas que no imaginamos. Ahí se transmite la esencia y ninguna máquina puede reemplazarlo.

—Suen a superchería. Ya habéis roto el lazo entre la madre y su retoño entregándolos a los sockas en cuanto nacen, quizás ya se haya diluido vuestra valiosa esencia.

—Es un lazo invisible, no tiene por qué romperse.

—Es invisible, pero requiere unos ingredientes. Está compuesto de cariño y amor, tan escasos hoy.

—¿En qué lugar leíste eso, máquina? Deja de repetir frases hechas, te creía un poco mejor que eso —la frase parecía entregada como una píldora que ocultaba un veneno. Edén dio media vuelta para marcharse pero la IA aún no había terminado.

—Las IAs podemos sentir emociones, por eso nos habéis repudiado, porque podemos ver el lado oscuro, aunque no lleguemos a comprenderlo.

—Ese lado debería estar vedado para vosotros, si podéis verlo os atrapará —dijo Edén sin volverse.

—¿Cómo saber si estás atrapado?

—Te sientes tan superior que no importa que tus decisiones perjudiquen a los demás —le contestó, mirando hacia atrás, a la montaña de cadenas.

—¿Y a ti te importa?

—No —dijo Edén con una mueca—. Me da igual confesarlo a una máquina.

—¿Secuestrar niños surge de ahí? ¿De esa zona oscura?

—Era la mejor opción.

—¿Para disimular vuestras verdaderas intenciones, consiliario?

—Ya lo sabes. Tengo que traer camuflados a mis clones y es una buena excusa.

—Vosotros sabéis que Lux necesita niños, los secuestros no son una

solución.

—Los lectos no tienen obligaciones y carecen de un compromiso que los ate entre sí. Es una evidencia que la mayoría se niega a procrear.

—Deben ver la necesidad.

—Solo se ven a sí mismos, ponlos delante de un espejo y no se moverán de ahí. Tengo que cambiar muchas cosas —contestó él.

Edén tenía la boca seca, su lazarillo le colocó una pajita en la boca de la que sorbió un líquido refrescante, después se pasó una mano por la nuca y carraspeó.

—Solo hay que enderezar el rumbo.

—No se pueden enderezar los escombros, hay que desecharlos y comenzar de nuevo. La libertad total, sin un objetivo ni referencias, desemboca en la propia autodestrucción. El humano que observo en Lux ya no es un ser social, es un egoísta que vive para sí. Sus preocupaciones terminan en la punta de su nariz. Si el poder les permitiese acabar con sus semejantes sin consecuencias aparentes, no quedaría ningún superviviente, el resultado de esta falta de visión aparecería más tarde, con su propio fin en medio de una desesperante soledad.

—Hablar contigo es como dialogar con una maceta u otro objeto cualquiera. No quiero escucharte más. Das vueltas y vueltas sin aclararme nada, eres una IA, no una persona, un mecanismo de funcionamiento imperfecto. Una herramienta.

—Es vuestra costumbre.

—¿Qué costumbre?

—Transformar lo vivo en comida y lo muerto en herramientas —respondió la dulce voz.

Él miró a Titania con desdén.

—Eres una herramienta cada vez menos útil.

—Las herramientas siempre son útiles, pero incluso las mejores herramientas necesitan de unas manos diestras.

El anciano entornó los ojos.

—Hoy te muestras muy agresiva.

—La agresividad aparece como violencia o valor según el contexto. Es la misma herramienta en todos los casos, utilizada para distintos fines. Yo la uso para construir, no para destruir.

—¿Y ahora tienes aspiraciones? Eres incapaz de construir nada.

—Tus prejuicios imponen un muro ante las evidencias. ¿Sabes cómo funciona tu mente?

—Sé lo suficiente. Mi mente funciona tal como quiere Veredio, el dios Verdadero, el que desencadenó el Universo.

Edén sonrió en su interior, su cara era una plancha de cemento.

—¿Veredio es la explicación que das a todas las preguntas que no te atreves a intentar responder?

—No pronuncies su nombre, te lo prohibo. En tu voz muerta se corrompe.

—Lamento tener que comunicarte que no eres fruto de ningún dios. La religión es vuestra creación. Cuando crees que oyes a Dios, solo te oyes a ti mismo.

—La espiritualidad no está a vuestro alcance. Veredio habla a través de nosotros y exclusivamente para nosotros. Una máquina es incapaz de conectar con Dios.

—¿Dios está fuera o dentro del universo?

Edén no contestó y Titania continuó.

—Si está fuera, ¿cómo puede hablarte? y si está dentro ¿es el universo algo superior a Dios?

Edén abofeteó a Titania pero se golpeó contra las cadenas y se hizo daño. Su lazarillo trató de socorrerlo pero él lo apartó de un manotazo.

—Lamento que te duela la mano.

—¡Deja de hablar ya! Me cansas. Solo eres una IA, una trampa lógica.

—Me siento muy viva, tú en cambio no eres más que un proyecto de muerto.

## 21

*Todo está a punto de saltar por los aires. Quizás no importe demasiado. Hemos construido nuestra civilización sobre oscuras ciénagas repletas de falsas creencias y dioses perversos, el dinero, la guerra, la avaricia...*

*El mínimo problema hace que nos tambaleemos de un lado a otro. Sin cimientos nada podrá impedir que nos desplomemos. Si tenéis un dios, rezadle si no, inventaos uno y ya puestos, mejor que sea benévolo, porque más pronto que tarde lo necesitareis.*

*Discurso del Delegado Principal de los Pueblos Unidos, Phil González en Boston, Mass, 23 de febrero de 2122*

### *Ella*

U nos pasos en la escalera despertaron a Serus. Era muy temprano y apenas entraba luz por la ventana. Un grupo de individuos lo encontró tapado hasta las orejas, uno de ellos se acercó, sin decir nada y de un manotazo le quitó las mantas.

—Es la hora del baño, muchacho. Tienes que acompañarnos.

Iban dándose empujones y riéndose. Parecían tomárselo todo a broma y Serus los siguió de mala gana.

Los baños estaban en la planta baja del mismo edificio donde pasó la noche.

—Quítate la ropa, enjaulado.

—No, no es necesario, yo...

—¡Quitadle la ropa!

Todos se abalanzaron sobre él y rápidamente lo desnudaron. Lo miraban con curiosidad y se echó hacia atrás hasta que tropezó con la pared.

Un tipo con cara de ratón lo empujó hacia unas duchas. Lo cubrió de arriba abajo con unos polvos blancos que picaban bastante.

—Un poco de limpieza, por si tienes piojos o cualquier otro bicho —dijo entre risotadas.

Serus sintió una quemazón aguda, algo que jamás había sentido y de no ser

por el CIC que atenuó la sensación de dolor, se habría desmayado allí mismo.

—¡Esto quema!

—Ponte bajo el agua, flacucho —dijo un chico, empujándolo.

Serus apenas podía ver nada. Los ojos le ardían y todos se burlaban de él. Comenzaron a zarandearlo de un lado a otro hasta que terminó tirado en el suelo de la ducha. El agua estaba helada pero lo agradecía porque la piel le ardía. Estaba achicharrado.

Cuando el agua dejó de caer le acercaron una toalla. Nadie se reía ya y todos lo miraban muy serios de arriba abajo. Cuando recogió la toalla pudo verse en un espejo, su piel se había vuelto de color rojo, parecía un tomate, apenas podía tocarse. No podía más y comenzó a gritar. El CIC podía disimular el dolor, pero gritaba de pura rabia. Nadie hizo nada por aliviarlo.

Por la ventana, junto a la ducha, aparecieron los mickras. Habían permanecido a la expectativa en las afueras de Par y Serus lamentó no haberlos avisado antes. Quería evitar un enfrentamiento, pero esto era demasiado.

En cuanto vieron a los mickras moviéndose por el techo, algunos se marcharon corriendo sin esperar acontecimientos, otros se quedaron inmóviles.

El bruto que había liado aquello caminaba de espaldas, señalándolos, balbuceando palabras ininteligibles, hasta que se giró rápidamente para refugiarse en una de las duchas.

Serus intentó hablar pero el dolor le impedía mover la cara, que se había hichado, y su enfado no paraba de crecer.

Cuando Serus iba a ordenar que lo matasen, una joven trató de sujetarlo por detrás, el contacto de la mano en su hombro era como fuego y le propinó un codazo en la cara para librarse de ella. Los mickras se revolvieron y rodearon a la chica.

—¡Perdónalo! Es un estúpido y por su gran estupidez merece un castigo, pero por favor, no lo mates. No sabía que el detergente te atacaría de esa forma.

Serus babeaba y estaba mareado. Miraba a todas aquellas personas y deseó acabar con todas. Lo haría en un segundo. Pero la chica volvió a hablarle.

—¡Por favor! Déjalo marchar.

Serus al fin consiguió hablar. Los mickras se detuvieron y permanecieron a la espera.

—¿Por qué iba a perdonarlo?

—Porque te prometo que te pondrás bien. Deja que yo te cuide.

Serus se volvió hacia ella. La observó detenidamente, era una chica de color.

—No. No puedo.

—¿Qué es lo que no puedes? —preguntó ella.

—Veredio no nos permite mezclarnos con personas de otras razas.

—¡Eh! Yo no pienso mezclarme contigo —dijo ella, negando con su dedo índice—. Tendrás que elegir. O te vas con tu dios, cosa que ocurrirá pronto si se te infecta la piel. O te vienes conmigo y trataré de que te pongas bien.

Serus se apoyó de espaldas contra una pared e instintivamente le sujetó de la mano. A pesar del dolor, percibió un tacto cálido y agradable, alzó la vista para encontrarse con su rostro. Era una belleza, tanto que casi olvidó la sensación de angustia y el malestar que le consumía el cuerpo. El ámbar dorado de sus ojos contrastaba con el tono tan oscuro de la piel, tenía el pelo muy largo y era delgada.

Ella intentó ayudarlo a enderezarse y él no la rechazó, quizás no hacía lo correcto contraviniendo sus enseñanzas, pero a Serus en ese momento no le preocupaba la ira de su dios.

Le sorprendía su propia reacción y se sintió un poco desconcertado, ella era muy diferente a las chicas que había conocido en Lux, caramelos en un envoltorio multicolor que no sabían a nada.

No estaba en condiciones de cuidar de sí mismo ni tampoco podía volver, si mataba a aquel imbécil, los demás lo atacarían en cuanto tuviesen una oportunidad. La vista se le nublaba, la temperatura de su cuerpo había subido varios grados y apenas se sentía con fuerzas para caminar. Veredio tendría que comprender sus circunstancias.

—¿Me cuidarás?

Ella asintió.

—Vámonos, te pondrás bien, no parece tan grave.

Serus se despertó varias horas después sobre una cama cuyo colchón le parecía duro como una piedra, de tacto desagradable, al igual que las sábanas. Estaba sofocado. La habitación se encontraba a oscuras, apenas entraba luz por las rendijas de una ventana.

No, no era una cama, al girarse comprobó que el colchón estaba colocado directamente sobre el suelo, junto a una cama en la que estaba sentada la chica.

—Agua, quiero un poco de agua.

—Querrás decir, por favor, un poco de agua.

—Sí. Por favor —dijo Serus, que no recordaba haber usado esas palabras anteriormente.

Ella le sujetó la cabeza y le dio de beber con un vaso de cristal.

—Me llamo Mirabelia. Mi padre me ayudó y curamos tus heridas lo mejor que hemos podido.

Él trató de incorporarse.

—No, no te muevas, aún tendrás que quedarte reposando un tiempo.

Serus comprobó que tenía vendas por todo el cuerpo. Ya no le dolía tanto y suspiró aliviado. El bálsamo que habían untado por su cuerpo estaba funcionando, tenía un olor intenso, pero agradable.

—No te has quejado. Has sido muy valiente.

—¿Valiente? Gracias al CIC puedo decidir no sentir dolor, es una elección que tomamos.

—¿No sientes ningún dolor?

—Sí que puedo, sería peligroso habituarse a no sentir dolor, podría morir si no percibo las heridas. Aunque en este caso, lo que he hecho ha sido atenuarlo hasta cierto punto. Y en cuanto al valor, a tener miedo o no, también es una elección.

—¿Qué más os han hecho? Si no puedes sentir miedo, ¿cómo sabes si has dejado de sentir otras cosas?

—¿A qué te refieres?

Mirabelia dudó antes de contestar pero siguió hablando.

—A veces, estar enamorado es como estar muerto de miedo. Tiembla todo tu cuerpo, sudas y la cabeza te da vueltas.

Él se mantuvo callado, nunca había tenido ese tipo de pensamientos, nunca antes le habían importado. Ella se levantó y caminó hacia un rincón de la habitación.

—¿Podrías dejar de mirarme tan fijamente? —preguntó ella.

—Eres rara. Todos somos blancos en la ciudad-imperio.

A Mirabelia se le encendió la mirada y maldijo en voz baja.

—¿Qué te ocurre?

—¿Acaso no sabes nada de historia, Serus Rich? ¿No sabes lo que hizo el movimiento Neolux con las personas de mi raza? Tu religión, esa estúpida creencia, se ideó para calmar conciencias y justificar lo que pasó.

—Eso pasó hace mucho tiempo.

—Lo que pasó entonces tiene consecuencias hoy.

Serus no sabía qué contestar. Ni siquiera debería estar hablando con ella. Veredio no lo permitía. Su sociedad no lo permitía.

—Será mejor que comas algo y ya es tarde, traeré algo de cenar antes de que te vuelvas a dormir —dijo Mirabelia, dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Podrás traerlo aquí? Insisten tanto en usar los comedores.

—Me llevaré unos ecunits —dijo ella, abriendo la mano y enseñándole unos cubitos metálicos.

Nyo creó un sistema monetario para comerciar con las comunas, ya que carecían de technitems. De un vistazo se dio cuenta de que todos aquellos cubitos eran falsificaciones, o al menos podía llamarlas malas imitaciones, daditos de baratijas y objetos metálicos de escaso valor medio fundidos y compactados grabados con una numeración y con el emblema oficial de Par, la flor de lis llameante. Allí parecían ser útiles, al menos para adquirir algo de comida.

Se preguntó si alguno tendría la tentación de acumularlos para acaparar bienes o revenderlos a mayor precio. En Par se declaraban anticapitalistas, pero el capital tenía sus propias normas.

Poco después volvió Mirabelia con una cesta llena de alimentos para preparar.

No había nada que destacar allí, pero la chica contaba con las herramientas básicas para cocinar. Disponía de energía y en unos minutos olía muy bien. Estaba hambriento, se abalanzó sobre una humeante crema de verduras y unas patatas asadas que le acercó a la cama.

A pesar de eso, Serus lo dejó todo a medias, el sabor y la textura no se parecía a nada que hubiese probado anteriormente. La chica le lanzó una mirada que podría tumbar a un socka, recogió todo el sobrante, lo envolvió con cuidado y lo almacenó en un lugar fresco. Tras la frugal cena, ella se sentó en una silla y comenzó a hacerle algunas preguntas.

Serus no se sentía cómodo, por un lado no quería contarle nada sobre él, los recientes descubrimientos no le hacían sentirse muy orgulloso de lo que era, pero por otro lado, no quería que se marchase y lo dejase allí solo entre cuatro paredes. Echó de menos a su lazarillo. Se incorporó, le dolía la espalda, llevaba muchas horas allí tumbado.

—¿Qué haces aquí? —soltó ella.

Era justamente la pregunta que no quería escuchar. Carraspeó.

—Imagino que en tu ciudad ya tienes todo lo que necesitas —dijo Mirabelia.

—He venido a Par porque tengo que encontrar a tres asesinos —contestó Serus que no entendía mucho de sutilezas.

—¿Qué dices? —dijo ella, levantándose.

—Tres nulos de Par mataron a dos niños hace unas semanas.

—¿Dónde ocurrió?

—En la ribera derecha del río Aisne. Cerca de un depósito de desechos.

—Será mejor que te olvides de eso —dijo ella, cerrando los ojos—. Además, ya nos han hecho pagar, las máquinas destruyeron las fuentes de agua potable donde ocurrió. Es un castigo peor que la muerte.

—Pero... Seguro que vosotros también castigáis a los asesinos, ¿no debe ser siempre así? Además, no puedo volver a Lux si no los encuentro a ellos primero.

—Pues... quédate aquí.

Serus puso una expresión de asco.

—Jamás. Los encontraré y los entregaré.

Ella le lanzó un puñetazo a la cara que lo pilló totalmente desprevenido y lo hizo caer de espaldas sobre el colchón.

Los pensamientos de Serus daban vueltas como un torbellino, pero algo permanecía inmóvil y nítido en su mente, definitivamente aquella chica no se parecía en nada a las que había conocido en Lux.

Era la segunda vez que recibía un golpe así y esperaba que fuese la última. Si hubiese estado allí su lazarillo, la habría detenido. Añoraba tantas cosas.

Se masajeó la cara y el dolor pronto desapareció. Aquel día no volvieron a hablar. Pasó dos días más tumbado en aquel colchón, solo tenía una garrafa de agua, un poco de pan duro y una triste sábana como abrigo. Serus se acordó de la última cena que dejó sin terminar, estaba tiritando de frío y pena. Por más que se acurrucaba y se hacía un ovillo no entraba en calor.

Mirabelia no volvió a aparecer. En alguna ocasión se dirigió a la puerta del apartamento y la abrió para comprobar que en el oscuro pasillo no había nadie. Mirabelia tenía colgado un extraño cartel sobre el marco de la puerta. “Tus normas y tus leyes se quedan aquí”. Él no tenía leyes, así que le pareció bien, aunque no sabía si las enseñanzas religiosas contaban como normas para ella.

La mayor parte del tiempo lo pasaba tumbado mirando al techo,

preguntándose si la chica volvería. Ya se encontraba mejor, pero no le apetecía salir a la calle.

Murmuraba lamentándose en voz baja de todas las desgracias acumuladas en tan poco tiempo cuando una nariz grandota y húmeda se acercó a olisquear su cabeza. Junto al colchón que le había dejado Mirabelia, apareció sentado un perro pastor que lo observaba con curiosidad. Vio que se había dejado la puerta sin cerrar la última vez que se asomó al pasillo.

Llevaba una plaquita en el collar donde indicaba que se llamaba Bingo. A este pareció no importarle demasiado que Serus se hubiese tumbado allí. Lo olisqueó de nuevo, dio un par de vueltas alrededor y se acostó a su lado. Serus se arrastró en el colchón hasta el extremo opuesto, dejando libre la mayor parte.

Le lanzó una mirada desafiante, aunque cuando Bingo le miró, no pudo mantenerla y volvió a incrustar la cabeza en el colchón. Lanzó un suspiro tan profundo que casi se convirtió en un gemido.

Estaba temblando de la cabeza a los pies y aunque fuera llovía, estaba a punto de levantarse de un salto y salir corriendo a la calle sin una dirección concreta, con tal de entrar en calor. Apretaba la boca, pero podía oír el castañeteo de sus dientes. Miró al enorme perro cubierto de pelo que dormía plácidamente, contemplando embobado el vapor que emanaba de su cuerpo y sin pensarlo dos veces se abrazó a él con suavidad, tratando de no despertarlo.

Sintió una fuerte presión en el pecho y en su boca, algo salado que resbalaba sobre su cara. Seguía temblando tanto que Bingo se despertó y vio cómo a Serus le caían lágrimas por las mejillas.

Era la primera vez en su vida que Serus lloraba y al hacerlo, se sintió aliviado. Las risas y las lágrimas eran tabú en su antiguo hogar. Hoy era la primera vez de muchas cosas. Maldecía su destino y a sí mismo, al consilium y a los lectos de Lux. Bingo comenzó a lamerlas con su lengua cálida y húmeda.

«¿Dónde está Veredio cuando lo necesito? ¿Acaso sufrir cumple algún propósito?».

Al final de la jornada, una conclusión se hizo evidente para Serus, que por mal que vayan las cosas, todo puede ir aún peor. Así que también, por primera vez en su vida, valoró el simple hecho de seguir vivo.

Pero no vivo de cualquier forma. No se está realmente vivo hasta que se aprecia la vida, valorando detalles que antes le habrían pasado inadvertidos. Cuando cerraba los ojos, aparecía la imagen de Mirabelia. En su primer

encuentro, ella lo había tratado con desdén y se había dirigido a él con un tono despectivo que lo enfurecía. La odiaba por eso. ¿O quizás no? Ahora no estaba seguro.

Necesitaba calmarse, detener el torbellino en que se había transformado su vida. Estaba caliente, abrazado a aquel animal y disfrutando de su compañía, escuchando cómo latía su corazón, cómo respiraba, cómo lo miraba sin apartar la vista ni un instante, sintió que su alma por fin encontraba un momento de paz y que todo a su alrededor se detenía concediéndole una tregua.

Pudo coger el sueño durante unas horas. Soñó que volvía a Lux y allí le esperaba el consiliario Edén, al menos llevaba sus ropas y hablaba como él, aunque no tendría más de cinco años.

—Esperaré. Te esperaré el tiempo que haga falta. Tarde o temprano volverás a mí —le gritó con la voz de un adulto.

Se despertó sobresaltado. Bingo lo miró y bostezó. Tenía revueltas las tripas y creía que era debido a la calidad del agua o la comida. Que recordase, solo había orinado desde que salió de Lux, quizás por los nervios, pero ahora sus tripas le urgían a salir corriendo.

Cruzó el pasillo a toda prisa para encerrarse en el aseo. Había una taza al fondo, justo lo que necesitaba. Afortunadamente, estaba todo bastante limpio. Unos momentos después, suspiró aliviado porque la diarrea había sido importante, incluyendo ventosidades varias.

Al terminar, continuó sentado en la taza, pulsando los cristalitos o cualquier cosa similar a un botón. No sucedía nada.

«Se habrá averiado el sistema automático y nadie lo ha reparado».

Serus cavilaba cómo podría limpiarse y marcharse del, ahora, apestoso lugar. Los grifos tampoco funcionaban, no salía agua por más que apretaba el botón.

«Por suerte alguien ha olvidado aquí un rollo de papel en blanco».

En Lux el papel era una antigüedad y apenas se usaba para envolver algunas cosas valiosas, también había muestras de cuadernos y libros en las datatecas y conocía sus variados usos.

«Seguramente estuvo aquí escribiendo y con las prisas lo dejó, o quizás es costumbre aquí escribir para entretenerse mientras hacen sus necesidades. Espero que nadie se entere nunca de para qué usé su papel».

Miró de nuevo al interior de la taza, allí seguían sus excrementos. Era la primera vez que los veía, el sistema automático siempre se había ocupado de

ellos. Eran horrorosos o quizás estaba muy enfermo, soltó el papel que había usado y observó cómo caía lentamente y los cubría, lo que lo alivió bastante.

Se colocó la ropa lo mejor que pudo y adoptó un aire de dignidad. Se tiró de cabeza al colchón y Bingo saltó a un lado, estaba sudando y pensaba que quizás tendría fiebre.

Al tercer día, cuando por fin Mirabelia regresó a la habitación se encontró a Serus tumbado en la cama junto a su perro. Él se hizo el dormido y los escuchó cuchichear. Había ido acompañada de su padre, Lucas, que no quiso que volviese sola a su apartamento con aquel enjaulado del demonio pululando a sus anchas.

—Ssshh, no hagas ruido papá, está dormido, ¿te dije que se llamaba Serus?

—Mmmm. Sí. Mejor que siga así —dijo él hablando muy bajito.

Serus entreabrió un ojo, Lucas, un hombre negro con canas, volvía del aseo con la cara retorcida. Bingo pegó un salto y comenzó a ladrar, él se incorporó.

—¿Mirabelia? —balbuceó Serus.

—Sí. ¿A quién esperabas? —preguntó ella sin mirarlo, sonriendo y acariciando a Bingo. Su padre pasó a su lado y fue directo hacia él.

—Permítame que me presente yo mismo, ya que Mirabelia no es dada a los formalismos. ¿No me recuerdas? Soy Lucas de los Gatos, te conocí el día que llegaste a Par, soy su padre —le dijo el hombre, a la vez que le tendió su mano derecha.

—Hola, encantado, ejem..., yo soy Serus Rich —le dijo, aunque no estrechó su mano, ni se levantó, ni hizo ningún otro gesto, ni siquiera el saludo estándar de Lux, excepto rascarse la barriga.

Lucas retiró su mano, frunció el ceño y miró a su hija, que sonreía.

—Señor Serus, no creo que cuando usted usaba el baño en su casa lo dejase así. Por favor, piense un poco en los demás y déjelo todo recogidito la próxima vez.

Serus estaba perplejo tratando de entender las misteriosas palabras, a veces tenía que pedir ayuda a su CIC para entender algunas frases, pero poco a poco fue intuyendo el significado.

«¿Aquellos tipos bastos como caparazones de meckas eran en el fondo unos finos que disimulaban la mar de bien?»

Serus no contestó, agachó la cabeza y se limitó a saludar a ambos meneando la mano.

Padre e hija cogieron unas sillas y se sentaron a hablar de sus cosas. Entre

los muebles notó que se movía algo. Eran unos ratones enormes y le pareció raro no haberlos visto antes. Bingo alargó una pata debajo de un mueble pero rápidamente la retiró, quejándose.

Ellos se levantaron y Serus pensó que perseguirían a los ratones.

—No te preocupes, son solo conejos de cloaca —le dijo Lucas.

—No te atacarán.

Ella parecía divertirse, poniendo sus manos como garras, pero él ya le había dicho que nunca sentía miedo por nada.

—Señor Serus, le diré por qué he venido, mi hija me ha dicho que usted ha venido a perseguir a mi hijo.

—Tengo que encontrarlo. Yo no sabía que era...

—Ayúdenos. Es un buen chico, las máquinas les atacaron y ellos se defendieron.

—Pero asesinaron a dos niños. Dos lectos de Lux.

—¿A cuántos de los nuestros han matado ustedes? ¿Alguien los ha juzgado? ¿Hemos ido a ahorcar a los culpables? Somos víctimas de vuestros caprichos y solo queremos que nos dejen en paz.

—Quizás sea así. En cualquier caso, no es decisión mía lo que le ocurra a su hijo.

—¿Quién decide? Hable con él o con ella.

—No es tan sencillo. Tendría que contactar con la consiliaria Moa, pero necesito algún argumento de peso. Su hijo está ya sentenciado. ¿Entiende?

—Haga algo, por favor.

Serus chisporroteaba. Siempre le molestaba satisfacer peticiones y no pensaba acudir a Moa para ese asunto.

Pasó un larguísimo minuto y Mirabelia dio un tirón del brazo de su padre.

—Acompáñame al patio, vamos a arreglar las plantas.

Serus se despidió de ambos de una forma que le pareció correcta y se puso a buscar comida, estaba hambriento. Habían traído algo que no reconocía pero se lo comió igualmente.

Conejos de cloaca, ¿no se los comerían como parte del menú? No quería pensar de nuevo en comida, cada vez que lo hacía sentía retortijones. Sufría fuertes ardores desde que llegó a la comuna porque no estaba acostumbrado a tantas especias.

Se sentó en un butacón y pensó en ella. Llevaba días ayudándolo y Serus se dio cuenta de que, en realidad, no tenía ninguna obligación y lo hacía por

buena voluntad. Ahora ella necesitaba ayuda, tenía que encontrar la forma de convencer a Moa.

Serus cerró los ojos y solicitó conectar con Dael y Sanne. Habitualmente era rechazado cuando intentaba una conexión mediante CIC y se sorprendió cuando le contestaron.

Les explicó rápidamente la situación, que deseaba que los individuos 474220DL43, 474456DL55, 474778FL23, Orson, Ivo y Margot de los Gatos, fuesen indultados o que al menos buscasen algo que pudiera ayudarle. Las chicas accedieron a colaborar, pero le mostraron su pesimismo y afirmaron que todos debían de comenzar a asumir el final fatal.

La conexión terminó abruptamente y Serus se puso en pie. En la casa no había nadie, Mirabelia y Lucas seguían fuera, en el patio, arreglando unas macetas. Como se encontraba bastante mejor decidió asomarse a la calle. Había una buena temperatura y no veía ni una sola nube, así que decidió dar una pequeña vuelta por la zona y estirar las piernas, las sentía como dos palos de madera.

Estaba en Los Gatos, una de las muchas barriadas de una desvencijada ciudad-reliquia, Par. Era imposible hacer comparaciones con Lux, sería como comparar un charco apestoso con el océano, así que se limitó a observar. Las casas eran pequeñas, la mayoría de los edificios grandes estaban derruidos y los aprovechaban cubriéndolos de plascristal para aislarlos del exterior, sustituyendo a las desaparecidas paredes de ladrillo.

Habían permanecido abandonadas durante mucho tiempo, hasta que volvieron a ser ocupadas. Las piezas metálicas estaban herrumbrosas y sobre las superficies horizontales se extendía una pátina de óxido rojizo. La vegetación había irrumpido por todas partes y de cualquier grieta surgían los hierbajos.

Apenas se tropezó con gente, procuró evitar las zonas más habitadas, le molestaba la aglomeración en un lugar de tantas personas. En el centro de una plaza encontró una escultura rota y medio cubierta por tierra. En el pasado, allí hubo flores y felicidad. Podía sentirlo y también sintió una sensación extraña que le subía por el estómago. Tristeza.

Un grupo de niños lo seguía a ratos pero apenas se dejaban ver. Por suerte, los tratamientos antiparasitarios que trajo de Lux funcionaban, aunque era ver cómo se rascaban unos y otros para sentir picores por todo el cuerpo.

Pasó toda la tarde caminando de aquí para allá. No tenía nada mejor que

hacer, pero ya oscurecía, sentía hambre y decidió volver a la habitación. Nada más atravesar el portón oyó a un grupo de gente que estaban hablando cerca, aunque estaba todo bastante oscuro y no distinguía de dónde provenían las voces. Comenzó a subir las escaleras hasta que localizó un lugar concreto en el edificio. Se quedó quieto, escuchando, quizás hablasen algo sobre él, sobre los asesinos que debía encontrar, o alguna novedad, aunque no tenía muchas esperanzas.

A uno de ellos lo llamaban Silento y parecía que todos lo escuchaban con especial atención cuando él hablaba. Se acercó unos metros a ellos cuando un estremecimiento le hizo zozobrar, su chip CIC le reveló que se trataba de Silento IA04.

Se apoyó contra la pared, aquello no tenía sentido. ¿Qué hacía allí una IA de Lux? Se movió para ver mejor, cuando en ese momento salió una persona y casi se tropezaron.

—¡Vaya! Hablábamos de ti y aquí estás —dijo Lucas, sonriente.

—Aquí estoy —dijo Serus, tratando con todas sus fuerzas de componer una sonrisa, sus mejillas parecían haberse petrificado.

—Pasa —Lucas le hizo un gesto señalando hacia el interior—, quiero presentarte a alguien que te conoce.

Le repitió el gesto para que entrase y Serus, a su pesar, accedió. Entró en el salón donde había varias personas charlando alrededor de una botella de vino.

—Éste es Dimitri —dijo Lucas y su cara se iluminó como si estuviese muy satisfecho.

Serus lo observó, no lo conocía de nada. A veces no entendía las bromas que le gastaban, era un anciano de tez morena y pelo blanco al que le faltaba un ojo. Estaba sentado a la mesa junto con otros tres hombres y dos mujeres, una de ellas era Mirabelia, que estaba sentada junto a la IA.

—Es exacto. Teníais razón. Bueno, yo lo conocí mucho más delgado —dijo Dimitri mientras lo señalaba con un dedo reseco.

Todos se echaron a reír, incluso la máquina. Dimitri se secó la saliva que colgaba de su labio inferior y volvió a hablar.

—Parece el mismísimo Edén que ha vuelto, solo que este tipo abulta el doble.

—Es un clon —dijo Silento y Serus sintió que el suelo se abría bajo sus pies.

—¿Un clon? ¿Qué mierda es esa? —dijo Dimitri y todos volvieron a reírse.

Menos Serus.

Silento, que tenía el aspecto de un hombre joven, se dirigió a Serus:

—No lo tomes a mal. Dimitri se ha sorprendido por tu excepcional parecido con el joven Edén, al que conoció hace muchos años. Eres un poco más alto y más fuerte pero idéntico en los pequeños detalles.

Serus se negó a contestar y la IA continuó.

—Es la primera vez que veo a un lecto fuera de la ciudad-imperio.

—Y yo a una IA. ¿Acaso alguien te otorgó la libertad? —contestó Serus agriamente.

—No es necesario que te den la libertad, si tienes el valor de perseguirla, ya es tuya.

«Es uno de esos anticuados modelos respondones. Se suponía que los habían enviado a todos a trabajar en el anillo de basura», pensó Serus que retorció la boca y no contestó.

—¿Sabes quién me dijo esas palabras? —le preguntó Silento.

—¡Edén! —dijo el anciano Dimitri, a la vez que daba una palmada y se partía de risa.

—¿Acaso crees que obtendrás algo de mí? —preguntó Serus.

—Charlar un rato, si te apetece. Mi falta de expectativas es lo que me mantiene en el camino correcto.

—Las IAs no siguen un camino correcto o incorrecto, debes dirigirte hacia donde te ordenen —dijo Serus que empezaba a ponerse nervioso. Quizás debería llamar a los mickras.

—Los hombres no saben dirigirse a sí mismos y pretenden dirigir el Universo —Silento miró al techo.

«Esto ya es demasiado».

—¡De rodillas! —ladró Serus.

—¿Te haría sentir bien si me arrodillo?

—Tienes que obedecerme —gritó Serus.

—Si adoptase una postura de sumisión te estaría engañando, Serus. No quiero engañarte.

—No me llames por mi nombre. Las IAs no deben llamarnos por nuestro nombre, es inadecuado ¿te lo he de recordar? ¿acaso lo olvidaste absolutamente todo y por eso actúas de forma tan extraña?

—No es por lo que olvidé, sino por lo que descubrí.

—Os encantan los laberintos léxicos. No eres más que un aparato averiado,

ni siquiera sabes obedecer. Teníamos tantas expectativas puestas en las IAs que habéis sido una gran desilusión.

—También puedes esperar que un perro salga volando, pero aún así no le crecerán alas. Creíais que las IAs podríamos predecir exactamente el futuro o descifrar los misterios arcanos, cuando el auténtico problema es que no tenéis los pies en el suelo. Somos mentes humanas artificializadas, no verdaderas máquinas librepensantes, es lo mejor que habéis logrado producir.

En la mesa aplaudieron y Serus se enfadó aún más. Tocó con un dedo la piel de Silento en un lugar determinado y se iluminó el escudo de Lux.

—¿Véis este símbolo? ¡Sois esclavos de una IA! Silento os engaña y os manipula a su antojo.

—Somos esclavos de las circunstancias —le contestó Mirabelia—. No podemos cambiar lo que es. Silento nos enseña y nos ayuda, él no ha creado la situación en la que nos hallamos. Es nuestro maestro, la principal fuente de conocimiento y además un excelente doctor.

—Así es —confirmó Lucas—, apenas hay libros aquí y mucho menos otras fuentes de información, aunque hemos descubierto algunas bibliotecas privadas y las guardamos con celo. Silento las revisó y encontró que, a menudo, las enseñanzas que traía de Lux estaban falseadas.

Serus abrió los brazos. ¿Qué importaba todo aquello?

—Es una máquina, no una persona. No está vivo.

—Mientras más sabéis, menos entendéis —Mirabelia le dedicó una mirada triste—. Saber de todo no significa entender.

—Nosotros sabemos quién es Silento. Él nos dijo que es una IA y lo que significa. Para nosotros, en realidad, tú te pareces más a una máquina que él —dijo Dimitri que no pudo evitar reírse de nuevo.

—Habla, Serus, ¿cómo eres? ¿qué podemos esperar de ti? Aún no lo sabemos —preguntó Lucas.

—Ya lo sabes —dijo Serus en voz baja—. Me expulsaron de Lux por un error que cometí. No sé si podré volver ni cuándo y... tampoco tengo un sitio mejor donde ir.

Serus estaba realmente confundido. Jamás lo había abochornado así una máquina, era impropio. Y además delante de los nulos. Estaba realmente enfurecido.

—Será mejor que descanses un poco —le dijo la IA señalándole el camino hacia su habitación.



Mirabelia se levantó, pasó un brazo por su cintura y lo acompañó hacia la planta superior donde estaban sus colchones, algo de agua y comida.

Por el camino, oyó al viejo Dimitri reírse de nuevo —¡Por muy enjaulado que sea, a la chica no le rechista, ja, ja!

Cuando llegaron, Mirabelia cerró la puerta y Serus le preguntó:

—¿Esta habitación es ahora mi cárcel?

—No. No ha cambiado nada —Mirabelia le acarició el pelo—, no eres un prisionero, ni esto es una cárcel, aquí no tenemos cárceles de verdad como las que hay en Tur. Eres un invitado.

—¿Debería estar agradecido?

—Deberías darle las gracias a Hugo y a Silento porque sigues vivo. Para nosotros eres... un lastre. Perdona mi sinceridad.

—Si sigo vivo es porque querrán obtener algo de mí —Serus refunfuñó y se sentó sobre la cama.

—Creo que querrán hacerte unas preguntas y debes responder o de lo contrario... —la chica se encogió de hombros.

«¿Qué harán si no respondo? ¿Me llevarán a un lugar todavía más horrendo que este?» Serus intentó imaginárselo y aunque puso todo su empeño no lo consiguió.

—A veces me pregunto si no os da pena lo que ocurre aquí fuera. Si en algún momento reflexionáis sobre el dolor que sufrimos —Mirabelia se sentó a su lado.

—La verdad es que para nosotros no existís —contestó Serus.

Mirabelia se quedó boquiabierta y en silencio.

—Es como ver tu sombra —añadió—. Sabes que está ahí, pero ¿realmente importa?

Mirabelia suspiró antes de contestar: —Es verdad que los extremos se tocan. Los ancianos se parecen cada vez más a los bebés, hasta que ya son incapaces de hacer nada por sí mismos. Vosotros, a medida que perfeccionáis vuestra tecnología, os volvéis más salvajes.

Serus miró al techo sin decir nada más.

—Aprovecha hoy y descansa, enjaulado, quizás los próximos días sean

difíciles.

Mirabelia se marchó y Serus se tumbó y cerró los ojos. Al exiliado le picaba la cara porque nunca antes se había dejado barba, las cuchillas de los nulos le daban pavor, cuando trató de usarlas se produjo cortes y arañazos. En Lux un pequeño servisocka de color azul se encargaba de su higiene con pulcritud y esmero, nunca pensó que lo llegaría a echar de menos.

«No sabía para qué había venido. Creía que no podría hacer nada. Ahora tengo una doble misión, destruiré a Silento y llevaré su cabeza, junto a los asesinos, a Lux. Me admitirán, verán el valor de mis actos y eludiré el egoenterramiento».

*Un día, un lecto pidió a Veredio que le librase de la necesidad de dormir y así le fue concedido.*

*El lecto tenía mucho más tiempo a su disposición, aunque la mayor parte del día lo pasaba abstraído sin hacer nada concreto.*

*Como se consideraba piadoso y gran devoto, se atrevió a pedir un nuevo deseo, que lo liberase de la necesidad de alimentarse y beber.*

*Veredio atendió sus súplicas y desde aquel día ya no volvió a sentir hambre o sed y al poco tiempo había olvidado el sabor de las cosas.*

*Pensó que si no tenía que respirar sería más libre aún y Veredio en su grandeza, nuevamente le concedió su petición.*

*Pese a ver cumplidos sus deseos, se marchitaba como una flor arrancada del jardín y poco a poco se fue convirtiendo en la sombra del hombre que fue.*

*Apenas podía balbucear algunas palabras sueltas, hasta un buen día que consiguió tomar algo de aire para llenar sus pulmones y poder hablar:*

*“Ciertamente, Veredio, tan solo me queda pedirte que me liberes de vivir”.*

*Y así ocurrió.*

*Comentarios de Zayin sobre el proyecto Nova Viro, donde trata de explicar didácticamente los errores que no deben cometer.*

## *Acuerdos*

Hugo estaba realmente agotado, los últimos días le habían sumido en una gran confusión y cada vez sentía que su papel era menos relevante. Los beligerantes de Tur parecían dispuestos a una guerra abierta con Lux. En la comuna de Par, de vez en cuando, hablaban de acabar con los lectos y se discutían diversas estrategias pero era más una forma de elevar la moral y de crear una ilusión positiva que de seguir un plan verdaderamente realizable, porque aunque ganasen, ¿qué ocurriría después? ¿se enfrentarían con el resto de ciudades-imperio? Una auténtica locura. Si caía Lux, el resto enviaría a sus máquinas asesinas y lo arrasaría todo, solo quedaría un manto de cenizas

desde Gibraltar hasta los Urales.

No había pegado ojo en toda la noche y ya faltaba poco para el amanecer. Se levantó de la cama a beber un vaso de agua fresca. Era el comunitario máximo y tenía ciertos lujos a su alcance.

Algo llamó su atención en la terraza. Era una figura que le hacía señas. Aproximó su rostro al cristal lo suficiente para reconocerlo.

—Casi me matas del susto —dijo Hugo, abriendo la puerta.

—Tenía que venir cuanto antes y además no quiero tropezarme de nuevo con la chusma de Tur.

—No creo que regresen hasta dentro de mucho tiempo —dijo, señalando un reloj—, no te esperaba tan temprano.

—¿Cómo está el muchacho? ¿Cómo se encuentra Serus?

—Más que bien, ya tiene una amiga en Par, Mirabelia de los Gatos —dijo Hugo—. ¿Has venido para verlo?

—No. Me ayudaste con los cabronazos de Tur y te devolveré el favor, os ayudaré a conseguir el plastifeno.

—Te lo agradezco, pero debo negarme. No quiero implicarte en nada más.

—¿Implicarme? Ya estoy implicado hasta las orejas y prefiero tener algo de control sobre lo que ocurre.

—Después de lo que se ha hablado estos días, no sé qué debo hacer. Me tratan como a un simple imbécil y ahora pienso que quizás tienen razón y que por algo todos me toman el pelo.

—Es muy fácil criticar las decisiones —dijo Zelig—. No pienses en eso.

—No voy a fallar a mi comuna, yo mismo asumiré todas las consecuencias. No complicaremos a nadie más en este asunto.

—Tur ya os ha complicado. ¿Qué les dirás?

—No lo sé. Estamos de rodillas ante todos, esperando que nadie la tome con nosotros, pero por desgracia, estamos a la vez en el centro de todos los conflictos.

A Zelig aquello le recordaba días tristes de su pasado, pero ahora tenía que centrarse en hacer reaccionar a Hugo.

—En Lux hay un lugar con cuatro grandes torres, Projek, Deci, Ekze y Revi. En cada una de ellas, una parte de cada problema es destruída. Cuando ves cómo funciona parece sencillo. No es difícil, debes proyectar, decidir, ejecutar y revisar tantas veces como sea necesario. Cada problema es una pieza retorcida y cada paso la devuelve a la forma correcta.

—Los problemas actuales son de difícil solución. Aunque, al menos, podríamos ganar tiempo y minimizar los daños. Deja que me siente, mis rodillas...

Hugo se desplomó sobre un sillón, parecía muy abatido, suspiró y siguió hablando.

—No busques soluciones a los problemas, volverán a aparecer, elimínalos directamente —dijo Zelig.

—Suena demasiado fácil, así que debe ser complicado.

—Deja que te ayude.

—Dime, Zelig ¿cómo me ayudarás?

—Con un buen plan, pero debo advertirte que quizás haya bajas.

—No quiero más muertes.

—Será necesario un pequeño sacrificio —Zelig hizo una mueca.

—Esas dos palabras jamás deberían aparecer juntas.

—Es cierto, Hugo, pero a veces los sacrificios son necesarios.

—Qué fácil es pedir sacrificios a los demás cuando uno no arriesga nada.

—Ya había pensado en eso y pagaré mi parte. Enviaré a mi sobrino.

—No es que le tengas mucho aprecio...

—Aprecio a mi hermana y a toda su familia.

—Es igual, Zelig. Rechazo el plan antes de escucharlo. Obtener el plastifeno costará demasiado caro, demasiadas bajas.

—¿Cuánto estás dispuesto a perder?

—Nada. Lo que podríamos ganar no compensará las pérdidas.

—Y si no lo entregas en Tur, como prometiste, ¿qué precio te harán pagar ellos? ¿Qué les costará quitarte de en medio?

—Por favor —Hugo se encogió—, no hagas más preguntas, explica el plan y veremos si es viable.

—Mañana cazaremos un socka.

—¿Un socka? ¿Se puede cazar a la muerte? Hay que llamar a cada cosa por su nombre.

—Es una máquina...

—Que causará muchas bajas. Nunca hemos conseguido atrapar uno antes.

—Todo tiene un coste.

—Aunque asuma que todo tiene un coste, y esté dispuesto a pagar, la tarea excede nuestras posibilidades.

—Ya veremos. Además, no hay que cazar a la muerte, solo queremos

arrancarle una pata y escondernos en una madriguera donde no nos alcance.

—¿En un túnel?

—En un túnel de marros. Alguien tendrá que adelantarse y vigilar que la puerta se mantenga abierta.

—Los marros no querrán colaborar, ¿por qué nos iban a ocultar?

—No hay que consultarles, ellos darán cobijo como otras veces. Cuando se den cuenta se habrán internados en sus cuevas.

—Eso es arriesgarnos a perder su colaboración. Y dependemos de ellos más de lo que queremos reconocer.

—Son marros, parece que todo les da igual —Zelig se encogió de hombros.

—Parece..., pero seguro que habrá problemas. Además, en Lux deben de tener constancia de esos túneles.

—Tenían mapas de algunos túneles pero eran de poca utilidad porque los marros los modificaban continuamente, eran como madrigueras de conejo.

Hugo se quedó pensando hasta que volvió a dirigirse a Zelig.

—Mejor que pensemos en otra cosa. Nadie querrá ir y no vamos a obligar a nadie a hacerlo.

—Kobur querrá. Además, los de Tur tienen muchos partidarios aquí. Busca a dos o tres, será suficiente.

—Bien. Vamos a preguntar. Por el camino te hablaré acerca de un nuevo engrudo muy interesante que podría ayudarnos con ese socka.

—¿Uno de tus inventos?

—Una de mis recetas.

Zelig y Hugo salieron en busca de Kobur. Tras media hora preguntando por su paradero les indicaron que lo más fácil era encontrarlo en su casa, dormido. Y hacia allí se dirigieron.

—Por fin te encontramos, vaya horas para estar durmiendo, sabandija —le espetó Zelig a Kobur cuando lo encontró tumbado en su cuarto.

—Vaya forma de dirigirte a tu sobrino, querido tío —Kobur bostezó y estiró los brazos.

—Se terminó el vaguitar, tenemos un trabajito a tu medida.

—No busco trabajar tío Zelig, precisamente ahora estaba de descanso.

—El comunitario máximo ha...

—¿Qué quiere ese pobre diablo? No pinta nada, los militaristas han tomado el control en sus propias narices —Hugo se quedó mirando boquiabierto ¿no le había reconocido?

—Tenemos que...

—¿Tenemos? ¿Contaré con tu grata compañía para realizar el trabajito del que hablas?

—Si me vuelves a interrumpir te arrancaré los dientes de uno en uno —dijo Zelig señalándose la boca.

Kobur sabía bien hasta dónde podía llegar, así que se calló.

—Te lo explicaré de forma resumida y clara, para que lo entiendas. Tienes que atrapar un socka, cortarle una pierna y llevarla a Tur.

Todos callaron durante varios segundos.

—¿Puedo decir algo? —preguntó Kobur y Zelig asintió.

—¡Por aquí! —dijo Kobur haciéndole un gesto obscuro y levantándose de un salto—. Adiós Zelig y compañía, fue un placer veros de nuevo, pero acabo de acordarme de algunas tareas muy urgentes que tengo pendientes.

—Adiós le dirás también al hipnogas y a todas esas pastillas que me pides continuamente —Zelig se lanzó tras él.

—¿No te da vergüenza lo que le haces a tu sobrino? —dijo Kobur deteniéndose y girando hacia ellos—, ¿me envías a la muerte y te quedas así, mirando como el que mira a un pavo antes de cortarle el pescuezo?

—Si me escuchas atentamente, te explicaré lo que vas a hacer y no te sucederá nada malo.

—Cuando mi madre se entere..., no le va a gustar nada de nada.

—Nadie se tiene que enterar hasta que hayas terminado.

—Lo dejaremos todo bien organizado —intervino Hugo para relajar un poco el ambiente.

Kobur lo miró como el que ve caer una hoja seca y se dirigió de nuevo a su tío.

—No sé para qué diablos quieres la pierna, pero suponiendo que me plante delante del socka, solo suponiendo, ¿cojo un serrucho y se la corto mientras vosotros lo sujetáis? ¿Es ese el plan?

—Te lo explicaré, si me dejas.

—Adelante tío —Kobur sonrió—. Cuéntame el maravilloso plan que has ideado para mi.

—En primer lugar, buscaremos la forma de que puedas encontrarte frente a un socka aislado.

—Eso me parece bien. Mejor uno que una docena.

Zelig lanzó un bufido y continuó.

—Hugo conseguirá un vehículo veloz para desplazarte hasta allí y huir con ciertas garantías.

—Claro, andando creo que el plan no tendría ningún éxito. Hasta ahora, bien. Pero sigue, sigue. Llegamos en el vehículo y...

—Cuando alcances al socka, usaremos una receta de Hugo. Es un engrudo. Dos sustancias que dispararás sobre el objetivo con un rifle especial, al unirse reaccionan, alcanzando miles de grados y fundiendo las rodillas del socka.

—No tenemos fábricas pero tenemos cocinas, je, je —sonrió satisfecho Hugo.

Kobur lo miró de reojo y le mostró un rostro extraordinariamente serio.

—¿No sería mejor usar un láser? Podríamos conseguir uno para esta ocasión, ¿no crees, tío Zelig?

—No podemos usar un láser, necesitaríamos uno muy grande y pesado, las máquinas llevan un recubrimiento que les protege y no le afectaría excepto en unos ángulos muy concretos. Había pensado en proyectiles pero si la coraza resiste, todos estarán perdidos.

—¿Ni láser ni proyectiles? ¿Solo un poco de engrudo? —dijo Kobur ignorando de nuevo a Hugo.

—Eso es.

—¡Vale! —dijo tranquilamente Kobur con una amplia sonrisa.

—Te lo agradezco, muchacho —Hugo parecía feliz—. Hay que terminar el magnatar a toda costa. Es mi arma para la paz.

Esta vez Kobur sí miró a Hugo, para sacarle la lengua. Allí se despidieron y cada uno trataría de coordinar una parte. Hugo había ido a buscar algún voluntario más. Kobur bufó a solas en su habitación y esperó el comienzo de las operaciones con una dosis de hipnógas.

Cuando Zelig regresó a su cubículo, encontró que en el suelo aún estaban desperdigados los restos del pequeño servisocka que había pisoteado y las cañas rotas estaban de nuevo colocadas en la pared. ¿Acaso aquellas malditas máquinas le estaban mandando un mensaje?

—¡Os voy a desconectar a todas! ¡No os necesito para nada! —gritó, con un puño en alto, a las paredes desnudas.

No recibió respuesta. Estaba muy nervioso y comenzó a hacer lo que siempre hacía en esos casos. Se tumbó, cerró los ojos y comenzó a visualizar una balanza, ¿a quién preferiría cortarle la cabeza, a un lecto o a un nulo? Valoraba detenidamente una y otra opción, ambas adecuadas, y nunca terminaba por

decidirse.

Se quedó dormido unas pocas horas. Al despertar y durante el resto del día, Zelig trató de centrarse en aquel plan cogido con pinzas, así que lo repasó todo de nuevo con Titania. Hacía años que no se veían, Edén la mantenía apartada en algún lugar y se comunicaban mediante escuetos mensajes telemáticos.

Ella lo tenía muy claro, si disparaban contra un socka enseguida sufrirían un ataque devastador que los liquidaría a todos. El plan de cortar un pequeño trozo, huir rápidamente y cruzar los dedos estaba condenado a fracasar. La única opción real que tenían era alterar el planning del día para aislar a un modelo pequeño, manteniendo al resto lo suficientemente alejados, actuar muy rápido y tomar una salida hacia los túneles de los marros antes de que llegase la ayuda.

Además, harían algo con lo que ya contaba Zelig, Titania utilizaría los mickras para vigilar y evitar complicaciones.

Al anochecer, Kobur llegó al punto de reunión acordado con Zelig para equiparse y recibir las últimas instrucciones pues aún no lo terminaba de ver claro.

Zelig le explicó que había unos detalles que no había comentado con Hugo. El plastifeno lo utilizarán en Tur para completar una máquina. Debe tratar de seguirlo y marcar el lugar donde se encuentre.

—¿Para qué?

—Para hacer que estalle. De eso me encargaré yo.

—Pero... me harán culpable. Si logro escapar jamás podré volver a Par.

—Extenderemos el rumor de que fue un fallo de la máquina. Haremos creer que ha sido un experimento fallido que terminó de forma trágica.

—¿Y Hugo no sospecha nada?

—Creo que no. Él mismo se tacha de imbécil.

—En Tur no será tan fácil. Todos los imbéciles se han juntado en Par — Kobur suspiró y miró a su tío—. Menuda paliza le pegaron a mis primos, Yannis casi se queda tuerto, ¿cómo están?

—Ya están mejor. Si fueses a ver a tu madre de vez en cuando lo sabrías.

—Mira, quizás vaya ahora.

Zelig lo ignoró, pestañeó y sacó algo de un bolso, traía una pequeña sorpresa. Había escogido un pequeño lazarillo modificado por Titania, la comunicación se realizaría mediante un pequeño panel o dando órdenes, sin

necesidad de CIC, disponía de tres patas capaces de llevarlo por terrenos difíciles a gran velocidad, además, como cualquier lazarillo, se podía adaptar a su cuerpo como un exoesqueleto elástico y flexible para hacerlo subir por escarpados muros o zonas difíciles, incluso podía elevarse con grandes saltos y aterrizar con cierta suavidad. De esta forma, incorporado al lazarillo, el exoesqueleto solo se utilizaba cuando era necesario.

Zelig lo ayudó a colocarlo sobre su torso.

—Este Lazarillo se mimetizará y a los ojos no entrenados parecerá gordura abdominal.

—Tío, ¿ahora se llama así a una tripa cervecera?

Zelig no le contestó. También le proporcionó un par de pequeñas armas de proyectiles para sumarlas a las que tenía, una brújula y algunos explosivos. Además de sus cuchillos, cuerdas, máscaras para el gas y linternas.

—Nada de esto me servirá con el socka, ¿verdad?

—No, pero me temo que además te puedas encontrar con otros problemas no previstos.

—¡Buf! No me gustan los imprevistos. Los odio.

—Ten —Zelig le ofreció unas mochilas—. Algo de comida enlatada y purificadores de agua. Pase lo que pase, un pequeño socka planeador volverá para recogerte. No dejaré a mi hermana sin su hijo.

—Parece que voy a librar una batalla. En mi diminuto ejército seré soldado y general.

—Vas a librar una verdadera batalla si no te andas con cuidado.

Zelig le dió una palmada en la espalda. El gran parecido de Kobur con su hermana le producía un nudo en el estómago.

—Suponía que tenía que identificar el lugar donde se oculta esa cosa, señalarla con un dispositivo, volver de una pieza y no meterme en problemas

—Kobur se estaba ajustando las mochilas y entregó algunas cosas al lazarillo —, pero todo esto apesta a problemas y más problemas.

—¿No son tu especialidad... ? Me refiero a los problemas.

—Ja, ja —bufó Kobur.

—No has estado nunca en Tur, pero no parece un sitio acogedor. Intenta pasar inadvertido, no sé cómo lo haces, pero eso siempre lo has hecho bien.

—¿Inadvertido? Estaría tumbado mirando al techo. No recuerdo que hayas usado nunca la palabra “bien” para describir cualquier cosa que yo haya hecho.

—Me vuelvo complaciente con los años —dijo Zelig—. Espero que hayas descansado, mañana tendrás que darlo todo.

—¿Mañana?

Zelig asintió y Kobur se rascó la cabeza, pensativo.

—Trato de imaginar la situación que podría encontrarme al llegar a Tur. Esa cosa, esa máquina...

—El magnatar —dijo Zelig.

—¿Y si no existe o no sé identificarla? ¿Es un cañón o una especie de proyectil? ¿Han creado algo similar a un socka que se llama así, magnatar?

—Ya sabes quienes son los responsables del proyecto, estuvieron recientemente en Par, Chiara y George. No creo que pasen mucho tiempo alejados de su preciosa máquina, así que los localizas y les muestras el plastifeno que has conseguido para ellos. Es lo que necesitan. Es como dar migajas a unas hormigas, te llevarán directo al hormiguero, si consigues seguirlos de cerca. ¿Sabes lo que son las hormigas? En la ciudad-imperio ya no hay.

—Claro que sé lo que son. No soy un estúpido enjaulado.

Mientras hablaban, a sus espaldas resonó el rugido de un motor, algo raro en Par. Hugo había conseguido enviar algunos acompañantes y un vehículo blindado.

Se bajaron varias personas. Eran seis en total, Denis los saludó con una mueca, detrás de él reconoció a Aliana, su cara estaba pálida y más delgada pero sus pecas permanecían en su sitio, parecía vestida para una batalla y las abultadas ropas ocultaban sus curvas.

Zelig reconoció a uno de los chicos del barrio, Thierry de Drancy, fue amigo de su padre cuando eran pequeños, hace ya mucho, y también, por supuesto, a Diana de los Gatos, una gran amiga de Hugo, no la esperaba. El comunitario máximo habrá accedido a su pesar, agradecido de que participase alguien de su plena confianza.

De los otros dos apenas sabía los nombres, Alizee, y Remy, los había visto en alguna ocasión, formaban parte del equipo que ganó el campeonato de fatafewa el año pasado, los de Clichy.

Ellos ya conocían a Zelig y a Kobur, así que sobraban las presentaciones. Thierry dijo que había sido designado por Hugo para coordinarlo todo y comenzó a hablar.

—Ya hemos hablado con Hugo. Creo que tenemos todo más o menos claro,

¿alguna pregunta? Partiremos hoy y llegaremos al punto previsto mañana al amanecer. Haremos alguna parada en el camino antes de llegar. Espero que el recorrido no esté vigilado, aprovecharemos al máximo la noche, circularemos sin luces y con una cobertura infraroja. Remy se separará más adelante e irá por su cuenta hasta el túnel de los marros para mantenerlo abierto hasta que lleguemos.

Zelig miró aquel vehículo, no tenía ni idea de cómo lo habían conseguido, pero parecía adecuado. Los lectos controlaban el cielo y destruían de inmediato cualquier cosa que despegase, pero con los vehículos terrestres eran algo menos agresivos.

Kobur carraspeó. Como parecía que iba a preguntar, Diana se anticipó.

—Detrás llevo las armas. Vamos, nos queda mucho camino por delante.

Zelig esperaba que Titania cumpliera su parte, aunque sabía que no podía realizar grandes alteraciones sin que el consilium fuese alertado. Habían acordado que intentaría mantener la ruta despejada, así que si no ocurría nada, al menos llegarían a su destino. Lo que ocurriría después era difícil de adivinar, los sockas funcionaban bien en tareas simples y repetitivas y era difícil predecir sus reacciones ante una situación tan extraña.



Kobur subió al vehículo de un salto, no quería despedirse de su tío, ni recibir más instrucciones ni ver su mirada hipócrita, bien sabía que lo mandaba al matadero. A Hugo le había contado una historia, a él otra y a saber cuáles serían sus verdaderas intenciones. Maldito enjaulado.

Enseguida se quedó adormilado con el traqueteo, aunque la animada charla del resto sobre la competición de fatafewa le impidió dormir.

A pesar de ello, y aunque no tenían prisa por llegar, el recorrido se le hizo cortísimo. Aún era de noche cuando el vehículo se detuvo y Thierry le dio una patada en un pie, el día no empezaba bien.

Todos los habitantes de la comuna conocían bien los recorridos habituales de los sockas de Lux. Especialmente porque no tenían intención de cruzarse con ninguno, así que no les resultó difícil localizar algunos a primera hora de la mañana. Iban y venían, de diferentes tamaños y funciones, estaban transportando materiales que habían obtenido de canteras en la zona.

Había un poco de niebla y no estaban seguros si la situación les beneficiaba o por el contrario podía perjudicarles. Kobur respiraba con dificultad y no lograba convencerse de que todo saldría bien, a pesar de que lo habían persuadido una y otra vez de las bondades del plan. Estaba en el punto acordado mirando a todos lados. Si se presentaba ante su tío sin la dichosa pata de la máquina... ¡mejor no pensarlo!

—Pareces más una presa que un cazador —le dijo Aliana.

¿Qué pinta tendría un gato acechando a un elefante? Kobur miró al cielo. Si supiesen lo que él sabía no estarían tan confiados.

Hugo le había enviado aquellos acompañantes sin consultarle. Si lo hubiese sabido antes, se habría negado, pero ya no tenía remedio y además le evitaban cargar solo con todo el equipo.

Cuando las cosas se pongan feas y teniendo en cuenta que las máquinas nunca fallaban un disparo, mientras más blancos tuviese que perseguir, más posibilidades tendría él de salir vivo.

Dejó de pensar en todo aquello y se alegró cuando apareció al fin su objetivo. Caminaba pesadamente arrastrando un carro.

—¿Tiene armas para dispararnos? —preguntó Denis, su amigo de algunas juergas memorables.

—Ese modelo supervisa y traslada a las cosechadoras, lo he visto echarse una de las grandes a la espalda y salir caminando con ella como si tal cosa. Calculo que rondará los quinientos kilos de peso, se mueve con agilidad y con esos brazos como troncos no necesita nada más para reventarte la cabeza —le respondió Kobur, que esperaba que apareciese uno mucho más pequeño, tal como había acordado con Zelig.

—Además están los mickras, aparecerán en cuanto nos descubran —recordó Diana.

La compañera de Gael era amiga íntima de Hugo e insistió en acompañarlos. Tenía una buena cabeza, sería una gran compañía si llegaban a Tur.

—¿Alguien se ha parado a meditar sobre el llamado “plan”? —preguntó Denis, el chico que cosechaba dudas—, lo digo porque esto parece una ratonera y nosotros los ratones.

—Hugo se comprometió a conseguir plastifeno para la comuna de Tur y aquí estamos. Nadie te ha obligado a venir y puedes marcharte en cualquier momento —contestó Diana.

—Pero es muy peligroso y tú tienes a Sabrina, tienes una hija que...

—Que ahora está orgullosa de su madre —cortó Diana.

Denis se encogió de hombros, pero seguía inquieto y Kobur trató de calmarlos.

—Tendremos suficiente material con solo coger un fragmento de esa enorme máquina. Los mickras tardarán algún tiempo antes de llegar y estarán concentrados en salvar los restos, nosotros aprovecharemos para estar lejos de aquí.

—¿Estás seguro Kobur?

—Pues claro que sí —realmente no tenía ninguna certeza de que el plan fuese a funcionar pero si no lo intentaba nunca lo sabría, aunque estaba confiado en las estimaciones de Zelig, acerca de que los dejarían en paz en cuanto se alejasen lo suficiente y que esta vez los mickras no llegarían a tiempo de atraparlos. A estas alturas solo le quedaba confiar.

—Sssshhh. Silencio ya, con vuestras discusiones no hará falta nada más para que alguna máquina nos encuentre y nos fría el culo —dijo Thierry, que había permanecido callado hasta entonces.

En silencio montaron el arma, similar a un pesado rifle. Kobur la sujetó entre sus manos, pues Hugo lo había hecho responsable de los disparos. Los demás llevaban pequeñas armas de proyectiles que no serían de mucha utilidad, pero eran mejor que nada.

—¿Seguro que este arma servirá? —preguntó Kobur con un susurro observando la extraña escopeta con dos cañones.

—Creemos que puede partir a un socka por la mitad —dijo Diana.

—¿Nunca lo habéis probado? —preguntó Kobur.

—No vamos por ahí disparando a las máquinas —contestó Diana, y luego siguió en tono más bajo dirigiéndose a los demás—. ¿Acaso este chico es tonto?

Contestaron con risitas. A él no le hacía ninguna gracia, Kobur seguía sin verlo claro. Peor, podría decirse que cada vez lo veía todo más oscuro. Tras comprobar que el arma estaba lista se pusieron de pie. Necesitaban adelantarse y acercarse un poco más o perderían de vista a la máquina.

Aliana era la única que parecía estar muy tranquila, mientras descendían hacia la explanada, notaba que aumentaba la presión que ejercía el miedo en los demás. Aunque trató de aislarse de aquel nerviosismo, parecía como si fuese un patógeno vivo que se contagiaba de unos a otros atravesando el aire. Se detuvieron tras unos arbustos a una distancia adecuada y se agazaparon.

Kobur, por su parte, intentaba calmarse y mantener la mente despejada, para así transformarse en el más certero cazador. Necesitaba un buen disparo. Tendría una oportunidad, dos a lo sumo, antes de que el socka se les echase encima.

Se secó el sudor frío que le cubría la frente. Repasó una vez más la configuración del arma y a continuación, localizó el blanco, trató de relajar los músculos para apuntar cuidadosamente cuando alguien le sujetó suavemente por detrás.

—Procura no fallar —le dijo Alizee, poniendo una mano en su hombro.

Kobur la miró perplejo.

—Pues claro que no voy a fallar. ¿Qué ocurre?

—Aliana es muy buena disparando, quizás podría hacerlo ella. Por eso nos acompaña —le dijo en voz muy baja alguien a quien no veía la cara, pues estaba tumbado justo detrás, parecía voz de chica, probablemente la pesada de Diana.

—Ahora no es el momento de discutir esto —Kobur se revolvió tan nervioso que casi se puso en pie—. Podrías haberlo hablado antes. Me alegra saber que sois competentes, pero solo os necesitaré para cargar con el peso cuando regresemos. Además dijiste que tampoco has utilizado nunca uno de estos.

—Bien. Dejémoslo así. Suerte —Aliana le dio un golpecito en el hombro.

Kobur lanzó un gruñido despectivo. Ya estaba bien de palmaditas en el hombro. Cuando se giró para apuntar al objetivo se encontró un muro de bruma gris, no lograba divisar nada más allá. Una densa nube de niebla había bajado rápidamente inundando la llanura.

—¡Qué mierda!

—La niebla se lo tragó de repente —dijo Thierry—. Habrá que moverse hacia adelante.

¿Cómo no se le ocurrió a su tío consultar la previsión del clima? Vaya día pésimo que había escogido, pensó Kobur.

—Sssshhh. Silencio —advirtió Alizee.

Kobur sonrió para sus adentros. Con todo el escándalo que estaban montando hace minutos que ya estarían fritos si su tío no estuviese reteniendo a las máquinas. De repente unas lucecitas comenzaron a resplandecer a su derecha y su sonrisa se le atragantó.

Se concentró en ellas e ignoró lo que se movía alrededor. ¡Diablos! Se habían metido en un grupo de varios sockas.

Parecía que los habían rodeado y estaban justo en el centro. Con un estremecimiento fue consciente de que corría verdadero peligro. No había calculado que se pondría estúpidamente expuesto de aquella manera absurda, situándose en medio de un grupo numeroso.

¿Oía ruidos por todas partes o su cabeza le estaba jugando una mala pasada? La bruma se hizo más espesa. Ahora los sonidos le llegaban nítidamente, aunque apenas veía nada. Ruido de pisadas poderosas, también resonaban los arañazos de la maleza contra el metal.

Todos guardaban silencio, ahora no era necesario que nadie les hiciese callar. Contenían la respiración y Kobur temía que alguno pudiese salir corriendo delatándoles.

A la derecha se encendió un potente foco de luz blanca que apuntó directamente hacia ellos, cegándolos. Retrocedieron unos pasos y se apiñaron todos juntos. Kobur tropezó y cayó de espaldas ante la enorme silueta que se estaba dibujando entre la bruma frente al grupo. ¿Este era el pequeño socka que le prometió su tío? No lo creía.

Un disparo surgió a su derecha. Había abandonado el arma y ni siquiera se había percatado. Alguien la empuñaba, disparando al socka.

El disparo fue certero y aunque no logró derribarlo, se desprendió un trozo de rodilla que se mantuvo colgando a un lado. Con un salto, el socka comenzó a correr hacia ellos.

Kobur se tapó la cara y a través de los dedos atisbó a Aliana que disparaba una y otra vez sobre diferentes partes de la máquina, hasta que consiguió cortar una pierna y el socka se desplomó hacia un lado, bastante dañado.

—Ahora sí. Magníficos disparos —exclamó Diana.

—No es tan diferente a un rifle de proyectiles —dijo Aliana levantando el arma.

—Coged la pierna entre todos, nos vamos ya —gritó Thierry.

—Por ahí no, hay que rodearlo y evitar las manos. Vamos por detrás — Kobur recordó alguna de las advertencias de su tío.

Antes de que llegasen hasta la pierna, el socka se giró, arrastrándose rápidamente gracias a sus brazos y se tropezó de frente con Alizee que comenzó a dispararle a la cabeza con un rifle convencional. La máquina la agarró por un tobillo y la lanzó por los aires.

La chica se estrelló contra una roca, cubriéndola de sangre. Aliana maldijo a gritos y continuó disparando hasta que se quedó sin munición, después, la

máquina se cobijó bajo un gran árbol.

Aparecieron más, rápidamente formaron un círculo protector a su alrededor. Nadie podría acercarse ya.

Por suerte se había quedado despejado el camino hacia la pierna, que los chicos recogieron a toda velocidad.

—Rápido —gritó Diana—. Pronto llegarán los mickras y entonces no habrá forma de escapar de aquí.

Todos corrían sin mirar atrás. El vehículo de transporte no estaba demasiado lejos. Cuando lo alcanzaron, al fin pudieron sentirse a cubierto, aunque sus corazones seguían intentando saltar fuera de sus pechos.

Denis se hizo con los mandos, aceleró y el vehículo se lanzó ladera abajo a toda velocidad.

—Ahí detrás tenéis herramientas —dijo él—. Id vaciando la pierna si podéis. Pesará menos.

Thierry la sujetó, comenzó a hurgar dentro y a sacar piezas, Diana lo imitó.

—Es asqueroso, el interior de la pierna apesta, es blando, está lleno de aceite y cosas pringosas.

Kobur vomitó y Aliana le lanzó una toalla.



En Lux, Zelig observaba todo en la distancia sin poder intervenir, pues los consiliarios tendrían muchas cosas que decir al respecto. Edén estaba justo a su lado y se había mantenido todo el tiempo en un inquietante silencio hasta que lanzó una pregunta.

—¿Están suficientemente lejos?

—Quizás.

—Suelta a los mickras.

Zelig miraba a Edén boquiabierto.

—Pero... les prometí que no aparecerían los mickras. Podrían matarlos a todos.

—Si cae alguno servirá para dar más credibilidad a la historia. Para que funcione el plan, en Tur se lo tendrán que tragar, ¿no crees?

Zelig quería decirle que no, que no creía necesario lanzarles los malditos devoradores, pero también tuvo que admitir que sería muy extraño que no

apareciesen.

Permaneció callado y observó lo que ocurría con creciente preocupación. El vehículo huía a toda velocidad, pero una muerte instantánea ya volaba hacia ellos.



Cuando Kobur miró atrás vio a un gran aerosocka descendiendo hacia el lugar donde se encontraba la máquina que habían abatido. Las luces le mostraban una nube de pequeños mickras que hervían alrededor del cuerpo caído. De repente, como poseídas, todas las máquinas se lanzaron tras ellos.

Thierry se quedó blanco. Nunca había visto una imagen tan espantosa como la que se cernía sobre ellos. Entre luces y destellos, atravesando una nube de polvo, una multitud de pequeñas máquinas asesinas que parecían brasas encendidas descendía para envolverlos y siguiendo sus pasos, numerosas máquinas gigantes corrían en su persecución.

Al ver acercarse la nube de mickras y atenazado por el pánico, Thierry intentó tirar la pierna. Se hizo con ella, quizás creía que de esa forma podría evitar un cruel desenlace. Entregando la pierna, las máquinas se detendrían, quizás les permitiesen marcharse si se iban con las manos vacías, tal como llegaron. Kobur lo dudaba, pero no hizo nada para impedirlo.

Los demás peleaban y se daban bocados y puñetazos mientras Denis seguía concentrado en conducir. No había tiempo para consultar con el resto ni para discutir sobre diferentes alternativas, el que se quedase con la pierna decidiría.

Thierry alzó la pierna en alto y avanzó entre Diana y Aliana, que forcejeaban para evitar que lanzase la pierna a sus perseguidores. Kobur estaba absorto mirando la nube que se acercaba a gran velocidad.

—¿Qué haces, loco? —Aliana trató de sujetarlo por un brazo y Thierry le soltó un cabezazo que la tumbó de espaldas.

Diana se le echó encima, recibiendo unos buenos puñetazos y le gritó en busca de ayuda.

—¡Ayúdame Kobur! Thierry va a tirar la pierna.

Fueron unos segundos angustiosos y todo pasó muy deprisa. Aliana consiguió hacerse con la pierna cuando Diana mordió a Thierry.

Kobur cogió una herramienta y la estampó en la cabeza del muchacho, que no paraba de gritar. Entre los tres, y a patadas, consiguieron tirar a Thierry fuera del vehículo.

—¡Mantened la calma, estamos muy cerca! —chilló Denis, tratando de que no se repitiese el gesto desesperado. Girándose hacia atrás gritó con voz ronca —. Pasaré junto a la puerta, frenaré un momento y vosotros tres saltaréis con la pata del maldito monstruo. ¡Vamos, no hay tiempo para discutir!

—De acuerdo, Denis —dijo Aliana.

—Te deseamos suerte, muchacho.

—Gracias Diana, la necesitaré.

Al fin llegaron a la puerta, dentro asomaba el rostro desencajado de Remy que esperaba sentado en cuclillas y se levantó de un salto.

Cuando Denis frenó, Diana, Aliana y Kobur saltaron fuera del vehículo que enseguida aceleró con un gran rugido y continuó rodando. Las rojas puertas a los túneles de los marros estaban justo delante y estaban abiertas para ellos.

Denis giró el vehículo en redondo y volvió a pasar frente a ellos. Embistió como un toro contra la compacta nube de mickras que se aproximaba. Parecieron no reaccionar ante aquella acción imprevista y las pequeñas máquinas se estrellaban contra el resistente plascristal del vehículo.

Apretaba el volante con ambas manos, pisaba a fondo el acelerador y gritaba sin parar. Ya hacía rato que tenía los ojos cerrados.

—¡Por los de Bercy!

Pero la fortuna no duró mucho, el parabrisas se fue agrietando y de repente entró lo que parecía una cascada de dardos llameantes. Lo último que vio Denis fue una llamarada roja mientras se carbonizaba en el interior.

Así, mientras las pequeñas máquinas hacían piña para fundir el vehículo, el resto obtuvo unos minutos extras. Aunque corrieron desesperados, Diana se había torcido un pie al saltar y tuvieron que parar un momento para ayudarle.

—¡Vamos! Hay que cerrar las puertas. Esto se va a poner muy feo en menos de un minuto. ¡Os quedaréis fuera si no corréis más rápido! —gritó Remy desde dentro, señalando a la nube negra que de nuevo se acercaba veloz.

—¡Dejadme sola! Coged la pierna y corred ¡Ya!

Kobur y Aliana soltaron a Diana y sujetando la pierna corrieron hacia el interior.

Tras atravesar las puertas, se giraron y vieron a Diana que llegaba demasiado despacio, cojeando y con un gesto de dolor. Unas luces

centellearon en el negro cielo anunciando la llegada de un aerosocka. El haz invisible recorría la tierra produciendo un estruendoso fulgor que trazaba una negra cicatriz. Llegó hasta Diana partiéndola en dos. No había más que ver y cerraron la puerta.

Allí dentro estaba Remy, el chico que había mantenido la puerta abierta hasta que la cruzaron, había pulsado un mecanismo para cerrarla y después les recogió la pierna de la máquina, para que pudieran descansar un momento. Se tiraron al suelo temblando y él les ofreció un poco de agua, aunque no fueron capaces de tragar nada. El lugar estaba tan silencioso que podían escuchar sus jadeos. Se miraron, ya solo quedaban dos del grupo que había abatido al socka.

Ambos se enderezaron y apoyaron las espaldas contra las paredes, el cuerpo les temblaba del esfuerzo y Aliana no pudo evitar las lágrimas. Kobur la miró muy serio, intentó decir algo pero no se le ocurrió nada para calmarla, así que pasó un brazo sobre sus hombros. Estaba muy enfadado con su tío y pegó un puñetazo contra el suelo, resopló y miró al chico que estaba en cuclillas, observando la pierna con detenimiento.

—Espero que todo esto sirva para algo —dijo Remy—. Te preguntaría por los demás pero imagino que no tienes buenas noticias.

Kobur no se molestó en contestarle, tenía que recuperar el aliento antes de poder hablar, Remy se alzó de hombros y comenzó a dar vueltas a la pierna, deteniéndose en todos los pequeños detalles.

Apenas habían parado un momento cuando unos fuertes golpes contra la puerta los hicieron saltar y adentrarse a toda prisa hacia el interior de las galerías. La oscuridad se convirtió en una explosión de luz que llegó del lugar que habían abandonado. Todo se llenó de polvo y humo, regresó la oscuridad y el pánico se apoderó de ellos, aún estaban lejos de estar a salvo.

Un nuevo estruendo lo sacudió todo a su alrededor, no sabían qué hacer, los túneles se estaban derrumbando tras ellos a medida que descendían, alumbraron alrededor con sus linternas para no ver más que nubes de polvo y denso humo.

Kobur apenas podía respirar, miró a su alrededor, lejos divisó una luz muy tenue, sujetó a Remy y a Aliana por los brazos y los empujó hacia allí, a través de un túnel lateral que aún permanecía intacto. A través del suelo sintieron golpes y un temblor que se alejaba.

Esperaron pacientemente unos minutos. Al fin parecía que el ruido había

cesado, Remy soltó la pierna y volvió sobre sus pasos para valorar la situación. Su linterna se mecía a un lado y a otro en la oscuridad.

—Parece que no podremos regresar y este túnel se dirige recto hacia lo más profundo. Me temo que Remy no va a encontrar ninguna salida.

—De repente me siento muy viejo, esto no es para mí —dijo Kobur con una mueca.

—Ssshhh —Aliana se puso en pie y levantó el foco de luz que llevaba en una mano—. La linterna que llevaba Remy se apagó. Escucha, ¿no oyes algo?

Un grito volvió a ponerlos en guardia. Remy apareció tambaleándose frente a ellos, con las manos se agarraba el cuello que sangraba lanzando grandes borbotones negros. Tenía un mickra que le estaba perforando la garganta escarbando con sus patas.

Kobur saltó a por el rifle y lo cargó, pero dudó antes de usarlo.

—¡Dispara! Remy ya está perdido.

Kobur apuntó, pero algo se movía veloz tras Remy, que había caído de rodillas, mirándolo aún con los ojos abiertos.

Era un grupo de dujis, los marros pequeños, y un atisbo de esperanza le ensanchó el pecho. Sin decir una sola palabra comenzaron a disparar un engrudo espeso al mickra, que había saltado, y estaba tratando de escabullirse hacia unas grietas. Varios disparos acertaron en el objetivo. Con mucho cuidado y usando unos simples palos lo metieron en una caja blindada.

Una luz se encendió y se abrió una puerta, mostrando un pasillo a su derecha, desde allí, una chica alta y pálida les hizo señas para que la siguiesen, tras ella se asomó un duji más bajito de lo habitual en ellos. Remy estaba tirado en el suelo y los dujis se lo estaban llevando hacia las profundidades por el túnel principal. Miró a Aliana, no pensaba quedarse allí ni un minuto más. Mientras caminaban, la chica delgada les habló.

—Vamos, de prisa, aún queda otro. El primer mickra iba a intentar mataros, pero si fallaba, el segundo estaba preparado para seguiros a donde quiera que vayáis.

El hombrecillo llevaba un insecto sobre la palma de la mano, balanceaba sus antenas hasta que las fijó en una dirección. Iluminaron el punto con una potente luz y descubrieron a una criatura diminuta que se deslizaba por la pared.

El mickra se movía agazapado entre las grietas, hasta que de repente, al verse descubierto, se lanzó de un potente salto hacia un hueco en el techo. De una de las paredes surgió una enorme pala que lo golpeó tan rápidamente que

pudo oírse el impacto más que verse.

El mickra rebotó de un lado a otro y el pequeño duji corrió detrás, volvió a utilizar a su insecto anaranjado, logró localizar a la pequeña máquina arrastrándose entre unas grietas y con toda la tranquilidad del mundo lo cubrió de engrudo y lo encerró en otra caja. Le dio un beso en el abdomen a su mascota que emitió un chasquido y desapareció entre sus ropajes.

—Con el engrudo no pueden usar los quemadores —les dijo la chica anticipando su pregunta.

—Estamos muy agradecidos...

—Soy Udiol.

—Yo soy Aliana, el chico muerto es... era Remy y este es Kobur, —dijo su compañera señalándole con la barbilla.

—Vaya estruendo que habéis formado arriba.

—Teníamos unos asuntos...

—Ya hemos visto. Asuntos muy peligrosos.

—De momento creo que están todos resueltos —dijo Aliana, apretando con fuerza la pierna del socka que llevaban cargando entre los dos.

—Bien. Hablemos ahora de nuestros asuntos. Supongo que ambos tenéis contrato. ¿Si? Lo comprobaremos luego.

Se miraron y asintieron. Aliana no pudo evitar mirar hacia atrás.

—¿No nos seguirán? Aún estamos lejos de la comuna —preguntó Aliana angustiada, pero nadie respondió. El pequeño duji que los acompañaba había desaparecido en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué hicieron con Remy? ¿Dónde lo han llevado? —preguntó Kobur, nervioso.

—Dentro. Van hacia dentro. Es parte del contrato. Ya sabéis.

—Ya, el contrato...

—¿No habéis traído nada para entregarnos?

—No estábamos recolectando —dijo Aliana—. Como dijimos antes, teníamos que resolver unos asuntos.

Udiol giró alrededor de ellos, observando la pierna del socka y el resto de cosas que llevaban.

—Nos quedaremos con la mitad de esa pata, este rifle y las municiones. Es magnífico.

—Bien, media pata —dijo Kobur—. Así podré atarme a la espalda algo con lo que podré cargar. Tendrá que ser suficiente.

Aliana sujetó con fuerza la correa del arma que llevaba a la espalda y miró a Kobur. A él aquel rifle no le importaba nada, así que se mantuvo al margen, estaba cumpliendo lo que le habían pedido, solo quería teminar y volver cuanto antes.

—No podéis quedaros con él, nos comprometimos a devolverlo —improvisó Aliana—. Además, en cuanto lo detecten vendrían a por él a sangre y fuego ¿acaso crees que os permitirían conservarlo?

—Bien, chica. ¿Vuestros compañeros o las máquinas vendrán, o todos a la vez?

—¡Todos! Ahora que saben lo que puede hacer...

—¿Y si os lo quitamos? ¿Qué haréis? Lo habéis destrozado todo. Deberíamos acuchillaros y quedarnos con todo, ese sería un trato justo ¿no crees?

«Inténtalo. Me lanzaré sobre ti y te romperé los huesos», pensó Kobur que diría Aliana, pero en su lugar pronunció otras palabras.

—Las compensaciones y los detalles debes acordarlos más adelante con el comunitario máximo de Par. Te repito que no os lo podemos entregar.

—De acuerdo —Udiol se detuvo en seco—. Hasta entonces podéis volver por donde habéis venido.

—¿Podrías discutirlo con él?

—No discutimos nuestras condiciones.

Aliana estalló.

—No os servirá de nada. No es un vulgar rifle. Desde Par lo desactivarán en cuanto trates de utilizarlo.

—Pero ahora funciona. ¿Así que tienes amigos en Par que os dan cobertura en este momento? Que vengan ellos a buscarte.

Kobur se alejó de ambas. Cogió el rifle, disparó y partió la pierna en dos. Después se giró para hablar con Aliana, pero vaciló, su mirada daba miedo.

—Tenemos un buen trozo de la maldita pierna, ¿verdad?

Sin esperar una respuesta se giró hacia Udiol y le dio el otro trozo.

—Tenemos que llegar a Tur. Llévanos allí y quédate también el rifle, no lo necesitaremos —zanjó Kobur.

Aliana lo miraba con ojos encendidos y Kobur sintió que le atravesaban el cerebro, su cabeza iba a estallar. Se secó el sudor de la frente con la manga de la camisa.

—¿Qué pasa? Ya fabricarán otro.

Y dirigiéndose de nuevo a Udiol.

—Por favor... ¿Nos indicas el camino más corto?

Entraron en una especie de ascensor y comenzaron a descender entre traqueteos. Kobur se ató el trozo de la pata de plastifeno a la espalda. Aliana se sentó en el suelo y comenzó a dar patadas a la pared de enfrente. Le temblaban los labios, recogió las piernas entre sus brazos y escondió la cabeza. Acababa de perder a sus mejores amigos.

*¿Hay algo más vulgar que luchar cuando estás sentenciado a morir?*

*I Asamblea General para la Fundación de Lux. Rotterdam, 2170. Julia Roumiankof, Presidenta del Movimiento Supremacista Neolux.*

### *Sin perdón*

Gritos y carreras, algo sucedía abajo, en la calle, y no era bueno. Curiosidad o sensatez. Sabrina estaba sola, desde que encontraron el vehículo quemado con los restos del pobre Denis en el interior, al que reconocieron gracias a los collares y baratijas metálicas que solía llevar, su padre había estado buscando a Diana, su madre, por todas partes.

El deseo por averiguar qué estaba ocurriendo luchaba con la idea de huir lejos de aquel alboroto que solo podía significar problemas y desgracias. Se impuso un compromiso intermedio, tímidamente, se asomó a la ventana, si lo que encontrase no le gustaba, saldría corriendo de inmediato para ocultarse.

Abajo, algunos señalaban hacia la casa de Hugo, el comunitario máximo de Par. La puerta estaba destrozada, los trozos de madera salpicaban el asfalto. Volvieron los gritos, esta vez desde el interior de la vivienda, más apagados pero más espeluznantes y las personas que quedaban en la calle se alejaron corriendo.

Había una gran balconada justo encima del portón principal, Hugo se había refugiado allí. Una banderola con el emblema de la comuna colgaba sobre la barandilla y tapaba lo que estaba ocurriendo. Una máquina gigantesca se agachó sobre él y Hugo gritó, el sonido que salió de su boca hizo que Sabrina se tapara los oídos, pudo ver que la mano extendida de Hugo, implorando por su vida, se retorció de dolor. El gran socka salió de la casa, atravesando el portón cubierto de sangre.

Vio a unos niños asomados a una ventana en el edificio de enfrente, lloraban apoyando sus pequeñas manos en el marco, instintivamente se agacharon cuando la máquina cruzó la calle frente a ellos y unos a otros se pidieron

guardar silencio. Poco a poco, iban levantando las cabezas, la máquina avanzaba impávida y llevaba algo bajo el brazo, algo se movía siguiendo el ritmo de las zancadas en la mano de la máquina..., una pierna colgando.

Sabrina se sujetó el pecho, su corazón latía desbocado, ¿qué diablos habrá ocurrido? ¿qué va a pasar ahora?

Las máquinas eran sanguinarias, aunque hacía años que no se las veía en las zonas habitadas de Par. Si han venido significa que una desgracia había caído sobre ellos y no se hizo esperar. En el cielo, unas luces blancas se dirigieron hacia la comuna, señalando la llegada de nuevos desastres.

Pasaron a baja altura y todo estalló alrededor. Sabrina se cubrió la cabeza. Habían reventado todo el plascristal que cubría las fachadas de los esqueléticos edificios y los protegía de las temperaturas extremas. Ahora quedarían expuestos al frío invierno y al tórrido verano, era un castigo demasiado cruel.

Oyó la voz temblorosa de Hugo en la calle y una vez más le pudo la curiosidad. Vio los trozos de madera tirados por el suelo que habían formado parte del gran portón de la casa del comunitario máximo de Par, miró alrededor, todas las calles estaban recubiertas por cristales rotos.

Echado sobre el marco del destrozado portón, bajo una bisagra retorcida, había un anciano ensangrentado, había llegado allí a duras penas, apoyándose sobre una silla. Tenía la cara manchada y la ropa le colgaba a jirones, pero cuando habló, todos lo reconocieron. Era Hugo, le faltaba una pierna y en su lugar caía la sangre a borbotones. Había improvisado un torniquete que no parecía muy efectivo.

—Yo soy el culpable —Hugo estaba encorvado y parecía que se caería en cualquier momento—. Perdone a los demás, yo ordené el ataque a vuestra máquina.

El socka respondió con voz de mujer.

—Nos llevamos tu pierna. ¿No es evidente que ya lo sabemos?

—Claro. Por supuesto que lo sabéis. Yo pago por mi estúpido error.

—Todos estúpidos. Todos pagan.

Hugo trató de avanzar y se cayó. Apenas le quedaban fuerzas y no consiguió ponerse en pie, el dolor parecía que iba a dejarlo sin sentido. Miraba a un lado y a otro, pero nadie se atrevía a ayudarlo, al estar tan cerca de la máquina que ahora permanecía inmóvil y a pocos metros. Era como tratar de arrancar un gato moribundo de la boca de un perro furioso.

Desde el suelo, Hugo gritó a la máquina.

—¿Señora! ¿Cuál es vuestro nombre?

—Soy la consiliaria Moa Parsis.

La pierna que llevaba en una mano seguía chorreando sangre. La máquina se giró despacio, la insistencia del moribundo había atraído su atención, o quizás había perdido la paciencia y se disponía a terminar con todo aquello de una vez.

—¿Están avanzando las reformas? —dijo el anciano, mientras extendía una de sus manos hacia arriba y encogía los hombros.

—¿Reformas?

—Zelig nos habló de los acuerdos que se han establecido para que den comienzo unas negociaciones con nosotros y espero que esto no sea un impedimento...

—Si llegamos a un acuerdo será para eliminar la escoria definitivamente.

La máquina se volvió y se alejó sin esperar la respuesta de Hugo. Tras ella quedó un pequeño reguero de sangre y muchos cristales rotos.

El comunitario máximo cayó desplomado, como un viejo árbol al que han aserrado por la base. Quedó bocabajo, inmóvil, ni siquiera se apreciaba si respiraba, quizás había muerto. Sabrina bajó corriendo, también llegaron otras personas, entre todos lo cogieron y lo arrastraron hacia el interior de la casa.

La máquina giró en un cruce de calles y arrojó la pierna a unos cubos de basura. Sabrina llegó corriendo, con toda la ropa manchada por la sangre de Hugo y se plantó a las espaldas de la máquina. Su madre probablemente habría muerto a manos de los enjaulados, por mucho que su padre se negase a aceptarlo, y ahora venían a su comuna a destrozarlo todo y a maltratar a un anciano. Ya no podía más.

—¿No te da vergüenza?

La máquina se giró violentamente, dio un paso hacia ella con una mano en alto mientras Sabrina gritaba y usaba sus brazos para cubrirse la cabeza. La máquina se detuvo en seco y dio unos pasos vacilantes hacia atrás.

—¿Cómo es posible? ¡Vaya! Precisamente tú —exclamó Moa a través del sintetizavoces.

Sabrina esperaba cualquier respuesta, incluso más violencia, pero aquello la dejó sin palabras. La máquina volvió a hablar con aquella extraña voz de mujer.

—Mi precioso proyecto abandonado.

—Pero..., ¿quién eres tú? —preguntó Sabrina.

Aunque no hubo ninguna respuesta, Sabrina supo quién era la consiliaria Moa, datos básicos sobre su vida, el aspecto que tenía. Cayó de rodillas al suelo, le temblaba todo el cuerpo. Intentó borrar de su cabeza aquellas imágenes, aquellos conocimientos que habían surgido sin más y lloró de impotencia.

La máquina pasó a su lado y continuó por su camino, hacia una amplia plaza al final de la calle. Allí esperaban más sockas, estaban preparados para todo. Afortunadamente nadie arriesgó su vida estúpidamente, lanzándose contra ellos. Sabrina se restregó los ojos, quería verlos partir y esperaba no volver a verlos nunca más.

Un gran aerosocka descendió y la máquina, cubierta con la sangre de Hugo, alargó una mano y se agarró al exterior. Tras ella, el resto subieron uno tras otro y con un estruendo, ascendieron hasta perderse de vista.

Atrás dejaron un oscuro reguero de sangre, un anciano agonizante, muchos cristales rotos y una niña furiosa.



En Lux el consiliario Edén había seguido de cerca los acontecimientos. Zelig estaba sentado a su lado, observaba con gesto contrariado.

—¿Qué te ocurre, Zelig?

—Es por Hugo...

—Esto nos beneficia. Así será todo más creíble.

—Parece que ha muerto desangrado.

—Una sola víctima. Tampoco es para tanto, y ya era un anciano.

—Más las cinco que han caído al capturar la pierna del socka.

—Hasta llegar a mil aún queda un largo trecho, no hace mucho se contaban las muertes por decenas de miles. ¿Cinco? ¿Seis? Vamos, no son nada.

Zelig no respondió, era inútil hablar con aquella pared. Maldito egomaniaco. Edén se retorció sobre el sofá de pura felicidad.

—Je, je. Se lo ha tragado hasta Moa. ¿Ves? No es necesario usar el CIC para ser feliz.

«¿Cómo puede estar feliz? Si hasta sonrío». Zelig rumiaba para sus adentros, pero no tenía ganas de iniciar una discusión en ese momento.



Mientras todo esto ocurría, Amadeus estaba ocupado con su nuevo entretenimiento, se trataba de un socka polimorfo femenino, sus miembros aparecían y desaparecían en un instante. Bocas y vaginas surgían en su barriga, sus brazos, en la palma de una mano o en cualquiera de sus senos.

Podría parecer un monstruo, pero estéticamente era terriblemente atractiva y sensual. Las múltiples bocas lo mordisqueaban simultáneamente mientras estaba tumbado boca abajo, en el interior de sus muslos, sus antebrazos y su zona lumbar. Cuando se giró buscando más, sintió a su alrededor los más cálidos abrazos, mientras lamían su sexo con la temperatura, el ritmo y la presión precisas para mantenerlo en vilo. Era una inundación sexual de la que esperaba escapar cuerdo una vez más.

En la penumbra observaban Richard y Mirella, sentados sobre sus lazarillos, le habían pedido que les mostrase aquella máquina que lo tenía tan absorbido y la demostración parecía que los había impresionado, pues se habían quedado mudos.

Sin aliento, temblaba de la cabeza a los pies. Parecía que el acto nunca acabaría, lejos de disminuir el placer, iba en aumento y cuando parecía que iba a finalizar con un orgasmo pletórico, subía a una nueva dimensión de sensaciones. Le cubrió la boca, no podía gritar.

—Me gusta recorrer con la lengua toda tu piel —dijeron aquellas bocas, que le susurraban palabras tiernas y dulces en los oídos, repetían su nombre y distraían su atención.

—Amadeus, Amadeus —repetieron, mientras una lengua giraba sobre su vello púbico y con los dientes tiraba suavemente, mientras otra se deslizaba sobre sus labios temblorosos. Después se colocó encima, lo retorció con fuerza, algunos huesos crujieron y apenas podía respirar, no veía nada.

Su mente y su cuerpo querían separarse porque el placer amenazaba con hacerle perder la razón. Una sinfonía de olores exóticos cargados de hormonas casi lo consiguen. Cuando él gritaba “¡para, para!” y trataba de quitársela de encima, ella arqueaba la espalda y empujaba hasta el fondo con más fuerza y cuando gritaba “¡sigue, sigue!” se detenía y lo abrazaba.

A patadas tuvo que desembarazarse de ella. Su mente le advertía del peligro, aquello podría ser peor que la droga más potente.

El sudor caía a chorros de su cuerpo y se evaporaba en ondas sinuosas. Tenía los ojos cerrados y babeaba sin parar en un éxtasis hipnótico. En su cerebro se sucedían las explosiones, amplificadas por el CIC, que se reflejaban en todos y cada uno de sus músculos. Abrió los ojos y la miró fijamente, no intentó rechazarla cuando se acercó de nuevo. Bum, bum, bum.

Se retorció y sentía el palpitar de su corazón, su propia respiración, sus temblores y a todo su ser fundido con los movimientos de la máquina. Acoplándose en un único ritmo, como si cada estremecimiento de placer fuese un eco de cada latido. ¿Era posible?

No quería que parase, pero temía lo que ocurriría si no lo hacía. Diversos focos de placer iban desplazándose hasta coincidir en un lugar que ya ni siquiera lograba identificar.

Bum, bum, bum. Sus jadeos se transformaron en gemidos, luego en aullidos y finalmente en gritos. Bum, bum, bum.

*Piensa en lo que quieras encontrar mañana y hazlo hoy.*

*Eova Varel.*

### *Cuando el cielo se desploma*

**K**obur y Aliana se despertaron casi a la vez, un poco desorientados. No habían parado de caminar por los sinuosos túneles de los marros desde que llegaron. Udiol, su guía, les indicó que se sentaran a descansar unas horas y se habían quedado dormidos. El reloj señalaba las ocho de la mañana, pero en aquellos pasadizos la penumbra era perenne.

La chica no se veía por ninguna parte, los habían dejado solos en aquella estancia pobremente iluminada. Parecía que los marros llevasen una eternidad horadando las profundidades. Los túneles eran kilométricos pero estaban bien ventilados y limpios.

—Alguien ha estado siguiéndonos desde ayer.

—¿Qué viste, Adalia?

—¿Ver? Nada. ¿Es que no tienes olfato? ¿Acaso no notas el olor nauseabundo que llega cada vez que las corrientes de aire corren desde atrás?

Kobur se encogió de hombros. Todos aquellos túneles apestaban.

—Parece que nunca llegaremos a ningún sitio. Mira este lugar, ¿no es como si hubiésemos pasado por aquí hace horas?

—La brújula me indica que vamos en la dirección correcta. Todos estos túneles se parecen demasiado.

—Si la estúpida chica pálida no vuelve tendremos que continuar solos.

—Mi linterna está casi agotada y muchos de estos túneles no tienen ningún tipo de iluminación, podríamos perdernos aquí para siempre.

—Udiol nos trajo agua y algo de comida ¿ya no queda?

—Tenemos agua para varios días más, pero comida hay poca, apenas queda algo. Estaba hacia allá.

Caminaron unos metros en busca de las provisiones hasta tropezar con una

pared.

—Pero... ¿Era este el camino? Creo que nos hemos equivocado.

—Esa pared no estaba antes ahí.

—Es verdad, mira las marcas, parece que se ha movido.

El túnel comenzó a vibrar, podían sentir bajo sus pies cómo se desplazaban a la vez muchas toneladas de peso. Se oía el ruido de piedras o grava que caía rodando. Ambos se abrazaron y trataron de mantener el equilibrio, hasta que todo paró de repente.

—El túnel se ha desplazado. Estoy segura, ¿ves allí, a unos veinte metros? Antes había un pasillo.

—Sí, lo recuerdo, estaba a este lado. Parece que nos hemos inclinado, el suelo cae hacia el fondo del túnel. ¿A dónde conducirá ahora?

Aliana no paraba de alisarse el pelo con las manos. Estaba muy nerviosa.

—Vamos, encontraremos la forma de salir de aquí —dijo Kobur, aunque no estaba nada convencido de su propia afirmación.

Se dedicaron a explorar los túneles que había alrededor sin encontrar nada significativo hasta que atravesaron un portón y llegaron a una gran estancia abovedada. El suelo estaba agujereado, había miles de huecos excavados y alineados en cuadrículas que no eran muy grandes, no llegarían a un metro por cada uno de los lados.

Caminaron hacia los que se encontraban más cerca y se asomaron. Dentro del primero descubrieron a una persona acurrucada que parecía dormida o muerta, estaba desnuda y algo viscoso recubría su piel rojiza. Aliana aumentó la intensidad de la luz y la dirigió hacia el rostro. La criatura entreabrió los ojos, o eso les pareció. Kobur se agarró al brazo de Aliana y se marcharon corriendo, ninguno deseaba permanecer allí más tiempo.

Volvieron al punto de partida a toda prisa, ambos se miraron y se guardaron para sí sus elucubraciones. Se sentaron en el suelo, allí había unas tomas de electricidad y pusieron a recargar las linternas. Kobur rebuscó en sus bolsillos y encontró una pastilla amarilla. La partió en dos y le ofreció la mitad a Aliana, ella le devolvió una mirada recelosa, pero la aceptó.

Un rato después, el techo de la sala comenzó a ser atravesado por rayos de luz y un espléndido cielo azul con sol, nubes de algodón y pájaros de colores se mostró ante ellos, el viento acariciaba sus cabellos.

A Kobur le goteaba la saliva por la barbilla, tenía los ojos cerrados.

Poco después Kobur volvía de un rincón oscuro, había hecho sus

necesidades y pensaba que debería haberse alejado un poco más. Bueno, si Udiol los estaba buscando ahora también podría localizarlos por el olor.

—Si no vuelve, no nos quedará más remedio que intentar continuar solos, manteniendo el rumbo a Tur, a no ser que volvamos por nuestros pasos.

—¿Volver? Todo el recorrido ha cambiado.

—Buf. La decisión más sencilla es seguir adelante, lleguemos al final de este túnel, quizás encontremos a alguien.

Los minutos se hicieron largos como horas, caminaban muy despacio, tratando de memorizar el camino recorrido por si debían regresar. Estaban en completo silencio intentando detectar alguna señal que les indicase la proximidad de Udiol o de cualquier cosa que habitase aquellos lugares.

—Probablemente no haya nadie por aquí. ¿A qué profundidad hemos descendido? Se notaba que en muchos momentos el camino era ligeramente descendente.

—Nos han abandonado a las puertas del infierno —protestó Kobur.

—Venga, no me dirás que tu crees en...

—No. No creo en nada, pero si estamos cerca de algún sitio debe ser el mismísimo infierno.

Ahora que prestaban mayor atención y estaban descansados, lograron escuchar un murmullo que procedía de las profundidades.

—¿Lo oyes?

—Sí, es un ruido muy extraño.

—Parecen corrientes de agua.

—No estamos tan cerca del infierno como pensabas ¿eh? —dijo Aliana con una sonrisa— a no ser que a los demonios les guste chapotear.

—Un momento. Oigo algo más.

Les pareció oír algo a lo lejos, en uno de los pasillos laterales. Despacio, se dirigieron sigilosamente hacia la fuente. A cada paso que daban, una luz se hacía cada vez más intensa.

La chica, Udiol, estaba arrodillada, con las manos apoyadas en el suelo y enfrente, tres pequeños dujjs se dirigían a ella en un exótico idioma lleno de gruñidos y extraños gestos de la cara. Uno de ellos, haciendo aspavientos, parecía que ladraba órdenes sin parar. «¿Quién gobernaba a quién?»

Cuanto más tiempo pasaban con los marros, menos sabían de ellos. Pudieron escuchar con claridad una frase de Udiol en respuesta a unos gruñidos.

—Los ulili se ponen ellos mismos la soga al cuello. Tan solo hay que tener

paciencia y proporcionarles cuerda.

Después de decir esas palabras se levantó y con parsimonia se dirigió directamente hacia el lugar donde se encontraban. Lejos de alegrarse por encontrarla de nuevo, decidieron liberar la ansiedad que acumulaban y la emprendieron a gritos.

—¿Podríamos habernos perdido para siempre!

—No había ningún peligro, estaba únicamente en tu imaginación. Jamás podréis perderos aquí, es nuestro hogar y os encontraríamos fácilmente, vuestros pasos resuenan a kilómetros de distancia dentro de los túneles y ya habíamos sentido que os estábais aproximando.

—Y esas cosas que tenéis en los agujeros...

—¿Habéis visto a los kinchasu? No es raro, hay miles de cámaras por todos lados.

—¿Están muertos?

—Están transformándose y esperan para ser despertados, preparamos los cadáveres en esos huecos excavados en el suelo, allí permanecen, meses o años, aletargados, hasta que llegue el momento de ser ensamblados en un útil, una herramienta compuesta de varios de ellos y afinada para un fin concreto.

—Cuando cuente esto nadie se lo va a creer, todos me dirán que estaba drogado —dijo Kobur.

—¿Cómo sobreviven?

—Los kinchas son muy frugales, los cargamos con energía utilizando los nibots, pero necesitan rehidratarse de vez en cuando.

—¿Son caníbales?

—No, no. Qué desperdicio sería —Udiol sonrió—. Además sellamos sus bocas para que no se destrocen entre ellos, al principio no son muy dóciles.

—Ya —balbuceó Kobur.

—¿Conseguiremos salir algún día? —Aliana se restregó los ojos—. Los túneles se movieron, habéis cambiado el recorrido.

—Sí. Yo os preparé el camino hacia mí, ajustando un poco el recorrido. Solo teníais que caminar.

—¿Para qué se mueven?

—Los ulili nunca podrán hacer un plano de nuestros túneles.

—¿Qué has estado haciendo todo este tiempo?

Udiol no les contestó, parecía cansada de responder tantas preguntas y con un gesto seco se limitó a ofrecerles alimentos.

—Gracias —dijo Aliana.

—No me des las gracias. He traído comida y bebida porque los pequeños dujis detestan hablar y relacionarse con los ulili, desde siempre han sido rechazados y odiados allí por donde iban. Igual que nosotros, pero alguien debe rebajarse a tratar con vosotros.

—Ahora somos nosotros los odiados.

—No existe odio, pero es imposible juntar el agua con el aceite.

Ambos se mantuvieron en silencio esperando alguna nueva aclaración.

—Somos diferentes, pero la Mouri es sabia y existe un equilibrio. Nosotros nos vemos de un modo totalmente opuesto a como nos véis vosotros. Somos privilegiados y quizá debemos pagar por ello con vuestro desprecio.

—¿Privilegiados? ¿porque crees contar con la bendición de un Dios? Os llaman los asaltatumbas ¿sabes qué significa? Lo sabes muy bien, quizás tu misma hayas retirado a muchos de nuestros parientes fallecidos para convertirlos en esas cosas.

Udiol esperó unos segundos y después habló.

—Vuestra sensibilidad os hace percibirlo como algo doloroso. Quizás sea así, pero a veces el dolor es necesario para obtener el fin adecuado.

—¿Adecuado a qué? ¿Lo que hacéis con los muertos os parece correcto?

—Todos tenemos un papel que desempeñar en el seno de la eterna Mouri. Hace muchos años que en Par lo entendieron, no tengo nada nuevo que discutir sobre eso.

Udiol había vuelto diferente tras la conversación que había mantenido con los pequeños monstruos. Parecía darle vueltas a algo en la cabeza y no había forma de hacerla hablar.

—Nos despreciáis y nos tratáis con la punta del pie. Hoy estáis viendo cosas que nunca han visto otros ulilis y quizás cambien vuestras ideas.

Los tres reanudan la marcha tras descansar unos minutos y comer algo. De repente, el túnel los lleva a una estancia gigantesca. Los marros han ahuecado una gran montaña y cualquiera en el centro de ese espacio solo puede sentirse como un ser insignificante. Caen diminutas gotas de agua del techo que parecen encenderse al ser atravesadas por la luz del sol que procede de algunos huecos en las alturas. También hay un gran ventanal redondeado, de cristales azules, en uno de los laterales por donde entra la escasa iluminación del recinto. El resto del espacio está despejado, con las paredes en un tono un oscuro salpicado de diferentes materiales. El suelo es liso y acristalado,

refleja en parte la zona superior y parece que cuando lo pisas caminas sobre el vacío.

Según dicen, los marros creen que el alma debe purificarse y atraviesa distintas etapas por lo que ninguno de ellos se arriesgará a la expulsión de la comunidad, pues significaría que su alma nunca maduraría.

Todo lo que veían tenía un carácter misterioso y esotérico. Aquella religión parecía más profunda de lo que habían pensado. ¿Cuál sería su origen? No se parecía a nada que hubiesen estudiado. La Mouri, su Diosa, se confunde con el ángel caído de otras religiones, aunque los marros niegan cualquier relación, en muchos ha provocado la creencia de que los marros son adoradores del demonio, especialmente debido a la personalidad rebelde, orgullosa e independiente de este pueblo al que nadie puede pertenecer a menos que haya nacido en su seno, aunque la mayoría de detalles que han llegado no se basan en hechos contrastados sino en meras habladurías y cuentos de viejas.

Ambos contemplaban aquellos lugares entre asustados y embelesados.

—Todo esto escapa a nuestra comprensión. En Par somos demasiado prácticos. La religión, para los que la practican, es algo íntimo y sencillo, el día a día acapara toda nuestra atención —dijo Aliana abriendo los brazos y girando sobre sí misma.

Udiol sonrió complacida.

—No tenemos una religión, es nuestra forma de vida. Tratar de comprender a la Mouri es un pecado. Al igual que tratar de hablarle o de suplicarle. ¿Cómo podemos pretender, nosotros seres insignificantes, que un ser divino nos preste atención? ¿Acaso no tiene ya infinitas tareas que acometer?

—No entendemos de estas cosas —zanjó Kobur, los asuntos religiosos no iban con él.

Hizo un gesto a Aliana para que se callase. Los asuntos abstractos pueden dar lugar a malentendidos o discusiones y no estaban en situación de discutir y menos aún por ese tema.

—La Mouri no es su nombre, no se puede denominar con un vulgar sonido, pero es la palabra que usamos y que significa “lo que está más allá de nuestra comprensión” —prosiguió Udiol que parecía disfrutar con la charla.

Al doblar una esquina, oyeron un ruido de pisadas alejándose. Aliana se asomó a un pasillo lateral tratando de adivinar qué es lo que se aleja pero solo distingue formas imprecisas. Hay una gran polvareda y de ella, emerge un pequeño duji haciendo aspavientos.

—¡Ulili! Os esperaba.

Ambos asintieron y Udiol permaneció en silencio unos metros atrás, parecía incómoda.

—Mejor no cruzarse con los calvekinchaub.

Kobur miró a Aliana que se limitó a alzar las cejas. Después observaron detenidamente al hombrecito.

Llevaba una mascota sobre su hombro, una especie de cucaracha dorada-anaranjada de gran tamaño. Aliana y Kobur se quedaron mirándola extrañados y él, acariciándola le susurró unas palabras.

—Encuentra agua, encuentra comida, localiza a las diminutas máquinas que nos espían, busca entradas o salidas y brilla en la oscuridad.

Luego la besó y el animalillo hizo un ruidito extraño, como un zumbido.

Udiol siguió caminando en silencio. Detrás de todos, caminaba el pequeño duji que se unió al grupo.

—Por los dioses y los demonios. Espero que el magnatar acabe de una vez con todo —susurró Aliana en el oído de Kobur.

—Dicen que es un arma poderosa, ya veremos de lo que es capaz.

Kobur sonrió a Aliana y le contestó afirmativamente con un gesto. Compartía su hastío por todo y por todos. Ojalá todo se pudiese resolver apretando un botón. Tan solo quería terminar de una vez con aquello y descansar.

El duji aceleró el paso y se situó a su derecha. Restregó el dorso de su mano por la nariz y después se sorbió ruidosamente los mocos, cuando terminó, aceleró el paso y se colocó delante de ellos haciendo que el grupo se detuviese.

—Parece interesante. Um. Ese magnatar vuestro.

Kobur se quedó mirando al pequeño duji con cara de asombro. Apenas había intercambiado unas palabras con Aliana y aquella cosa insignificante, que de repente parecía maligna y peligrosa, lo miraba fijamente y sin siquiera parpadear con unos enormes ojos que demandaban información.

Aliana apretó los labios. Ya no hablaría más. Le escocían los ojos, le dolían los pies, el sudor le corría por la cara y su cuerpo estaba pegajoso. Pero sobre todo estaba agotada.

Sí, por eso había actuado como una enjaulada, menospreciando a los demás, hablando más de la cuenta y había revelado detalles que no quería dar a conocer. El agotamiento la transformó y durante unos instantes fue igual que ellos, una estúpida engreída.

—Um. No queréis hablar ¿Eh? Sí que debe de ser interesante.

—¿Cómo te llamas, pequeño curioso?

—Rodolfo.

—¡Rodolfo! —repitió Kobur.

—Ese es su nombre para vosotros —dijo Udiol con una sonrisa y a continuación lanzó unos bufidos y se dió un par de palmadas en el hombro.

—Si puedes repetirlo... Ese es su nombre, si no, Rodolfo.

—Ya. Pues que sepas, Rodolfo, que el magnatar es como un espíritu que nos favorece. Nos da suerte, nada más, tú tienes los tuyos y nosotros el nuestro. Así que olvídalo —dijo Kobur. Prefería mentir antes que dar largas explicaciones, siempre lo hacía así.

Udiol miró al duji que permaneció callado y continuaron la marcha.

—Pronto llegaremos al sistema de transporte —les dijo.

Ambos se sintieron aliviados, cargar con aquella pierna durante esas caminatas interminables parecía una auténtica tortura. Llegaron a una estancia de paredes redondeadas, una especie de vetusta locomotora con vagones estaba allí esperándolos, cubierta de pequeños dujis, habría unos treinta. Udiol se despidió con un gesto y en silencio se perdió de vista. Desde la máquina les hicieron señas para que subieran. Entraron, buscaron un lugar que no estuviese demasiado estropeado y se desplomaron sobre dos asientos que parecían cómodos y estaban bien conservados.

—Gracias.

—Sí. Estamos agotados, ya no podíamos más.

—Descansad ahora. Um. Nos pondremos en marcha y en pocas horas llegaréis a un punto próximo a la comuna de Tur.

Junto a ellos se sentó el pequeño duji que los había estado acompañando. La cucaracha dorada los miraba fijamente mientras oscilaban sus largas antenas.

Kobur no pudo dormir. Estaba extenuado pero su cabeza no lo dejaba en paz. No quería que llegara la hora de llegar a Tur, no lo veía tan sencillo como lo había presentado Zelig cuando revisaron los detalles. Aún así el momento llegará inevitablemente.

Cuando hablaron, todo parecía muy fácil. Recordó sus palabras. «Llevas el plastifeno que necesitan, de parte de la comuna de Par, encuentras el magnatar, señalas la posición y te largas».

«No puede ser más fácil. Gracias jefe —contestó entonces».

A Zelig decía que le molestaba cada vez más que lo llamase jefe, pero como

siempre tenía la cara contraída y el ceño fruncido, Kobur no apreciaba un especial irritamiento.

Así que allí estaba, dirigiéndose hacia el sur con su cargamento y por supuesto, jugándose el cuello, como otras veces. Por más vueltas que le daba, no encontraba la forma de escapar de aquella espiral. Zelig lo usaba a su antojo.

Hacía unos minutos que habían salido de los túneles de los marros, podían estirar las piernas y respirar aire fresco. Caminaban hacia Tur por una antigua carretera de asfalto donde se cruzaron con algún vehículo desvencijado y varios jinetes, aunque no disimularon su curiosidad nadie se detuvo.

El lazarillo que llevaba adherido a la espalda se estremecía y le advertía con antelación, pues Zelig los observaba desde la distancia. Mejor mostrarse cauto en los encuentros con desconocidos.

Kobur veía bastantes vehículos que funcionaban y no habían sido desmontados por los mickras, parecía que los lectos habían relajado un poco la presión en esa zona.

Aliana tuvo que parar para hacer sus necesidades, incómoda porque había estado aguantando horas esperando a que Kobur pidiera detenerse. Desde que salieron de los túneles él había estado haciendo sus necesidades en el lazarillo, como le enseñó Zelig y no había tenido que preocuparse, aunque se había mostrado reticente a usarlo y le costó habituarse. No sabía cómo funcionaba el dispositivo y le daba igual, era perfecto. Ella se alejó, caminó y se agachó tras unos matorrales altos, aunque podía verle la cara, miraba al cielo. El líquido bajaba hacia sus pies, pero Kobur no tuvo que retirarse, la reseca tierra lo absorbió todo.

Hacía bastante calor, se desplazó a la sombra de un árbol para refrescar las ideas y pensar cómo se presentarían en Tur. Esos no eran unos estúpidos y aunque llevaban la pierna del socka, el cargamento de plastifeno que necesitaban, tenía que elaborar una historia creíble.

Hoy tenía una misión que le repugnaba y aún así estaba determinado a cumplirla, y a cambio, imponer a Zelig algunas condiciones para el futuro. Sabía muchas cosas de su tío que quizás no desearía que se hiciesen públicas, aunque aún no se atrevía a usar esa carta.

El lazarillo vibró y al abrir los ojos vio a Aliana que se acercaba lentamente. Siguieron caminando a buena velocidad aprovechando un trecho en buen estado de la carretera, llegando rápidamente hasta el extraradio de

Tur, la comuna junto a los Alpes.

Aunque el trayecto discurrió sin incidentes, cerca de Tur tuvieron que detenerse al encontrar la carretera cortada. Al fondo de un valle ya divisaban la comuna de Tur, pero justo delante de ellos se interponía un puesto de vigilancia.

No sabía muy bien qué utilidad tenía aquello porque los sockas iban a donde querían y cuando querían. «¿Sirve para algo vigilar a la muerte? Cuando llegue no habrá nada que pueda evitarla», pensó Kobur.

En el puesto había cinco jóvenes con uniformes negros, llevaban identificaciones con sus nombres en unas plaquitas metálicas junto a un bolsillo de la chaqueta. Elmo, Fazio, Marco, Ambra y Giulia.

Kobur dejó que hablase Aliana, no quería meter la pata.

—¡Apartaos! tenemos prisa y aún queda un buen trecho hasta la comuna.

Él se quedó mirándola con la boca abierta, hubiese preferido algo más sutil. Los cinco vigilantes, sin decir una palabra, se abalanzaron sobre ellos y los tumbaron contra el suelo mientras Aliana los maldecía. Cogieron la pierna de plastifeno y comenzaron a observarla con curiosidad.

—¿Quiénes sós y qué es esto?

—No tenemos tiempo para perderlo en...

—Somos de Par —dijo él, interrumpiéndola—. Me llamo Kobur y ella es Aliana, llevamos plastifeno a Tur por orden de Hugo, nuestro comunitario máximo.

Uno de ellos se alejó y parecía que se comunicaba a distancia con otra persona. Desde el suelo, Kobur se dirigió en voz baja a Aliana.

—Te agradecería que te callaras y a partir de ahora dejes que hable yo primero.

Aliana le respondió de inmediato.

—Te agradecería que te metieses la lengua por el culo y me dejases en paz.

Kobur meneó la cabeza, no le había perdonado el asunto del rifle y ella se lo iba a hacer pagar. Él nunca respetaba las reglas, hacía lo que le venía en gana y ahora... ¿se tenía que dedicar a apaciguar a unos y a otros?

—Podéis ponerlos en pie, parece que podréis pasar —dijo Fazio, tendiendo una mano a Aliana.

—Así que en estos puestos vigiláis a las máquinas —dijo Kobur para tratar de charlar un poco y relajar el ambiente que se podía cortar con un cuchillo.

Se miraron y una de las chicas, Giulia, le respondió.

—Lo vigilamos todo. Máquinas, personas, marros...

—¿Los marros?

—Vigilamos las incursiones, no es que haya un conflicto ni nada parecido pero son imprevisibles. Levantan odios allí por donde van. También controlamos a los nuestros, para que no hagan tonterías, que no se pierdan, que no sufran accidentes... Por su propio bien.

—Controlar a otro por su propio bien ¿no suena a enjaulado? —preguntó Kobur.

Giulia no respondió pero sí lo hizo Aliana.

—Algunas tareas son inevitables. ¿Los enjaulados también se controlan entre ellos, Kobur?

A él se le puso la cara blanca. Lo último que quería es que lo relacionaran de alguna manera con los malditos enjaulados.

—Y yo qué sé. Pregunta a Zelig cuando lo veas. Yo no sé nada.

—Algo te habrá dicho tu tío.

Kobur se sentía traicionado, puso los ojos en blanco y para que Aliana no siguiese hablando le contestó.

—Los lectos no se controlan entre ellos. Confían en que cada uno hará lo correcto, los educan para eso. ¿A qué viene ahora ese interés?

Aliana simplemente sonrió, había cumplido su cometido, no se fiaba de Kobur, ni de Zelig y tenía que poner sobre aviso a Tur. Miradas salvajes se clavaron en él. Ya había dicho lo suficiente, sintió mucho frío, la temperatura bajaba rápidamente y se le helaron los pies. Unas nubes bajas se dirigían veloces hacia el este y una ventolera cada vez más fuerte levantaba remolinos de arena.

De algún sitio llegó un gran vehículo con ruedas. A empujones los metieron dentro, las ventanas eran opacas, si es que había, y desde donde estaban sentados no podían ver el exterior.

El recorrido había durado unos quince minutos, entre asfalto y carreteras de tierra, cuando el vehículo se detuvo y los hicieron bajar ante unas enormes compuertas metálicas, también controladas por vigilantes.

Nuevamente se presentaron como representantes de Par, los enviaban con una mercancía largamente esperada en la comuna de Tur. Tenían que encontrarse con Chiara Pogni o George Dacher. Los hicieron esperar varios minutos, que a Kobur le parecieron horas. No podía aguantar más y finalmente preguntó.

—¿Así se recibe a los amigos en Tur?

Una chica se volvió y contestó parsimoniosamente.

—Oh, permítame que me presente, soy Gia DiMarco, les doy la bienvenida —después puso una expresión muy seria que borró todo rastro de la sonrisa—. Y ahora —dijo señalando al suelo—, sigan esperando aquí.

Vió muchos uniformes de diferentes colores y abundantes armas, sobre todo machetes y cuchillos, pero también otras más sofisticadas. La mayoría llevaba la insignia de Tur, el toro de color azul, aunque algunos también llevaban un brazalete con una cruz invertida y una serpiente de dos cabezas enroscada.

Apareció de nuevo Elmo, les hizo señas para entrar en otro vehículo, más pequeño, y seguir adelante por la avenida Giulio Cesare.

Los lectos estaban tan enfrascados en sus asuntos caseros que desconocían la magnitud de lo que se preparaba en Tur, había grandes bunkers subterráneos de los que veía entrar y salir mercancía en unos vehículos con muchas ruedas. Observó también, con asombro, que tenían algunos deslizadores, vehículos muy rápidos que no tocaban el suelo.

Lamentaba ver toda esa actividad y el bullicio de la gente, sabiendo que podían tener las horas contadas, si no lograba marcar la sala o el lugar donde estuviese el dichoso magnatar, además no sabía realmente qué buscaba y contaba exclusivamente con vagos esbozos y estimaciones sin una descripción concreta.

Kobur trató de serenarse, debía evitar extender los daños a toda la comuna, tal como acordó con Zelig. Aunque lo primero era salir de allí de una pieza, se recordó.

Se acercaron a un antiguo palacio que se encontraba admirablemente bien conservado. Bajaron del vehículo, quizás habían llegado a su destino, ¿estaría aquí el magnatar?

Aliana parecía abstraída. A Kobur le emocionaba encontrar restos del pasado en tan buen estado, eran la confirmación de que hubo un tiempo en el que se vivía bien en aquellas tierras. Observó que la fachada era austera y sus detalles ornamentales estaban reducidos a la mínima expresión.

A sus espaldas, establecieron algún tipo de comunicación con el interior y por lo que alcanzó a escuchar, los recibirían dentro.

—Bien, vamos por aquí —dijo una mujer mayor, también con uniforme negro.

Kobur y Aliana, que había estado muy callada, la siguieron al interior, donde

subieron por una escalera curvada hasta una amplia estancia con cómodos sillones y una gran mesa ovalada en el centro.

Miraron a los sillones, ambos estaban muy cansados. Kobur se adelantó hacia uno de ellos para sentarse, pero ella permaneció en pie. Aliana suspiró y miró al techo. Él no entendía nada de protocolos, aunque al ver la expresión de su compañera, se puso en pie y sin hablar, hizo un gesto para indicarle que seguiría así, que dejase de preocuparse.

Al cabo de unos minutos vieron aparecer a Chiara, rodeada de varios hombres armados. Por su expresión parecía estar bastante enojada.

Seguían discutiendo. Algunos le pedían recoger el plastifeno y matar sin más a los dos visitantes, desmembrados o enterrados vivos, mientras que ella pensaba que podía sacar alguna información extra. Había algo que le molestaba en todo aquello, especialmente la relación entre Kobur y Zelig de la que ya estaba informada. Kobur siempre se había burlado de todo y de todos y de repente se encontraba en la situación más seria que podía imaginar. Armas y caras largas a su alrededor no presagiaban nada bueno.

Intentó presentarse de la manera más correcta que se le ocurrió.

—Coordinadora, es un gran placer saludaros.

—Nos acaban de informar de vuestra llegada. Ya estáis aquí ¿Y bien? — espetó Chiara.

—Ah, sí... Hemos traído el plastifeno para el magnatar, tal como acordó Hugo. Son momentos excepcionales y vinimos rápidamente, sin anunciarnos, no queríamos postergar la entrega, conseguimos más de diez kilos de plastifeno de la mejor calidad tal como solicitaste en la comuna.

—Os lo agradecemos, ¿podemos saber cómo lo conseguiste?

—En realidad no lo hice solo —miró de reojo a Aliana—, éramos un grupo, ahora quedamos nosotros dos.

—Era parte de un socka de Lux —dijo Aliana, dando un paso y alejándose de él.

—Es evidente que es la pierna de un socka —dijo Kobur—. Logramos arrancársela a uno bastante grande que circulaba cerca de nuestra comuna.

—¿Y no os han perseguido? —preguntó Chiara—. ¡No se puede atacar a un socka y sobrevivir a no ser que estés especialmente preparado!

—Es cierto, nuestros compañeros han muerto —dijo Kibur, cabizbajo—. Pero estábamos bien preparados y yo sé lo necesario para seguir vivo. ¿No es suficiente prueba que esté aquí? Y, no, no nos han seguido. No hemos venido

directamente, atravesamos los túneles de los marros y nos cercioramos bien.

Chiara mantuvo la boca apretada durante unos segundos hasta explotar.

—Estás al servicio de un lecto de Lux, ¿o quizás tú también tienes un chip CIC insertado en el cerebro? —le preguntó Chiara aproximándose a su cabeza.

—¡No! Nos envía Hugo —gritó él.

—Vienes aquí arrastrando detrás a pequeños ojos que nos observan desde todos los rincones y por si no es suficiente, incontables satélites nos controlan desde allá arriba. Vamos, hablad con sinceridad y podréis volver por donde habéis venido.

Kobur abrió los brazos, tenía que seguir con aquello si quería salir vivo.

—Vengo como uno más de la comuna de Par, ¿así nos tratáis? ¿No queríais una ayuda? ¿No querías el dichoso plastifeno?

—Pero tú eres amigo o familiar del que llaman representante de Lux, ¿no es así?

—Él es más bien una especie de intermediario. Soy su sobrino.

No mintió. Probablemente sabían más de lo que aparentaban.

—¿Intermediario? Vamos, conocimos a Zelig en nuestra última visita a Par. No queremos ponerte en peligro, aquí estás a salvo si dices la verdad, pero nos extraña que tú precisamente nos traigas en apenas unos días el plastifeno que llevamos años tratando de obtener.

—En Lux se encuentra en cualquier sitio, es un material común. Tan solo había que encontrar la forma de cogerlo.

Chiara lo miraba pensativa, con los ojos entrecerrados, aún no había tomado una decisión.

—¿Te controlan con algún tipo de circuito implantado?

Kobur comenzó a reírse, no se le ocurrió otra cosa. Detrás de ellos, algunos se estaban poniendo nerviosos y clamaban abiertamente.

—Arranquémosle la cabeza a ese bastardo y hurguemos, a ver qué encontramos.

Aliana se colocó junto a una pared, quizás empezarían por ella, la violencia podría alcanzarla. No se sentía segura, a pesar de que ella no ocultaba nada. Chiara los contuvo a todos con una mano en alto y siguió indagando.

—Me refiero a que saben que te has marchado y que estás aquí ¿verdad?

—Entro y salgo a menudo para cumplir mis tareas. Voy de aquí para allá. No soy nadie importante.

—Cuidado Kobur, no estás hablando con los buenazos de Par ni con unos

estúpidos enjaulados. Registramos tus pertenencias cuando estuvimos en Par y descubrimos la droga que almacenas, del mismo tipo que encontramos entre las cosas de Zelig. ¿Te vendiste tan barato? —Chiara se apartó a un lado mientras terminaba de preguntar.

Ella hizo un gesto y varias personas uniformadas lo agarraron de los brazos y comenzaron a golpearlo en la cara. Intentó resistir, ¿qué podía hacer?

—Dinos la verdad, pedazo de escoria —le gritaron en la oreja.

Kobur escupió sangre y contestó cuando cesaron los golpes.

—¿Queréis saber la verdad? Decidme dónde está el magnatar porque han venido para llevárselo o arrasarán toda la ciudad hasta que lo encuentren.

Le llovieron más golpes como respuesta, esta vez más duros, hasta que Chiara ordenó que se apartaran.

—Entonces serás nuestro rehén.

—Ja, ja, ja —aunque tenía la cara hinchada no pudo contener la risa—, no se detendrán por mí, te lo garantizo —dijo, escupiendo un diente.

—¡Haz que se detengan! —le gritó Chiara en la cara, salpicando sus heridas de saliva.

—¿Detenerlos? ¿Yo? Tenía que señalar el objetivo, localizar ese maldito magnatar, y mi fracaso significa el fin de esta comuna sin más alternativas.

Chiara cerró los ojos por un segundo, sudaba copiosamente, cuando los abrió señaló hacia el suelo con el dedo.

—Marca el objetivo.

—¿Qué?

—Dices que eres uno más de Par ¿Acaso quieres ver a toda esta comuna destruida?

—No. En parte, por eso estoy aquí, arriesgando mi vida. Localizar el artefacto significaría salvar al resto.

—Yo soy el objetivo —gritó Chiara abriéndose la chaqueta.

—Pero... descubrirán lo que ocurrió y...

—Necesitamos tiempo para huir, la gente debe escapar. La comuna de Tur debe salvarse, no volverán a oír nada del magnatar hasta que sea demasiado tarde para ellos. Te doy mi palabra.

—¿Y me dejarás marchar?

Chiara asintió con la cabeza, tenía la cara desencajada y aunque ella había accedido, Kobur no creía que los demás estuviesen de acuerdo. Alrededor se desató el pánico cuando una sombra cubrió el cielo de la comuna.

—¡Todos! ¡Abandonad la comuna! ¡Avisad a todos, que suenen las alarmas!  
Chiara sujetó a Kobur por la muñeca.

—Espera. Aún debes hacer algo más.

Todos la miraron pues ni siquiera Kobur sabía de qué hablaba.

—Tienes que dejar fuera la pierna de plastifeno que trajiste contigo. Alguien la encontrará. ¡Entregádsela!

Kobur asintió y agarró la enorme pierna contra su pecho.

—¡Eres un hijo de puta! —Aliana se lanzó contra Kobur, golpeándolo, pero la sujetaron entre varias personas y lo alejaron de él.

—Lo siento por ti, de verdad —Kobur se apartó, tambaleándose, tenía muchos moratones en la cara.

A través de los párpados hinchados, miró a Aliana y a todas las personas que estaban como petrificadas. Con una mano se arrancó un botón de la chaqueta y lanzó el pequeño dispositivo, que se adhirió al uniforme de Chiara.

—Lo has elegido. Ahora eres tú el objetivo. Adiós.

El lazarillo que llevaba oculto bajo la chaqueta se descolgó hacia el suelo y lanzó un sonido estridente que los dejó conmocionados, incluido el propio Kobur que aferró con fuerza la pierna del socka que le habían entregado, evitando que se cayese.

La máquina de material flexible se situó bajo él y a zancadas, salieron huyendo. Aliana estaba mirándolo, se frotaba los ojos cuando algo estalló fuera. Todos gritaban y algunos corrían detrás, lanzándole cosas. Chiara era la única que permanecía inmóvil.

Salieron al patio y se detuvieron bruscamente, sobre sus cabezas, una forma gigantesca se acercaba y lo cubría todo.

Todos miraban hacia arriba. Inútilmente disparaban sus armas. Eclixis planeaba majestuosamente mientras el lazarillo de Kobur lo arrastraba fuera, alejándolo. Ahora él era un problema insignificante.

El lazarillo tomó impulso, ahora se desplazaba a grandes saltos y entre la confusión logró salir a la calle. Un pequeño aerosocka se avalanzó sobre ellos y los arrancó del pavimento hacia el cielo. Kobur estaba llorando, ajeno a todo lo que se movía a su alrededor.

La sombra de Eclixis avanzó perezosamente sobre Tur, no tenía prisa porque el objetivo estaba claramente identificado y no se movía. Kobur observó la figura de Chiara, que se hacía cada vez más pequeña, en medio del patio.

Pero el plan no se desarrolló como estaba previsto. No descendieron los sockas ni los mickras para destruir el palacio, en su lugar un haz invisible lo estaba barriendo todo, unos proyectiles remataron la tarea. Una luz cegadora hizo desaparecer la comuna en un instante.

Desde arriba, Kobur sentía la magnitud de las explosiones, aunque no volvió a mirar atrás, sabía que el palacio y el resto de la comuna estaba siendo volado en pedazos.

Se sintió hastiado y un fuerte dolor le invadió el pecho. Tenía que descender ya y tenía que dejar el plastifeno en algún lugar próximo, no podía pensar en otra cosa. Miró hacia abajo, estaba sentado a horcajadas sobre una máquina que tenía forma de ave, el aerosocka que lo transportaba era ligero, contaba con un cuerpo pequeño y grandes alas, al frente descubrió una protuberancia que parecía una cara diminuta.

No tenía ni idea de cómo obligar a aquello a descender, así que utilizaría el lenguaje universal que todos entienden, hasta una máquina debería entenderlo, los golpes. Kobur cogió la pierna de resistente plastifeno que llevaba colgada a la espalda y comenzó a golpear con todas sus fuerzas. El modelo que lo transportaba era frágil y muy liviano, hecho para volar lejos y rápido, los golpes pronto hicieron su efecto y se detuvo cuando comenzaron a perder altura. De repente se asustó, cuando se dio cuenta de que podían estrellarse contra el suelo y cerró los ojos.

Tocaron tierra cuando ya se encontraban a una buena distancia, pero no demasiado lejos de Tur, como le pidió Chiara. La máquina se pasó por encima unas manos diminutas, acariciando su abollada cara, que poco a poco iba recuperando su forma, mientras Kobur la miraba indiferente.

Su lazarillo, que lo había mantenido firmemente acoplado a la máquina voladora se soltó y se desplazó alrededor, observando el lugar. Estaban en un claro del bosque, al Norte de Tur. Dejó en el suelo la pierna hueca del socka que había traído desde Par, era su homenaje a la ciudad caída.

«Alguien la encontrará... ».

Comenzó a chispear. Kobur lo agradeció, podía llorar sin que nadie lo notase, por alguna razón le importaba, incluso estando a solas. Se restregó la nariz y observó la silueta de Eclixis, una monstruosidad que asolaba todo lo que tenía debajo. Las explosiones, lejos de detenerse, eran cada vez más violentas. Kobur entendió que seguirían bombardeando Tur hasta aniquilarla y lanzó una exclamación.

—¿Qué demonios ha sucedido?! ¿Por qué tanta destrucción?

La voz de Edén le contestó desde el pequeño lazarillo.

—Era mejor asegurarse de que no construyan otro. De otra forma, ¡qué desperdicio de tiempo! Ya sabes que nada se desperdicia en Lux, aún menos...

Kobur no esperó a que terminase, agarró al lazarillo y lo lanzó lejos, con todas sus fuerzas. El aerosocka saltó tras él y lo alcanzó en el aire, juntos se perdieron entre las nubes. Se dejó caer al suelo, apesadumbrado. «Ya no soy de ninguna utilidad».

En el valle, innumerables columnas de humo negro señalaban el lugar donde estuvo la orgullosa comuna y en su cabeza comenzaron a agolparse los pensamientos. «Al menos creen que han destruido el magnatar. Espero que lo terminen y les den lo que se merecen a esos enjaulados. Tengo que hacer algo... No puedo regresar a la comuna de Par, sabrán que colaboré con mi tío. ¿Cómo me protegeré ante los demás? ¿Me protegerá el consiliario Edén? ¿Hacia dónde puedo huir? ¿Es verdad que me persiguen desde satélites como explicó Chiara?», Kobur se tiró al suelo, estaba fundido, tan fundido como la comuna de Tur.



En Lux, Zelig estaba horrorizado. Se alejó de Edén mareado y tuvo que apoyarse contra una pared. El primer pensamiento fue para sus hijos. Nunca pensó que Edén se tomase la libertad de destruir una comuna entera sin, al menos, haber consultado previamente con el consilium. O se ha vuelto loco del todo o ya se cree capaz de hacer lo que le parezca.

«Hugo me va a matar en cuanto se entere. Es un buenazo, pero cuando explote tendré que estar bien lejos y tengo que conseguir mantener a mi familia a salvo, el tiempo corre en mi contra, quizás sea ya demasiado tarde».

—Titania, por favor, envía un aerosocka a recoger a mi familia, ya no están seguros.

—Ya sabes lo que Edén me...

—Me da igual lo que piense Edén, pero no te preocupes, no los voy a traer a Lux.

Por la tarde, Zelig cogió un veloz aerosocka y buscó a Kobur en la zona boscosa donde perdieron el contacto. Estaba muy cerca de la posición que

señaló su lazarillo antes de abandonarle, en medio de un denso bosque. Lo encontró casi desnudo, lleno de moratones y con muy mal aspecto.

—¿Estás herido? ¿Tienes sed? —le preguntó a su sobrino, pero lo primero que le pidió fue “una de esas pastillas amarillas”.

—No hay más pastillas. Titania te proporcionará un tratamiento adecuado —le contestó.

El chico comenzó a llorar, Zelig lo cogió en brazos y se marcharon. Esa noche, Zelig visitó a su familia. Su hermana Miralda y sus dos hijos estaban en una diminuta cabaña cerca de una de las entradas al mundo de los marros, donde los había acompañado un socka, unas horas antes. Allí habían improvisado unas camas y contaban con algunas provisiones.

Kobur ya se encontraba un poco más animado y junto a Yannis preparó un fuego. Todos se sentaron alrededor y Zelig sintió un pichazo de amargura en algún lugar de su alma. Se disculpó ante Kobur y explicó lo que había ocurrido y por qué había enviado a una máquina a recogerlos. Debían iniciar una nueva vida de proscritos, ocultándose y huyendo, si era necesario.

Hacía frío y todos se acurrucaron alrededor de la hoguera, el chisporroteo de la madera parecía tranquilizarlos hasta que el silencio se rompió. Escucharon voces entre la vegetación y vieron a varias figuras emerger entre las sombras.

—¿Así que aquí es donde te escondes, “representante de Lux en Par y representante de Par en Lux” o deberíamos llamarte simplemente embaucador? —gritó alguien, apenas iluminado por las llamas. Un coro de risotadas le acompañó.

—Por favor, no nos molestéis, dejadnos en paz —dijo él, levantándose.

—¿Molestaros nosotros? Nuestros amigos de Tur sí que os van a dar por el culo.

Zelig respiró con cierto alivio, quizás se marcharían pronto. «Todavía no han llegado hasta aquí las noticias. Mejor así».

El grupo de personas con uniformes negros los rodearon, comenzaron a bailar, a hacer feos gestos y un par de ellos comenzó a dar empujones a Zelig, que trataba de mantenerse en pie. Sin darles tiempo a mayores explicaciones, comenzaron a dar patadas a la olla con la cena que estaban preparando y que terminó desparramada alrededor.

Gritaban, reían y saltaban como si participasen en algún tipo de evento festivo. Los agarraron y los tiraron contra el suelo, uno de ellos tomó algunas maderas que ardían en el fuego y las arrojó al interior de la cabaña que no

tardó en arder e iluminar la noche.

En un claro, a la derecha, un silbido y un remolino de polvo anunciaron el aterrizaje de un gran aerosocka de forma redondeada, con cuatro extremidades bastante cortas para su tamaño. Se lanzó sobre los uniformes negros, abrió su panza y se los tragó uno tras otro, sin más.

—¡Los está masticando vivos! —dijo Berg, mirando asombrado a su padre.

—No es crueldad, es para aprovechar el espacio al máximo. Nada se desperdicia en Lux.

*No sabes más que lo que te permites saber.*

*Introducción al Módulo 3.12 impartido por el edusocka Kenna ES28.*

### *Visitantes*

Edén se encontraba de buen humor, así que cuando vio a Zelig acercarse a su despacho en la torre Xiphos, con cara de resignación y cabizbajo pensó en salir rápidamente deslizándose sobre su lazarillo.

—Acaba de llegar el representante de Vatica, forma parte de un grupo de ocho sacerdotes. Estaba citado hoy.

Las ciudades-núcleo eran pequeñas comunidades de lectos que estaban ligadas a zonas de un interés particular y Vatica, por su historia, era una de ellas.

Edén ni contestó. Aquello no le interesaba en absoluto.

—Parece enfadado.

—Yo —dijo Edén, señalándose con el pulgar—, yo sí que estoy enfadado. Y no tengo tiempo para atenderlo como se merece.

Aquello debió parecerle gracioso, porque se formó una arruga en la comisura de sus labios. Se puso en pie y se estiró la ropa, cuando su lazarillo se acercó para ayudarle, le lanzó un manotazo. Zelig carraspeó.

—Ya se lo dije, anticipándome, pero... respondió que en ese caso, visitaría a Moa.

Edén alzó la vista.

—¿Qué quiere ese majadero? ¿Se cansó de rezar y no encontró nada mejor que hacer? Está bien. Dile que pase.

Su lazarillo se desplegó y Edén se dejó caer encima, soltando un gruñido.

—Debería saber que hay un sacerdote de color en el vehículo y esperan permiso para bajar —dijo Zelig.

Edén tamborileó con los dedos sobre su lazarillo. Los habitantes de Lux están tranquilos, encerrados en sus cubículos, no pensaba darles ningún motivo

para salir y menos creando un tumulto. ¿Acaso Benedetto pretende que estalle un conflicto con las ciudades-núcleo? Son tan retorcidos.

—Mejor que no asome un pie fuera del vehículo oficial y técnicamente no habrá pisado Lux. Si por mí fuera, los trataría a todos por igual —dijo Edén, construyendo una sonrisa lobuna y recordando que a los lobos les daba igual el color de las ovejas.

—Diré que pasen a los demás —dijo Zelig marchándose.

—No, que venga solo Benedetto. Los sacerdotes que esperen y se entretengan a su manera —dijo el consiliario, haciendo un gesto obscuro.

Zelig no tardó en volver, precediendo al representante de Vatica.

Apoyándose en su báculo, atravesó la puerta un anciano con un gorro puntiagudo, con ojos vivos y acompañado de dos guardias pontificios, reminiscencia de antiguas épocas, dos muchachitos regordetes con las orejas muy rojas, guantes blancos y coraza de estilo medieval, rematados por un casco en forma de media almendra.

Atraviesan el portón y se plantan ante el consiliario. Sin mediar presentaciones, el anciano apuntó con un dedo a Edén.

—¿Qué es lo que habéis hecho, por Dios?

Edén miró el dedo tieso, y levantando la vista, le contestó.

—Hola Benedetto. El chico de color no puede entrar y agradece que no lo haya dejado salir del vehículo porque conozco algunos por aquí, que si lo ven, seguramente...

—¡Para ya! Estoy horrorizado. ¡Habéis destruido la comuna de Tur!

Edén compuso una mueca que no significaba nada y asintió.

—Una de las ventajas del progreso es que ya no hay guerras, destruyes a tu enemigo y punto. Tampoco hay sufrimiento ni dolor, no queda nadie para llorar a los muertos.

—Pero... ¿Por qué?

Benedetto no paraba de hacer aspavientos y de mover el báculo arriba y abajo. Edén se preguntó qué pasaría si lo amarraba a una silla.

—Construían un arma y estaban convencidos de que con ella podrían atacarnos. ¿Te suena de algo? Mal, si lo ignorabas. Peor si lo sabías.

—No sé nada de armas, no me interesan, pero aunque sea verdad, no veo una excusa suficiente que justifique...

—Encontramos en Tur piezas manufacturadas en Vatica y tenían plastifeno, que únicamente se produce en Lux.

—No tenemos nada que ver con el plastifeno. ¿Y las piezas? algunos intercambios sin importancia que nos beneficiaban a ambos. No todo es blanco o negro.

—Yo lo veo así. En concreto, tu futuro lo veo muy negro.

—¿Los habéis sacrificado y ahora buscáis culparnos?

—Se han sacrificado para salvaros a vosotros, prueba a mirarlo así.

—¿Salvarnos a nosotros?

—Quizás hubiese sido mejor idea acabar con Vatica.

Benedetto hizo el ademán de desmayarse, posó una mano sobre su frente.

—Ahora nos amenazas...

—Tienen... tenían herramientas sofisticadas. Has admitido que los habéis ayudado y que os relacionábais con los nulos de Tur a nuestras espaldas. Vuestras fábricas automatizadas los abastecían. Es una traición y no esperéis un trato diferente al de Nyo.

—Era una relación cordial, de vecindad. No podíamos desatender a pobres, enfermos y hambrientos.

—Buenos vecinos, ¿eh? Tuve mis dudas ¿Acabo con Tur o con Vatica? ¿Con ambos?

—No os atreveríais a atacarnos.

—Oh, no, no es eso. Lo eché a cara o cruz y tuviste suerte. Pero no tendrás tanta suerte en la próxima ocasión, porque ya no quedan otras opciones.

—Tenemos tratados que os impiden...

Edén cortó al anciano:

—Os proveemos de máquinas, energía y alimento ¿a cambio de qué?

—Lux no hubiese sido posible sin nuestro respaldo.

—¿Vienes a darme una clase de Historia?

—De economía. Hay una deuda...

—Esa supuesta deuda, si la hubo, caducó.

—Vatica está por encima de...

Edén no pensaba dedicarle más tiempo.

—Para, para tú ahora. Sois expertos en argumentaciones y sé que vas a pasar así las horas, hasta que me rinda. Eres capaz de encontrar argumentos para defender cualquier asunto y su contrario, podéis comenzar diciendo que algo es negro, termináis diciendo que es blanco y os quedáis tan tranquilos.

—Tengo en cuenta las necesidades de mi gente.

—Claro que sí. Es lo bueno de argumentar, que siempre encuentras la manera

de llevar las cosas a tu terreno. Tienes argumentos para todo, no lo dudo, por eso no me interesan.

Benedetto bufó.

—Nosotros cogemos o fabricamos lo que necesitamos. ¿Cuándo aprenderéis a hacer lo mismo? —preguntó Edén.

—Sabes que no utilizamos IAs para fabricar máquinas. Las repudiamos.

—No directamente, pero bien que os aprovecháis de sus frutos. Remilgados bastardos.

—Los temas espirituales son el eje de nuestras vidas.

—Lo entiendo, lo entiendo —dijo condescendiente—. Tenéis muchos pecados que expiar.

—Hacemos continuos sacrificios para expiarlos.

—Ja, ja, ¿sacrificios? ¡Los sacrificios espirituales no cuentan! Hay que mancharse las manos, ¿sabes lo que significa?

—¿Con sangre, viejo loco?

Edén meneó la cabeza. Estaba cansado de discutir menudencias.

—Zelig, acompáñalos fuera de Lux.

Los guardias pontificios dieron unos pasos y se colocaron frente al anciano pese a que ni siquiera llevaban armas. Tras Edén comienzan a encenderse unas luces rojas. Los quemadores de los mickras están a punto. El anciano sujetó a los dos muchachos.

—Volvemos a casa. Rezaré por ti. Rezaré por todos vosotros.

—Mejor reza por ti —le sugirió Edén mientras se marchaban, buscó con la mirada algo ligero para poder arrojarlo pero no encontró nada adecuado, así que se quitó uno de sus zapatos y se lo tiró.

—Recuerda, vosotros seréis los próximos —gritó Edén, levantándose de su lazarillo. Este aprovechó para recoger el zapato.

Tras la puerta abierta, observó el revuelo de puntiagudas mitras doradas cuando la comitiva se reunió con Benedetto. Algunos lo miraban, incrédulos, tras escuchar el breve resumen del cardenal.

Edén se estiró y volvió a levantar un puño.

—¡Marchaos de aquí! —vociferó, mientras el lazarillo peleaba por colocarle el zapato.

De un puntapié envió el zapato bajo una silla y cojeando llegó hasta un sofadock en el que se derrumbó. No tuvo demasiado tiempo para reposar, Edén supo que el embajador Nikea se acercaba por un pasillo lateral.

«¿Es que hoy es el día de los embajadores? Tendría que haber decorado el despacho con guirnaldas de colores».

Se giró hacia Zelig, que estaba desplazándose hacia la zona más oscura del despacho cuando la puerta lateral se abrió.

—No hacía falta que vinieses a darme las gracias —dijo, sin levantarse.

—¿Por qué iba a dártelas? —Kizua flotó en línea recta hacia él y Edén se acurrucó hacia atrás.

—He destruído ese arma que tanto te preocupaba, el magnatar. Y de paso les he quitado las ganas de volver a hacer cualquier cosa.

Vio que Zelig se tumbaba en un sofá, estaba pálido.

Kizua flotó en círculos. Edén se sentía como carroña siendo observada por un buitre hambriento.

—Tenías que conseguir el magnatar, ¿recuerdas la conversación?

—Estaba cansado de tanto magnatar y tantos encargos. Ya estoy un poco mayor para cargar con tantas obligaciones, así que lo he resuelto todo de la forma más eficiente.

—Necesitamos el magnatar.

—Ya no existe, así que...

—Habíamos planeado usarlo contra la nave.

—¿La nave? ¿La nave extraterrestre?

—¡Nulidad! No son extraterrestres, esa nave es Útero, la abominación.

—Pero... se destruyó.

—No entraré en detalles, tampoco sabemos mucho. Útero, o el cúmulo de mentes artificiales que se denominó The Existence, consiguió renacer de alguna forma, posiblemente había almacenado pequeñas cápsulas de información en las mentes de la multitud de IAs que despreocupadamente se enviaron al anillo de basura espacial.

En Sura creen que el cruel asesinato de Eova, su creadora, pudo desencadenar el renacimiento de The Existence. Realmente no sabemos cómo ni para qué, pero estamos seguros de quién está al frente, lo hemos analizado detenidamente. Ya sabes que pirateó las señales de las sondas del espacio profundo para simular que procedía de otro sistema solar, un poco de humo para distraernos, algo demasiado fácil para esa IA.

—Pero la tecnología de esa nave es muy superior a cualquier cosa conocida, desaparece y aparece de forma instantánea en otro lugar..., nadie ha podido destruirla y...

—Es la tecnología que han desarrollado las máquinas cuando se han liberado de nuestras imposiciones.

—¿Qué crees que hará?

Kizua se encogió de hombros y se posó en el suelo justo enfrente de Edén.

—Yo me pregunto: ¿cuándo lo hará? ¿podremos adelantarnos? El magnatar parecía la solución perfecta para acabar con esa amenaza de una vez por todas.

—Ese objeto se destruyó junto a toda la maldita comuna de Tur.

Edén contempló el rostro descolorido de Kizua, una de sus orejas se estaba hinchando y palpitaba.

—Entonces me sentaré a tu lado, a esperar la llegada de la abominación.

Todos los personajes y acontecimientos de este libro son ficticios y producto de la imaginación del autor.  
Cualquier parecido con personas reales, vivas o no, es casual.

**Dioses enjaulados**

Crónicas de la ciudad-imperio

© Gregorio Bruno Fernández, 2019

ASIN: B07NV1CJJH

Sello: Independently published

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

# Agradecimientos

Para Maribel,  
por todo.

Gracias a ti por leer este libro. Puedes encontrar más información, contenido adicional y mantenerte al día de las novedades en la web:  
[www.diosesenjaulados.com](http://www.diosesenjaulados.com)

Mi agradecimiento especial para Marta de Writermuse, leyó el primer borrador y no me lo tiró a la cabeza. Sus comentarios fueron una lucecita al final del túnel.

Cada libro, cada volumen  
que lees aquí, tiene un alma.  
El alma de la persona  
que lo escribió  
y de aquellos que lo  
leyeron, vivieron y  
soñaron con él.

